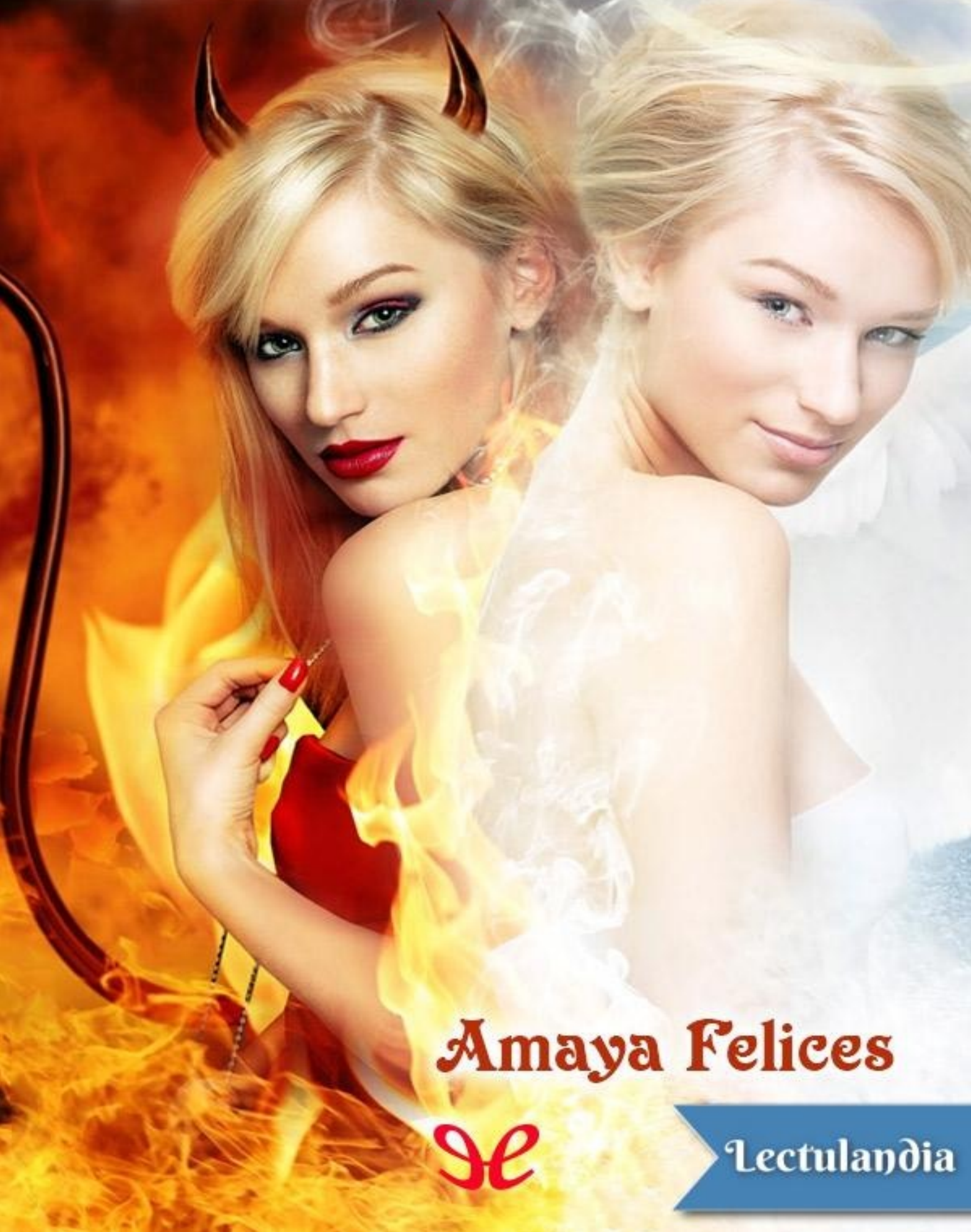


Paro glamour



Amaya Felices



Lectulandia

¿Qué dirías si te contara que a Daniela su marido le pone los cuernos y la culpa es de su cupido? ¿O que el Infierno es como una revista de Cosmopolitan? ¿O que el cupido más sexy es el líder de una banda de moteros?

¿Nada?, ¿algo?

Si todavía sigues aquí, es que quizás te guste mirar la vida con humor.

A Daniela, la mamá treintañera, le encantaría pero no tiene tiempo. La pobre solo sabe de pañales y potitos. Sus amigas la ven tan agobiada que se la llevan una semana a la playa.

Eyén, su cupido, baja a la Tierra para arreglar su matrimonio. Sin embargo, está enamorado de ella y su gran tentación será decírselo.

Por otro lado, Arturo es un asesino de cupidos. Está cansado de que estos interfieran en las vidas humanas y ahora va a por Eyén.

A Eyén lo tiene fichado Deyanira, una diablesa que compite para ser la perra más zorra del Infierno. En sus planes para el ángel no entra Daniela.

Ageón, el cupido rebelde que cuida del marido de Daniela, no piensa permitir que ninguno de ellos se salga con la suya.

Y mientras las amigas se divierten y ligan en la playa, los celos, el amor, el deseo y la envidia están allí, armados con flechas, para cambiar sus vidas. Si se dejan... ¿Tú te dejarías?

Sumérgete en la comedia romántica más refrescante, donde la felicidad depende de ti misma... o de tu cupido.

Lectulandia

Amaya Felices

Puro glamour

ePub r1.0
fenikz 15.09.16

Amaya Felices, 2013

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo Uno

—Tú tienes un problema muy grande, hermano.

—¿Por qué? ¿Porque a la mujer a la que tengo que cuidar le lancé una flecha de amor por un gilipollas?

—No. —Diofanor, el ángel con el cual estaba hablando Eyén, le observó con tristeza mientras meneaba su cabeza para mostrar su desacuerdo—. Porque te has enamorado de ella.

El aludido, vestido con un traje de chaqueta blanco y tumbado sobre una nube, con los codos medio hundidos en la algodonosa masa de vapor de agua y su barbilla apoyada sobre sus manos, lo miró mal. Muy mal. Pues ambos eran conscientes de que estaba prohibido: un cupido no podía enamorarse de su mortal.

—Sabes que no puedo consentirte que digas eso, ¿verdad? —le acabó preguntando Eyén tras unos minutos de considerar sus opciones.

Porque lo que este no quería era que se le aplicara el Castigo. Sí, con mayúsculas. Pues era uno tan terrible que se susurraba a escondida de padres a hijos, tan innombrable que nadie lo pronunciaba nunca, tan impensable que incluso aquellos que lo habían merecido eran sumidos en el más terrible de los olvidos.

Diofanor, que estaba como su compañero tumbado sobre la nube y mirando hacia abajo, hacia la ciudad humana, suspiró.

—No te preocupes, jamás se lo diría a nadie. Solo quería ayudarte. Al fin y al cabo, antes de dejarnos madre me dijo que cuidara de ti, del pequeñajo.

Eyén lo miró con una ceja enarcada. Como si para él fuera impensable que su perfecto y rectísimo hermano no hubiera renegado de cualquier petición que ella le pudiera haber dado.

—Tengo veintiocho años, puedo cuidarme solo —le contestó.

—Pues entonces ayuda a tu protegida a resolver su vida porque, lo que es yo, muy feliz no la veo. Mírala, con dos niños y un marido que la ignora.

Cerrando los ojos por un instante en un gesto de resignada aceptación, una que llevaba cultivando desde que, a los diez años, dejó de parecerle «guay» y «divertido», Eyén comenzó a brillar con una luz dorada bastante potente. Su compañero miró

hacia otro lado para no deslumbrarse. Cuando la luz desapareció, en lugar de un hombre atractivo vestido con un elegante traje blanco había uno ataviado con pañales, un arco al hombro y un carcaj cruzándole la espalda. Sus muscudos abdominales, que venían de serie en lo de ser un ángel, quedaban ridículos sobresaliendo de un pañal de esos blancos de recién nacido. Y sus alas, de plumas níveas pero tan pequeñas que no podría volar con ellas, acababan de completar el aspecto del típico disfraz que se ponía un chico cuando había perdido una apuesta. Pero esto era peor porque Eyén era un cupido. No importaba que cuando llegó a la prepubertad hubiera decidido que no quería serlo, que cualquier cosa sería mejor que lucir con ese aspecto.

«Un cupido para cada mortal. Cuando nace un niño humano, nace un cupido. Son uña y carne. Protector y protegido. Su guardián encargado de hacer que se enamore y viva feliz».

Las palabras de su madre, que le cantaba en forma de nana cuando era un bebé y lo acunaba en sus brazos, volvieron como un recuerdo a sus oídos; pero no uno dulce, pues esta vez adoptaron un sonsonete de burla. Porque él sabía lo que era su madre.

—La veo, Diofanor —le dijo a su amigo ahora que sus sentidos afinados por su aspecto real le permitían mirar dentro de la casa donde ella estaba, desesperada y amargada, diciéndose una y otra vez que solo eran unos años malos, que cuando los niños crecieran todo volvería a estar bien.

—¿Y tú sabes que debería estar disfrutando de ellos, no? —se refirió a sus pequeños.

Diofanor había cambiado también su traje por los pañales y miraba a la misma mujer que su hermano menor.

—Sí.

—Te toca, Eyén. Tienes que bajar a la Tierra y lanzarle otra flecha, una que de verdad la haga feliz.

—¿Y el motero?

—¿El motero? —Diofanor apretó los labios como si eso fuera un problema—. Bueno, si me necesitas por aquí estoy.

Diofanor podía permitirse decirle eso. Y cumplirlo. Al fin y al cabo, su protegida apenas requería de su tiempo ya que era una actriz famosa que iba de affair en affair, cada uno más apasionado y que le reportaba más fama y dinero. Algo que su cupido se limitaba a observar desde arriba, ya que aún no había llegado el momento de que la mujer replanteara su vida a causa de una flecha de amor. Eyén, que conocía de sobras todo el tiempo libre del que su único hermano disponía, se encogió de hombros.

—Gracias. —Esbozó una sonrisa.

—Para eso estoy.

En medio de un estallido de luz dorada, Diofanor se volvió a cubrir con su traje.

—Bueno, pues estoy listo —le dijo Eyén, no muy convencido.

—Ánimo, tú puedes.

Y de un empujón lo tiró fuera de la nube, hacia abajo, hacia el lejano mundo humano.

Eyén agitó sus alas, demasiado pequeñas para volar, en un intento de frenar su caída.

Diofanor lo vio precipitarse hacia el suelo con una sonrisa preocupada en sus labios. El nombre de su hermano significaba protector, se lo había puesto su padre porque era el que más potencial tenía de ambos y, sin embargo, lo desperdiciaba porque no estaba a gusto siendo un cupido. Se suponía que era él el que, de los dos, podría seguir los pasos de su padre y ascender a guardián, hacerse inmortal, crecerle las alas y ocupar para siempre un lugar en la Corte Celestial. Pero no... a este paso se iba a ganar el honor Diofanor (lo cual no le disgustaba en absoluto) y su hermano pequeño corría el riesgo de ser condenado al Castigo. El ángel, mientras observaba cómo Eyén impactaba contra el suelo de un parque, se incrustaba varios metros en la tierra y luego se levantaba como si nada, deseó que ojalá este fuera capaz de tomar la decisión correcta.

Capítulo Dos

Mientras los dos ángeles custodios hablaban sobre ella, Daniela, ignorante de tal atención, continuaba con su agobiante y atareada vida de madre afincada en Zaragoza, con dos niños pequeños y un marido camionero.

Con un poco de magia, una diferente a la que Eyén podía hacer pero que yo sí controlaba, os adentraré en el fascinante mundo que hay dentro de su cerebro. Y sí, lo de fascinante es una broma tan grande como el tamaño de las alas de su cupido.

¡Bienvenidos pues a la vida de Daniela! Y, para todos los que quieran conocer mi nombre, os aclararé que los secretos del Cielo y del Infierno no se dan tan fácilmente. Más bien, como casi todo lo que de verdad merece la pena, hay que ganárselos.

(Ah, y que nadie piense que Eyén se hizo daño en su caída o que alguien pudo verlo. Porque un cupido con su forma de ángel solo puede ser visto por quien él desee y solo puede sufrir daño si se lo hace otra criatura no terrenal).

Entonces, como decía, ¡bienvenidos, en primerísima persona, al fascinante, atrayente, hechicero, sugestivo y seductor cerebro de Daniela!



Once de la mañana, un niño en el colegio y el otro en el carro... hora de mis diez minutos de desahogo del día. Sin parar de empujar el carrito saqué el móvil del bolso y marqué el número de Ana. Desde que era madre a tiempo completo me encantaba cómo mis amigas se quejaban de no tener tiempo de nada. Por ejemplo, Ana, quién cuando salía del trabajo a las cinco primero merendaba, luego iba al gimnasio, veía la tele y... ¡ops!, ya se le había escapado la tarde. Al pensar eso me di cuenta, una vez más, de que me estaba convirtiendo en una resentida. Respiré hondo y decidí que era mejor no pensar en la atareada vida de Ana durante su descanso para el almuerzo, pues para un ratito que yo tenía de charla femenina (aunque fuera a través del móvil) prefería que fuera algo jugoso. O por lo menos más jugoso que recordar que yo no solía comer ni sentada ni sin niños aferrados a las piernas, como seguramente estaría

haciéndolo ella en esos momentos, en la coqueta cafetería que había a poca distancia de su trabajo.

—¡Hola! —Me cogió el teléfono cortando mi soliloquio mental—. ¿Qué tal estás hoy?

—Bien, ¿y tú? ¿Sabes ya con quien vas a ir a la boda?

Yo estaba cansada pese a que todavía era por la mañana pues el que los peques me despertaran una media de diez veces cada noche dejaba sus huellas. Por eso, miré con nostalgia las sillas de una terraza por delante de la cual estábamos pasando; pero si me sentaba Dani empezaría a llorar, seguro.

—No. —Su voz sonó tan pícaro que me pareció verla jugando con su pelo rizado, un tic que tenía desde niña cuando planeaba algo perverso—. Pero tengo una idea.

—¿Ir sola o con tu hermana? —Puse voz a mis pensamientos.

—No. ¿Estás loca? —Se horrorizó—. Eva *la cool* me invita a su boda cuando no nos vemos desde que acabó el instituto y yo voy a ir sola o, ¡peor aún!, con mi hermana... Tú-es-tás-lo-ca —silabeó cada palabra con incredulidad.

«El instituto... —pensé yo—, eso eran... ¿cuánto? ¿Trece o catorce años? Dios cómo pasa el tiempo».

—Perdona, no es que esté loca —le contesté—, tan solo es el no poder ni lavarme la cara tranquila. Ya sabes, vigilar que Luis no le haga daño al tato decidiendo que uno de sus cochecitos encajaría genial en su cabeza y esas cosas.

Luis, de tres años, era mi primer hijo y su hermano Dani, de quince meses, la fuente de todos sus celos.

—Sí, claro. Cómo os quejáis las madres. Encima de que te pasas el día en casa, en vez de currando como yo.

—Dejemos el tema, ¿vale? —le contesté con acritud mientras pensaba que qué más quisiera yo que estar currando como ella—. Anda, mujer, dime con quién vas a ir.

—Pues ya que tú no vas, con esa excusa tan grande que tienes de «mi marido trabaja en sábado y no tengo con quien dejar a los niños»; es decir, traducción, «yo —remarcó— ya tengo niños y tú no: chúpate esa, Ana»... pues eso, que como me dejas sola tengo que tomar medidas drásticas.

—Que te dejas sola... —ironicé—. Pues nada, siempre puedes decir que te quedas conmigo a ayudarme a bañarlos y dormirlos.

—Sí, claaaro y que piense que soy una canguro. En fin, que voy a ir en plan cita a ciegas.

—¿Qué? —Elevé más de la cuenta la voz y Dani emitió un ruidito de curiosidad; le dejé su sonajero y seguí hablando—. ¿Qué has dicho?

—Mi prima me va a presentar a un amigo suyo que es médico y single. Pero vamos a hacer como que somos novios, vamos, que llevamos saliendo más veces. Así no quedaré tan patética por haber cumplido los treinta y seguir a dos velas.

—Ejem —carraspeé—, no eres patética, tienes un buen trabajo y no necesitas

demostrarle nada a esa arpía.

—¡Oh, sí!, sí lo necesito. Con que me mirara por encima del hombro en el instituto en plan «mira qué guay soy y con qué chicos voy y tú no» ya tuve bastante, gracias.

—Sabes que hemos crecido, ¿no? —me atreví a preguntarle en voz muy bajita.

—Sí, tres centímetros en barriga y dos en pistoleras. Anda, mejor te dejo que se acaba mi rato del almuerzo. A ver si puedo pasarme mañana un poquito a ver a tus niños. Pero eso sí, dile a Luis que la araña cosquillera está de vacaciones.

—Vale. —Sonreí para mí—. Cuídate, bonita.

—Y tú también.

«Y yo también... —pensé—. Si mi marido no tuviera unos horarios tan malos ya lo creo que me cuidaría. Empezando por un masaje para los dolores de espalda. Levantar diez kilos de bebé mayorcito con un brazo y quince de nene con el otro no es precisamente terapéutico. Y luego, ¡sí! —me permití soñar—, luego la peluquería».

Capítulo Tres

Mientras tanto, mientras el ángel custodio de Daniela se tiraba de la nube, había una despampanante morena bajo tierra, en eso que los mortales llamaban el Infierno. La morena, cuyo nombre era Deyanira, estaba apretando sus labios en una mueca de desagrado que no hacía más que resaltar que eran perfectos, tersos y rojos. Una de esas bocas tan carnales que parecían estar hechas, más que para ser besadas, para jadear, morder y chupar en todo tipo de posturas pecaminosas.

A Deyanira no le gustaba nada lo que ese tonto de Eyén estaba haciendo. Los cupidos no estaban hechos para enamorarse de sus mortales. Mucho menos para retar las leyes celestiales. Por suerte para él, tenía a su demonio particular para ayudarlo a volver al buen camino.

Deyanira se mordisqueó uno de sus dedos, pensativa. Un gesto tan sensual y hecho de puro deseo como ella misma. De hecho, cuando los hombres la veían hacerlo, no podían evitar quedarse anonadados mirándola mientras en su mente intercambiaban el índice de la diablesa por uno de sus miembros. El más grande (en la mayoría de los casos) y el que cuando Deyanira estaba cerca solía hacer las funciones de segundo cerebro.

Pero allí, en medio de las lenguas de fuego de los jardines infernales donde la morena estaba tomando el sol (o como quiera que se llamara esa bola de fuego que ardía en lo alto, pegada a la lejanía del techo de la caverna que había sobre su cabeza), no había ningún mortal para enamorarse de ella.

Una pena... confundir a humanos era divertido. Pero todavía lo sería más cuando ese imbécil de Eyén cayera bajo sus suaves, delicadas, habilidosas y de uñas pintadas de rojo, garras.

Sonriendo, acabó de tomar una decisión y se marchó en medio de un sonoro «pluf». No se trató de un «pluf» cualquiera, sino de un sonido de succión que no fue más que el indicativo de que la diablesa acababa de desaparecer del Infierno y que el aire a más de 800 grados que allí había se apresuraba a ocupar el sitio que esta acababa de dejar vacante. Porque se acababa de ir. A la Tierra. Dispuesta a jugar sucio con el angelito cupido que había fichado como padre de sus hijos. Todo ello en

medio de un olor a azufre que dejaría a los huevos podridos a la altura del betún.

Porque esa era ella, Deyanira, una de las diablesas más influyentes de la corte infernal y todo *glamour*.

Capítulo Cuatro

Mientras Daniela acababa su mañana de pasear a los niños, comprar, limpiar y cocinar, Eyén comenzó a moverse por la ciudad. Lo primero de todo, se había dirigido a la oficina de Correos principal. Algo que podría parecer una tontería pero que no lo era ya que en todas las urbes humanas había una oficina de esas y era allí donde los ángeles tenían a uno de los suyos que se encargaba precisamente de dar casa e identidad a los cupidos. A veces incluso les daba un trabajo de verdad pero lo normal, como en el caso de Eyén, era que se limitara a pasarles unas hojas con su supuesto trabajo, su supuesta vida, un DNI falso y una tarjeta de crédito asociada a una cuenta a donde iba a parar su supuesto sueldo y sus supuestos ahorros de toda una vida. Demasiados supuestos, lo sé. Pero era y sigue siendo lo normal. Al fin y al cabo, un ángel custodio no puede hacer bien su trabajo sin una infraestructura decente. Por eso, mientras Daniela continuaba con su monótona vida, Eyén descubría que era un informático con un sueldo mileurista y que trabajaba en una oficina bastante céntrica cuyo aire acondicionado estaba tan fuerte que la mitad de los empleados llegaban a su casa medio acatarrados. Por suerte para la imaginaria vida de Eyén, este tenía una salud de hierro y ni el aire más glacial podía con él. Además, le gustaba mucho hacer deporte (había que justificar esos abdominales y esos bíceps que venían de serie en todos los ángeles) y era un experto en perros. Esto último no tenía nada que ver con los gustos reales del cupido; pero el encargado de la oficina se había dado cuenta de que los humanos se diferenciaban entre los que adoraban a los gatos y los que preferían a los perros, y había decidido que Eyén sería de los segundos. Por suerte para Daniela, porque ella, desde que de pequeña un gato intentó arañarle en el ojo, no les tenía demasiado aprecio. Y hablando de Daniela... demos otro paseo por sus fascinantes pensamientos...

(Y no, yo no trabajo en una oficina de Correos, por si os lo estáis preguntando).



—¿Qué tal el día, cariño? —me preguntó mi marido tras saludarme con un beso en la mejilla.

—Ahora que has llegado, mejor. Los peques están en sus tronas listos para cenar. Así que ya sabes lo que te toca.

—¿Dársela a Luis?

—Sí.

—Dame un segundo que voy al baño.

—Bien. —Me dirigí a la cocina a calentar las cenas en el microondas—. Por cierto —elevé la voz para que me oyera—, ¿cuántos días libras hasta que vuelvas a coger el camión?

—Tres.

—Genial, pues mañana me tomo la mañana libre si no te importa.

—Claro. —Se dirigió a la cocina y cogió los bebedores de los niños—. ¿Alguna novedad?

—¿Aparte de que Ana se ha vuelto loca?

—Eso no es una novedad por lo que me sueles contar. —Esbozó una sonrisa, una que le iluminó esos ojos suyos tan bonitos.

—Bueno, pues ahora más. Pretende hacer pasar a un desconocido por su novio. —Saqué del micro la cena de Luis y se la tendí.

—Me lo cuentas luego si hay tiempo. Voy a encargarme del nene.

—Un segundo —le pedí y él me miró interrogante a medio camino de la puerta de la cocina—, aún no me has dicho cuánto tiempo tú y el camión vais a estar fuera esta vez.

—Doce días.

—¡Aggg! —Me salió del alma—. Ya sé que necesitamos el dinero pero ¿tanto tiempo?, ¿no puedes quedarte algún día más en casa antes de irte?

—Ya sabes que si pudiera lo haría. —Rehuyó mi mirada—. Escucha, ya hablaremos cuando duerman los niños.

—Es decir, nunca —ironicé contrariada al cuello de mi camisa.

No me oyó. Ni falta que hacía. Cuando los niños estuvieran dormidos, yo estaría encadenada a la cama porque Dani, que todavía tetaba, se dormía al pecho y si me levantaba se enteraría y se echaría a llorar. No es que me quejara, no... ¡pero quién me mandaría tener niños con un marido camionero!

Capítulo Cinco

Ahora era Diofanor el único que miraba desde la nube que tanto le gustaba a su hermano. Este llevaba varias semanas sobre la faz de la Tierra, en una vida humana que no era la suya pero que había adoptado para acercarse mejor a Daniela. Eso era algo de lo bueno de ser un ángel custodio, que podías ocultar tus alas, bajar allí abajo y tener una vida fingida. Lo malo era que ese cuento sobre tus supuestos años viviendo como humano no se implantaba en el cerebro de nadie. Por eso la protegida de Eyén todavía no sabía que ese desconocido con el que a veces se cruzaba cuando iba a comprar el pan era su cupido.

Desde arriba, Diofanor observaba sus intentos de buscarle un buen partido a Daniela. Pero no era tan fácil. No bastaba con elegir un hombre que mereciera la pena y lanzar una flecha a los dos corazoncitos, el de ella y el de él. No... Su protegida primero tenía que desearlo, tenía que querer salir de ese estado de rutina y de agobio imposible que era su día a día. Ser capaz de ver que ella tenía una vida que, a veces, debía poner por delante de las de sus hijos; no solo por ella sino para que los pequeños vieran que no se les iban a dar todos los caprichos. Tenía que darse cuenta de que su matrimonio no era lo que ella esperaba. Y, sobre todo, tenía que plantarse y decidir. Elegir. Ser capaz de mirar a los ojos a la vida y decir qué es lo que esperaba de ella. Y entonces, si su marido estaba en la ecuación, hablar con él seriamente para cambiar las cosas. Ese era otro de los cometidos de Eyén, relanzar la flecha al matrimonio si así creía que Daniela sería más feliz. Por eso su hermano se cruzaba de vez en cuando con su protegida, que ni siquiera reparaba en él porque solo tenía ojos para sus niños. Eyén la observaba del único modo que podía ahora que había ocultado sus alas: como otro ser humano más. Ya que una vez que las volviera a sacar estaría obligado a disparar sus flechas y volver al Cielo.

Qué sencillo sería todo esto si no estuvieran ellas. Ellas... La contrapartida oscura de los ángeles cupidos, las que echaban a perder las flechas que estos disparaban.

Porque ellas, esas seductoras impuras, tenían unas saetas capaces de hacer que un hombre perdiera la cabeza por cualquier par de piernas largas que se pusiera en su camino. Y el marido de Daniela no era inmune.

Diofanor había descubierto demasiado tarde lo de Pedro; si no, le habría aconsejado a Eyén que no le lanzara la fecha a su protegida. Imaginaba que ese era uno de los motivos principales de su hermano para buscarle otra pareja a Daniela, su plan alternativo por si ella decidía no perdonar a su esposo cuando por fin se diera cuenta de que le era infiel.

Sin embargo, el cupido que vigilaba desde la nube no estaba convencido de que de verdad Eyén fuera a cumplir ese plan alternativo. Pues, por desgracia, Diofanor tenía una duda, una que no había logrado quitarse ni con más de veinticuatro horas seguidas de contemplación divina. Y era que sospechaba que a su hermano, pese a su gran potencial, no le gustaba su trabajo y pudiera hacer alguna locura. En momentos como ese, el cupido echaba de menos la guía de su padre. Pues su progenitor había ascendido a guardián hacía unos pocos años y eso limitaba mucho el contacto que podía tener con sus hijos. En las filas de la luz, si ascendías, tenías que acostumbrarte a dejar a tus familiares y amigos atrás, ya que las normas eran claras y prohibían un contacto no autorizado entre distintas razas de ángeles. Diofanor y Eyén, como todos los cupidos, tenían un guardián y un vigilante asignados. El guardián era el que se encargaba de ejercer de policía en caso necesario y los jueces no solían permitir que este tuviera el cometido de castigar o premiar a sus propios hijos o nietos. Por eso, porque su padre no era su superior directo, Diofanor no podía acudir a él para intentar pedirle que le ayudara a lograr que su hermano no pecara, no se desviara del camino reservado a un cupido. Así pues, ya que sabía que no podía esperar ningún tipo de favor de su guardián, al igual que estaba seguro de que su padre no iba a recibirle (estaba prohibido), Diofanor se sentía solo. Solo ante una duda que llevaba varios años sembrada en su corazón, una que acababa de germinar y crecer con la bajada de Eyén a la Tierra. Pues era ahora cuando descubriría si le había elegido un mal marido a Daniela tan solo para que a esta se le rompiera el corazón cuando lo descubriera, dejara a Pedro y, entonces, Eyén pudiera convertirse en su salvador y ofrecerle consuelo.

Porque su hermano ya le había confirmado que se había enamorado de ella.

Aunque debería hacerlo, el ángel no pensaba compartir esos miedos con nadie. Eyén era su hermano pequeño. Por lo menos, le debía la oportunidad de equivocarse antes de condenarlo y mandarlo directo al Castigo eterno.



BOLETÍN OFICIAL ANGELICAL

AÑO 2016 DESPUÉS DE CRISTO - NÚMERO 356 889

SUMARIO

III. Otras disposiciones y acuerdos

Departamento de Vigilancia sobre cupidos y guardianes

ORDEN de 31 de agosto de 2014, del Consejo de Aguaciles, por la que se modifica la Ley Divina número cuatro-A.

ORDEN de 31 de agosto de 2014, del Consejo de Aguaciles, por la que se aclara el punto 67-c del Reglamento de guardianes.

Departamento de Saturno

ORDEN de 31 de agosto de 2014, del Consejero de Saturno, por la que se aprueba el presupuesto compartido para crear un nuevo resort de lujo.

III. Otras disposiciones y acuerdos

Departamento de Vigilancia sobre cupidos y guardianes

ORDEN de 31 de agosto de 2014, del Consejo de Aguaciles, por la que se modifica la Ley Divina número cuatro-A.

Mediante la Ley Divina número cuatro-A, se estableció la conducta apropiada en cupidos y guardianes, así como las vías de promoción a guardián y los castigos de degradación de rango.

De conformidad con la modificación 17, tratada en el Consejo de Aguaciles el pasado 15 de julio, se modifica el párrafo cincuenta y ocho de la Ley Divina número cuatro-A. Donde decía dos años ahora dice tres:

Los cupidos, una vez que han lanzado su flecha a su protegido, deberán volver al Cielo durante un mínimo de tres años. Así, se garantiza el libre albedrío humano, quedando la flecha como una sugerencia del corazón pero nunca como un mandato impuesto. Durante ese tiempo, el cupido debe

permanecer un mínimo de una hora diaria en la zona de observación de nubes, para documentarse sobre los progresos de su protegido.

El motivo de esta modificación han sido los numerosos informes de guardianes y vigilantes que reportan un aumento del 318% en el número de cupidos que, en vez de permanecer en el Cielo, bajan a la Tierra pasado dicho periodo de tiempo, interfiriendo con los destinos de sus protegidos más de lo que se considera necesario.

La felicidad del protegido continúa siendo la prioridad principal y primera ley del cupido pero, una vez que este ha disparado su flecha, en esos tres años deberá pasar al menos un cincuenta por ciento de su tiempo realizando tareas burocráticas o contemplación divina. Sigue vigente la excepción del periodo de cría en Saturno.

Departamento de Vigilancia sobre cupidos y guardianes

ORDEN de 31 de agosto de 2014, del Consejo de Aguaciles, por la que se aclara el punto 67-c del Reglamento de guardianes.

En el Reglamento de guardianes, en el punto 67, se tratan los criterios con los que los guardianes deben puntuar el buen comportamiento de sus cupidos asignados. En el punto 67-c se comunica:

Los cupidos deben mantenerse fieles a su naturaleza angelical, sin dejarse corromper por las costumbres humanas. Por ello, no deben implicarse demasiado en los asuntos de la Tierra. Se consideran indicadores objetivos de dicha implicación:

- 1. Estar más de cinco horas diarias en la zona de nubes.*
- 2. Bajar a la Tierra nada más acabado el periodo de carencia tras el*

lanzamiento de una flecha. Al menos se deberá esperar un día.

3. Lanzar más de cinco flechas a su protegido.

Mediante esta orden de 31 de agosto de 2014, se añade a dicho punto 67-c la siguiente aclaración sobre el indicador objetivo número 3:

Lanzar un número elevado de flechas implica un deseo no natural de experimentar la vida en la Tierra. Por ello, para una vida humana media de ochenta años, cinco flechas son un claro indicador de una conducta por parte del cupido no adecuada, una que se reportará de inmediato para mandar al cupido a cumplir servicios a la comunidad según el anexo 48 del presente Reglamento. No se descartará tampoco un mayor número de horas diarias de contemplación divina, para que la imagen del Señor limpie su alma.

Departamento de Saturno

ORDEN de 31 de agosto de 2014, del Consejero de Saturno, por la que se aprueba el presupuesto compartido para crear un nuevo resort de lujo.

Según el acuerdo número 56 establecido en la tregua 14-a con el Infierno, cuando las instalaciones en el planeta de cría se queden pequeñas, se realizará un aporte económico para su ampliación.

Así pues, el Consejero de Saturno aprueba la partida económica detallada en los anexos I y II de la presente orden. Las instalaciones del resort están definidas en el anexo III y la participación del archidemonio de finanzas, con sus aportaciones económicas y en mano de obra, se detalla en el anexo IV.

Capítulo Seis

¿Daniela una cornuda? ¿Su marido el camionero poniéndole los cuernos?

¡Pero quién lo iba a imaginar!

Desde luego, ella no. Demasiado inocente y confiada. Eso que su ángel custodio llevaba años observándolo desde arriba y no se había decidido a intervenir hasta ahora. Yo, por supuesto, lo supe desde el momento en el que se casaron y él le prestó más atención a la chica del *striptease* de la despedida de soltero que a su mujer ataviada con su blanco, precioso y recatado vestido de novia.

¿Qué quién soy yo para saber esas cosas?

Alguien que las sabe.

Juzgarlos, eso no puedo. Pero conocer su alma, sus más íntimos pensamientos y además hacerlo con decenas de miles de humanos a la vez, sí.

Por supuesto, no os hagáis ilusiones porque no voy a deciros quién soy. No todavía. Pero sí que os dejaré con un poco más de esa telenovela tan agobiante e insulsa... eh... fascinante, quería decir fascinante, que es la mente de Daniela.



Estaba con Ana en su salón, cenando. Habían pasado las fatídicas dos semanas de socorro-tengo-dos-hijos-y-estoy-sola (es lo que pasaba cuando tus padres y hermano vivían en otra ciudad) y, en medio de los cuatro días de descanso que se tomaba esta vez mi marido, había aprovechado para escaparme a casa de Ana. Yo habría preferido un restaurante, por aquello de ver mundo (el parque infantil y las cuatro paredes del Sabeco no contaban) pero Ana decía que su sueldo daba para cena o copas, no para las dos cosas. Así que cuando yo volviera a casa ella se iría de bares con unas amigas. Bares... ¡anda que no hacía años que yo no pisaba uno! Bueno, en realidad cuatro, desde que tuve a Luis. Y me iría encantada con ella, pero si tardaba horas en aparecer por casa podría encontrarme a mi marido asomado a la ventana y reflexionando sobre las bondades de la defenestración mientras el bebé no-quiero-bibe-a-mí-dame-teta

ensayaba para entrar en un coro de gatos (es que mi vecina tenía tres y cada vez que Dani lloraba, sobre todo si era de noche, parecía que se entendieran).

En fin, como siempre me decía a mí misma, céntrate Daniela, bonita, que esto pasará cuando, en vez de tres y uno, tengan seis y cuatro añitos. Y ahora... ahora a disfrutar de mi cena sin niños. Sin sobresaltos. Sin temer que si dejo de estar atenta a todo por un segundo se me va a accidentar un hijo.

—... fataaaaal —acabó Ana su larga frase y me miró como esperando una respuesta.

«¡Ops!, me ha pillado... —pensé—. A ver, céntrate bonita. Y pensar que no tenía jamás que hacerlo en esa vida ya tan lejana del a. L. (antes de Luis)... ¡Céntrate! Ana te estaba contando lo de la boda de Eva, donde conoció a su cita y era “guapíiiiiiiiiisimo” y tenía una voz taaan sexy. (Céntrate, leñe; prohibido reírse ante la cara de boba que había puesto al deciiirlo). Esto... y te decía que todo era genial, tú te tragabas el rollo de todo lo que hablaron (¿para qué necesitaré saber yo que el tal Juan tiene dos muelas empastadas y usa colonia Hugo Boss?) y todo iba bien, tan bien que hasta habían tenido un breve pero apasionado escarceo en una esquina oscura de los jardines del restaurante. Y es entonces cuando cometes el imperdonable error (desde el punto de vista de Ana, claro) de abstraerte pensando en tus niños. Me da igual. No entiendo nada. Pues si todo iba bien ¿por qué narices me mira ahora con expresión de perra apaleada?».

—Esto... —intenté escurrir el bulto— ¿por qué no me dices cómo te sientes?

Eso casi nunca fallaba.

Ana me miró como si se enfadara.

—¡Pero si te acabo de decir que fatal!

Lo dicho: casi nunca fallaba.

—Ya... me refería más en detalle.

—Joder, Daniela, que a veces parece que no me escuches. ¿Pues no te digo que cuando se enteró que lo de aparentar noviazgo era para fastidiar a esa presuntuosa se lo tomó muy a mal?

«¿Me está mirando con suspicacia o me lo parece? —no pude evitar pensar—. Porque como Ana se entere de que estaba en Babia ante lo que debe ser la gran revelación de su gran noche... me mata».

—Bueno, pero ya lo sabía, ¿no?

—¡Eso creía yo! Pero se ve que mi prima olvidó decírselo —aclaró ante mi mirada desconcertada—. Y cuando le agradecí su ayuda para hacer sudar de envidia a esa arpía, él va y me pide que se lo repita. Lo hago y se larga. Así, tal cual. —Escenificó con las manos—. Va y se larga. Así que, ¿cómo cojones quieres que me sienta?

—Esos tacos, Ana...

—Oye, chatita, que yo no tengo niños. Y ahora al grano, ¿tú qué habrías hecho?

—Bueno, pues supongo que nunca habría entrado en semejante situación pero —

rectifiqué rápidamente ante su mirada cada vez más peligrosa y su manera de asesinar el solomillo con el cuchillo— de haberlo hecho seguramente me habría quedado tan de piedra como tú.

—¡Hombres! Son unos groseros.

Me apresuré a emitir unos ruiditos solidarios mientras tomaba un sorbo de vino. Supongo que no le apetecería oír que haberse ido decía bastante a favor de él. Al menos, era lo que yo habría hecho si fuese un tío y lo que parecía ser una cita a ciegas con una chica simpática se transformara en una especie de culebrón sin pies ni cabeza, uno donde la protagonista sufría un caso de infantilismo agudo. En fin, a lo que íbamos:

—Si es que tienes una mala suerte con los hombres... —solidaricé pues es lo que seguro que esperaba de mí. ¿Debería hurgar más en la herida recordándole lo del novio travesti?

—Y que lo digas... —Se llevó a la boca un pedacito del masacrado solomillo—. Oye, ¿y tú por qué tienes tanta suerte?

—¿Eh?

«Nota mental —pensé—. Si yo también le pego estos cambios de tema a mi marido, no me extraña nada de que se queje de que conmigo es difícil mantener una conversación coherente».

—Sí, mírate. —Señaló mi plato—. Te estás poniendo morada de patatas y allí estás, tan feliz en tu talla 38.

—Déjalo anda... ya sabes que es por el pecho. Que el bebé come mucho.

—Eso, encima recuérdame que tienes hombre y niños.

—Ana...

«Hum... fase depresivo-agresiva —pensé—. ¿Sería el momento de irme a casa aunque aún me quedara hora y media? En todo caso, para haberla puesto así el tal Juan debía de haberle gustado bastante antes de su huida».

—Aunque tampoco te me pavonees, que el otro día, mientras me preparabas el café cuando te fui a ver a casa, ojeé el libro de supernany que tenías sobre la mesa y leí aquello de que dormir con el bebé en la misma cama es el mejor método anticonceptivo que hay.

—Muy graciosa, Ana. En fin, siento mucho que se fuera tu cita pero...

—¿Fuera? —me interrumpió indignada—, hizo más que eso. ¡Me decepcionó y me dejó tirada! Ya no es solo que fuera médico, estuviera bueno y conectáramos, ¡es que Eva me lanzó luego una mirada sarcástica de esas de «te pillé» y casi me muero!

—Bueno bonita, creo que mejor será que en vez de tomar postre vayamos fuera a tomar una copa. Invito yo. Y luego ya me voy para casa que hoy tengo que volver un poco antes.

Por suerte, porque ya no estaba para más conversación de chicas, Ana me hizo caso.

Por suerte... ¡sería inocente!



—Oh no, Dios mío, ¡es él!

Llevábamos unos 15 minutos en el bar de copas que hay a dos paradas de autobús de su casa. Yo estaba pensando ya en despedirme cuando Ana se quedó blanca, se llevó una uña a la boca y señaló, con un dedo con un trocito menos de uña y una mancha más de carmín, hacia la derecha. Y allí estaba el que solo podía ser el tal Juan. Alto, moreno, bastante guapo si te van los hombres cuyo color favorito es el marrón y a los que les gusta el ajedrez y el sudoku (esto de contarnos este tipo de detalles sobre los ligues tenía que acabar). Y lo mejor de todo...

¡¡¡Mi pediatra!!!

Bueno, el pediatra de mis hijos.

No, rectifico, lo mejor de todo fue que miró a Ana, puso cara de susto y de querer poner los pies en polvorosa y entonces me vio a mí.

Juro que noté cómo luchaba su mente.

Esa especie de gota de sudor invisible de los mangas que denotaba todo lo que le gustaría irse sin saludar pero que, por otro lado, eran cuatro años de consultas casi semanales, sobre todo en invierno. Porque era un médico privado y no precisamente de los baratos...

Se acercó.

(Señor... yo sabía de qué color llevaba los calzoncillos el sábado. ¿Debería cambiarme de pediatra?).

—Buenas noches, Sara, ¿qué tal los niños? —me saludó, bastante tenso.

Aunque para tensa yo... ¡si al menos Ana me hubiera dicho el único detallito importante! No su colonia o el tamaño de su paquete. No... con el apellido me habría bastado. ¿Cómo si no iba a saber yo que el doctor Ramírez era Juan?

—Buenas noches. Bien, gracias. Eh... —¿y ahora qué narices le decía?—, Dani ya no tiene fiebre. Ya le ha salido del todo el diente y...

—¡Juan! —me cortó Ana toda acalorada—, ¿es que no vas a saludarme?

—¿Qué tal estás, Ana?

—¿Tú qué crees después de que me dejaras tirada y de qu...?

—Ana está bien. —Esta vez me tocó cortarla a mí, sobre todo antes de que soltara alguna palabra con c y ón. Y no me refiero precisamente al camión de mi marido—. Es un poco alocada pero está bien. En su defensa diré que pensaba que sabías que ella quería fingir delante de Eva que erais novios. En fin, nosotras nos vamos que tengo que ir a dar de tetar a Dani.

«¿En su defensa diré? —pensé horrorizada—, ¿pero estoy mal de la cabeza? ¿Ahora hago de celestina o de reparadora de patas? Yo mejor me cambio de pediatra...».

Y sin dejar de mirar a mi amiga con esa mirada mía de *haz lo que te digo o te mato*, la arrastré fuera del bar, la conminé a no decir ni mu y me despedí de ella en la

calle.

—Yo me voy. Tú entra o ve a donde has quedado con tus amigas. Pero de verdad, te aconsejo que no vayas a intentar hablar con él; no creo que esté por la labor. En todo caso, ya sabes algo para la próxima vez: nada de fingir noviazgos. —Y no lo decía precisamente por lo del achuchón...—. Hasta luego, Ana.

—Pero...

—Hasta luego. —No dejé que el cansancio le quitara efecto a mis palabras. Decisión y firmeza, como con los niños. Que no te vieran dudar—. Nos vemos el jueves.

Me fui.

Cuando llegué a casa, milagrosamente los dos niños estaban dormiditos (Luis ya me lo imaginaba pero de Dani no lo tenía tan claro) y mi marido me esperaba viendo la tele.

—¿Te lo has pasado bien, cariño? —me preguntó cuando, tras darle un beso, me quité los zapatos y me senté a su lado.

—Todo lo bien que se puede cuando Ana se pasa tres pueblos.

—¿Eh?

—No le dijo a su ligue lo de fingir estar saliendo y nos lo hemos encontrado. — ¡Y es nuestro pediatra!, pero saber más no nos hacía más felices—. En fin, no me apetece hablar de eso. Prefiero saber qué tal te las has apañado.

—Pues muy bien. Han cenado los dos y los he acostado.

—¿Con lloros?

—Solo los que supongo son habituales por los celitos.

—Ya...

«¿Le creo?», dudé.

—¿Sabes una cosa? Cada día que me quedo solo con ellos te quiero más por cómo los cuidas cuando no estoy.

—¿Sabes una cosa? —le pregunté mientras me giraba para besarlo. ¡A la mierda ir a ver cómo duermen y a la mierda el método anticonceptivo de la supernanny!—. Por todo el trabajo que me dan cada día, yo... también me quiero. —Le volví a besar.

Por primera vez en tantas semanas que ni me acuerdo, aunque fuera uno rapidito y en el sofá, tuve algo de sexo. Que Ana tenía razón, que eso de dormir en la cama con un niño es mano de santo para convertirte en monja.

Menos mal que mi marido era un encanto y, en ese aspecto, no me presionaba demasiado.

Y en cuanto a los fuegos artificiales, las chispas, las trompetas y los «ahhhhhhhh» descontrolados, se habían ido hacía tiempo (otros más que pertenecían al a. L.) pero yo estaba segura de que volverían. Tan solo tenía que seguir teniendo paciencia, aguardar a que los peques no requirieran tanta atención constante y los buenos momentos a solas volverían.

Mientras tanto, no iba precisamente a quejarme por uno rápido en el sofá.

Capítulo Siete

Y mientras Daniela vivía en la más alta de las inopias, creyendo que su esposo era un ser asexuado que no necesitaba más que un polvo cada cuatro o cinco meses, este volvía a irse de viaje de trabajo. A Francia esta vez. Lo que la mujer tampoco sabía era que ese camión que todavía estaban pagando era el aval de un crédito que su impecable marido había pedido y se había gastado en putas y juergas.

Era lo que tenía viajar tanto.

Era lo que tenía estar casado con una buena e ingenua mujer.

No, más bien era lo que tenía tener un ángel custodio como Ageón.

Ageón...

(Suspiro).

Ageón.

Tenía que reconocerle que lo suyo no era normal. Para empezar, era uno de los pocos cupidos a los que los suyos le habían puesto un apodo; en este caso, *el motero*. Uno que parecía venirle como anillo al dedo, con todos los clichés que eso conllevaba. Por favor, ¡si hasta tenía una banda y una harley!

Con su cara bonita y su cuerpo de infarto, más que real, parecía sacado de la imaginación calenturienta de alguna mujer adicta a las emociones fuertes.

Ageón...

Si es que yo misma querría hacerle algo y, como buena criatura celestial, no era besarle. (¿O qué habíais pensado?). Más bien bajar abajo y decirle cuatro cosas bien claras, hacer que su guardián lo sancionara... algo. Pero no podía porque el cupido no incumplía ninguna ley. El puñetero se sabía de memoria el Boletín Oficial Angelical (B. O. A.) y, por mucho que me pesara, yo también tenía que seguirlo y respetar así el libre albedrío humano. Porque según el Reglamento de guardianes, de 1 de enero del año 11, donde se vigilaba que el cupido se mantuviera puro e incontaminado por el mundo humano, Ageón, corrupto como nadie, no lo incumplía. No porque solo le había lanzado una flecha a su protegido, el cual además era muy feliz. Y en cuanto a lo de bajar a la Tierra otra vez, él lo hizo dos días después de que acabara el periodo de carencia. No era ningún secreto que no bajó antes (más o menos al pasar el día que

se indicaba en el punto 67-c del Reglamento de guardianes) porque se había tomado más vino del que tenía asignado para la eucaristía; pero eso no era una infracción del Reglamento. Además, los arcángeles solían hacer la vista gorda en lo del vino ya que era la única bebida que se permitía en el Cielo, un lugar bastante aburrido para vivir (que me lo dijeran a mí, que estaba encantada de ser lo que era y poder haberme ido de ese sitio tan luminoso, lleno de corrientes de aire y sin nada que hacer en todo el día más que practicar la contemplación divina, realizar trabajos voluntarios para el mantenimiento de las instalaciones y mantener charlas filosóficas y elevadas con otros ángeles...). Así que, aunque me diera cuenta de que Ageón se les había escapado por un agujero del Reglamento, yo, como vigilante, no podía proponer modificaciones al B. O. A. Solo informar. Ni siquiera juzgar. Solo recopilar historias, vidas ajenas, y pasárselas a los jueces en forma de una bonita película. Una que en el caso de los humanos era revisada el día de su muerte. Y, en el caso de los cupidos, los guardianes podían pedírmela cuando lo desearan. Además, si observaban algo anómalo, ellos sí que podían denunciar; solo si se incumplían las leyes, claro. Leyes que ni los guardianes podían modificar; eso era cosa de los aguaciles y siempre con el consentimiento de los arcángeles.

Así que el ángel custodio de Pedro se lo estaba pasando en grande en la Tierra y, pese a estar totalmente contagiado con la visión humana de que como solo se tiene una vida hay que disfrutarla, cumplía con su protegido y, por lo tanto, recogía méritos para convertirse en un guardián. Sí, porque para ganarse ese ascenso solo había que hacer una cosa: no incumplir ninguna norma y que tu protegido fuera muy feliz. Lo sé, lo sé... Ageón un guardián.

(Suspiro).

Me encantaría poder decir que antes se quemaría el Cielo pero, por desgracia, *«las leyes y las normas están hechas para ser respetadas y en su inflexibilidad reside su grandeza»* (Credo 40, línea 58). Desde luego, yo no pensaba ir a quejarme a un arcángel. Sentía demasiado respeto por esas espadas sagradas de luz divina que estos eran capaces de convocar con un simple chasquido de sus dedos.

¿Y que a dónde quiero llegar con toda esta divagación?

Pues a que el ángel custodio del camionero, para mí un cupido transgresor que había descubierto que la Tierra tenía muchos placeres que ofrecer, para mis jefes un trabajador ejemplar y para Daniela, si supiera de su existencia, seguramente un hijo de puta, estaba en un callejón de París con su protegido haciéndole muy feliz.

Y es que, además de que estaba buenísimo, algo tenía que reconocerle: era capaz de enamorar al camionero cada noche de una o dos chicas distintas sin tener que lanzarle flechas (con el consiguiente estado de pañal y alitas que lo devolvería flotando al Cielo).

Algo ante lo que una casi siente el impulso de quitarse el sombrero. Por eso, por una vez y sin que sirva de precedente, bienvenidos al que de verdad sí es fascinante mundo de Ageón.

(¿Pedro? Pedro no es nada comparado con su custodio enfundado en cuero y conduciendo una harley).



El hombre se agachó para esquivar la navaja y le dio un buen puñetazo en la boca del estómago a su agresor. Después, le paró la mano del arma con un choque de su antebrazo izquierdo contra su muñeca y el siguiente puñetazo que le propinó fue directo a su rostro. Tres fuera. Quedaban dos. Dos que estaban peleando con su protegido.

Ageón sonrió y devoró los pocos pasos que los separaban en una zancada larga, poderosa. Su pelo, rubio, estaba recogido en una cola a su espalda y sus ropas, de cuero, parecían de motero. Él, con sus casi dos metros de altura, su cuerpo fuerte y musculado, no era para nada el prototipo de cupido. Ni se parecía a este del modo más remoto. Mucho menos en esos instantes, cuando estaba lanzando una patada con sus botas de gruesas hebillas metálicas a uno de los dos hombres que peleaban contra Pedro, haciéndole perder el equilibrio y, a continuación, inmovilizándolo en el suelo para darle a gusto un par de puñetazos hasta dejarlo K. O.

—Gracias por la ayuda, Ageón —le dijo el camionero mientras, con tan solo un contrincante en frente suyo, esquivaba un golpe y lanzaba otro hacia este.

—Son unos debiluchos. Acaba con él y vamos a refrescarnos. Ayer conocí a tres estudiantes de arte que nos han invitado a su casa. Entenderás que no quiera llegar tarde.

—¿Tres? ¡Auch!

Al hablar, Pedro se despistó y recibió un golpe en la mandíbula. Su ángel se echó a reír. El camionero, algo enfadado, le devolvió el golpe a su agresor y no paró hasta que este se llevó un par de puñetazos, hizo las cuentas de que, con sus amigos caídos él era uno contra dos, y echó a correr calle abajo.

—Anda, vamos, les pediremos un poco de hielo. —Ageón le palmeó en la espalda y miró hacia ese morado que estaba saliendo en la cara de su protegido.

—Espero que se haya ido para cuando vuelva a Zaragoza. No me gustaría tener que inventarme alguna excusa para Daniela.

—Se habrá ido. Venga, vamos, que las chicas nos esperan.



—¿Cuál de estas tres nenas te gusta, Pedro? —le preguntó Ageón media hora más tarde mientras se acercaba a la mesa del salón donde su protegido estaba sentado, en frente de un par de bebidas con hielo.

Llevaba a dos chicas enlazadas por la cintura y la tercera estaba agarrada a una de

sus amigas.

—Las dos rubias —le contestó tras lanzarles una mirada más que apreciativa.

—No. Solo una. Las otras son mías.

Ageón se paró con las chicas delante de la mesa y se negó a soltarlas hasta que Pedro se decidiera.

—¿Otra vez con eso de que por ser un ángel tienes más vigor que yo? Menuda gilipollez. En fin, me quedo con la de la derecha.

Su amigo se la lanzó y, mientras la joven aterrizaba en el regazo del camionero, el cupido agarró a sus dos chicas y tomó asiento en frente de Pedro.

—¿Eres un ángel? —le preguntó una de ellas, la única castaña.

—Por supuesto. ¿Quieres que te lo demuestre?

La de cabellos del color de la tierra se echó a reír a la vez que le decía que sí. Pedro le pasó su copa; no era una cerveza pese a que Ageón la prefería, ya que las estudiantes no tenían en su nevera. No estuvieron demasiado tiempo bebiendo y bromeando, en seguida fueron a las habitaciones de las jóvenes a vivir la vida. A grandes tragos, como decía Ageón. Pues para él, si un cupido disponía de la misma ridícula cantidad de tiempo que un humano, ¡qué menos que disfrutarla intensamente! Eso de no tener más que unos años divertidos en Saturno (si es que podían llamarse así al haber una única mujer) era, en su opinión, patético, aburrido y tan rígido como las normas y las leyes. Esas que, mira por dónde, él no incumplía. Ya que ni siquiera le había contado a su protegido lo que era; más bien este lo había pillado en pañales y con el arco, a punto de dispararle, y al pobre Ageón no le había quedado más remedio que ponerle al corriente. La pena fue que, después de la charla, Pedro estuvo de acuerdo en que le lanzara la flecha y él tuvo que volverse al Cielo y esperar el lapso obligatorio de dos años hasta volver a bajar. Así pues, considerando que el ángel era igual de habilidoso en la cama que buscando modos de hacer lo que le viniera en gana, sus dos chicas se lo pasaron mucho mejor que Daniela la otra noche en el sofá. Incluso la rubia de Pedro se lo pasó mejor que ella. Pero claro, era una aventura de una noche, no una amante esposa a la que respetar. Porque eso de que fuera la madre de sus hijos (y que amamantara al pequeño) le cortaba de golpe a su esposo toda excitación. Algo con lo que Ageón no estaba de acuerdo. Que su protegido fuera infiel y se divertiera, ¡genial! Pero, en opinión del cupido, también debería cuidar mejor de Daniela. Y hacerla disfrutar un poco más. Pues, como Ageón solía decirle a Pedro cuando hablaban de ella, a esa chica lo que le hacía falta era un buen polvo.



BOLETÍN OFICIAL ANGELICAL

AÑO 2014 DESPUÉS DE CRISTO - NÚMERO 356 909

SUMARIO

IV. Lista de sancionados

IV. Lista de sancionados

Departamento de Justicia.

Lista de sancionados.

Según el Salmo veintiocho, cada mes se redactará una lista con los ángeles que han sido sancionados, la causa y el castigo. A fecha de 31 de agosto de 2014, la lista de los sancionados en dicho mes de agosto es la siguiente:

Cupidos

Nombre y apellidos	Causa	Castigo
Maleina Jyt Cualtya	Más de cinco flechas	Dos años de servicios comunitarios
Mklodinorka Cla Myrk	Más de cinco flechas	Dos años de servicios comunitarios
Rocfanora Mor Blacia	Exceso de tiempo de nube	Diez horas de contemplación divina
Mfanoira Vla Noerrto	Protegido infeliz en grado 8	Tres años de servicios comunitarios
Alanuer Alt Cacaria	Negarse al periodo de cría	Imposición de doble periodo de cría
Litya Lop Llainark	Engañar a su protegida	El innombrable
Delan Lae Llabronk	Denunciar en falso	Diez días seguidos de contemplación divina

Guardianes

Nombre y apellidos	Causa	Castigo
Dayafarna Bla Torca	Informe de su vigilante	Degradación a cupido

Con referencia a Flayanor Kko Ñuñezta, acusado de abusar del alcohol, la comida y las mujeres humanas durante el mes que estuvo en la Tierra para lanzar la primera flecha a su protegido, el juez número 18 de este Departamento de Justicia le declara libre de toda culpa, ya que no ha incumplido ninguna de las leyes ni ha dado positivo en ninguno de los indicadores objetivos de estar dejándose influenciar por la sociedad humana.

Su delator, Delan Lae Llabronk, está reflejado en la lista de sancionados.

Capítulo Ocho

El tiempo pasaba y a Daniela le llegó su tan esperado momento de disfrutar de las vacaciones de su marido. Y del Sol. Y de la playa. Eyén, por supuesto, la siguió. Todavía estaba en fase de «recopilación de datos» y, según él, una escapada de su protegida con Pedro era algo así como una oportunidad perfecta para observar la dinámica de la pareja.

¡Como si no la hubiera observado bastante desde el Cielo!

En momentos como este lamento no poder hacer nada más que mirar. Porque me habría encantado decirles cuatro cosas tanto a Eyén como a su protegida. La cual, por cierto, estaba cada vez más insufrible, quejicosa y agobiada. Se acercaba algo, una tormenta, un clímax de esos que hacían que a una le cambiara la vida. Pero todavía no había llegado y por eso, esta vez, os recomiendo no echar un vistazo a los pensamientos de Daniela.

Sinceramente, pues yo no puedo mentir.

Aunque podría ocultároslos, ahorráros su cadencia plañidera, pero no es ese mi papel. Así que, una vez más si aún seguís aquí, bienvenidos al fascinante mundo de Daniela:



Por fin era Agosto y Pedro se tomaba dos semanas para ir a la playa. Yo estaba como loca haciendo planes y empacando cosas. Me moría de ganas por volver a tumbarme al sol en la arena. Desde mi embarazo de Luis (y de eso hacían ya cuatro años eternos) no había vuelto a pisar una playa. Primero porque Luis era un bebé chiquitito, luego porque mi segundo embarazo fue de bastante reposo y el año pasado porque Dani era el pequeñito a proteger del sol. Pues por fin, este verano, podía llevármelos a la playa. ¡Qué genial! ¡Plaaaaya!!!

A veces me pregunto cómo el entusiasmo era capaz de hacerme tan ingenua.

¿Es que no sabía que el cambio de rutina molestaba a los niños pequeños y

machacaba a sus padres? ¿Qué hacía yo depilándome y llevándome ropa linda para arreglarme y sentirme mujer otra vez? (Mujer: concepto curiosamente distinto a mamá). Y ya no digamos las sandalias de tacón en una vana esperanza de poder ir a tomar un café con mis dos angelitos portándose bien. Menos mal que no olvidé ni las deportivas ni los vestidos oscuros de batalla, esos donde las manchas no se notaban demasiado.

Decir que fue apoteósico sería quedarme corta. Me conformaré con dejar claro que ahora entendía por qué el mayor porcentaje de divorcios ocurría en verano. Y eso sí, hasta que no crecieran yo no volvía a pisar un hotel. Y no era porque me hubiera llevado mil kilos de crema de sol y apenas nada de ropa de abrigo y se hubiera pegado toda la semana lloviendo y con un bajón de temperaturas increíble. No... Era porque, sencillamente, hotel y nenes de estas edades nunca habían sido dos conceptos compatibles.

Así que mi quincena de ensueño ya pagada se había quedado en una semana y eso porque habíamos necesitado casi siete días para darnos cuenta de que, puestos a perder el dinero del hotel, mejor perderlo en casa, donde por lo menos teníamos un entorno controlado para soltar a los pequeños.

Ahora supongo que todo se podría haber evitado si me hubiera parado a pensar antes de dejarme llevar por mi deseo de tener unas vacaciones en la playa. Pero claro, ¿si me hubiera dado cuenta de lo que eran Luis y Dani en un hotel me lo habría creído? Quizá no que se me iban a declarar en huelga de hambre. Desde luego no que las tronas del comedor no iban a tener correas para evitar que Dani, que hacía poco que sabía andar, decidiera que el mundo era demasiado interesante como para estar sentado. Pero por lo menos debería haber comprendido que una sola habitación para dormir los cuatro era una receta segura para no dormir, que algo tan tonto como no llevarme el DVD portátil lleno de dibujos animados era un terrible error (a ver cómo descansábamos cinco minutos si no), que la piscina del hotel evidentemente no tenía barreras para evitar que se me escapara cada uno por un sitio diferente, que el mar les daría un miedo terrible o, como no, que la arena era perfecta para que el mayor le rebozara la cara al pequeño. Toda. Entera. Hasta el blanco de los ojos.

Lo que yo digo, con tanto susto, las madres debemos de tener un corazón a prueba de infartos.

En fin, para otra vez que no iba a haber (porque yo no me volvía de vacaciones con estos hasta que no crecieran y mucho) ya lo sabía. Y también sabía que, justo al volver por fin a casa, tendría que haberme esperado a que Pedro se hubiera ido al bar antes de mirar por Internet las estadísticas de suicidios y divorcios en vacaciones. La tesitura de tener que explicarle el porqué consultaba esos datos era algo que, sinceramente, me podría haber ahorrado.

Así que... por fin era agosto y estábamos los cuatro en casa. Seguro que había montones de cosas interesantes que hacer en la ciudad donde un sol inclemente hacía juego con los cuarenta y dos grados a la sombra y la ausencia de lluvia.



Saludos otra vez. Vuelvo a ser yo quien habla, el «yo» sin nombre. El que os cuenta la historia porque tiene asignada esta ciudad.

Y, al narrárosla, no suelo intervenir dos veces tan seguidas. Solo una, justo al presentaros esos acontecimientos que estuve destinada a presenciar; pero, ya que acabáis de disfrutar de lo bien que se lo pasaba Daniela en vacaciones, a lo mejor os apetece saber qué hacía el pobre Eyén mientras tanto.

¿Qué tal si le damos una imagen romántica de caballero de blanca armadura (y alas) al rescate de su protegida? Algo así como que quizás era un camarero del hotel que intentaba en vano tranquilizar a la mujer mientras se llevaba las verduras que ella había seleccionado para que las batieran e hicieran un puré para Dani, o un valiente turista que sujetaba a Luis cuando este se iba corriendo escaleras abajo... ¿Bonito, verdad? Y hasta podría acercarse a ella y aprovecharse de ser un completo desconocido para tener una de esas conversaciones transcendentales que los humanos suelen tener con gente que no van a volver a ver en su vida, una de esas donde se dan cuenta de detalles importantes que estaban pasando por alto.

Pues no.

Es en momentos como este cuando me pregunto por qué me molesto en preocuparme por los míos si no se me permite intervenir...

El caso era que Eyén estaba más bien cómodamente instalado en el hotel y disfrutando de los placeres de la comida humana, de lo cómodo de sus camas y de lo relajante de sus piscinas y *jacuzzis*. Todo ello porque hacía demasiado que el cupido no bajaba a la Tierra y, además, tenía miedo de hacer alguna locura ya que estaba enamorado de su protegida.

¿Que si yo también lo sé?

¿Que por qué no hago algo para que le castiguen?

Porque primero veo, observo, analizo... y luego...

Luego como ya creo haberos dicho le paso los datos a mi jefe, que es el juez y el que pone los castigos.

Capítulo Nueve

Eyén estaba sentado en una terraza, justo enfrente del parque infantil donde Daniela iba todas las mañanas a que jugaran los niños.

Eran las diez y media y ya comenzaba a apretar el calor. Por suerte, soplaba una ligera brisa que hacía que todavía se estuviera bien en la calle. Zaragoza nunca había sido un sitio fresco para pasar el verano y para Eyén, que estaba acostumbrado a las bajas temperaturas celestiales, volver por segunda vez a la Tierra (la primera fue cuando le lanzó las flechas a Daniela y a su marido) estaba resultando más caluroso de lo que esperaba.

Aunque tener a su bella protegida a menos de cinco metros, vigilando a su hijo pequeño mientras le decía al grande que nada de subir por el tobogán, que la rampa era para bajar, hacía que no le hubiera importado estar en el mismísimo Infierno. Ella era sencillamente perfecta. La había vigilado desde que tenía memoria, desde niño. Desde sus nubes algodonosas, se había reído con ella cada vez que la pequeña Daniela hacía una travesura de las suyas, se había emocionado con sus logros escolares, había echado las mismas lagrimitas que la joven ante las mismas películas y, sin poderlo evitar, se había acabado enamorando como el tonto que sabía que era.

Porque los cupidos no podían enamorarse de sus mortales. Y por eso ahora tenía que ayudarla a rehacer su vida sin caer en la tentación de dispararle una flecha que la volviera loca por él.

Así pues, Eyén se tomaba su coca cola con hielo (otros ángeles habrían pedido agua pero, en la estancia en el hotel, el paladar del custodio se había acostumbrado sin problemas al exceso de sabor de las bebidas humanas) a la vez que hacía como que leía el periódico y la miraba a ella. Solo a ella. Tanto que ni se dio cuenta de la escultural morena la cual, desde sus zapatos de plataforma y tacón de demasiados centímetros, levantaba miradas de admiración masculina y de encarnado odio femenino mientras se dirigía hacia él. Andando con su fabuloso vestidito blanco tan corto que parecía que se le fuera a ver su bien formado trasero a cada paso. Con sus gafas de sol, su melena al viento y la despampanante juventud de sus escasos veintidós años.

—¿Tú por aquí, Eyén? Cuánto tiempo... —Le dirigió una de sus radiantes sonrisas a la vez que se quitaba las gafas y las colocaba enganchadas en su vestidito a la altura del escote, ese que dejaba ver una buena cantidad de piel tersa y morena.

El aludido se sobresaltó. Había estado tan absorto con Daniela que ni se había percatado de la presencia de la mujer hasta que ella no se hubo sentado a su lado.

—Deyanira, ¿qué haces aquí? —Frunció el ceño.

Ni se dio cuenta de que estaba llamando la atención de los demás clientes de la terraza de la cafetería tan solo porque ella se había sentado a su lado. Incluso Daniela les echó una mirada rápida, una que llegó acompañada de un suspiro porque ella no tenía tiempo para cuidarse y estar tan fabulosa como esa chica y mucho menos para quedar con su marido a tomar tranquilamente algo por la mañana. Sus dos pequeños tenían que ser vigilados continuamente (ya llegarían tiempos mejores, ya llegarían...).

—Oh, vamos, Eyén —más que hablar pareció ronronear la diablesa, su voz acariciante y sensual por naturaleza—, ya sabes que yo adoro la Tierra.

—Tú lo que adoras es joderles la vida a los humanos.

Deyanira se echó a reír. Su cabeza cayó un poco hacia detrás, revelando las perfectas proporciones de su cuello. Cuando volvió a mirarle, un destello juguetón aleteaba en sus ojos verdes.

Sí, verdes.

El verde es el color de las *femme fatale* y no había duda de que las diablesas lo eran.

—Eyén, mi inocente angelito... Yo lo que adoro es que me admiren, que me deseen, que hagan cualquier cosa por mí. Porque eso es lo que me da poder y no uno cualquiera...

La mujer chasqueó los dedos y, en la lejanía, se escuchó un trueno.

—No te pases.

—¿Ah, no? —le sonrió.

El agua del vaso del cupido comenzó a hervir. Este la miró con el ceño fruncido.

—Ya vale, Deyanira. Se van a dar cuenta. —Miró hacia los humanos.

—Tranquilo, están demasiado ocupados desnudándose con la mente como para prestar atención a tu aburrido vaso. —Le guiñó un ojo.

—¿Qué quieres?

—¿Que qué quiero? ¿Y tú me lo preguntas? —Se inclinó hacia él disfrutando del momento, de que Eyén ignorara por completo a su estúpida protegida—. Yo te quiero a ti.

Se acercó más y le plantó un beso en los labios. Daniela, que estaba empujando a sus hijos en los columpios, los miró de reojo y suspiró (Ainsssss, ¡ella también quería! Pero su marido estaba, para variar, trabajando bien lejos de ella).

Eyén se vio por unos instantes atrapado por el hechizo de deseo y libido que el contacto con la diablesa tenía. Quería seguir besándola. Quería tumbarla sobre la

mesa. Quería arrancarle el vestido y tirársela allí mismo. Por suerte, él era de naturaleza celestial y podía vencer las malas artes de Deyanira. Se recompuso y se apartó de ella. Como siempre hacía. Eso que sabía que la diablesa lo había elegido para procrear y que, cuando ellas elegían, lo más sabio era plegarse a sus deseos. Pues por muy angelical que uno fuera los bebés cupido no nacían de las nubes, había que crearlos y, para eso, necesitaban una madre. Dado que no existían «cupidas», todos los ángeles custodios acababan cediendo a la llamada de una diablesa y, durante unos años, se escapaban con ellas a un lugar neutral entre el Cielo y el Infierno, uno donde poder tener y criar a sus hijos: Saturno.

Antes era la Luna, pero con los avances tecnológicos humanos habían tenido que emigrar para que los susodichos no miraran al cielo y vieran resorts de lujo con demonios menores sirviendo daikiris (un cóctel de origen infernal que ellas, en sus visitas a la Tierra, habían popularizado) y piscinas de espuma.

—Lo siento, Deyanira, pero no quiero tener hijos tan pronto.

—¿Tan pronto? —Ocultó ella su frustración tras una pátina de ironía. Pese a todo, su voz sonó ronroneante y acariciadora, como si en vez de estar sentada a su lado mientras lo asaeteaba con su mirada verdosa, estuviera desnuda en uno de esos resorts de Saturno y pasando su húmeda lengua por su miembro desnudo—. ¿Tú sabes que tienes veintiocho, verdad?

—Ya hemos hablado de esto.

—Sí, hace tres años, cuando cometí la estupidez de ficharte.

—Pues ficha a otro —se encogió de hombros.

—¿Y convertirme en el hazmerreír del Infierno? Antes lo congeló.

—Es lo que hay.

—No.

Deyanira se levantó y miró al cupido desde arriba. Continuó hablándole.

—No, Eyén, no es lo que hay. Lo que hay es que tú vas a venirte conmigo a Saturno antes de que pasen seis meses. Como un perrito vas a comer de mi mano. Y cuando me canse de ti, te dejaré a los niños varones y me largaré con mis hijas al Infierno. Siempre ha sido así y siempre será así. Y tú, estúpido angelote de mollera dura, me harás caso porque tienes al Consejo vigilándote y como la cagues o conmigo o con tu sosa protegida, estás jodido. Bien jodido —recalcó—. Y por desgracia para ti no lo será conmigo.

La diablesa se fue. Dejó una estela de su seductor perfume a su paso. Los hombres miraron a Eyén como si estuviera tonto por hacer enfadar a semejante morenaza. Y las mujeres... las mujeres se rieron por lo bajo ya que parecía que un físico arrebatador no valía para conquistar a un hombre.

Daniela ni se enteró. Ya estaba atando al pequeño en el carrito para irse a comprar. Eyén sintió miedo. Porque Deyanira tenía razón y él lo sabía. Si no se hubiera enamorado de su humana, a los veinticinco se habría ido a Saturno con la diablesa. Pero no... él tenía que hacerlo todo demasiado difícil. ¿Pero cómo se

suponía que iba a rendirse a los encantos de los bronceados brazos de Deyanira si solo podía pensar en los más blancos y menos tonificados (pero sencillamente perfectos) de Daniela?



BOLETÍN OFICIAL INFERNAL

AÑO 1348 DESPUÉS DEL ANTICRISTO - NÚMERO 356 901

SUMARIO

I. DIEZ CONSEJOS PARA QUE NO TE CASTIGUEN.

II. CÓMO LIARLA PARDA Y CON ESTILO EN LA TIERRA.

III. TUS SUPERIORES TE NECESITAN: ALÍSTATE.

IV. RECORDATORIO DE LA ÚNICA LEY.

I. DIEZ CONSEJOS PARA QUE NO TE CASTIGUEN.

Departamento de relaciones sociales de diablasas

Si estás harta de no divertirse lo suficiente y que se te sancione convirtiéndote unos días en demonio menor o prohibiéndote el acceso a las mejores fiestas del Infierno, aquí van unos consejos para ser la mejor. Porque tú puedes ser la perra más zorra del Infierno ;)

1. Ten siempre un as en la manga. Si uno de los jefazos te llama para violarte, torturarte, despedazarte y comérsete, ¡saca tu as! Muestra tu carta y hazle saber por qué debería comerse a otra, ya que tú eres útil y valiosa.

2. Procura que nunca te pillen. Espiar a las vecinas es divertido pero ten cuidado no te espíen a ti.

3. Jaycos S. L. es la mejor compañía especializada en seguridad de las viviendas. Jaizos S. L. es la mejor compañía especializada en hacer

desaparecer cuerpos, sin dejar ningún rastro que pueda llegar hasta ti.

¿A qué esperas? ¡Utilízalos!

No te juegues el tipo con compañías baratas y de peor calidad.

4. Mantén siempre una sonrisa en tus labios. Nada les joderá más a ellas que verte feliz. Y las diablesas felices suelen ser las más útiles.

5. Mantén cerca a tus enemigas. Al fin y al cabo, así tendrás con quién hablar, podrás vigilar sus ganas de acabar contigo y lucirte siendo el foco de su envidia.

6. Recuerda el credo supremo de las diablesas y las súcubos:

Tu atención es mi poder. El tiempo que dedicas a admirarme u odiarme yo lo recibo. El poder es mío.

7. No uses la magia si no quieres acabar fea, grandota y desproporcionadamente fuerte.

8. Antes de traicionar a tu progenitora y heredar todas sus pertenencias, recuerda que ella lo está esperando y ha tomado medidas desde que saliste del huevo.

9. El record de lanzamiento de flechas negras en un día es de 2586. ¿Puedes superarlo? Seguro que hacerlo te dará algún as en la manga ;)

10. Ten siempre un as en la manga. Y, por si ese no es suficiente, ten siete u ocho más. Recuerda que nadie sobrevive demasiado en el Infierno una vez que ha gastado su as principal. Así que, si todavía no te has ido a Saturno a tener tu periodo de cría y dar nuevas diablesas a tu señor, ve buscando y guardando ases para poder continuar monísima, vivita y taconeando en el Infierno. O serás la carnada perfecta para que te violen, torturen, descuarticen y coman.

¡Di sí a tener siempre siete u ocho más!

II. CÓMO LIARLA PARDA Y CON ESTILO EN LA TIERRA.

Departamento de relaciones sociales del Infierno

Tanto si eres una diablesa, la única demonio que tiene permitido interactuar con los humanos, como si no, tu obligación es subir a la Tierra de vez en cuando para hacerles la vida imposible. Y, en el caso de que seas una súcubo, un íncubo, un vampiro, una tarasca, una sirena, un espectro de peste o hambre, o algo peor, recuerda que es fundamental que no te pillen. Ya estamos peleando con esos rígidos del Cielo a causa de esto; no es necesario darles más pruebas de que incumplimos nuestro tratado.

Así pues, recuerda que tu misión es hacer que la aburrida vida de los mortales tenga más chispa. Da igual qué pecado capital elijas: ¡utilízalo!, ¡exprímelo!

Hazlo con estilo y visiblemente si eres diablesa, rodeándote de la envidia de las mujeres humanas y la lujuria de los hombres. Hazlo con disimulo si eres cualquier otra cosa. Hazlo con un humano por vez, dos, diez, mil o dos mil: cuantos más mejor. Con o sin precauciones. ¡Pero hazlo! ;)

Y luego vuelve al Infierno a regodearte en las fiestas de lo buena que eres y todos los puntos que has conseguido para tu señor.

III. TUS SUPERIORES TE NECESITAN: ALÍSTATE.

Departamento de Guerra y Ataque

Recuerda que tenemos una guerra abierta con el Cielo. A veces en zonas de la Tierra, apoyando a los diferentes contendientes humanos; pero siempre

en el Purgatorio. ¿Quieres ayudarnos?

¡¡¡Alístate!!!

Deja tu vida si no te satisface, si no eres la diablesa o demonio con más *glamour* y poder y vente al ejército.

Te daremos suficiente fuerza y mala leche como para acabar con todos tus enemigos. Y, además, bonus adicionales por cada ángel que mates.

Fuerzas armadas. Conocerás mundo. Conocerás otras dimensiones. Te quedarás con la mitad de lo que mates.

IV. RECORDATORIO DE LA ÚNICA LEY.

Departamento del archidemonio archivero

Recuerda que todas nuestras leyes se resumen en una: Siembra el caos, sé malo/a, diviértete y, sobre todo, ¡que no te pillen!

El Infierno premia a los audaces.

Capítulo Diez

Sabía yo que no era buena idea. No podría explicar el motivo excepto como una de esas intuiciones que teníamos las madres. Es decir, si tu bebé estaba callado una de dos: o se había cagado o se estaba metiendo una piedra en la boca. Y si el callado era tu otro hijo, igual era que había sabido quitar el protector de los enchufes y estaba intentando meter un bolígrafo dentro. Y si los callados eran los dos, entonces tiembla... quizá el mayor estaba intentando meter canicas por la nariz de su hermano. Y no era que yo dejara objetos pequeños a su alcance o no tuviera todos los muebles estropeados a causa de las bandas adhesivas de seguridad, no... Pero para ingenieros mis hijos. En fin, el caso era que si yo sabía que había ecuaciones con solución única y clarísima (como que *dos niños+dos padres+solo una habitación de hotel=no duerme ni Dios*, o, *dos niños+un parquecillo con carretera cerca+un solo padre=socorro*) no entiendo cómo pude no darme cuenta de *cuatro amigas agobiadas+una semana en la playa=líos de pantalones+que lo solucione Daniela*.

Y sí, yo era Daniela. No me llamaba así por algo tan original como que mi madre creyera que su vida era una telenovela (de lo cual me alegraba pues podría ser peor, podría llamarme María Daniela del Amor Hermoso o tener un apellido tan horrible como Seiyafes) sino que querían un niño, esperaban un niño y me tuvieron a mí. Llegaron hasta a hacerse una ecografía y ni siguiera el hecho de no ver una colita los sacó de su error. «Estará en mala postura el Dani». Pues vale... La cara que se les debió de quedar cuando el Dani nació capado debió de ser de foto. Solo decir que pasé mi primer año de vida envuelta en azul y hacía poco descubrí en el álbum de mi madre una foto mía con una camiseta con el dibujo de un niño con un tirachinas y una aureola en la cabeza donde se leía el logo «el angelito de la casa». Y como yo no había tenido hermanos, aún tenía mi madre en su casa la puñetera (qué pasa, tacos no diré delante de mis niños pero pensarlos puedo), puñetera habitación con muebles en tonos masculinos y con una cama en forma de coche. ¿A qué resultaba curioso que el camionero fuera mi marido y no yo? Evidentemente, semejante entorno o me llevaba de cabeza a convertirme en una niña repipi solo para joder, o, en la mandona marimacho que todavía seguía siendo. Pero eso sí, con las uñas pintadas que una era

muy femenina.

En cuanto a mis amigas, ellas eran como todas las amigas. Una no las elegía (aunque debería) sino que más bien venían dadas por las circunstancias de la vida. Me encantaría decir que elegí a Ana porque era tan millonaria que tenía un avión privado con el que me llevaba a tomar una copa a París los fines de semana. Y, por supuesto porque era una persona equilibradísima en la podías apoyarte. Pero como la realidad sería más bien un «elegí a mi mejor amiga porque era una neurótica que estaba llorándome al hombro cada dos por tres y tenía aun menos dinero que yo», prefería decir que éramos amigas por las circunstancias de la vida. En todo caso, a veces tenías que cargar (sí, dije cargar) con amigas que no lo eran. Y no era que a mí me fuera el rollo manipulador «ten cerca a tus amigos y más aún a tus enemigos». No. Era más bien que la bruja de Blanca todavía seguía engañando a Vanesa con su labia; así que si una quería continuar siendo amiga de la dulce e ingenua Vanesa, tenía que cargar con la arpía. En fin, cosas de la vida.

Eso sí, la del apellido horroroso era Blanca. Cada vez que alguien la llamaba señorita Seiyafes yo sonreía. Una chica tenía que aprender a disfrutar de los pequeños placeres de la vida.

Y lo de irme a Salou con ellas fue una locura. Lo sé, Pero todo sucedió tan rápido... Lo cual no era mala excusa para explicar por qué no me imaginé lo que podía pasar y acepté ir con ellas.

Después del desastre en la playa con mis hijos, sin sentirse para nada culpable, Pedro decidió que tenía un pedido urgentísimo que irse a entregar a Francia (si no me jodiera tanto hasta lo entendería, pues uno se cansaba más con los niños que trabajando) y, encantado de acabar las vacaciones antes de hora, me dejó sola con los niños. Otra vez. Pero entonces, mi madre llegó al rescate como caída del cielo y me dijo que le apetecía pasar unos días con los peques. Y, algo preocupada ante lo calmada que yo sonaba por teléfono (yo era como las tormentas, cuando me cargaba demasiado se notaba porque se podían oír crepitar los rayos en el bochorno de mi voz mesurada), me dijo que yo, tras llevárselos al pueblo, me quedara unos días en casa tranquila o me fuera a algún *spa* a relajarme. Y en cuanto Ana alias *me-apunto-a-un-bombardero* se enteró, cambió mi idea de un par de días en un balneario por siete en el apartamento de Vanesa en la playa, que era más barato (un buen punto) y seguro que ella sola se estaría aburriendo. Y como era más buena que el pan, allí nos fuimos Ana y yo a no dejarla tranquila.



¿Qué que hacen aquí estos pensamientos de Daniela sin que yo os los haya mostrado?
¿Que he vuelto a hacer una excepción en mi rol de narradora?

¡Oh, por favor!

¿Es acaso no soy un poquito todopoderosa?

Si yo iniciaba una historia, la seguía, la observaba, la analizaba y la registraba porque iba a ir a mi superior, era normal que la narración tomara vida propia. Así como que fuera más allá de mi voluntad y que, aunque yo estuviera en esos momentos distraída con la vida de varios de los cupidos que tenía que vigilar, dicha historia siguiera su camino y llegara hasta vosotros.

¿Qué por qué a vosotros?

Demasiadas preguntas para un solo instante de tiempo.



—Mamáaaa, no me quiero quedar con la yaya.

—Luis, mi vida, te lo vas a pasar bomba. —Llené mi voz con todo el entusiasmo que pude encontrar, lo cual, dado que estaba a punto de montarme en el coche y largarme hacia una gloriosa semana de paz, fue bastante fácil.

—¡Que no!

—Tontín, si te quedas con el tatito y la yaya, ella os va a llevar a la piscina a jugar todos los días.

—¡¡¡Que noooo!!!!

—Mamamamaaaaaa —comenzó a chillar también Dani oliéndose algo.

—Bueno, cielos, un besito que me voy.

—¡Que nooooo!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!

—Mamama mmmmaaaa.

Lalala... un niño berreando y otro pataleando bajo cada brazo. Los metí dentro de la valla del adosado de mis padres. Puerta cerrada...

—Gracias por todo, mamá, yo te llamo en diez minutos para que digas si han dejado de llorar.

—Va, en cuanto no te vean se les pasa. Descansa. Es una pena que te vayas sin Pedro.

—Sí, si llega a irse de viaje un día más tarde, habría estado en casa cuando llamaste y yo lo podría haber convencido para que se quedase. En fin, da igual, un descanso es un descanso. Que vaya bien.

—Aprovecha, que hasta el año que viene no me los vuelvo a quedar.

Y bajo el ruido de fondo de los niños que no habían callado en ningún momento, me metí en el coche y arranqué. Durante un instante me remordió la conciencia. Mucho. ¡Pobrecitos! ¿Yo no tenía corazón? Pero entonces, al recordar el año y medio que me había pegado desde que nació Dani, que incluso dejé el trabajo por no llevarlo a la guardería tan pequeñito, todo posible remordimiento se fue corriendo. Como yo: autovía a casa y luego a la playa, rumbo a unos días de preciosa libertad.

Además, mi madre los tendría bien cuidados y les prepararía sus platos favoritos.

¡Libertad!

Capítulo Once

Eyén, que para algo era su custodio, se había enterado de lo de la playa. De milagro, todo hay que decirlo, porque, cuando se marchó el camionero, el cupido se pegó un buen rato intentando decidir qué sería mejor para su protegida: si vigilarla y ver cómo estaba o seguir a su marido para ver si continuaba poniéndole los cuernos.

Desde arriba, desde el Cielo, Eyén había visto muchas de las orgías que Pedro y Ageón se habían montado. Al principio las miraba lleno de remordimientos, como si hacerlo fuera una especie de flagelación espiritual donde se reprochaba a sí mismo el haberle disparado una mala flecha a Daniela. Pero después, poco a poco, comenzó a ignorarlas. Al fin y al cabo, su protegida hacía lo mismo (aunque solo fuera porque la pobre no tenía ni idea y era más buena e ingenua que un pedazo de pan). Lo de «ojos que no ven, corazón que no siente» parecía haberse convertido en un refugio para Eyén, en un mantra a repetirse para así evitar enfrentarse a ese doloroso y puntual hecho de que era muy posible que le hubiera elegido un mal marido a posta.

Porque él sabía lo mujeriego que era Pedro.

Y, aunque a lo largo de todos esos años donde había visto a su protegida casarse y tener hijos él intentaba decirse que todo estaba bien, sabía que era mentira. Que no lo estaba. Que la felicidad de Daniela había sido edificada sobre cimientos falsos y las grietas de su matrimonio eran cada vez más grandes.

Por eso, mientras estaba en su casa asignada y su vida inventada todo compungido dándole vueltas a su dilema mientras se tomaba un San Francisco (él seguía en plan *gourmet* y había decidido que los zumos de frutas eran más deliciosos que la coca cola), se enteró de casualidad de lo de la playa.

Bueno, tanto como de casualidad...

Algo de azar hubo, pero no del todo ya que su hermano Diofanor estaba preocupado por él y, para paliar un poco el aburrimiento de todo ese tiempo libre que le dejaba su exitosa y feliz protegida, echó un vistacito a Zaragoza, allí donde tanto Daniela como Eyén se encontraban. Y justo escuchó la conversación de la joven con su madre. Por supuesto, le mandó de inmediato una paloma a su hermano.

El animalito, mensajero por excelencia, no era tan místico como se pensaban

algunos humanos.

Para nada.

El Cielo estaba lleno de palomares pero ninguna de estas aves había recibido un espíritu divino y, por supuesto, la que había usado Diofanor tampoco había tomado prestada una parte de su esencia angelical para, sin palabras, transmitirla directamente a Eyén. Y, además, contribuía a ensuciar las calles celestiales con sus plumas y excrementos, unos que luego tenían que limpiar los cupidos en sus horas de servicios comunitarios.

Lo que el pájaro llevaba era un mensaje escrito en un rectángulo de papel y arrollado a la pata. Uno que, cuando se posó en el alféizar de la ventana del ángel, este vio y, en vez de espantar a la rata con alas para que no defecara en su piso, se apresuró a abrirle.

Una vez la paloma hubo aleteado dentro de su salón hasta posarse sobre un cuadro, Eyén soltó un reniego (eso no era el Cielo, allí podía) y fue a por una silla ya que el animalito lo miraba desde uno de los lugares más elevados de la habitación. A continuación, le quitó el mensaje y lo leyó.

—Gracias, hermano —pronunció vocalizando con cuidado y con la cabeza ladeada hacia arriba.

No necesitó más, pues sabía que él estaría mirándolo en esos momentos desde su nube. Después, le dio un poco de pan a la paloma y la despidió con viento fresco. No entendía cómo unos bichos tan feos, tan prosaicos y que eran una plaga de muchas ciudades humanas, podían ser los mensajeros celestiales.

(Yo, como ángel que llevaba siglos viviendo, sí lo entendía. Era una historia que se remontaba a tiempos antiguos. Pero que, en todo caso, no pensaba contársela al cupido).

Una vez la paloma se hubo ido, nuestro cupido suspiró, se resignó y volvió a suspirar. Había visto a un humano que de verdad podría encajarle a su protegida. Uno que curiosamente se llamaba como su marido. Uno que parecía una buena persona. Quizás había llegado el momento de afrontar que Daniela se merecía ser feliz de una vez por todas, aunque eso la colocara fuera de su alcance y rompiera de un plumazo sus inconfesadas esperanzas de que ella, si lo veía, podría llegar a enamorarse de un ángel.



—Hola, ¿tú eres Pedro, verdad?

—Ehhh, ¿te conozco?

El tal Pedro se quedó mirando al hombre de menos de treinta que se había acercado a él en el gimnasio, aprovechando que acababa de dejar libre una máquina de hacer cuádriceps.

—No, pero yo a ti sí —le contestó el desconocido que le acaba de abordar.

—Bueno, entonces dime quién eres y de qué me conoces. —Lo miró con una expresión no muy cordial mientras cogía su toalla de la máquina.

—Soy Eyén. Soy amigo de Juan, el de la tienda de bicis.

—¿Y?

Pedro tenía bastante confianza con Juan, pero eso no quería decir que le agradase que le asaltaran extraños sin presentarse primero.

—Estuve hablando el otro día con él. Me enseñó algunas fotos de algunos descensos. Al verte aquí, te he reconocido.

—¿También haces descensos? —Se relajó un poco.

—Sí. Pero no quiero hablar de eso sino de la chica que conociste en la piscina el otro día.

—¿Qué chic...? —Empezó a decirle hasta que, de repente, se dio cuenta. Solo le había llamado la atención una, una mujer joven muy guapa que tenía un algo que le había conectado con ella. Pero enseguida se olvidó, porque iba con dos niños—. ¿Tú quién cojones eres y qué quieres de mí?

Pedro acababa de bajar la voz y de dotarla de un tono peligroso. Él rara vez se enfadaba pero ese tipo parecía estar espiándole. Aunque eso a Eyén le daba igual, pues era un cupido y estaba a punto de utilizar su truco de magia particular. Lo miró fijamente a los ojos.

—Soy el ángel custodio de esa chica. He visto el *feeling* que hay entre vosotros y sé que lo vuestro podría funcionar, que podrías hacerla feliz. Así que ahora te vas a ir a Salou a buscarla. Vete ya a una agencia de viajes y sal mañana mismo. Y que tu alojamiento esté cerca de la playa.

Pedro se lo quedó mirando. Por su cara pasaron toda una miríada de expresiones, desde el enfado y la sorpresa hasta la aceptación absoluta. Porque Eyén había usado el único otro poder que tenía aparte de sus flechas: el de la persuasión. (Nada que ver con las diablesas, que podían calentar tanto a personas como a objetos, dominaban la teleportación e incluso provocar que una tormenta se descargara de manera más veloz). Por mucho que le doliera, era verdad lo que le había contado a ese humano sobre que podría hacer feliz a Daniela. Tan solo esperaba no equivocarse otra vez, que no le pasara como con su actual marido.

Sin contestarle, Pedro asintió y se fue hacia otra de las máquinas del gimnasio. Como Eyén sabía, de él lo recordaría todo pero su «sugerencia» se quedaría como un consejo de un colega. Sintiéndose un poco más triste, pues acababa de hacer su trabajo pero sentía que se la había entregado a otro (otra vez), el cupido abandonó el gimnasio. Tenía un autobús que coger dentro de dos horas, rumbo a Salou, pues su presencia era necesaria. Su protegida iba a conocer a otro hombre, uno que, a diferencia del camionero, encajaba de verdad con ella. Eyén debería ir más allá, tendría que mostrarle la infidelidad de su marido y, así, su custodiada podría decidir qué hacer con su vida. Si ponerle las cosas claras a su esposo y luchar ambos para

que su matrimonio siguiera adelante o, por el contrario, hacer borrón y cuenta nueva, no intentar poner parches a algo que no funcionaba. Daniela debería decidirlo sola. Entre las labores de Eyén no estaba el interferir con su libre albedrío, no podía influenciarla. Lo que sí haría sería, una vez que su protegida estuviera preparada y supiera con quién deseaba estar, lanzar las flechas, enamorarla e irse.

Arriba.

Al Cielo.

Para siempre.

O quizás a Saturno con Deyanira. Total, puestos a tener su propio corazón roto, qué más le daba...

Capítulo Doce

La playa. Salou. Tan bonita como siempre, con una enorme extensión de arena y donde, si te metías, el mar no te llegaba mucho más allá de la rodilla. Me encantaban los mares caribeños, con sus aguas cristalinas y tranquilas gracias a los arrecifes que convertían al océano en una especie de inmensa piscina. Y esta playa, con su arena clarita, me la recordaba un poco. Pero más salada, con más olas y más concurrida, eso sí.

El apartamento de Vanesa no era muy grande pero lucía tan arregladito como ella. Comparada conmigo, que nunca me había molestado mucho en maquillarme porque la naturaleza había sido generosa en ese aspecto y no me hacía demasiada falta, Vanesa, con sus escasos metro cincuenta de estatura y sus facciones algo regordetas, podría pasar por una recargada obra de arte. Siempre tan perfectamente maquillada, vestida y peinada, hasta lograr tener un aspecto de adorable muñequita de porcelana. (No sé qué hará cuando tenga hijos que no le dejen tiempo ni para ir al váter). Si yo tuviera un apartamento que se pareciera a mí, sería espacioso, caótico y curiosamente armónico. El de Vanesa tenía una habitación, un baño y un salón-cocina con sofá cama. No era muy grande pero, eso sí, estaba decorado con mucho mimo, como si cada accesorio fuera el resultado (y conociéndola así era) de más de una calculada expedición a las tiendas.

El mar, el apartamento y su dueña. La cual nos obsequiaba con una sonrisa enorme y sincera en su rostro, pese a que Ana y yo acabábamos de llegar y romper su tranquilidad de única habitante de ese apartamento cerca del mar. Claro que, quizá sí que le apetecía algo de compañía, al fin y al cabo, debido a mi situación de madre de dos niños muy pequeños, yo debo de tener sobrevalorada la paz.

—Holaaa —nos saludó abriéndonos la puerta.

Dos segundos. No pude evitar pensar al ver toda la cerámica que tenía en unas estanterías encima del sofá. Últimamente me daba por apostar conmigo misma lo que duraría algo si quedaba al alcance de mis niños.

—*Muac, muac.* —Nos dio sendos besos. Olía a colonia suave, como siempre—. ¿Qué tal el viaje?

—Bien, gracias.

—Ya sabéis que os toca dormir en el sofá, que es cama nido.

—¡Yo arriba! —se apresuró a declarar Ana.

Increíble. Había sido tan rápida diciéndolo como mis niños.

—Qué suerte tienes de pasar aquí todo el verano —le comenté y entonces oí un ruido como de hielo contra cristal procedente de la terraza—. ¿Tienes visita?

—Hola chicas. —Hizo su entrada en escena Blanca, abriendo la puerta corredera de cristal de la terraza, con una bebida en la mano y una sonrisa de bienvenida cuya cordialidad moría antes de llegar a sus ojos—. Adivinad quién ha alquilado el apartamento de al lado.

Alta, guapa, o mejor dicho impresionante con sus *Levi's* bajos de cintura y su camiseta corta y ceñida, habría quién la odiaría por eso. Yo no. Mi tipo ha sido siempre similar al de ella y sin necesidad de machacarme en el gimnasio. Por lo cual ella sí me hacía la vida imposible a mí. Y ese era el motivo por el que yo no la aguantaba.

—¡Genial, esto va a ser como en el instituto!, fiesta de pijamas —se entusiasmó Ana.

¿Cómo en el instituto? Nooo, por Dios, ya tuve bastante de eso en su día. Aunque sí que era cierto que hacía muchísimo desde la última vez que nos habíamos juntado más de unas horas las tres. Digo las tres porque si bien Ana y Vane eran mis amigas desde los tiempos del colegio, Blanca era una adquisición reciente. De hecho, el colegio y el instituto al que ella fue no se lo podrían haber permitido nuestro padres. El qué hacía una chica rica con nosotras seguía siendo un misterio para mí; pero desde que haría unos cuatro años se hicieron amigas cuando Vane le decoró el piso al que se mudaba (una pasada de metros cuadrados para estar en pleno centro), Blanca se había unido a nuestro grupo. Así, de repente, como si dijera piso nuevo, amigos nuevos, vida nueva. Cuando nos contara el motivo, si es que era coherente, dejaría de pensar que había que ser rarita...

—Hola Blanca —la saludé resignada, comenzando a sospechar que me debería haber quedado en casa.

—¡Hola Ana!, qué bien que hayáis venido. —Yo no sabía cómo lo hacía pero ni siquiera se le notaba la voz un poquito falsa—. Ah, hola Daniela —bajó el tono como si tal cosa—. Te veo más gorda.

—Sí, es genial, ¿verdad? —me sonrió Vane, sin rastro de malicia—. Se había quedado demasiado delgada con la lactancia. Ahora está genial.

Uno: ¡qué inocente era Vanesa!

Dos: era cierto, tanto tiempo dando el pecho a Dani me llegó a bajar a una talla 34. Reconozco que era demasiado. Pero la 38 que estaba llevando, como cuando tenía seis años menos, me sentaba genial. No tenía más deseos de seguir engordando.

—Bueno —me sonrió Blanca con toda la malicia que fue capaz para ocultar así su envidia—, pero ten cuidado. No te vayas a engordar veinte kilos como cuando

estabas embarazada.

¿Y a veces me daba pena y me preguntaba por qué la odiaba?

—Bueno. —No sabía si ignorarla no era la estrategia más patética, desde luego no la más gloriosa, pero estábamos en casa de Vanesa y no le habría gustado que entrara al trapo a por la yugular de Blanca—. ¿Y qué tal van las vacaciones Vane?, ¿alguien interesante?

Vanesa estaba en lo que ella llamaba una situación delicada, Ana una putada y yo una falta de previsión total. En cuanto a Blanca... prefería no saber cómo lo llamaba. En fin, el caso era que la pobre había roto hacía dos años con su novio de toda la vida y resultaba que se encontraba de repente en los 38, sin pareja y con unas ganas terribles de ser madre. Sí, de tener hijos, eso que yo le había contado con pelos y señales todo el curro que eso suponía. En fin, imaginaba que la chica se habría unido al club de «cómo exageráis las mamás, seguro que no es para tanto». Uno que yo estaba convencida de que, más que una benévola ceguera, era un mecanismo para que no se extinguiera la especie. Y ella se ponía a hacer cuentas: *años de fertilidad restantes - tiempo empleado en encontrar pareja, confiar en ella, vivir con ella, casarnos y convencerla de tener hijos (no necesariamente en ese orden) = ¡socorro!* Así que había decidido que ese verano ligaba como fuera con un hombre establecido en la vida y con ganas de tener descendencia en breve. Era más, se había resignado a que si llegaba a los cuarenta sin alguien así en su vida, buscaba a cualquiera y se quedaba embarazada. Ante lo cual Ana asentía y le decía que menuda putada que su ex tuviera la edad mental de un crío y no quisiera comprometerse, yo que debería de haber aceptado antes que él no era de los que cambian y Blanca... bueno, entre «pobrecita mía» y «pobrecita mía» mientras le daba palmadas en la espalda, juro que la he visto poner cara de satisfacción, una de esas de «jódete cariño. Yo no tengo hijos por egoísmo y tu porque eres patética». Lo cual Vanesa no era pero ese no era el caso. Más bien se trataba de que si yo lo contara nadie me creería. Era duro ser la única que se daba cuenta de los tejemanejes de esa arpía manipuladora. Quizá fuera porque fue a mí a la primera que dio coba para luego dejarme de lado. Pero me daba igual. Más duro era cuidar de dos nenes pequeños y me las arreglaba.

Así que, tras esta reflexión que acababa de tener después de que Vane me indicara que esperara un momento que nos iba a sacar algo para tomar, volví a centrar mi atención en mi anfitriona en cuanto volvió con unos cafés en una bandeja. A la terraza, a donde habíamos salido y acabábamos de sentarnos. Y donde ella estaba a punto de contarme eso de si había conocido a alguien interesante en lo que llevaba de vacaciones.

—La verdad es que sí —me contestó por fin, con una sonrisa un tanto extraña. Una que muy entusiasmada no parecía.

—¿No será pediatra? —le preguntó Ana, socarrona.

—No, ¿por?

—Nada, nada, es que a Daniela no le gusta que liguemos con pediatras.

—¿Daniela? —me miró toda extrañada desde sus dulces rasgos atemporales de muñequita.

—Otro día te lo cuento. Y antes de que digas algo, Blanca —le espeté algo seca porque ya la veía a punto de soltar una de sus irónicas lindezas a mi costa—, puedes ligar con pediatras. Mientras no sea con el mío...

—Bueno, Vane, cuenta —la apremió Ana, que no se aguantaba de la curiosidad.

—Pues es guapo, masculino, alto, rubio, ojos grises, cincuenta años y sin hijos porque su difunta mujer era estéril.

—Con negocio propio y se lo presenté yo —concluyó Blanca triunfal.

—¿Negocio propio? —continuó indagando Ana.

Yo la conocía bien, estaba callándose lo de la diferencia de edad hasta tener todos los datos. Porque ella misma, a los veintinueve, pasó de estar con un novio de cuarenta y tantos a uno que era diez años menor que ella y, como Ana defendía desde entonces, en la cama ¡ni punto de comparación! El primero casi parecía gay y el segundo no la soltaba ni a sol ni a sombra. Creo recordar que, hasta que se cansó de que fuera tan inmaduro, se pegó el mejor verano de su vida. Y precisamente por eso Ana tenía que estar ahora mordiéndose mucho la lengua para no soltarle a Vane si se había fumado algo, vuelto loca o, como yo estaría más que gustosa de añadir, que si Blanca creía que ser padre a los cincuenta era tan genial, que lo probara ella.

—Bueno, tiene dos panaderías que van bastante bien —siguió contándonos Vane, ajena a la mirada que yo y Ana acabábamos de cruzar—. Se ve que abrió una con su mujer y les fue tan bien que abrieron otra.

—Vale, ¿y la pega?

Porque seguro que, aparte de la edad, había una. Y bien gorda.

—¿Pega? —se hizo la ofendida Blanca—. Yo se lo recomendé. No hay pega.

Sí, claro. Por eso Vanesa no estaba saltando de entusiasmo mientras nos lo contaba. Vamos, que en vez de brillarle los ojos y jugar con su pelo como hacía cuando ocultaba algo emocionante, más bien pareciera que estuviera leyendo los méritos de un piso: Ático espacioso, tres habitaciones y un baño. Con un cuarto ideal para el bebé. Barato.

—¿Vane? Dime anda...

—Pues la verdad... mucha química no hay. No es que no sea guapo y no desee empezar una relación pero... la verdad, muy atractivo no me parece y además... yo creo que no ha superado aún lo de su esposa y yo, de encontrármela hasta en la sopa, paso.

—Anda no seas boba —ronroneó Blanca—, seguro que se le pasa enseguida. Y hacéis tan buena pareja. —Nota mental: averiguar qué narices ganaba Blanca metiéndola en algo así, a parte de sentirse superior, claro—. Tú no te preocupes, que ya verás como te acaba encantando.

—No sé Blanca —intervine—, si a Vane le da esa impresión será por algo.

—Pues quizá es que tenga miedo de una relación seria, si no de que iba a pasar

tantos años con su ex «yo-soy-un-crío-informal».

—¿Tú crees que es por eso? Pero si ella lo dejó por ese motivo.

—Para intentar convencerse de que lo que desea es estabilidad e hijos. Pero eso no implica que en el fondo no le dé miedo.

«¡Oh, no!, autoanálisis no —pensé—. Y menos aún con ella delante y haciendo como si no existiera».

—Ejem —carraspeé—, ¿no os parece que Vane se va a molestar?

¡Ops!, yo también.

—No, no pasa nada —intervino la aludida. Claro que pasaba, pero como ella en el fondo era más buena que un pedazo de pan...—, ¿tú crees que es eso Blanca?

—¡No! —me apresuré a asegurar, elevando tanto la voz que se me quedaron mirando las tres, la arpía con una ceja elevada en ademán de «te pillé, doña perfecta»—, ejem... es que eso es una tontería, claro que no te engañas así a ti misma. ¿No será que es un poco mayor para ti y por eso no hay química?

—No sé. —Me miró con una expresión tan perdida que parecía que la estrategia de paja mental de Blanca estaba dando resultado.

—Bueno, da igual. La próxima vez que lo veas tú preséntamelo —le comenté con una sonrisa tan resignada como la de ella cuando nos había dicho que estaba viéndose con alguien.

Porque era lo que me faltaba, me iba de vacaciones de mis niños por primera vez en tres años y seguía haciendo de mamá. Si fuera lista, comenzaría a pensar excusas para irme antes a casa y pasarme por ese balneario.

Capítulo Trece

—Mmmm, sí, corazón, eso es.

Deyanira estaba susurrándole a Pedro, el marido de esa sosa de Daniela, mientras este se tiraba a la prostituta en las más variadas posturas. Y, lo mejor de todo, era que ella no había tenido nada que ver. Había sido el camionero solito. Es más, llevaba haciéndolo desde pocos meses después de su matrimonio. Ese Eyén estaba más ciego que la Justicia. Ella enseguida había identificado y catalogado al humano como hombre de necesidades imperiosas que necesitaban ser satisfechas en un tiempo relativamente breve. Desde luego, no podían esperar durante todos los días, a veces semanas, que pasaba fuera de casa.

Pero que ella no hubiera necesitado avivar la cizaña no quería decir que no disfrutara viéndole ponerle los cuernos a esa boba que Eyén protegía. La vida de una diablesa no era muy larga, no mucho más que la de un humano; así que, como estos, no rechazaba los placeres que se le ponían por delante. Y observar, escondida, cómo ese tipo tan grandote se la metía por el trasero a esa mujer medio desnuda era de lo más entretenido. Tanto que decidió hacerle una visita a Ageón, su ángel custodio y que, cosa rara, no estaba en esos momentos allí tirándose a otra puta. Mejor, pues si no ella no podría ni haber entrado, ya que su invisibilidad no le servía con los ángeles. Estaba segura de que ese cupido en particular estaría más que agradecido si le contaba cómo Eyén planeaba arruinarle la vida a su protegido.

Sin contener una carcajada que hizo que la fulana mirara hacia donde estaba la diablesa, oculta como si formara parte de las sombras de la habitación de motel, se desvaneció en medio de su característico olor a azufre. Una pena para el camionero y su puta pero... nada que le importara a ella.

Una lástima, eso sí, que sus desapariciones estelares no dejaran un aroma a rosas: pegaba más con su *glamour*. Aunque la cara que tenían que estar poniendo en esos instantes por el pestilente olor a huevos podridos... eso le arrancó otra carcajada.

Deyanira sí que sabía cómo disfrutar de los pequeños placeres de la vida.

Capítulo Catorce

Eyén, que tenía a la oficina de Correos angelical a su favor, no tuvo demasiados problemas en conseguir un billete para el próximo autobús a Salou, a las siete y media de la tarde. En realidad, podría haberlo hecho él mismo por Internet o yendo a la estación de Delicias a comprarlo. Pero para un cupido que llevaba toda su vida perdido entre las nubes, era mucho más sencillo hacer una llamada telefónica a Correos y que el ángel encargado de ese tipo de trámites (de esos pequeños detalles del mundo humano que tan complicados le resultaban al pobre cupido) le comprara el billete y le mandara un taxi a la puerta de su casa, uno con un empleado que llevara dicho billete en la mano así como la reserva de un hotel cercano al apartamento de la amiga de Daniela.

Sinceramente, me alegro mucho de no ser yo el de la oficina de Correos. Mi cargo es de alta responsabilidad y requiere mucha atención pero, por lo menos, no tengo que hacerles de niñera a todos esos bebés en pañales recién caídos del Cielo.

(Sí, bebés, porque para alguien que ha vivido siglos los veintimuchos años de Eyén no eran más que un suspiro).

Y mientras su custodio viajaba hacia ella, Daniela se instalaba y se iba con sus amigas a dar un paseo por la playa y a cenar fuera en un chino de buffet libre. Algo que la joven imaginaba que contrariaría bastante a Blanca; pero, pese a que Daniela estuvo todo el rato mirándola para ver si esta fruncía los labios con desagrado, no consiguió que la «amiga de su amiga» dijera ni una palabra en contra de la falta de clase del restaurante.

Si es que la gente no era siempre lo que aparentaba ser. Una lección que la protegida de Eyén todavía tenía que aprender.

Yo misma, no debería estar preocupándome tanto por una simple mortal pero allí estaba, siguiendo su historia con el mismo detalle con el que miraba la de otros. O incluso con más, porque en las últimas décadas me había identificado un poco con algunos de los cupidos y los mortales que tenía asignados. Para mí, cada vida, cada alma, eran muy importantes.

Sin embargo ese celo, ese mimo en mi trabajo hacía que mis compañeros

vigilantes, en las reuniones que teníamos cada medio siglo, me miraran con condescendencia. Como si estuviera enferma, contagiada de eso que llamaban exceso de humanidad. Lo cual, por supuesto, no era cierto. Era más bien que, si me preocupaba por ellos, los cupidos de mi zona y sus protegidos vivían vidas mucho más largas y felices.

Y sí, yo era una vigilante, era eterna, no se me escapaba nada de lo que ocurría en mi ciudad y no tenía cuerpo. Una vez lo tuve, hacía milenios. Nací guardiana, un tipo de ángel inmortal que entre sus filas admitía a mujeres. Por mis actos en servicio, ascendí al cabo de unos siglos a vigilante y, desde entonces, aquí estaba: una especie de mente que todo lo veía, observando una porción de la Tierra que, debido al aumento de la población, era cada vez más pequeña.

Y, con sinceridad, preocuparme tanto por algunos de ellos para mí significaba algo. Imaginaba que, tras tantos miles de años siendo tan solo un observador imparcial, había comenzado a sentir la necesidad de empatizar; a perder ese estado de incorporeidad, de sentirme plena siendo tan solo espíritu, que había experimentado cuando me ascendieron.

Porque no era la vigilante más antigua pero quedaban ya pocos de los que habían estado allí cuando yo entré en el cuerpo.

¿Pero qué hago?

Este no es el momento de relajarme charlando con vosotros. Tengo pendiente de leer el B. O. A. de hoy, donde hay una modificación de lo más interesante sobre lo que implica ser un padre cupido y soltero hoy en día. Todos son solteros, claro, porque sus mujeres no quieren saber nada de ellos una vez han conseguido las niñas que iban a buscar. Algo así como lo que a veces ocurre en la Tierra pero sin el dinero de un marido millonario de por medio. En fin, por suerte yo tuve una madre y un padre siempre a mi lado, ambos ángeles guardianes. Pero los cupidos... los pobres son harina de otro costal. Es lo que tiene ser el resultado de que tanto las fuerzas del bien como las del mal quisieran ayudar/tentar a la humanidad. Tras una ardua batalla se sentaron a negociar y firmaron un pacto donde solo dos nuevas razas, cupidos y diablasas, podían tratar de interferir en el libre albedrío humano. Por supuesto, nosotros lo respetamos y ellos no. Pero qué se le va a hacer, sigue habiendo guerras por ese motivo. Y los pobres cupidos continúan estando condenados a mezclar su esencia con la de las diablasas, para que ambos bandos puedan controlar a los seres que interactúan con los humanos.



BOLETÍN OFICIAL ANGELICAL

AÑO 2014 DESPUÉS DE CRISTO - NÚMERO 356 913

SUMARIO

III. Otras disposiciones y acuerdos.

Departamento de Vigilancia sobre cupidos y guardianes

ORDEN de 09 de septiembre de 2014, del Consejo de Aguaciles, por la que se modifica la Ley Divina número diez-B.

Departamento de Defensa y Contramedidas

ORDEN de 09 de septiembre de 2014, del Consejo de Arcángeles, por la que se asigna un profeta a cada legión de páters.

III. Otras disposiciones y acuerdos.

Departamento de Vigilancia sobre cupidos y guardianes

ORDEN de 09 de septiembre de 2014, del Consejo de Aguaciles, por la que se modifica la Ley Divina número diez-B.

La Ley Divina número diez-B establecía que los hijos varones de los cupidos quedarían al cuidado de guarderías gestionadas por aquellos cupidos que, al haber muerto su protegido/a, habían quedado libres de obligaciones en la Tierra. Además, permitía a los padres un libre acceso de no más de dos horas diarias para ayudar en los cuidados de sus vástagos. Sin embargo, debido a las mejoras en la tecnología y la medicina humana en el denominado primer mundo, se ha producido un aumento de la duración de la vida de los seres humanos. Como consecuencia, las guarderías para los vástagos de los ángeles custodios de dichos países se han quedado prácticamente sin personal. Por ello, la presente Orden de 09 de septiembre de 2014 modifica la Ley Divina número diez-B en su apartado segundo, quedando este redactado así:

«En las guarderías donde el personal sea inferior a quince, los ángeles

castigados con servicios a la comunidad podrán cumplir sus sentencias ayudando al cuidado de los niños. Además, cada padre podrá ser reclamado como refuerzo en caso necesario, por periodos no mayores de 24 horas, excepto en el caso de que se encuentre de misión en la Tierra».

Departamento de Defensa y Contramedidas

ORDEN de 09 de septiembre de 2014, del Consejo de Arcángeles, por la que se asigna un profeta a cada legión de páters.

Los páters, antiguos párrocos a los cuales el día de su muerte su fe les impulsó a alistarse en nuestras filas de batalla, constituyen la base de nuestro ejército. Debido al aumento de actividad demoníaca y al recrudecimiento de las guerras en el Purgatorio, estos soldados armados con Biblias y revólveres van a contar también con un profeta. Se ha comenzado ya el reclutamiento de los humanos elegidos por el Señor para que aconsejen directamente al arcángel que comanda cada legión. El Consejo de Arcángeles ha considerado que sus visiones proféticas van a ser imprescindibles a la hora de elegir la mejor estrategia.

Capítulo Quince

Deyanira hizo su aparición en las afueras del local de los motoristas. Este, una nave industrial que los socios tenían alquilada, era su lugar de reunión. Tenía un espacio inmenso donde poder trabajar en sus motos y también una barra que era a donde pretendía dirigirse la diablesa, una vez que la ligera brisa nocturna eliminara el tufo a azufre que se había pegado a sus ropas.

La morena iba ataviada con unas ajustadas mallas de cuero negro y una camiseta rosa que dejaba a la vista sus hombros; tenía un dibujo de una diablilla la cual, traviesa, sujetaba un tridente. Se acercó a la puerta y llamó con sus nudillos varias veces. Hasta que la oyeron pese a la música que tenían a un buen volumen en la zona del bar.

Sus uñas, pintadas del mismo carmín encendido que resaltaba en sus sugerentes y carnales labios, comenzaron a tamborilear irritadas en la chapa de la puerta. Estaba claro que esos pobres mortales no tenían ni idea de quién era ella.

Mejor.

Así sería más divertido enseñárselo. De hecho, el haberla tenido un par de minutos esperando la acababa de poner en un estado de ánimo vengativo el cual, para los pobres humanos, no solía presagiar nada bueno.

A no ser, claro estaba, que sexo desenfrenado y corazones rotos se pudieran considerar como algo positivo.

El hombre que le abrió le preguntó qué quería. Por su barba cana y sus arrugas parecía tener algo más de cincuenta. Su voz fue brusca y su expresión ceñuda, como si ella estuviera molestándole con su presencia. Deyanira, más que picada, le obsequió con una de sus mejores sonrisas y un poquito de ese poder innato que acompañaba a cada movimiento de su cuerpo, a cada gesto de su bello rostro, haciendo que nadie pudiera resistirse a sus más que justificados encantos.

—Vengo a ver a Ageón, ¿me dejas pasar?

—Ageón ya está con una invitada.

—No conmigo —le susurró Deyanira mientras accedía a su corazón.

Ese hombre era un padre de familia, fiel a su mujer, con varios hijos ya mayores.

¿De verdad iba a ser tan idiota como para negarle el paso a ella?

—Ven. Te llevaré hasta Ageón.

El motorista, sin inmutarse, la guio hasta donde estaba el cupido.

La diablesa caminó detrás de su anfitrión como ella sabía, haciendo que cada paso fuera decidido y, al mismo tiempo, incitante y provocador. Pues nadie mejor que Deyanira para ser consciente de todo el poder que le daba su glamoroso estatus de perra del Infierno. Poder que se veía reforzado por la atención de todos los asistentes, por las cabezas que se giraban a mirarla y los ojos que no la abandonaban. La morena, sintiendo tanto la admiración como el deseo y los celos, curvó sus labios en una expresión ambigua y echó un vistazo rápido a los corazones humanos que allí había. Fichó a unos cuantos y sonrió para sí. Iba a ser divertido. Al mismo tiempo, su guía había llegado ya a la altura del cupido, el cual estaba apoyado en la barra y hablando con una rubia. Delante de ambos había sendas jarras de cerveza. El motorista de mayor edad lo saludó y le dijo algo sobre Deyanira. Mientras hablaban y Ageón le indicaba que la joven podía quedarse, esta decidió a quiénes iba a lanzarles una flechita negra.

Al primero de todos al cincuentón que le había abierto, por supuesto. Pues estaba tan enamorado de su mujer que ni siquiera había mirado a Deyanira dos veces. Y había cosas que una diablesa de buena familia no podía permitir. El rechazo era la mayor de ellas.

—¿Y tú eres? —le preguntó en esos momentos el motorista enfundado en negro, sacándola de sus pensamientos, a la par que la recorría con la mirada de arriba a abajo de manera más que apreciativa.

—Yo soy la que te va a salvar el culo —le contestó la diablesa a Ageón mientras avanzaba un par de pasos para colocarse muy cerca de él y curvaba sus labios en una mueca lasciva.

—Preciosa —entró al trapo el motorista, sin apartar la mirada de sus ajustadas mallas negras—. ¿Estamos hablando de mi culo o del tuyo?

—Eso lo vas a ver en un segundo, angelito.

Deyanira le guiñó un ojo. ¡Demonios, cómo estaba disfrutando de que ese pedazo de macho apartara su atención de la rubia de bote con tetas operadas que tenía al lado! Y el muy idiota aún no se había dado cuenta de qué era ella... Parecía que tendría que ponérselo clarito.

Desde sus botazas negras de caña alta y tacón metálico de aguja, se impulsó para, ayudada de una mano de apoyo, sentarse en la barra. Tiró una jarra; le dio igual. Nadie llegó a protestar. Porque la diablesa materializó entre sus manos un arco rosa monísimo; uno forrado en terciopelo que tan solo Ageón podía ver. Deyanira contuvo una carcajada. El cupido estaba muy gracioso, con sus ojos abiertos de par en par por la sorpresa. Porque se había dado cuenta de qué era ella mientras que los demás tan solo veían cómo la morenaza de la camiseta rosa, esa que dejaba ver su ombligo y un vientre ligeramente convexo que parecía hecho para ser acariciado, estaba acercando

uno de sus finos y bronceados dedos a su erótica boca y, una vez la laca roja de su uña hubo tocado sus labios, ella sacó la lengua y lo lamió en una caricia leve, suave, que hizo que todos los hombres del local se imaginaran otra cosa. Pero Ageón no, porque el ángel vio cómo en su dedo se materializaba una flecha negra. Corta. Letal. Con las plumas recortadas con forma de corazón.

La morena, disfrutando del momento, sopló sobre la flecha en un gesto que, para los mortales, fue como si ella estuviera parodiando en plan *sexy* y provocador a un pistolero del oeste. Y con su dedo (el que el cupido veía claramente que llevaba la dirección del astil de la flecha), apuntó a uno de los presentes. Y luego a otro, y a otro, y a otro. Y al que le había abierto la puerta. Sonriendo con placer, disparó sus flechas. Ageón fue el único que la vio hacerlo. Por unos instantes, al tratarse de su gente, estuvo tentado de pararla. Pero había algo en esa diablesa tan descarada que lo tenía fascinado, tanto que la dejó continuar. Los demás tan solo percibieron que señalaba con el dedo y un movimiento posterior tan rápido que no llegaban a captarlo sus ojos, mucho menos a procesarlo sus cerebros. Cinco flechas negras disparadas por un monísimo y glamuroso arco rosa que ya querrían muchas muñequitas barbies para ellas. Y, por supuesto, cinco corazones que de repente acababan de llenarse de lujuria por quien ella les había ordenado. Una lujuria irresistible y absoluta.

Un joven de greñas rubias con la pelirroja de su mejor amigo. Esa pelirroja por él, por supuesto, pero también por la novia de su hermano, que era otro de los socios del club de motoristas. A ella, sin embargo, no le había lanzado ninguna flecha. Sería más divertido ver su indignación y su desconcierto. Y su desesperación, su rabia, su ira y su odio. Porque a su novio, más bien prometido, le había lanzado una por el motero de la barba cana. Al cual, como no, le había lanzado otra y por el mismo chico que de repente estaba colado por él.

Cinco flechas.

Varias vidas rotas.

Un ego satisfecho.

Y el cupido más trasgresor del Cielo mirándola hechizado.

Deyanira se echó a reír. Los mortales comenzaron a dirigirse hacia sus respectivos objetos de deseo. La rubia de bote de Ageón lo agarró del brazo para llevárselo de allí. Él la ignoró y volvió a preguntarle a la morena quién era, aunque ya tenía claro que se trataba una diablesa.

—¿Quién eres?

—Déjala, ven conmigo, Ageón —insistió la rubia.

El ángel ni la miró. Soltó su brazo de un tirón brusco y continuó centrando toda su atención en la seductora demonio.

La cual, por supuesto, no esperaba otra cosa.

Y mientras el resto del local se revolucionaba al ver las apasionadas parejas que de repente se abrazaban, morreaban y metían mano, la diablesa se bajó de la barra de un salto y se colocó en frente del cupido, de pie, tan cerca que si se inclinara un poco

más hacia delante podría besarlo.

Porque pese a que el custodio era alto (medía algo más de dos metros), él estaba sentado y la morena de pie.

—Mi nombre es Deyanira, soy hija de Álaia, y tengo algo que proponerte —le contestó con tono insinuante.

Ante lo cual Ageón alargó su brazo, la agarró por la cintura y la atrajo hacia sí hasta colocarla sentada en su regazo. La dureza de sus pantalones contra las mallas que enfundaban su trasero, le informó a la diablesa sobre qué tipo de planes deseaba el cupido que ella le propusiera.

Se echó a reír.

—No tan rápido, guapo, no se trata de sexo.

—¿Seguro? ¿No se supone que tú solo vives para dar placer? —Acercó sus labios a su oreja y dejó que su lengua se perdiera dentro.

—Angelote estúpido. YO solo vivo para que ese placer me lo den a mí.

—¿Qué quieres? Dime. —Sus manos comenzaron a recorrer el vientre y el trasero de la diablesa y la rubia, sin dar crédito a sus ojos, comenzó a decirle algo grosero a Deyanira.

La cual, con un chasquido de sus dedos, la mandó de vacaciones a la mitad del desierto de los Monegros.

—¿Eso que acabas de hacer no es ilegal? —Se rio el cupido.

—Para mí no. ¿Algún problema? —le preguntó en medio de las peleas que acababan de desatarse en el local por quienes no aprobaban las nuevas parejas y pretendían recuperar a la suya.

La diablesa estaba en la gloria, en el puto Infierno. Le encantaba originar todas esas pasiones, todos esos ánimos encendidos. Y que Ageón pareciera disfrutar tanto como ella era el mayor de sus trofeos.

—Ninguno, bella. Yo no puedo hacerlo. No tengo ese poder y, si lo tuviera, rompería las reglas. Pero eso sí, espero que tus flechas no duren mucho porque aquí hay gente a la que aprecio. Una cosa es una buena pelea y un buen polvo pero mañana no me gustaría verles enfadados.

—Tranquilo, si ellos son capaces de asumir lo que hagan esta noche, mañana estarán bien. Bueno, quizás con resaca. —Le guiñó el ojo.

—Perfecto... Ahora dime, ¿qué quieres?

Las manos de Ageón se volvieron más osadas y sus labios se desplazaron al cuello femenino, desde donde le susurraron mientras la besaban.

—Avisarte. Eyén está intentando hacer infeliz a tu protegido.

—¿Ese cabrón pusilánime? No me jodas. —Dejó de besarla y se apartó un poco de la mujer, sorprendido.

—Bueno, ahora que ya lo sabes ya puedes ponerle remedio. —Le sonrió complacida.

—Oh, guapa, créeme que quiero ponerle algo más que remedio.

Le contestó mientras buscaba su boca con sus labios.

Deyanira, encantada de acabar de conocer a un cupido que se liaba con una diablesa sin necesitar irse a Saturno para ello, se dejó llevar y se sintió absurdamente feliz. ¡¡Acaba de seducir a un angelote blanquito y de volverlo al lado oscuro ella solita!!

O eso se permitió creer durante unos instantes de euforia.

Porque bueno, no era que Ageón «el motero» fuera exactamente un angelote blanquito; pero eso a ella le daba igual. Deyanira conocía a la diablesa que lo reclamaba, una estúpida que se conformaba con tentarlo para ir Saturno y que lloriqueaba cuando él le decía que primero quería probar la mercancía. «Ah... — pensó la demonio al imaginar la cara que esa zorra pondría al enterarse—, ¿acaso hay mayor placer que la mortificación y la envidia?».

Aunque no pudo seguir pensando mucho tiempo más ya que su mera presencia continuaba inflamando esa lujuria que había impregnado sus flechas negras y, pese al detallito de que había varios cuerpos inconscientes y sangrando en el suelo, acababa de desatarse una orgía en el local. Una a la que Ageón acababa de decidir unirse pues acababa de bajarle las mallas y el tanga a la diablesa y de demostrarle con su boca que por supuesto que había mayores placeres que la envidia. Y, cómo no, que él podía ofrecerle una buena ración de ellos.

Capítulo Dieciséis

Sí, lo he visto. Y es terrible: Ageón y Deyanira juntos.

No es que fuera algo malo en sí, pues cada cupido estaba destinado a enamorarse durante unos años de una diablesa. Eso era ley de vida. Además, Ageón, con su excesivo gusto por los placeres de la Tierra, parecía el reto perfecto para una dama del Infierno tan segura de sí misma como Deyanira. El problema era que ese cupido ya había sido reclamado y una cosa me habían enseñado mis largos siglos de vida: si acostarse con el novio con una mujer era una declaración de guerra y de inquina infinita, hacerlo con el de una diablesa era poco menos que un alzamiento en masa de todas las hordas del Infierno.

Diría que el Señor ayudara a Deyanira pero, en este caso, la chica estaba del todo fuera de mi jurisdicción.

Así que, para olvidarnos de toda esta agitación que estaba a punto de recorrer el submundo que había bajo la tierra, os dejo con una dosis más de la fascinante vida de Daniela.



Si lo que yo decía, madre una vez y etiquetada para siempre. A ver, tenía una carrera como mis amigas (o más, que Vanesa no la llegó a acabar) y no era precisamente hostelería. Hasta hacía tres años, antes de Luis, yo cocinaba con el culo. Total, mi marido casi nunca paraba en casa y cuando venía solíamos comer fuera. Así que con espaguetis, pollo a la plancha y poco más, yo me las apañaba sin problemas. Pero llegaron los nenes. Primero te volvías experta en hervir agua y hacer purés de verduritas y carne. Y poco a poco, se aumentaban los platos. Si a eso se le sumaba que al principio contratabas a alguien para que limpiara un par de días a la semana porque con los peques ibas muy liada para tu típica limpieza semanal, luego resultaba que los niños gateaban y tú, que con tal de que no crujiera antes dabas el suelo por limpio, comenzabas a no soportar ni una mota de polvo que pudiera contaminar a tus

chiquitines y comenzabas a poner pegatas a cómo te limpiaban. Así que decidías hacerlo tú todo. Y encima todos los días. Además de cuidar a los peques y hacer unas comidas de *gourmet*. Por supuesto tu trabajo remunerado no era compatible con eso (ni con estar con Dani, que era muy chiquitín para ir a la guardería). Así que, sin darme cuenta yo, una firme defensora de la igualdad entre hombres y mujeres (es decir, que curraran por un igual en la casa), me convertí en mi madre.

Y como mis amigas seguían en ese estado glorioso de «chicas intelectuales que no saben freír un huevo pero sí ir monísimas», ¿a que adiviné a quién le tocaba comprar y hacer la comida?

¡Jod**! Como si no tuviera bastante con tener que sacarme la leche tres veces al día... Además, ¿no se suponía que era mi semana sin niños? En esos momentos pensé seriamente en decirles bien clarito que necesitaba paz y que me mimaran. ¡Me largaba a un balneario! Si llamaba a Pedro, ¿vendría al rescate con el camión?

Justo cuando me lo estaba imaginando vestido con una camisa blanca de pirata, abierta hasta la cintura, acudiendo *sexy* a mi rescate, tuve que coger mal la lata de tomate frito (pues una se quejaba mentalmente mientras hacía la compra, que cuando tenías hijos aprendías a hacer varias cosas a la vez, habilidad que por cierto no le iría mal a mi marido) y se me cayó. Lo cual en principio podría suponer la mala suerte de que se rompiera, manchara el suelo y para mi vergüenza tuvieran que venir a limpiarlo. Pero no... tenía que darle a alguien. Y es que, como esto siguiera así, iba a empezar a pensar que era gafe.

—Disculpe, lo siento mucho —dije.

Me agaché a por la lata y ni le miré, no fuera a interpretarlo como una invitación a disertar sobre lo descuidado de la juventud que se iba de juerga la noche anterior y luego agredían a los pobres ancianos (sabía que era ridículo, y que yo no aparentaba dieciséis precisamente, pero juro que me había pasado).

—No pasa nada —me contestó una voz masculina.

Bueno, las viejas solían ser peores. Y la lata no estaba ni rota ni abollada. Genial, al carro y a largarse de aquí.

—Espera —me dijo al ver mis intenciones.

«Mierda, ya está —pensé—. No me queda más remedio que mirarle».

Con lo bien que estaba ese señor mayor como un mero borrón, una parte de la decoración del paisaje. Con la que había tenido la mala pata de tropezarme, de acuerdo, pero no había pasado nada y yo quería irme. Leñe, ¡que era demasiado mayor para que me castigaran!

—¿Le he hecho daño? —le pregunté—. Aunque lo veo difícil porque le ha dado muy flojo.

Al mirarlo, me di cuenta de que... ¡ops!, ¡pero si era joven!

Entonces, ¿qué cojones hacía hablándome? No encajaba en la categoría jubilado-aburrido-sin-nada-mejor-que-hacer.

—No... es que yo te conozco.

«¿Ehhhh? —pensé—. A ver... alto, moreno, vestido con una camiseta de manga corta con el lema “la vida es sencilla” (¡ja!) y unos vaqueros... pues no me suena».

—Creo que se equivoca.

«Nótalo, pesado. Te trato de usted y hago gesto de girarme. Bye, bye, que tengo prisa».

—No, tú eres la de los niños Zipi-zape.

Vale, no tenía gemelos pero sabía lo que quería decir; pues uno de mis peques era moreno como yo, a lo ala de cuervo, y el otro rubio platino como su padre.

Yo seguía sin saber quién era el tipo pero me daba cuenta de que era verdad eso de que me conocía. Así que suspiré para mí: no me iba a escapar tan fácilmente. ¿Por qué no habría roto la lata contra el suelo y ya estaba? Me humillaba un poco con la cajera delante de toda la cola a pagar, disculpándome y diciéndole que la había roto, y listo.

—Sí, ¿y tú eres? —le tuteé resignada, total, parecía más joven que yo y de esa charla estaba claro que no me libraba.

Por Dios, que mis hijos no le hubieran roto nada.

—¿No te acuerdas? El otro día tu hijo pequeño tiró mi bici.

¡Ay, Señor!, que me veía pagándola.

—Pues no caigo.

Lo cual era cierto y me daba una idea: ¿y si me hacía la tonta?

—Sí, era una bici de competición recién estrenada —¿quééééé?—, tienes que acordarte. Estaba en equilibrio con el casco colgando del manillar y al tocar tu hijo el casco se cayó.

¡Ostras!, si era el «pues está de muy buen ver» de la prima de Ana. Lo miré bien, porque hasta ahora no había pasado de etiquetarlo con el apelativo «señor». (Dani deja el casco del señor, Luis no toques la bici del señor). La verdad era que no estaba mal. No me extrañaba que la prima de Ana protestara porque no la hubiera dejado quedarse de cháchara con el señor.

—¿La bici está bien, no?

Una a lo práctico. Y haciendo memoria, recordé que a la bici no parecía pasarle nada. Él debía de estar de pie justo al lado, porque yo iba con la vista baja persiguiendo a Dani mientras Ana y su prima, a la que habíamos invitado a la piscina, avanzaban con Luis. Y de repente vi que el peque iba a por el casco que colgaba del manillar y se caía la bici. «Lo siento», le dije y agarrando al niño del brazo comencé a tirar de él para alejarme. Difícil, pues ni él ni su hermano, que acababa de unirse, estaban colaborando precisamente. «Menos mal que la bici está bien», dijo la prima de Ana, ella siempre tan simpática. «Luis, venga... no te me tires al suelo porque no te dejo tocar la bici», yo seguía en mi desesperada tarea. «¿El niño está bien?, mi bici no importa». ¡Ja!, claro como que si se había roto me tocaba pagarla a mí... «Sí, está bien» le contestó la prima que ni lo había comprobado, «es que le ha llamado la atención el casco». Y de repente noté que el señor le alargaba el casco y ella se lo

ponía bajo las narices a Dani, el cual lo cogió encantado. Su hermano también quería, faltaría más. Y acabaron tirando cada uno de un lado. Jod** con la prima, se podría haber callado. Y a todo esto, Ana mirando desde lejos y aguantándose la risa. Le dirigí una mirada de échame-una-mano-que-tu-prima-es y me ayudó a rescatar el casco. Se lo alargué a señor, sin mirarlo más allá del pecho. «Gracias. Hasta luego». Y entre Ana y yo sacamos de allí a los niños por el viejo método de levantarlos e ignorar sus patadas. Su prima, que parecía estar diciéndole algo al señor, se despidió efusivamente y nos siguió resignada. ¿Efusivamente? Una lucecita penetró en mi atareada cabeza. ¿¿¿Es que estaba aprovechándose de mis niños para ligar??? Vale que había quien usara perros pero a mis niños no, gracias. Entonces Dani, no contento con los lloros y las patadas, me tiró también del pelo. Y para tener dieciocho meses vaya si agarraba... Bien mirado, yo se los dejaba un ratito, sobre todo si se llevaba también Ana para cuidarlos. Pero no, esta no solo no me los pedía sino que además comenzaba a quejarse de que vivía en un pueblo muy pequeño donde no quedaban solteros potables y que para una vez que conocía a alguien interesante iba yo y se lo chafaba. Dejé que los niños acabaran su pataleta en el suelo y me la quedé mirando. Como dijera «joooo» iban a ser mis hijos los que podrían cuidarla a ella.

De algún modo, conseguí que ese recuerdo pasara por mi mente en tan solo una fracción de segundo, lo suficientemente detallado como para ubicar al «señor» y lo suficientemente rápido como para no perderme su respuesta ante mi preocupación por su cara bicicleta.

—Sí, está bien —me sonrió—. Ya es la segunda vez que me tiras algo encima. Y en diferentes ciudades, ¿cómo lo haces?

Si me hubiera visto a mí misma, seguramente me habría cerrado la mandíbula, porque me quedé con la boca abierta varios segundos. ¿De qué coño iba ese tío? ¡Y la bici se la tiró encima el nene, no yo! Que le hubiera puesto el pie en vez de dejarla apoyada contra un árbol.

—Casualidades.

Ni siquiera se me notó que estaba algo alterada. Olé por mí. Si es que el entrenamiento al que me sometían mis hijos aún iba a servir de algo.

—Me llamo Pedro. —Me tendió la mano.

Respira, ¿es que estaba intentado ligar conmigo?

—Anda, como mi marido. —Le sonreí educadamente—. Perdona que no te dé la mano pero llevo la lata. —Y no pensaba cambiármela a la zurda—. Me alegro de que tu bici esté bien, hasta luego.

Puse la lata en el carro y me fui, sin dejar de notar que me estaba mirando con lo que parecía un gesto de desafío en la mirada. Pues si le iban las casadas estaba listo. Que yo mordía. En fin, ya le podía decir a Ana que tranquilizara a su prima porque, lo que era perderse, no se había perdido nada.



Eyén era uno de esos hombres que estaban en la cola para pagar que por un momento tanto habían aterrado a Daniela (más bien la idea de ser juzgada por todos ellos si hubiera llegado a romper la lata y tenido que ir a contárselo a la cajera). El cupido observó cómo Pedro seguía su «sugerencia», esa orden que le había dado hacía unos minutos de meterse en el supermercado a comprar un bote de crema solar sí o sí. Desde luego, sus poderes no eran tan impresionantes como los de un *jedi* (se había visto todas las películas desde la zona de nubes) pero eran igual de efectivos. Además, tenía al ciclista convencido de que la misión de su vida era ligar con Daniela.

El cupido, en medio de un suspiro resignado, comprobó lo que ya sabía: que estaban hechos el uno para el otro. Pedro, aunque Eyén no le hubiera condicionado, estaría más que interesado en Daniela y ella, en cuanto se diera cuenta de que la fidelidad en su matrimonio no era para nada un estado inamovible, miraría al joven ciclista con otros ojos.

Así que, mientras los observaba hablar, el cupido continuó arrancando pequeñas miguitas a la barra de pan que había comprado. Cuando ella se fue no demasiado contenta de haberse encontrado con Pedro, sintió una ligera alegría en su corazón. Una que mató en el acto pues él no podía acercarse a saludarla. Era su ángel custodio, tenía que dispararle una flecha de amor que la uniera a un hombre que la mereciera y respetara. Y la clave era esa: hombre. Humano. No cupido.

Eyén pagó los ochenta céntimos a la cajera cuando le tocó su turno. Su protegida estaba varias marujas por detrás del ángel y este se sentía cada vez más triste. Estaba claro que su destino era el mismo que el de sus padres. Y los padres de sus padres en una línea que se remontaba al inicio de los tiempos. Él era un ángel cupido, la clase más baja del Cielo. Su destino, salvo que se convirtiera en guardián (algo para lo que no estaba precisamente ganando papeletas) era casarse con Deyanira. Y no había más que hablar. Solo quedaba resignarse, descubrir con cuál de los dos Pedros prefería ser feliz Daniela, sacar su flecha, pasar vergüenza por los puñeteros pañales y volverse a su nube. O a Saturno, ¡qué más daba!

Se fue del supermercado y ni siquiera se dio cuenta de que, desde la fila, Daniela le siguió con la mirada. Ese chico le resultaba familiar, pero no sabía de qué.

Capítulo Diecisiete

Xilenia salió del despacho de su superior con un satisfecho contoneo de caderas, uno que parecía decir «jódete, cabrona» a cada paso de sus delicados pies. Delicados y sobre unas sandalias de tiras rosas con una plataforma que la elevaba sus buenos doce centímetros, eso que la diablesa ya era alta de por sí.

Porque Xilenia tenía treinta y ocho años, una edad en la que ya tendría que estar rodeada de hijos y, en vez de eso, se acababa de encontrar con que el tío bueno pero demasiado mujeriego de Ageón acababa de acostarse con otra diablesa. Una de sus rivales, para más inri.

Porque esa zorra de Deyanira era igual que su madre: una manipuladora que parecía estar por encima de las normas.

Como Ageón, que en vez de hacer como todos los cupidos del mundo («bueno, todos no», rectificó en su mente con satisfacción), caer bajo su hechizo e irse con ella a Saturno, pretendía beneficiársela en la Tierra, un lugar donde estaba prohibido por ambos poderes, tanto el infernal como el divino. Y ahora esa zorra, esa tía intrigante, caradura, entrometida, acababa de tirárselo y pretendía quitárselo.

¿Qué pasaba, que como su cupido tampoco quería irse a Saturno había decidido robar el de otra?

Pues se iba a enterar. Había ido a quejarse al jefe del jefe de su jefe.

Porque su rivalidad con Deyanira no empezaba aquí. No, para nada... Álaia, la madre de la muy puta, había conseguido hacer que castigaran en dos ocasiones a su madre, todo por culpa de unos pendientes de wolframio y diamantes de los que las dos se habían encaprichado. De eso y del rico millonario que querían engatusar para que se los regalara. Sashia, la madre de Xilenia, intentó hacerlo como había que hacerlo: tentándolo, seduciéndolo lentamente, haciendo que abandonara sus buenos hábitos cristianos y corrompiendo su alma en el proceso. Entonces Álaia llegó, meneó sus caderas con más fuerza e hizo que el millonario se los regalara. Sin mover ni un dedo para corromperlo. Atribuyéndose los méritos que Sashia había logrado y riéndose de ella. Pues si su hija pensaba que podía hacerle lo mismo a ella y salirse de rositas estaba muy equivocada: Xilenia tenía pruebas porque vigilaba a Ageón ya que

de él no se fiaba. ¡Ni un pelo!

Y ahora que se había ido a quejar al mando correcto, Deyanira lo tenía crudo. Su precioso y más joven culito de diablesa iba a ser degradado al de un demonio menor. Y ella, mira por donde, pensaba reclamarla como esclava para putearla más a gusto.

Capítulo Dieciocho

Arturo tenía algo claro desde que, de niño, en ese estado de inocencia donde todo era posible incluso la magia, vio cómo un angelote en pañales y del tamaño de su padre le lanzaba una flecha blanca a su madre.

Él estaba en su habitación, intentando dormir. Con la puerta abierta porque era verano y hacía calor. El extraño y su mamá en el pasillo, dentro de su ángulo de visión.

Con siete años, sabía que los ángeles no existían. Los dragones y los dinosaurios sí, pero estaban extinguidos. Los ángeles no. Y sin embargo ese tipo acababa de hacerle daño a su madre. En medio de una rabia silenciosa, para que ningún grito le delatara, fue a por el asesino. Pero este ya se había ido a lo que el pequeño salió de su cama y salió al pasillo. Allí ya solo estaba su madre. El angelito acababa de atravesar el techo, aleteando con un ridículo par de alitas que Arturo no entendía cómo podían levantar a un tío tan grande.

—¡Mamá, mamá!, ¿estás bien? —Se abrazó a sus piernas y pegó su rostro a su cintura.

—Arturo, ¿por qué no estás durmiendo? Venga, a la cama.

—Pero ¿no te duele la flecha? ¿Puedo ver la herida? —le preguntó desconcertado y muy preocupado.

—Deja de decir tonterías. Ahora no estoy para juegos. ¡A la cama!

El pequeño se dio cuenta de que corría una lágrima por la cara de su madre. Antes de que ese puñetero tío alado en pañales se le hubiera acercado, ella estaba leyendo algo, apoyada contra la pared del pasillo. Miró y vio que llevaba agarrada una carta, una cuyo remitente le hizo latir muy rápido su pequeño corazón.

—¿Es papá? ¿Papá te ha escrito? ¿Va a volver?

—Arturo, a la cama —le pidió muy seria—. Tu padre nos dejó hace más de un año y ninguna carta suya puede cambiar eso.

El niño no protestó, vio a su madre tan triste que decidió obedecerla. Sin embargo, esa pena no le duró mucho. Pronto encontró a otro hombre y volvió a sonreír.

Con el paso de los años, Arturo fue olvidando los recuerdos que tenía de su padre, del cual nunca volvieron a saber nada. Como él decía en un tono irónico que no conseguía alejar el dolor de sentirse abandonado, de su progenitor tan solo conocía su nombre y su apellido y que, según le confesó su madre antes de morir de enfermedad varias décadas después, ni siquiera ella sabía por qué les dejó. Por lo visto, su progenitora había intentado encontrarlo en vano, incluso con la ayuda de detectives. Y esa carta que le había llegado aquella noche no era de su padre por más que el pequeño, que sabía leer hacía poco, hubiera creído ver su nombre. Era de otro, del que una semana después ella le presentó y con el que, con el paso de los meses, se casó.

Ese día Arturo se dio cuenta de algo muy importante: los ángeles existían. Es más, ese tipo con pañales había lanzado una flecha no a la carne sino al corazón de su madre, una que la había enamorado de otro. Así que, tras volver a hablar con su mamá y verificar su idea inicial de que esta no tenía ni idea del tema (todo lo más decía creer en los ángeles de la guarda), Arturo se mantuvo despierto día y noche, aguantando sin dormir todo lo que pudo a ver si podía pillar a su ángel de la guarda. Y un día, cuando tenía diez, se encontró con que un niño delgaducho y con alitas y pañales lo estaba mirando mientras creía que él dormía.

Sin pensárselo dos veces, para que a él no le hicieran la putada que el otro le había hecho a su madre (la pobre se olvidó por completo de papá y de todo lo que le quería), agarró a su angelote por el cuello y le obligó a hablar.

Se enteró de que todos teníamos un cupido, un ángel protector. Decidió que no quería el suyo.

—Lárgate o te mato. No quiero volver a verte ni a ti ni a tus flechas.

El angelito, aterrado, asintió y Arturo lo dejó ir. Pero luego, en la adolescencia, el muy mentiroso le lanzó una flecha y lo volvió loco de amor por la líder del equipo de baloncesto, una chica atlética que se burlaba de las atenciones de un muchacho demasiado tirillas para ella.

Así que, decidido a que su cupido no le puteara más, Arturo simuló que le gustaba otra y, cuando pasados tres años el angelote bajó a arreglarlo (pues debía querer verlo jodido y torturado por la atleta), Arturo le quitó el arco y lo rompió. Y, cosa curiosa, el angelote se transformó en una esfera de luz que entró dentro del chico y le hizo sentirse más fuerte, más lleno de vida, mejor.

Cuando se miró al espejo, observó que su pantalón de chándal y su amplia sudadera estaban recubriendo a un Arturo diferente, uno con músculos y más alto. Su rostro, que había estado con algo de acné, en esos momentos no tenía ni un grano.

En esos instantes recordó aquello que tenía tan claro desde niño:

Los ángeles existen. Todos tenemos uno.

Y también su deseo no expresado:

Si no quieres que te joda la vida, cárgatelo.

Se dio cuenta de que lo había hecho, lo había matado y lo había absorbido. No

sintió remordimientos pues él tan solo le había roto el arco para que le dejara en paz. Entonces, se preguntó si, al romperlo, le había robado un poco de su supuesta inmortalidad.

No lo sabía, pero decidió averiguarlo.

Pasó de ser Arturo Bermejo, un estudiante brillante que solo destacaba en sus notas, a ser Arturo Van Hell (tomó el apellido de su padre), el cazador de ángeles.

Y en esos momentos, mientras caminaba por una concurrida playa de Salou, bronceado, sin camiseta, mostrando sus más que marcados músculos, con un bañador largo de los que podían pasar por unas bermudas, unas sandalias deportivas y levantando suspiros de admiración de todas las mujeres a las que les gustaban los hombres tipo «chulo playero», estaba pensando en todas esas vidas rotas por culpa de los malditos cupidos.

Mujeres maltratadas que seguían enamoradas de su verdugo y todo porque un tío en pañales les había disparado una puñetera saeta, hombres enamorados de mujeres superficiales que solo miraban por su propio bolsillo, matrimonios con hijos rotos por un amor *a primera flecha*, amigos que necesitaban desesperadamente a alguien bueno en sus vidas pero que, cuando se miraban, deseaban que el otro les gustara pero no: solo era un buen amigo.

Por eso Arturo, mientras buscaba a ese cupido que estaba recién caidito del Cielo, no sentía ningún remordimiento al pensar en matarlo. Porque ya no solo era que él, con sus buenos sesenta años, aparentara veintipocos y quisiera seguir aparentándolos; sino que, además, seguro que estaba haciendo una buena obra.

Por su aspecto físico podía parecer un rubio lleno de músculos y bronceado que solo pensaba en hacer surf y ligar pero, en realidad, su mente estaba mucho más evolucionada. Por algo era mucho más mayor y, aunque por su tipo pudiera caminar con la cabeza bien alta y sacando pecho, pavoneándose, él prefería andar de un modo que podría pegarle más a un intelectual. No a uno de los de gafas de culo de vaso, tampoco había que exagerar, sino a uno de esos que tienen su mente perdida en algún complicado problema matemático. Sin embargo muchas chicas, ante su increíble figura, obviaban el detallito de que pasaba de ellas. Podían oler que no era tímido sino solitario y eso, el que las ignorara de una manera tan descarada, todavía las volvía más loquitas por sus huesos.

En cuanto al resto de la gente, ese que no estaba compuesto de jovencitas hormonadas, no le dedicaba más de una mirada al verlo pasar. Y si lo hacían era porque llevaba un detector de metales. Algo que no era raro en esas playas pero que tampoco era tan frecuente como para que lo ignoraran sin echarle primero un buen vistazo. Hacían mal. Deberían mirarlo. Y mucho. Pues el detector de Arturo, un armatoste de metal que él mismo se había fabricado (tantos años de vida daban para estudiar mucho), no localizaba monedas sino cupidos.

Capítulo Diecinueve

Y mientras Arturo *el asesino de cupidos* rastreaba a Eyén, que ¿qué hacía Daniela?

(Porque si os preguntáis por qué nosotros le permitíamos al asesino matar con impunidad, era muy sencillo: la ley de no interferencia en el libre albedrío humano. Van Hell, como siempre ha sido, debería pagar sus pecados en el Infierno).

Pues la mujer del camionero estaba intentando disfrutar del sol, del buen tiempo, de la playa y de las tiendas llenas de turistas que buscaban ropa y complementos que les ayudaran a lucir mejor su bronceado. Por una vez, que no se diga, voy a dejar de ser irónica cuando hablo del fascinante mundo de sus pensamientos. Porque, pasito a pasito, esa mujer con demasiado poco tiempo libre estaba empezando a engancharme.

Sí, engancharme. Tanto ver vidas ajenas, una al final acaba pillando mono por saber cómo continúan. Imagino que será algo similar al efecto de las telenovelas, ese querer saber con quién acaba liada Daniela, si ascienden a Ageón o lo mandan de una patada al Castigo o si, por el contrario, es Eyén el que acaba jodiéndolo todo.

(Porque sí, yo sabía que Ageón se había acostado con una diablesa en la Tierra. Pero bueno, su guardián todavía no me había pedido su informe y... vale... de acuerdo... ya sé todo eso que dije sobre que me encantaría hacer que lo castigaran pero, seamos serios, me moría de ganas por saber cómo iba el motero a defender a su protegido).

En fin, os contaré un secreto: así es como comenzaron los *reality show* que tanto gustan en la Tierra.



Tras aguantar una comida de «oh, qué hombre más misterioso» y «pobrecito, qué borde eres Daniela» nos fuimos a dar un paseo por la ciudad. Y mientras Blanca se iba (¡bien!) con Vanesa a probarse ropa de Dolce&Gabana, Ana y yo nos conformábamos con mirar las revistas. Una manera como cualquier otra de perder el tiempo. Con titulares que pregonaban el modo de sacar partido a tu belleza (yo con

tener en un día normal cinco minutos para peinarme medio decentemente ya me conformaba) o de mejorar tus relaciones sexuales (los que habían escrito esto no tenían hijos, ¿no?) comprar una sería una pérdida de tiempo. Podría haber revistas sobre cómo limpiar mientras tu bebé te vaciaba todos los cajones o sobre cómo tener una comida decente en un restaurante con un niño de un año y otro de tres. Pero claro, el tipo de público que las compraría era justamente el que no tendría tiempo de leerlas.

—¿Algo interesante? —le pregunté a Ana.

—Siempre —me contestó agarrando una *Cosmopolitan* y dirigiéndose a la caja.

Las hay con suerte que tienen tiempo de leer y aplicar consejos durante todo el año.

—Deberías pillar también alguna de cocina —le comenté—, porque yo he cocinado hoy y como comemos juntas las cuatro eso significa que hasta dentro de tres días no me vuelve a tocar.

Ana me miró no muy convencida pero yo le aguanté firme la mirada; como a mis niños, firme.

—Al fin y al cabo, yo también quiero tener tiempo de leer —continué diciéndole, tras lo cual me dirigí a por una novela que hacía tiempo que deseaba comprarme y me fui también al mostrador.

No me hizo falta girarme para saber que Ana se me había quedado mirando.

«¿Qué te pensabas guapa? —le espeté mentalmente—. ¿Acaso me has confundido con la siempre complaciente Vanesa? Que soy yo, tú mejor amiga, con dos niños y varias estrías pero sigo siendo yo».

De repente me sentí bien. Muy bien. ¡Viva por la autoafirmación!

La vida era sencilla. Yo era una madre, de acuerdo; pero una esclava solo ante mis niños, gracias.

(Quizá debería anotarlo en la nevera, junto con los motivos para no fumar, no vaya a ser que se me olvidara).



Para cuando Blanca acabó de comprarse el equivalente a mi asignación mensual para ropa de niños (o a la mía anual, ya que estábamos), era ya la hora de cenar. Las muy caraduras decidieron dejar la cena que yo había dejado medio preparada para comer mañana y nos dirigimos a tomar un bocadillo a, increíble para mí, un local que no era el McDonalds. Si es que sin hijos daba gusto elegir restaurante. Para, seguidamente, ir a tomar una copa a un *pub*.

Como si fuera información clasificada, me costó lo mío enterarme de que era allí donde habían quedado Vanesa y el viudo. ¡Como si yo fuera a intentar separarlos! Por más que Blanca opinara lo contrario, tenía cosas más interesantes que hacer en mi

única semana libre en todo el año. ¿Qué Vane quería arruinar su vida? ¿Quién era yo para interponerme si estaba casada y tenía dos hijos? En fin, le daría mi opinión cuando conociera al susodicho y punto. Lo bueno de no ser su madre era que, si la pifiaba, no iba a esperar que fuera yo quien la salvara. En todo caso, mi opinión iba a tener que esperar pues el viudo no había llegado todavía, por algún motivo (oscuro y egoísta, seguro) que Blanca se apresuró a justificar como «estará enfermo alguien de su familia» o «quizá sea de los que se cierran con llave cuando están en casa por si les entran a robar y no sabe dónde ha puesto la llave».

¿¿¿Eing???

—¿Encerrarse en casa y perder la llave? —me la quedé mirando y enarqué una ceja—. ¿No es una excusa tranquilizadora un poco rebuscada hasta para ti?

—No veo por qué. ¿No será que estás celosa de que tenga más imaginación que tú?

—Oye Blanca. —A veces me encantaba atar dos más dos—. ¿Recuerdas aquella vez que llegaste tarde a tu propio desfile de modas? Con lo que te costó organizarlo...

—¿Sí? —Se puso pálida.

—Nada. —Le sonreí con falsa ingenuidad—. Cosas mías, nada.

—¡No me jodas!, ¡qué fuerte! —se apresuró a intervenir Ana toda emocionada—, ¿me estás diciendo que fue porque fue tan idiota que se cerr...?

—Shhh —la interrumpí—, ¿no querrás avergonzar a nadie, no?

—¿A quién?, ¿de qué va esto? —preguntó Vanesa que, en lo que parecía alivio porque el viudo no venía, se había perdido parte de la conversación.

—De nada, cielo, de nada —se apresuró a asegurar Blanca mientras yo me reía para mí. A veces era divertido ser más arpía que ella—. Tan solo de que no te preocupes, seguro que Francisco acaba apareciendo.

—No, si no me preocupo. Por cierto, Ana, no mires, pero ese hombre tan apuesto del fondo no deja de mirarte. ¡Qué suerte tienes!

¡Brum! El ruido de nuestras cabezas girándose debió de oírse hasta con la música del bar a tope.

—¡Chicas! —Enrojeció.

Si es que Vane era muy tímida para estas cosas...

—¡Ostia, si es tu pediatra!

—Esos tacos, Ana. —Me parodió Blanca como si yo fuera una mojigata, deseosa de vengarse por lo de antes.

—¡Calla! —la conminamos las dos a la vez.

—Es mi pediatra, tienes razón. —No pude evitarlo, me quedé flasheada.

¿Por qué mi vida estaba siempre llena de coincidencias? ¿Y por qué nunca eran buenas? (Cuando nació Dani podría haberme tocado la lotería, ¿no?).

—¿De qué va esto del pediatra? —Se extrañó Blanca—. ¿No te habrás traído a los niños? —Me miró desconfiada, como si los dejaran tener escondidos en una maleta.

—Naaada, que Ana se lio con él sin saber que era el médico de mis hijos.

—Chicas...

—¿Sí, Vane?

—Ejem... ¿no os parece que se nota un poco que estáis hablando de él?

Brum, otra vez.

—Ostras, pues sí, sobre todo si no dejamos de girarnos de golpe a mirarlo.

—Y de hablar tan acaloradas así de repente.

—¿No deberías saludarlo, Daniela?

—Deja —contestó Blanca—, ya lo hago yo por ti.

Y con una fina sonrisa en los labios se levantó de golpe y se dirigió hacia él. Me quité horrorizada el sombrero. Esta putada si que no se la superaba.

Tres largos minutos después de no atreverme a levantar la mirada del vaso y de escuchar por mis emocionadas amigas cómo la lisa y perfecta melena de Blanca, con la que tan bien sabía jugar cuando hablaba con algún hombre, parecía tener toda la atención de mi médico, ella volvió a la mesa. Me atreví a mirar a Juan y vi que me estaba saludando. Le devolví el saludo. Al fin y al cabo, yo era una madre respetable y no había hecho nada de lo que avergonzarme. Al menos no todavía, rectificué mentalmente mirando a Blanca.

—¿Y bien?, ¿qué le has dicho? —nada le gustaba más a Ana que un buen cotilleo, sobre todo si ya se había acostado con el sujeto.

—Pues que tú le mandas saludos y que Daniela está deseando explicarle la nueva enfermedad de sus hijos en su casa, sin niños y sin ropa.

—¿Queeeeé? —grité en medio de todo el bar.

La muy manipuladora lo había dicho tan seria que, ¡Dios!, por un segundo me lo había tragado. El suficiente como para haber llamado la atención de todo el mundo. Vale. Ahora sí que tenía algo de lo que avergonzarme y, desgraciadamente, no era de haber estrangulado a Blanca.

—Dime que es mentira —le susurré sin atreverme a levantar la vista de la mesa en la que estamos sentadas y, mucho menos, a mirar hacia mi pediatra. Menos mal que se suponía que la inseguridad y los rubores tontos se quedaban en la adolescencia. Y pensar que Pedro me consideraba una persona madura... Ni de broma pensaba contarle esto.

—Lo es, tontita. Tan solo le he dicho que tú y Ana me habéis hablado tanto de él que tenía ganas de conocerle.

—Blanca... —la amonesté.

Ahora ya no me atrevía ni a mirar a mi vaso.

—Es verdaaaad. Pero tranquila, supone que todo es culpa de Ana, que según él es una chica con una personalidad de lo más curiosa.

—¿Y qué? —se defendió la aludida—. Fue un engaño de nada.

—Sí, ya me lo ha contado. Eres genial, chica. En fin, gracias a ti tengo su número.

—¿No pensarás quedar con él? —me horroricé.

A este paso sí que me iba a tener que plantear en serio cambiar a mis hijos de pediatra.

—Es joven, apuesto y médico. Ah, y de buena familia. Por supuesto que sí. Oh, querida. —Añadió tras obsequiarme con una falsa mirada afligida—. ¿No pensarás que lo hago para molestarte verdad? Porque si es así rompo el número.

Y antes de que pudiera decirle un «mira, sí» intervino Vanesa, siempre tan buena ella.

—¡Como va a pensar eso nuestra Daniela! Qué cosas tienes Blanca...

—¿Pero y tú, Ana? —le pasé la pelota mientras le daba un pisotón bajo la mesa. Uno con tan mala suerte que, por la cara con la que me miró de repente, le había acertado a Blanca.

—¿Yo? Todo tuyo, Blanca, que como muy bien me indicó Daniela con él ya he quedado lo suficientemente mal como para empezar algo.

Jo, qué bien, para una vez que elegía seguir uno de mis consejos tenía que ser ahora...

—Pues nada, nada. —Me obligué a decir—. Que te aproveche.

Entonces se nos acercó un chaval con un ramo de flores. Genial, otra vez se nos quedaba todo el bar mirando. Pero esta vez la causa era Vanesa, menos mal.

—Un ramo para la señorita, ¿me firma aquí?

—Claro, gracias.

—Que vaya bien.

—¿Y esto? —le preguntó Ana una vez el recadero se hubo marchado.

—A ver, a ver.

—Lee la tarjeta de una vez, coño.

—Ana, ay, me la has quitado.

—¡Anda, pero si es el viudo que se disculpa por no poder venir!

—Ves, te lo dije —apostilló Blanca.

—Dame. —Recuperó Vanesa la tarjeta—. Uy, pues sí, parece que se encontraba bastante enfermo. No dice de qué.

—¡Gastroenteritis fijo! —Ana siempre tan refrescante—, algo tan repentino y que no se puede decir tienen que ser cagaleras.

—¡Ana! —se ofendió Blanca, (¿qué interés tendría en que el tal Francisco quedara bien?)—. ¡Y no os riais!

—Blanca, chica —le contesté entre risas como pude—, podría ser peor, podría haberse cerrado la puerta del váter desde fuera y no encontrar la llave.

Y poco a poco, la noche se fue relajando y tras bailar un rato en otro garito nos retiramos al apartamento.

Después de todo, no estaba nada mal eso de pasar una noche de chicas.

Capítulo Veinte

—Hola, Pedro. Tenemos un problema.

Ageón y su moto habían aparcado en el restaurante de carretera lleno de camioneros donde su protegido estaba comiendo. El local, limpio, con buenos cocineros y precio más que asequible, estaba bastante lleno pues eran las dos de la tarde. El cupido, nada más entrar, se dirigió a la mesa de Pedro, se sentó en una silla y lo abordó sin apenas saludarle.

—Lo sé, Ageón, ya me lo has dicho. Pero mira, yo no quiero a Daniela, hace mucho que el efecto de tu flecha se me pasó. ¿Qué más me da si me deja?

—Pues que te conozco mejor que tú mismo y sé que no serás feliz sin una mujer que te mantenga la cama caliente en tu casa (aunque casi nunca la uses) y que cuide a tus hijos. ¿Es que se los vas a dar?

—¡Ostia!, los niños... es verdad. Ella se quedaría con la custodia porque yo viajo mucho. —El camionero dejó el tenedor sobre el plato y se llevó la mano a la frente en un gesto reflejo.

Tendría que haber pensado en eso.

—Y se te jodería el trabajo, porque el juez te daría unos fines de semana para verlos y tendrías que estar en Zaragoza sí o sí.

—Vale, ¿qué hacemos entonces? —le preguntó preocupado.

—A ver, Pedro, ¿qué te dije hace años cuando decidí presentarme ante ti?

—Que eras mi ángel guardián y que habías podido volver a la Tierra porque habían pasado dos años desde que me enamoraste de Daniela.

—No, lo otro.

Ageón se pasó sus dedos, que llevaban un par de gruesos anillos plateados, por su cabello rubio. Lo llevaba suelto, en vez de recogido en su típica coleta. El gesto de apartárselo de la cara, como muy bien sabía su protegido, era un signo de que estaba quedándose sin paciencia. Pedro sonrió algo aliviado pues eso solía significar tres cosas: alcohol, pelea y mujeres.

—A ver, Pedro —continuó diciéndole—, te dije que mi misión era hacerte feliz. Sé que queda un poco gay pero es la verdad. Por suerte para los dos, a ti te hace feliz

lo mismo que a mí. Así que veamos cómo puedes seguir disfrutando de tu vida de libertad sin que tu mujer te la joda.

—¿Vuelvo, le regalo flores y la llevo a cenar?

—Necesitas el dinero. No puedes volverte sin entregar la mercancía.

—¿Entonces?

—Déjame a mí. Yo me encargo. Voy a plantarle cara a ese cupido tan patético que la enamoró de ti y le voy a decir cuatro cosas.

Pedro, que algo ofendido parecía por lo de «patético» (pues insinuaba que enamorarla de él fuera malo), no le dijo nada. Se limitó a continuar comiendo su solomillo. Porque Ageón siempre le había resuelto sus problemas. Era un puto ángel y estaba de su lado. Todo iría bien. Más tranquilo, cambió de tema.

Ageón se pidió también un menú y comió a su lado mientras lo escuchaba hablar, casi en un monólogo, sobre lo que harían cuando llegaran a Luxemburgo. Él, por su parte, prefirió recrearse en sus recuerdos de Deyanira.

Deyanira...

La mujer había resultado ser todo lo que se podía esperar de una lujuriosa diablesa y mucho más. Tanto que el motero comenzaba a replantearse si no sería mejor irse ya esos tres añitos a Saturno. Pero no con Xilenia; esa tía era una especie de microondas de lujo, mucho calentar pero nada de cocinar. Además, Deyanira era más atractiva. A ver, por definición, todas las diablesas estaban hechas para ser pura lascivia, pero Deyanira más. Ageón no tenía muy claro cómo eso podía ser posible pero cuando ella se le acercó fue como prender una mecha de dinamita. La revolución que sintió en sus hormonas fue brutal, mayor que cuando la pesada de Xilenia venía a tentarlo. Y no podía sacársela de la cabeza. Algo extraño para él que acumulaba mujeres como si fueran muescas en el revolver de un pistolero. Quizás porque veía en ella a algo más que un cuerpo cálido, porque había reconocido en el espíritu de la mujer a un alma gemela.

Insólito. Pero no sabía explicar de otro modo la fascinación que sentía por la diablesa. El hecho de que él no practicara la monogamia no quería decir que estuviera en contra del amor. Tan solo que nunca se había encontrado con la mujer adecuada. Tenía que claro que, por esta, merecería la pena correr el riesgo de romper las reglas para averiguar hasta dónde una relación le podría llevar.

Sí. Mientras Pedro le hablaba del hotel donde había reservado habitaciones, Ageón se prometió a sí mismo que iba a hacer algo para romper con la estúpida reclamación que la microondas había puesto sobre él y quedarse con la morenaza.

¿Que estaba prohibido? ¿Que no era así como se hacían las cosas? ¡Mejor! Ageón no era de los desdeñaban un buen reto y de una cosa estaba seguro: si conseguía llevarse a Deyanira a Saturno, dejaría de importar que se hubiera acostado con ella antes porque había un agujero en uno de los reglamentos que podría usar para que no lo castigaran por ello.

—¿Qué te parece? —acabó de decirle su protegido mientras se acababa su vaso

de vino de un trago y lo dejaba sobre la mesa con una energía que denotaba que ya se había olvidado del riesgo que corría su matrimonio.

El ángel se lo quedó mirando unos instantes y, después, comenzó a recoger su pelo en una cola. Era hora de volver a su moto.

—Me parece, Pedro, que yo no voy a acompañarte esta vez. Me necesitas donde está tu mujer y ese incordio de Eyén.

Ageón dejó dos billetes que sumaban treinta euros sobre la mesa, se levantó y se fue.

Su protegido frunció el ceño. Estaba bien que su cupido le salvara el culo, como siempre hacía, incluso en las peleas, donde a veces hasta se presentaba con toda su banda de motoristas. Pero era una lástima que tuviera que continuar solo. Los viajes que más merecían la pena eran aquellos donde Ageón decidía coger su moto y seguirlo.

Capítulo Veintiuno

Uno de los jefazos más gordos del Infierno.

Deyanira estaba que trinaba.

Uno de los jefazos más gordos del Infierno acababa de llamarla a su despacho y la mujer sospechaba que no era precisamente para felicitarla. Pues Xilenia había estado tomando el sol en el mismo lugar de las llanuras infernales que ella cuando llegó el mensajero y, por la manera en la que la muy zorra la había mirado, Deyanira no pudo menos que preguntarse si sabría lo de Ageón.

Pero, por supuesto, la diablesa morena era todo *glamour* y no pensaba permitir que nadie empañara esa imagen que transmitía de comerse el mundo. Así que caminó con pausa detrás del demonio menor que le había llevado el recado, balanceando sus caderas sobre los tacones de aguja de sus zapatos. Por suerte, tenía puesto uno de sus mejores mini vestiditos: uno rosa que se ceñía a su cuerpo como una segunda piel y estaba recubierto de escamas de serpiente. Un tipo de ropa que una no podía llevar por la Tierra porque los humanos no sabían cómo fabricarla y, por eso, estaba prohibido transportarse con algo así puesto. Además, para colmo, la ropa que llevaban en la Tierra no soportaba las brutales temperaturas del Infierno. Un incordio, pues cada vez que se teletransportaban tenían que buscar una tienda si querían aparecerse ante los humanos de algún modo que no fuera desnudas como cuando salieron del huevo. (La diablesa tenía unas cuantas *boutiques* fichadas en distintos países, para hacer primero una visita rápida a la que fuera que estuviera cerrada en esos momentos). En todo caso, el vestidito que en esos momentos llevaba Deyanira era su tipo de prenda favorita porque, allí abajo, denotaba poder. Muy pocas diablesas eran capaces de meterse en la guarida de una de esas sierpes y matarlas para robarles la piel. Era, como mínimo, tan peligroso como hacer enfadar al jefazo gordo y, en la mayoría de las ocasiones, un suicidio seguro.

Hablando de jefazos gordos...

Deyanira se detuvo ante la entrada principal del palacio de uno de los Siete. El demonio menor se inclinó ante ella y se retiró. La mujer acercó sus dedos a la aldaba de la puerta. Esta tenía llamas talladas y estaba hecha de wolframio, igual que la

puerta en sí. Una puerta enorme y maciza, un impresionante bloque de wolframio.

El wolframio era sinónimo de estatus y de poder.



Permitidme hacer una pausa en la narración para hablaros de la magia del Infierno, relacionada con dos elementos: el wolframio y el azufre. El modo más sencillo será contaros que, para llegar hasta allí, Deyanira y su guía habían caminado hasta salir de las llanuras jardín donde las diablesas solían ir a tomar el sol, esas donde había géiseres de mercurio y unos preciosos lagos de estaño fundido. Poco después, habían llegado a una de las bocas teletransportadoras.

De azufre.

Porque era este el elemento de la magia demoníaca. Todo el Infierno estaba lleno. Es más, lo usaban en el equivalente a lo que serían los metros de las ciudades humanas. A los más de ochocientos grados que había allí abajo, el azufre estaba más que vaporizado. Tanto que sus átomos, normalmente agrupados en grupos de ocho, se asociaban en parejas. Así que los jefazos más gordos, milenios atrás, lo habían recogido y metido en canalizaciones subterráneas por todo el inframundo. Para llenarte de su magia tan solo tenías que ir a una de las bocas (el equivalente a la estación de un metro), abrir la pesada tapa metálica que la sellaba (sencillo para alguien con la fuerza de un demonio) y saltar dentro. La puerta se cerraba ella solita por un mecanismo automatizado y, una vez dentro, el usuario del sistema de teletransporte se encontraba en medio de un gigantesco túnel lleno de azufre al que acababa de entrar una buena bocanada de oxígeno. Porque sí, estarían bajo tierra y serían demonios, pero las diablesas necesitaban respirar igual que cualquier hijo de vecino. Así que, una vez dentro de ese túnel, el azufre se incendiaba. Un efecto espectacular que envolvía a los usuarios en unas llamaradas azules las cuales, de repente, los teletransportaban a su punto de destino. El que desearan. En este caso, dentro del palacio de uno de los Siete.

Porque no era que una diablesa no pudiera teletransportarse sin ayuda del túnel de azufre, pero sí que lo necesitaba para recargar sus poderes innatos, teletransporte incluido. Por eso, dentro del Infierno todas ellas usaban los túneles. Aparte de que los Siete lo preferían así, para controlar a dónde iban sus súbditos y nadie era tan estúpido como para contradecirles. O tan afortunado como para hacerlo y seguir con vida.

Porque los Siete estaban justo por debajo del Gran Señor Demoníaco, el único, y vivían en palacios. En el caso del que se levantaba ante Deyanira, una impresionante estructura de wolframio y con más de ocho plantas.

El wolframio era un metal tanpreciado que la diablesa no tenía ni un puñetero pendiente (su madre sí: dos a falta de uno). No era que fuera caro (para tenerlo en una

joya, claro, pues para levantar un edificio entero con él sí lo era. Y mucho). De hecho, cualquier diablesa podría ir al mundo humano y cogerlo de una bombilla o de una cuchilla de corte de una industria. El problema era que ese wolframio no le serviría para nada; pues para ser útil y codiciado tenía que estar bendecido por uno de los Siete mediante un complicado ritual de sangre. Así sí que tenía auténtico poder ya que había sido cargado de magia. Y no era que esos señores infernales hubieran regado con su sangre su casa, no... sus paredes no poseían magia; sin embargo, a ellos les gustaba vivir rodeados del metal más caro y potencialmente poderoso del inframundo; sobre todo si ellos mismos podían coger un trocito y cargarlo de poder cuando les apeteciera. Los pendientes de Álaia, por ejemplo, habían pertenecido a la mujer de uno de los Siete, formaban parte de su joyero bendito y por eso estaban cargados de poder, un poder que Deyanira estaba más que deseando heredar.

Porque le permitiría hacer cualquier cosa que su imaginación y su cuerpo soportaran. Ir más allá de las habilidades innatas que poseía como diablesa.

Por eso, mientras la mujer seguía a su nuevo guía, el demonio menor que le había abierto la puerta, por innumerables pasillos llenos de sirvientes y riquezas, sus ojos se iban una y otra vez a esas paredes hechas de un metal tanpreciado. Lo que no daría ella por poseer al menos un trocito de wolframio cargado de magia... Mas sus pensamientos se cortaron en seco cuando llegaron ante la puerta del jefazo. Recordó de golpe por qué estaba allí. Se le secó la garganta con algo que jamás reconocería que era miedo y deseó con fuerza que, como decía el B. O. I., no le fallara su as en la manga. Una vez el demonio menor se hubo retirado, a Deyanira no le quedó más remedio que llamar a la puerta.

Con sus nudillos.

Como si él no supiera ya que la joven había llegado...

—Pasa, está abierta. —Se escuchó una voz tan cargada de poder que la mujer se estremeció de deseo.

Quién fuera una de sus esposas...

La puerta, que había estado cerrada, de repente pasó a estar abierta de par en par, en un movimiento tan rápido que los ojos de Deyanira fueron incapaces de seguirlo.

Ante ella apareció un despacho de lo más moderno, al estilo de un ejecutivo de la Tierra, pero hecho de un material que aguantaba las brutales temperaturas del Infierno. El jefazo, un demonio de tamaño gigantesco que a diferencia de ella tenía cuernos, cola y espolones, la miraba desde su silla giratoria. Sus dedos, para nada atractivos (pues su misión no era precisamente sembrar el caos en el mundo humano a través de su cuerpo), tamborileaban pesadamente sobre el escritorio. Su rostro, grotesco y deformado, la observaba con el ceño fruncido.

Pero también con una expresión de placer que le recordó a diablesa por qué debía tener miedo. Este se hizo tan tangible que pareció golpearle en el estómago, mucho peor que el día que fue a por la sierpe. Porque la mujer sabía cómo les gustaba a sus superiores violar, torturar y despedazar a las demonios que no cumplían con su

trabajo.

En menudo lío se había metido...

—¿Señor?, ¿me ha llamado? —Le obsequió Deyanira con su mejor sonrisa, logrando que no se transmitiera su terror ni a su cuerpo ni a sus gestos.

—Sí. Una de tus compañeras te acusa de haberte acostado con su cupido. Y tiene pruebas. ¿Tienes algo que alegar?

«¡Será zorra! —pensó con rabia la mujer—. Vigilando a su cupido como la puta frígida que es».

—Que puede que haya incumplido las normas pero ha sido por una buena causa.

Deyanira sabía que se lo estaba jugando todo. Su vida, su esencia, el ser torturada hasta una desgarradora muerte que condenaría su mente al vacío más absoluto. Pero tenía que hacerlo. Negarlo no serviría de nada si esa zorra de Xilenia tenía pruebas y, además, ella no era de las que retrocedían acobardadas ante las dificultades.

Aunque estas tuvieran la forma de un aterrador señor demoníaco, de uno de los Siete.

—Continúa —le espetó él, no demasiado interesado en algo que no fuera comenzar a torturarla.

—Ageón es un ángel que puede ser convertido. Hacer que los humanos se pasen al lado oscuro es la razón de ser de mi raza de diablasas pero... ¿y si yo pudiera traerlos a un cupido?

El demonio se la quedó mirando. Hacía milenios que nadie lograba hacer eso. Había pocas cosas que le jodían más al bando contrario que el que alistaran en sus filas a uno de los suyos. El jefazo dejó de tamborilear sobre su mesa y dio una palmada sobre esta.

—Muy bien. Tienes un mes. Ahora cítame a alguna que te caiga mal y que no sea Xilenia. Su madre tampoco, que es muy vieja.

Deyanira sonrió dichosa.

¡Síiiii!

Iba a seguir con vida y a tener la oportunidad de pasar a ese motero que estaba tan bueno a su bando. A hacerlo suyo para siempre y, además, ascender.

—Belenia —le contestó.

Esa zorra había osado hablar mal de su pelo en una ocasión.

—Hecho. Ahora retírate.

Tras hacerle una reverencia y dar las gracias mentalmente al consejo número uno del B. O. I. 356 901, la diablesa se fue. Aún no había cruzado la imponente puerta del despacho que un demonio menor ya estaba entrando. Le iban a mandar ir a buscar a Belenia, para que su señor pudiera divertirse violando, torturando y descuartizando a una diablesa. Porque Xilenia le había puesto en canción y uno de los Siete podía hacer lo que le viniera en gana, incluso romper las leyes porque sí, mientras su Señor Supremo no le dictara lo contrario.

En fin, Deyanira salió taconeando, oscilando sus caderas serpentinas y

sintiéndose muy feliz.

Ella era todo *glamour* y tenía una oportunidad de ser grande. Se preguntó si se enfadaría mucho su madre si le robaba un pedacito de pendiente...

Total, ella no los había usado nunca. Y no porque no lo deseara sino por miedo a los efectos secundarios de la magia.

Capítulo Veintidós

Diablasas, señores demoníacos y pendientes con los que poder hacer magia... ¿Puede haber algo más preocupante para los míos?

Más preocupante no sé, pero más divertido sí. ¿Qué tal un trocito de mi telenovela *La vida de Daniela*?

(Sinceramente, es que yo esos follones en el Infierno no puedo verlos. Literalmente. Lo que ocurre en la Tierra y el Cielo sí, pero nada del Infierno. Solo sé que han pasado porque ahora, que ya ha acabado, tengo toda la historia para contársela. Pero, en aquel entonces, yo era una ignorante total de todo lo que no fueran los líos angelicales. Y por supuesto, si hago tanto hincapié en la protegida de Eyén es porque, de entre todas las vidas que he vigilado, es la suya la que quiero narraros).



Al día siguiente, me dediqué a mi actividad veraniega favorita antes de Luis: tumbarme al sol en la playa con cuatro quilos de crema, un buen libro, el que me acababa de comprar, y una bolsa de patatas fritas. O al menos lo hacía hasta que apareció Vanesa bastante trastornada.

—¿Vane?, ¿qué pasa? —le pregunté mientras me incorporaba.

Que yo supiera, mis amigas se habían quedado durmiendo en el apartamento. Pues, aunque anoche me acosté tan tarde como ellas, mi cuerpo seguía en el horario que me marcaban mis niños: a dormir a las once (en teoría las nueve pero hasta que de verdad cerraban los ojos...) y levantarse a las siete.

—Es Blanca —me contestó con la respiración entrecortada.

Si no la conociera (para ella el gimnasio no era más que un club donde tomarte un café y tener buenas vistas) diría que había venido corriendo.

—¿Está enferma? —me preocupé.

Me podía caer mal pero, a diferencia de ella, yo no le deseaba nada malo.

—¡Enferma del susto!

—¿Qué sucede?

—¡Pues que se le ha plantado en su apartamento una cosa gótica en plena edad del pavo y dice que es su hija!

—¿Qué? —elevé la voz, sorprendida.

¿Cosa? ¿Tan fea era o es que a Vanesa no le gustaba su maquillaje? Apostaría por lo segundo...

—Sí, ven, tienes que ayudarnos, que tú tienes experiencia con críos.

Eso me quitó el *shock* de golpe. ¿Le explicaba que mis «críos» no tenían ni cuatro años y que no se parecían en nada a una adolescente? La miré. Estaba deseando agarrarse a un clavo ardiendo, a alguien que le dijera que hacer. Suspiré. ¡Para qué decírselo!, aunque se lo explicara no me creería...

—Muy bien, infórmame por el camino, ya voy.

Ya ni tomar el sol me dejaban. Mis amigas comenzaban a parecerse sospechosamente a mis niños y se suponía que precisamente estaba de vacaciones para relajarme de los tres años que llevaba cuidándolos. ¿Cómo se lo tomarían si me iba esta misma tarde al balneario?

—Vamos —me ayudó a meterlo todo en la bolsa, tras mirar mis patatas fritas con aire de deseo contenido.

No le dije que cogiera porque solo habría servido para ganarme un reproche y una mirada torturada. En vez de eso, me puse una camisa sobre el bikini, agarré la bolsa y me apresuré a seguirla.

Al ir detrás de ella, me fijé por casualidad en su pelo. Entonces me percaté de que mi apreciación inicial sobre su estado de ánimo había sido correcta: Vane sí que estaba trastornada. Como que se le habían escapado dos mechones de las horquillas y ni se había dado cuenta. Fruncí el ceño, entre concentrada y divertida. ¿Se le habría roto también una uña?

—Es terrible, verás... ¿y tú que miras?

Acaba de frenar un poco el paso para que yo pudiera ponerme a su altura y me había pillado mirándola.

—Tus uñas.

—¿?

—Tan perfectas y pintadas como siempre.

—No te entiendo Daniela. Las tuyas están medio rotas y sin pintar. Y ni siquiera te pones crema de manos, eso que las llevas reseca. Pero no es este el momento de suspirar por no ser cuidadosa y no tener mis manos.

—Perdona, Vane, anda, sigue contando.

—Pues eso, que estábamos Ana y yo desayunado. —Miré el reloj. Las doce. Buena hora, sí señor. Debería ser yo capaz de hacer también algo así sin culpabilidad—. Y entonces llamaron a la puerta. ¿A que no sabes quién era?

—¿Blanca con su hija? —El hecho de ir corriendo a su lado anuló el efecto de mi

sarcasmo.

—Sí, bueno. —Juro que la buena de Vane me miró mal. Y creo que fue por arruinarle el cotilleo—. ¿Y qué nos dijo, si eres tan listilla?

En fin, por lo menos lo perros todavía no hablaban, porque esto estaba empezando a ser demasiado surrealista.

—Ejem, Vane, que soy yo... Y lo de la hija me lo has dicho tú hace nada.

—¡Pero no pareces estar sorprendida por el hecho de que tenga una hija y no me lo haya contado!

«Me», así que esas teníamos... la dulce Vane se resentía de que su amistad sincera hubiera sido, si no traicionada, al menos no-correspondida.

—Sí lo estoy. Pero por suerte no tanto como tú —comencé a preocuparme. Estaba muy pálida, a ver si se me iba a desmayar—. Reacciona, chica, que te veo muy trastornada.

—¡Es que es muy fuerte! Blanca tiene una hija y un marido.

—Ahhh. —Busqué perros con la mirada pero no había ninguno cerca.

—Verás, por lo visto por eso dice que no quiere casarse, ¡porque ya lo ha probado y le ha salido mal!

—Curioso.

—¿Qué? Oye. —Se paró de golpe para mirarme fijamente—. ¿Es que no estás cabreada?

—No. ¿Por?

—¡Ha traicionado nuestra amistad! Yo contándole todo y ella siendo deshonesto en algo tan importante.

¿Cómo le explicaba yo a Vane que si tragábamos a Blanca era por ella? Y que desde luego, eso de contarle todo a Blanca... yo, por lo menos, casi todo a Ana y el otro casi todo a mi marido. Pero ¿a Blanca?

—Oye, y tú tan tranquila. En fin, sigue así que por eso te he ido a buscar.

—No puede ser para tanto, pero... ¿está aún casada?

—No, divorciada desde más o menos cuando la conocí.

Vale, empezaba a entender lo de la vida nueva.

—¿Y que es eso que decías de la hija?

—Pues desde la terraza, donde estábamos Ana y yo desayunando, vemos que para un coche en la puerta y se bajan un hombre de unos cuarenta y una adolescente. Como la chica sacaba unas pintas con su *look* de negro y el padre iba tan formal con pantalón de tela y camisa... pues es evidente que nos fijamos. Y luego oímos que llaman en el apartamento de al lado y a Blanca gritar algo así como «¿y estas pintas?» y a hombre respondiendo «no sé, apáñatelas tú que para eso eres mujer y os entenderéis mejor». Y un ruido grosero. Al poco oímos la puerta cerrarse y fuimos a ver qué pasaba. Nos recibió Blanca y nos dijo que sí, que tiene un ex y una hija. La cual, por cierto, no le tocaba hasta la semana que viene pero por lo visto al padre le han adelantado un viaje de trabajo y... ya ves. Y no te imaginas a la niña —acabó con

cara de susto.

—¿Tan terrible es?

—Mira, ya llegamos, espera que abro la puerta.

Entré.

Lo primero que noté fueron los gritos. Después el perfume. Alguien había abusado del olor a violetas. Y al asomarme al salón-cocina me encontré sentadas en el sofá y en una silla a una Ana con cara de estar disfrutando de lo lindo, a una Blanca gritando y a una chica espigada de cabello oscuro. Esta iba llevaba puestos unos leotardos negros y rojos a rayas, un vestido corto negro con desgarrones, guantes de red, mucha joyería en plata monotemática (calaveras y murciélagos) y toneladas de maquillaje blanco y negro encima. La cual, por cierto, sí parecía la hija de Blanca porque estaba igual de aplicada gritando.

—Hola —saludé.

Vane pareció decepcionada porque no me hicieron ni caso.

—Debería darte vergüenza presentarte aquí con esas pintas —estaba diciéndole Blanca a la chica.

—Tú no eres quien para decirme nada.

—Por desgracia soy tu madre.

—Yo no tengo madre —mascó las palabras con desprecio y odio.

Vane estaba blanca y Ana estaba comiendo los croasants del desayuno como si fueran palomitas.

—¿Ah, no? ¿Y yo que soy pues, descarada?

—Alguien que no me deja salir por la noche.

—¿Aún estamos con lo del concierto en Barcelona? Me parece, jovencita, que no tienes edad para irte con tus amigas a pasar la noche de juerga en otra ciudad.

—¡Pues papá me dejaba! Me arruinaste la vida. Te odio.

—¿¡¿Que te qué?!? Si lo dices porque tu amiga ligó con tu novio, no me parece que sea el fin del mundo. Y ya vale, esto lo discutimos solas, no delante de mis amigas.

«¿Le sobrarían croassants a Ana?», pensé.

—Te odio. —Más que pronunciar formó las dos palabras con la boca, lo cual, considerando el pintalabios negro, dio hasta un poco de miedo.

Hmmmm... para mí que Vane y Ana deberían haber esperado unas horas antes de ir a cotillear qué pasaba.

—Shhh —le susurré a Vane— ¿qué tal si las dejamos a solas?

—¡Qué dices!, pobre Blanca, ¿has oído lo que le ha dicho esa niña tan horrible?

—¿Pero no estabas enfadada con ella?

«Niña», ¡ja!

—Sí, pero ahora haz algo.

Jod**... ¿Y yo que sabía de adolescentes? Y yo qué sabía de almas rotas y de sentir que cualquier tontería podía ser el fin del mundo. Si para mí que hacía siglos

desde que yo había pasado por eso... Mis hijos sí que eran majos, que eran chicos y esperaba que nunca se me rebelaran así. Doña perfecta Blanca con una hija adolescente gótica... Esta sí que era buena.

Compartiendo con Ana, a escondidas de Vanesa (madre e hija estaban muy metidas en su dinámica como para darse cuenta de algo que no fueran ellas mismas), una sonrisa de «ya le vale a la muy bruja», pensé en la técnica del aislamiento. No tenía intención de interponerme entre ellas dos, evidentemente. Pero tampoco podía dejarlas despotricando en el apartamento de Vane, que era donde estábamos ahora todas. Aislamiento. Eso es. Pero adaptándolo un poco, a ver qué tal funcionaba con chicas unos diez años mayores que mis hijos.

—Vale ya. —Me situé entre ambas. No me hicieron ni caso.

Resignada, le pedí ayuda a Ana para agarrar a Blanca y sacarla al rellano. Cuando vio que la cogíamos sin miramientos, se calló y nos acompañó muy dignamente. Le expliqué que mejor si entraba en su apartamento, se fumaba un par de cigarrillos y se tomaba una tila. Que en seguida la llamaríamos. Lo cual, cosa curiosa, hizo sin rechistar. Qué pena que esto de ponerse seria no funcionara también con mis hijos.

Una vez de vuelta al apartamento de Vanesa, mi anfitriona estaba en una silla y la jovencita en la punta del sofá más alejada, haciendo como que no se miraban.

—Bueno, no nos han presentado. —Le tendí mi mano a la chica—. Soy Daniela. ¿Te apetece comer algo?

Me miró con desconfianza pero me dio la mano, con un apretón firme.

—Gema. Si tienes algún bocadillo...

—Claro, Vane seguro que te lo prepara encantada, aunque supongo que tendrá que valer de tortilla.

Para mi sorpresa, la aludida se fue a por el pan sin quejarse, incluso aliviada de que ya no hubiera gritos y de no tener que ser ella la que tratara con la «niña».

En todo caso, que quedara claro que yo no tenía ni idea de cómo tratar con adolescentes, ni siquiera con las que vestían en tonos pastel. Así que probé a tratarla como a una adulta. Si hasta con mis niños funcionaba a veces, con ella tendría que servir.

—¿Has viajado desde muy lejos para llegar aquí? —le pregunté.

—Unas cuantas horas de coche —me contestó.

A mí no me gritaba. Estaba claro que toda su inquina era para su madre.

—¿Vives también en Zaragoza?

—No, en Madrid. Aunque antes del divorcio sí que vivíamos todos en Zaragoza.

—Entonces sí que ha sido un viaje largo. Lo mejor será que comas algo y descanses un rato. Y no debería ser yo quien lo dijera pero... no seas demasiado dura con ella. —Bajé la voz aprovechando que, gracias al ruido de batir el huevo, Vane no podía oírme—. No es que yo sea la mayor fan de tu madre pero seguro que tenía buenos motivos para no dejarte salir de casa.

—La veo un par de fines de semana al mes. Considerando que no se queda

conmigo jugando al monopoly —ironizó— debería dejarme salir de noche.

—Como no conozco los hechos —le expliqué mientras intentaba no mirar a Ana porque suponía que no estaba precisamente con la cara de circunstancias que debería —, lo mejor será que lo hables con ella tranquilamente. Y no tiene por qué ser ahora. Puede ser después de que duermas una siesta para descansar un poco.

Pareció conformarse. Ahora solo necesitábamos que cuando Vane le trajera el bocadillo no le indicase que además de lavarse las manos antes de comer podía lavarse también la cara y le pasara un bote de desmaquillante.

Capítulo Veintitrés

La diablesa entró en la casita de su madre, poco más que una cueva oscura horadada en una de las montañas de hierro que se elevaban en medio de las inmensas llanuras infernales. Esas montañas estaban recorridas por túneles que las conectaban con un inmenso mar de azufre el cual, debido a las altas presiones, estaba en estado líquido. De hecho, los túneles eran precisamente los respiraderos que servían para aliviar la presión de vapor del mar cuando esta aumentaba demasiado. A Deyanira, siempre tan práctica, le recordaba una de esas ollas *express* que utilizaban en la Tierra. Aunque claro, la olla no tenía la mitad de *glamour* que ese lago tan gigantesco que podía ser llamado mar, que estaba contenido en una inmensa y kilométrica caverna y que era la fuente de todo el poder demoníaco. Junto con el wolframio consagrado, por supuesto.

Desde lejos, la vista de esas montañas era algo muy hermoso: el hierro rojizo, retorcido hacia arriba, formaba unas torres cónicas similares a las que se podían hacer con un poco de arena mojada en una playa. Pero a escala gigantesca. Y con los picos truncados, dejando ver unos gigantescos orificios por los que muy a menudo salía el azufre vapor, derramando su color amarillo-anarajando por todo el Infierno, como si fueran los dedos de algún demonio ávido de conquistarlo.

Aunque Deyanira no estaba allí en esos momentos para admirarlas, sino para alcanzar rápidamente el agujero que era la casa de su madre y robarle un trocito de sus pendientes. Ella, por cierto, no tenía casa. A las diablesas les daban una cuando volvían con sus hijas de Saturno; así que Deyanira todavía vivía con su madre, lo cual como una espinita clavada en su orgullo que le recordaba el rechazo de Eyén.

Por suerte iba a hacer algo para solucionarlo.

—¿Mamá?, ¿estás en casa? —preguntó tras cerrar la puerta a sus espaldas.

Confiaba que no.

—¿Nena?, ¿eres tú?

Su madre solo había tenido tres hijas y a las gemelas primogénitas se las había cargado un arcángel.

Bueno, en realidad había sido la ambición de Álaiá, que buscando la gloria que le daría tener a sus dos hijas favoritas peleando y venciendo en una de las guerras, las

había alistado.

Porque siempre había guerras. La mayoría en el Purgatorio y algunas en la Tierra. En estas segundas los ángeles y los demonios peleaban codo con codo con los humanos, los cuales estaban enfrascados en alguna de sus contiendas. Sin embargo, no eran conscientes de los poderes divinos e infernales que combatían a su lado, ya que no podían verlos.

Por supuesto, Álaia había intentado alistar también a Deyanira. Y, por supuesto también, la diablesa se había negado en redondo. No tenía ningún deseo ni de emular a sus hermanitas, siempre tan superiores e insufribles ellas; mucho menos de acabar muerta.

Ambición tenía. Eso era parte de ser, como decía su madre, una auténtica perra del Infierno. Pero ella prefería buscarse la inmortalidad y la gloria por otros medios más seguros.

Sin embargo en esos momentos, cuando estaba más cerca que nunca de lograrlo, comenzó a considerar seriamente si ir a la guerra no habría sido menos peligroso. Se quitó el pensamiento de una sacudida rápida de su sexy cabecita. Ella había ido a la guarida de una de las serpientes más grandes y la había matado con ayuda de tan solo una daga. Una vulgar. Ni mágica ni nada. Y llevaba la prueba en la mayoría de su ropero, ya que con los metros de piel y escamas que le había quitado había habido para hacerse muchos trajes. Así que no pensaba dejarse amedrentar.

¿Que daba miedo? ¿Que parecía abrirse un abismo en la boca de su estómago si pensaba que estaba también muy cerca de ser torturada y desmembrada, de que su esencia se perdiera en el vacío y no volver a ser nunca jamás?

¡Qué más le daba!

Ella era más seductora que las súcubos, más rápida y traicionera que las serpientes y más perra que los cancerberos. Sonrió y le contestó a su mami con total seguridad, como si no planeara robarle:

—Hola, mamá. No quería molestarte. Me voy a dar una ducha.

—¿Tú no creerás que he nacido ayer, verdad?

La mujer apareció por el pasillo, muy cerca de donde se había quedado Deyanira justo tras cerrar la puerta a sus espaldas. Caminando. Porque los saltos de teletransporte estaban prohibidos para viajar por dentro del Infierno y, además, dejaban un tufo en la ropa y el cuerpo que costaba mucho irse.

Hablando de tufos... Álaia arrugó la nariz.

—Vale. —Estuvo de acuerdo con su hija—. Necesitas unas cuantas duchas pero eso no quiere decir que yo sea idiota.

Deyanira se fijó en la mujer que, con los brazos en jarras, la miraba. Tenía más de cincuenta y, pese a ser diablesa, una raza que envejecía más despacio que la humana, tenía ya algunas arrugas y había perdido el resplandor de la juventud. Pero eso no era lo que había atraído la atención de su hija, al fin y al cabo ella estaba acostumbrada a verla como la belleza marchita que era, sino sus pendientes.

Grandes.

De diamantes.

Colgando de su oreja a través de un alambre de wolframio.

—¿Qué sabes, vieja? —Cambió Deyanira de manera radical tanto su actitud como el tono de su voz.

Porque en el Infierno todas eran rivales y todas eran perras.

—Que uno de los Siete te ha llamado. Que te has acostado con el cupido de la hija de Sashia.

—Xilenia... —bufó Deyanira.

Y era un bufido altamente seductor pues no podía evitarlo. Incluso cuando estaba cabreada o quería sonar desagradable seguía siendo una diablesa fabricada para el placer.

«Como si de una puta androide erótica se tratara», resopló para sí.

—Sí. Xilenia. De ella se trata. Así que dime, hijita, ¿por qué sigues viva?

—¡Oh, vamos, mamá! Como si te importara...

—Por supuesto que sí. ¿Si te mueres quién me va a conseguir la vida y juventud eternas?

—Pues entonces dame uno de tus pendientes.

—¡Sí! —Se hinchó el pecho de su madre con una súbita alegría—. Lo sabía. ¿Le has ofrecido algo, verdad? Dime que te acostaste con ese cupido porque puedes convertirlo.

—Vieja, de verdad que a ti no hay quien te oculte nada. —La encantadora Deyanira se encogió de hombros—. ¿Me lo vas a dar?

Su madre, que para nada parecía vieja pero que sabía que su hija la llamaba así para joderle, para recordarle quién era la sangre fresca de la familia, se lo quitó con calma y parsimonia.

—Una cosita, nena... —le comentó mientras acariciaba el pendiente entre sus uñas pintadas de rojo encendido.

—Madre, menos lobos. Tú no has usado la magia de ese wolframio porque no tienes cojones. Sabes muy bien que si no eres lo suficientemente fuerte su poder te destrozará y te convertirá en un ser gigantesco y deforme, uno que solo sirva para luchar en las guerras.

—Mocosa, vigila tu lenguaje. Si me atacas y te pillan estarás muerta. La sangre es sagrada.

—¿Y entonces?

Se llevó Deyanira un dedo a sus labios, juguetona. No porque pretendiera distraer a su madre con pensamientos de índole sexual (por suerte las diablesas eran inmunes al potencial erótico de otras de su raza) sino porque, para ella, era ya un gesto que la costumbre había vuelto hábito.

—Entonces vas a prometerme algo.

—Seamos serias, vieja. Si yo te mato y no se enteran, los pendientes son míos. Si

yo te mato, se enteran y el jefazo considera que por volver oscuro a un ángel la baja es aceptable, los pendientes siguen siendo míos. Dime tan solo por qué no te los arranco.

—Porque antes de que puedas siquiera pensar en abalanzarte sobre mí, me teletransporto a la casa de Sashia y se los doy a Xilenia.

Ambas se miraron fijamente durante unos instantes. Deyanira se relajó pues había visto que su madre cumpliría su amenaza aunque estuviera prohibido.

—Te creo. Eres perfectamente capaz. ¿Qué quieres? —Le tendió la mano, para que le diera el pendiente.

—Si lo consigues, tú no asciendes sin mí. Quiero que me conviertan en una súcubo.

Había muy pocas súcubos en el Infierno. Ser convertida en una de ellas era uno de los premios-ascenso más codiciado por las diablas ya que, como los guardianes celestiales, las súcubos no morían a causa de la edad. Aunque en las hordas del Infierno había otros puestos a los que aspirar (a diferencia de las celestiales donde un cupido solo podía convertirse en guardián), como el de Segadora de almas, un trabajo sencillito donde una se dedicaba a asesinar a los humanos y demonios que le decía su jefe. Ese era el que codiciaba Deyanira. Porque lo de seducir mortales y beber su vida estaba muy bien y la diablesa para nada se cansaba de tanto *glamour* y *sex-appeal*. Sin embargo, prefería algo que implicara a músculos que no estuvieran entre sus piernas. Qué se le iba a hacer, ella se sentía genial cuando peleaba. La adrenalina, el contrapunto justo de miedo, el saber que su vida podía correr peligro... ¡Sí! Y si después de todo eso podía tirarse a Ageón pues mejor que mejor. Así pues, esconderse en las sombras, trepar por edificios, sembrar de terror los corazones de todo aquel que la viera... estaría más que bien.

—De acuerdo, madre.

—Si solo nos ascienden a una de las dos, seré yo. Dame tu palabra.

Deyanira la miró mal. Muy mal. Aunque seguía siendo adorable y *sexy*.

—De acuerdo.

—Con sangre.

La diablesa más joven bufó. Bufó y chasqueó los dedos para hacer aparecer su daga favorita, la misma con la cual se había cargado a la sierpe. Se hizo un tajo en la palma izquierda. Su madre hizo lo mismo con un cuchillo de carnicero. Unieron sus manos y recitaron el juramento.

Ahora Álaia ya estaba tranquila. Eso era magia de sangre y su hija no podría romperla ni con todo el poder del pendiente de wolframio. Se lo dio.

Deyanira lo agarró y se largó a la ducha.

Que ya tuviera lo que quería no significaba que hubiera dejado de apestar a azufre.

Capítulo Veinticuatro

La pobre Daniela no tenía ni idea de lo que se le avecinaba. Un cupido que pretendía obligar a Eyén a lanzarle una flecha de amor por su marido (algo que, de saberlo, no le habría parecido mal en absoluto), una diablesa que no dudaría en utilizarla para volver oscuro a Ageón, y, sobre todo, una amiga llamada Blanca con demasiado buenas intenciones.

Y, si lo hubiera llegado a saber, me pregunto qué le habría dado más miedo.



—¡Hola, cielo!, ¿qué tal?

Después de comer había vuelto a la playa, esta vez bien lejos del apartamento, a ver si así no me encontraban. Y un lugar tan bueno como cualquier otro para llamar a mi marido por teléfono. Además así, si hablaba con él, dejaría de prestar atención a las chicas de mi derecha, que estaban que no cagaban con un adonis rubio que caminaba cerca de la orilla, con lo que parecía un detector de metales. Estaba muy bueno, de acuerdo, pero tampoco era como para comenzar a hacer apuestas sobre quién conseguiría llevárselo quince minutos al baño del chiringuito de al lado.

—Bien —me contestó Pedro—, ¿y tú? ¿Te relajas?

—Pssss, lo intento. Me he ido a leer, ahora solo espero que no vengan a buscarme si se les rompe una uña.

—¿?

—Perdona, es que aquí pasa de todo. En fin, he hablado con mi madre y los nenes están muy bien. El peque me echa de menos pero por lo demás se lo pasan bomba.

—¿Y tu madre puede con ellos?

—Pues verás, yo por si acaso no le pregunto. Que para una vez que están sin mí desde que nació Dani...

—¿Y cómo es que te dejas liar por tus amigas?

—Si dejarme no me dejo.

—Es Blanca, seguro.

—Pues mira, sí. Pero esta vez no me ha hecho nada a mí sino a sí misma. Tiene una hija —le comenté con tono casual, como si no llevara todo el rato deseando hacerlo.

—¿Qué? ¿Te acuerdas cuando nos la encontramos en el Corte Inglés hace unos meses? No me pareció embarazada.

—Su hija es adolescente. Y gótica.

Señor, cómo lo estaba disfrutando. Sería malvada...

—¿Y ella no lo sabía? ¿Es que la creía muerta?

—No, cielo, es que doña perfecta nos lo había ocultado. Se ve que cuando conoció a Vanesa estaba con los trámites del divorcio.

—Ahhh.

—Perdona, ya sé que no te van los cotilleos. A mí tampoco.

—No... claro que no, cariño.

¿Se estaría burlando de mí?

—Pues eso... —Realmente ya no tenía mucho más que contarle.

—Cuídate, amor. —Parecía que él tampoco—. No dejes que te metan en líos. Y si no vete al balneario. Que aunque sea más caro te lo has ganado.

—Yo lo que querría es volver a trabajar...

—Ya lo sé. Pero no podemos.

No hacía falta que me lo recordara. Antes de los nenes yo trabajaba de ingeniera en una fábrica. Pero claro, salir de casa a las siete de la mañana y llegar a las ocho de la noche (pues hasta comía allí) no era compatible con la crianza de niños. Ni lo sería cuando fueran al cole porque, si mi marido estaba de viaje con el camión, ¿quién iba a ir a buscarlos al colegio? Mi familia no, que no vivía en mi ciudad. Y la de él menos, que ya cuidaban a sus sobrinos. Así que a la mierda mi trabajo. A la mierda sentirme una mujer competente. O mujer, ya que estábamos. Porque para mí que las mamis éramos un híbrido de trapo de manchas y chacha gritona. Y por si fuera poco, al dejar de tener mis ingresos y aumentar los gastos de los nenes... ¡más días fuera Pedro con el camión! Porque la hipoteca del piso y el préstamo con el que compramos el camión seguían pasando todos los meses. Pero vamos, por una vez en tres años sí que podría darme un capricho. Así que sí, si mis amigas seguían desmadrándose, yo me iba al balneario a descansar.

—En fin, tú diviértete que te lo has ganado. —Me estaba diciendo cuando vi aparecer a Ana.

—Claro. Y tú trabaja mucho, a ver si puedes quedarte unos días cuando vuelvas. En fin, te dejo que veo a Ana. —La saludé con la mano.

—Un beso, te quiero.

—Yo también —le contesté mecánicamente.

¿Cómo me habría encontrado? ¿No vendrían las otras detrás?

—Tranquila. —Formó Ana con los labios, de manera exagerada, mientras se

acercaba a paso ligero.

No pude evitar sonreír. Por algo era mi mejor amiga: a veces hasta parecía que pudiera leerme el pensamiento.

—¿Cómo las has despistado? —le pregunté, relajada en mi toalla de nuevo tras haberme levantado para darle dos besos.

—Fácil, les he dicho que salía un segundín a por aspirinas.

—¿En serio?

—Claro —me contestó como si fuera lo más natural del mundo—, con lo neuróticas que se han puesto las tres dudo mucho que noten mi ausencia.

—Oye... A mí ni se te ocurra hacérmelo, ¿eh?

—Cariño, tú eres la única con dos dedos de frente. A ti no hace falta. Además, tú eres capaz de salir con los niños a perseguirme.

—Mejor no lo olvides. —Le sonreí—. Y ahora dime, ya que nos hemos escapado (porque mira que hay que ser imbécil para seguir preocupándose porque la chica ya no vaya de pija por la vida), ¿te apetece tomar el sol?

—Pues con lo tarde que es ya no queda mucho... —Miré el reloj: las seis y diez, tampoco era para tanto—, ¿vamos a tomar un café con hielo? —me preguntó.

—Vale, pero a una terraza del paseo marítimo que solo llevo esto para ponerme por encima del bikini.

Saqué una camisola blanca de algodón de la bolsa.

—Genial —estuvo de acuerdo—. Pero mejor caminamos en dirección contraria al apartamento, a una de esas terrazas que están bien lejos. No vaya a ser que nos vean desde el balcón. Porque cuando tú has hecho tu estelar «luego vuelvo» desde la puerta y la has cerrado por fuera, muy buena cara no han puesto. Parece ser que a la niña no le has caído tan mal como al resto y quería seguir usándote como escudo frente a su madre.

—Vale, la próxima vez recuérdame que no la trate como a un ser humano. Quizá así Blanca no me acuse de ponerme en medio.

—Joder, sí, qué fuerte. Con lo metomentodo que es ella y se enfada contigo por hablar con Eva. Si lo mejor es ignorarla, como has hecho siempre.

Más o menos vestida, guardé mi toalla, agarré mi bolsa de playa y le indiqué con un gesto a Ana que ya estaba lista. Entonces me fijé en que mi amiga se acababa de dar cuenta del juegucito que se llevaban las chicas de mi derecha con el adonis rubio. Cómo se le iban acercando de una en una y acaban todas volviendo rechazadas.

—Menos mal que ya no tengo sus años. El tío estará para hacerle un favor pero parece un poco borde —me comentó.

—¿Lo dices por la chica cuya invitación acaba de declinar? Es ya la cuarta que va desde que estoy aquí. Al pobre no le dejan en paz. No me extraña que cada vez hable menos y las rechace antes. —Me eché a reír.

—Vaaaale —me contestó Ana—. Pues nada, retiro lo de borde. Anda, vamos.

Se puso en camino y yo la seguí, hacia el paseo marítimo. Paseamos durante unos minutos, en silencio, hasta que ella volvió a sacar el tema del día: Blanca.

—Lo que yo daría por ver la cara de la madre de Blanca cuando vea a su nieta... —me comentó a la vez que me guiñaba un ojo.

—Serás cotillona. —Fingí escandalizarme.

—Igual se desmaya. Con lo perfeccionista que es con la ropa y el aspecto de su familia...

—Será porque dio el «braguetazo» y sus inseguridades le hacen querer aparentar más de la cuenta, para que nadie recuerde sus orígenes humildes.

—Sí, como los nuestros. —Nos burlamos—. Porque por algo será que la casa de la madre de Blanca no la hemos pisado nunca... Seguro que se avergüenza de las nuevas amistades de su hija.

—Bueno, bueno, eso de amistades...

—Cierto.

—¿No es la amiga del alma de la inocente Vane? Pues hala, que le cuente lo que quiera y la lée a ella. —Consigo indignarme yo solita—. Nosotras a descansar, que yo hasta he olvidado lo que es.

—Eso es porque no me haces caso: atas a un niño en cada trona, les pones los dibujos de la tele y listo.

Nos acercamos a unas mesas de una terraza que tenía buenas vistas de todo el paseo y no estaba demasiado concurrida. Tras cruzar una mirada que indicaba que esa misma serviría, nos sentamos.

—Claro, muy bonito, que me los eduque la tele.

—¡Va!, un para de horas al día no es para tanto. Total, por lo que me cuentas, cuando volvéis de buscar de la guarde a Luis no hacen más que reñir y pegarse. Mejor estarían ataditos en sus tronas.

—Qué fácil lo ves todo. —Me giré hacia mi derecha pues había venido el camarero. Qué rápido—. Dos cafés con hielo, por favor —le pedí. Volví a encarar a mi amiga—. Como se nota que no tienes nenes.

El camarero, al ver que ya habíamos pedido y que no le hacíamos ni caso, se fue. Espero que no mascullara nada sobre la mala educación de las españolas.

—Y tú que te complicas demasiado. Porque... Ostras, ¡eh! —Elevó la voz—. ¡Hola!

Me giré. El de la bici. Estaba sentado en una mesa a nuestra derecha, leyendo el periódico. ¡Ag! ¿Es que yo era gafe?

—Shhhh —le susurré a Ana muy bajito—, calla, que este me acusa de golpearlo con algo.

—Pero si es monísimo —me contestó por lo bajo. Por suerte él no se había dado por aludido ante el grito de Ana—. Ya no me acordaba. Tenía razón mi prima. ¡Hola! No pude evitarlo, me tapé la cara con las manos, esto era demasiado.

—Hola —le contestó él. Por el ruido de su silla, imaginé que se había girado—.

¿Te conozco?

—Sí, de la piscina el otro día.

Parecía que se había levantado y venía hacia aquí. Bueno, al menos dejarían de hablar medio gritando. Todo un detalle.

—¿Le ocurre algo a tu amiga? —Estas cosas no deberían pasarme, pero de algún modo seguía con las manos delante de los ojos—. ¿Se encuentra mal? —Las bajé.

—No... La sal del mar que me los ha irritado...

Me miró. Me reconoció. Su expresión pasó de cauta a curiosa en pocos segundos.

—Vale, ya sé quien eres —le dijo a Ana—. ¿Si me presento tú también vas a evitar decirme tu nombre bajo la excusa de que llevas una lata en la mano?

No pude evitar reírme. O me lo tomaba a mal como en el supermercado o me reía. Y Blanca y su hija ya habían llenado mi cupo semanal de malas caras.

—Yo solo veo mi vaso. —Le sonrió Ana claramente interesada.

Lo miré. Unos treinta, pómulos marcados, boca expresiva... no estaba mal.

—Pedro, me llamo Pedro.

—Yo Ana, encantada.

Se levantó para darle dos besos, para lo cual se tomó su tiempo. Parecía que le gustaba. Pero con la suerte que tenía la pobre con los hombres, seguro que a este le pasaba algo.

—¿Y tú? —me preguntó una vez se hubo separado de mi amiga—. ¿Tienes nombre o respondes solo a «la mujer de Pedro»?

Vale, ya sabía lo que le pasaba a este tío: le iban las casadas. Porque eso de «la mujer de Pedro» lo había dicho en un tono muy sospechoso y cargado de doble sentido. Y si no era con mis niños, yo pasaba de juegos, aunque solo fueran de palabras.

—Daniela. Veo que tienes buena memoria —le contesté lista para, a la mínima, mandarlo a la mierda.

—¿Y dónde has dejado a tus niños?

Jod**, qué pesadito... ¿no podía ignorarme y hacerle caso a Ana?

—Con mi madre.

—Siempre es bueno tomarse un descanso. Mi hermana tiene también niños pequeños y una vez que vino a verme sin ellos me comentó que, cuando su marido la vio salir y le preguntó que a dónde iba y ella le contestó que a verme, la miró mal. Debe de ser terrible eso no poder parar ni un momento.

—¿Tienes niños?

—No.

—Vale, pues entonces para qué voy a decirte que lo es si no me vas a creer.

Me sonrió. Vaya. No había sido mi intención ser graciosa, solo realista.

—¿Tú y tu mujer esperáis tenerlos pronto? —intervino mi amiga.

«Jod**, Ana —pensé—, si cuando por fin vas a hablar es para hacer un intento de socavar información tan obvio, mejor quédate calladita».

—No, si no estoy casado —le contestó sin dejar de mirarme.

Genial, no era que yo fuera una creída o excesivamente susceptible, pero esto me olía demasiado mal. Bueno, quizás sí a eso de ser creída y susceptible, pero no aguantaba esta situación ni un segundo más. Solo faltaría que el tío fuera un rompe matrimonios y se pensara que yo le estaba dando cuerda.

—Ana, tenemos que ir a ver a Blanca, ¿recuerdas? —le espeté de repente.

—¿A ver a Blanca? —Se sorprendió. Vale, podía haber pensado una excusa mejor —. Ni loca. Mejor ve tú.

—¿Tan terrible es esa Blanca? —El tío seguía mirándome. ¿Qué hacía que no volvía a su periódico?

—Seguro que Ana está encantada de contártelo. Si me disculpáis, yo me retiro.

Acabé mi apenas empezado café de un par de tragos y me volví a la playa. Ya tan solo podía cruzar los dedos. Por Dios, que este no fuera el nuevo fracaso amoroso de Ana.



Dos horas después, Ana volvió a la playa.

—Sabía que estarías aquí. —Ignoró mi cara de «ya te vale»—. Ni por un momento he creído que fueras a buscar a Blanca. Gracias por dejarme estar a solas con él. Ha sido muy interesante.

—Esto... Ana... mi intención era que nos fuéramos las dos.

—¿Y por qué ibas a querer jorobarme el ligue?

—¿Porque parecía estar tirándome los tejos a mí?

Se echó a reír. Me supo a cuerno quemado.

—Ay, que a ti no te ha quitado la prepotencia ni el tener dos hijos. Tan solo le habías caído simpática porque le recuerdas a la agobiada de su hermana. —De repente me sentí como una idiota. ¿Sería posible que hubiera malinterpretado al pobre chico?—. De hecho hasta te le pareces un poco físicamente.

—Es un alivio oírlo. Perdona.

—Vale. Vamos a ver si Vane y Blanca siguen tirándose de los pelos.

Me pareció genial el cambio de tema, pues prefería no saber si Pedro le había pedido el teléfono.

—Por cierto, ¿puedes creerte que con tanto jaleo no me acuerdo del nombre de la niña?

—Gema, se llama Gema.

Me eché a reír. Era verdad eso de la gema.

—Menuda joya...



Volvimos al apartamento con bolsas del Macdonals que había en el paseo marítimo. Le tocaba hacer la cena a Vanesa y suponíamos que, con la tarde que debía de llevar, ni se habría acordado.

—¡Hamburguesas!, genial.

Un par de brazos con lo que yo llamaría medias de rejilla a modo de guantes me quitaron las bolsas de las manos nada más entrar por la puerta.

—Me parece bien que tengas hambre, Gema. —Las recuperaré antes de pudiera coger nada—. Pero primero pondremos la mesa.

—¿Poner la mesa? ¿Es que vas a comerte tu hamburguesa en un plato? —se extrañó.

—Sí, igual que la ensalada. Y tú también. —Busqué a Blanca con la mirada. Estaba al lado de Vanesa y no tenía la menor pinta de ir a intervenir—. Y dile a tu madre que es ella la que tiene que educarte. Por cierto, Vane, ya que hoy te tocaba, al menos encárgate de ponerlo todo en la mesa. —Le pasé las bolsas.

A continuación, me fui al baño. Que los únicos que tienen el privilegio de no dejarme ni tomar una ducha aunque vaya llena de arena son mis dos hijos.



Lo que Daniela no podía saber era que, horas atrás, cuando le había colgado el teléfono a su marido, este se había quedado con la sensación de que últimamente los «te quiero» de su mujer eran demasiado mecánicos. Quizás la culpa fuera de Pedro, ya que los suyos eran demasiado aprovechados. O de la famosa y dichosa rutina. Pero el caso era que al camionero, ahora que conocía el riesgo que corría su matrimonio, le entraban ganas de mandar su trabajo a tomar por culo, dar media vuelta con el tráiler y poner rumbo a Salou.

Para asegurarse de que nadie le quitaba a su mujer.

Pero no iba a hacerlo. Necesitaba ese dinero y, sobre todo, Ageón iba a solucionarle el problema. Que para algo era su ángel protector.

Capítulo Veinticinco

—Ni se te ocurra.

Ageón se acercó a la mesa de la terraza desde donde Eyén estaba observando a su protegida hablar con el ciclista. El cupido se giró con el ceño fruncido, sorprendido de que alguien le dirigiera la palabra pues estaba en su forma invisible. (Es decir, conseguía que no repararan en él, que todos pasaran de largo. Algo muy útil para que nadie se sentara en su silla).

Al ver ante sí nada menos que al custodio de Pedro, exhaló el aire muy despacio y con mucho cuidado. El cupido del otro Pedro, el de la bici, estaba en el Cielo; pues le había lanzado una flecha por una chica que resultó ser un desengaño y, como de eso solo hacía año y medio, todavía no podía volver a bajar a la Tierra. En todo, caso, Eyén pensaba hablar con él para pedirle permiso antes de asaetear también a su protegido. Si al final decidía que lo quería liado con Daniela, claro... Aunque en esos momentos no estaba Eyén para pensar en el ciclista pues bastante tenía con ver al ver al motero mirándolo con expresión seria y amenazadora. ¿Por qué tenía que ser precisamente ese, de entre todos los cupidos del Cielo, el que le hubiera tocado en suerte al marido de Daniela? El ángel tomó aire con el mismo cuidado con el que lo acababa de expulsar y pensó que era una pena que el dichoso Ageón no estuviera también entre las nubes, incapaz de interferir con su trabajo.

—Me parece, Ageón, que nadie te ha dado vela en este entierro.

El aludido ignoró por completo las ganas que tenía Eyén de deshacerse de él, apartó una silla de la mesa y se sentó. Sus vaqueros negros y sus botas contrastaron con las bermudas azul pálido y las sandalias del otro cupido.

—Daniela es la mujer de Pedro. Fin del tema. Deja de intentar lanzarle una flecha por otro hombre. ¿Es que quieres un matrimonio roto? ¿Acaso eres tan egoísta que no has pensado en los niños?

—Yo no intento lanzarle una flecha por otro.

—¿No? ¿Y ese otro tío al que has traído de propio a Salou?

—Mira. —Eyén dejó de vigilar a la parejita y observó fijamente a Ageón, el famoso Ageón, el equivalente al capitán del equipo de fútbol en la academia de

cupidos a la cual ambos asistieron, si bien en diferentes cursos—. Entiendo que busques seguir teniendo tu chollo con tu protegido, pero Daniela no es feliz. Y yo tengo que darle opciones, dejarle elegir entre continuar con su marido o buscarse otro.

—Eres un puto cantamañanas de mierda que lo que quiere es tirarse a su protegida pero, como no puede, intenta justificar su incompetencia y los celos que tiene de su marido jodiéndole la vida.

—Ageón, no te consiento eso. —Se levantó Eyén, ofendido.

Miedo no tenía, pues las leyes no permitían que un cupido dañara a otro.

Su silla arañó el suelo a sus espaldas. Los humanos que oyeron el sonido pensaron que habría sido un gato y el transeúnte que pasaba por allí, y la vio moverse, se fijó también en Eyén. Mas de inmediato su cerebro archivó el dato como otro turista sentado en una terraza. La «invisibilidad» de los cupidos era mucho mejor que la de las diablas. Porque a ellas no las veían pero podían observar los objetos que movían. Sin embargo, con los ángeles, sí los veían pero se limitaban a ignorarlos.

Ageón, al observar cómo se ponía en pie ese cupido cantamañanas que no se merecía ni el apelativo de rival, subió sus piernas sobre la mesa y se puso cómodo.

—¿Ah, no? ¿Y qué vas a hacer? ¿Pegarme? —Le provocó con una sonrisa que parecía decir «adelante».

Eyén tomó aire y lo expulsó con lentitud. Otra vez.

—No. Somos ángeles. No nos pegamos. Buscamos la felicidad de nuestros protegidos y yo voy a encontrar la de Daniela, te guste o no.

—¿Aunque para ello tengas que separar a una pareja con dos hijos? —le preguntó burlón.

—Si los padres no son felices, los niños tampoco.

—Los padres son felices.

—Daniela no.

—¡Joder!, pues lánzale una flecha que renueve su amor por su marido, una que la haga volver a estar loca por sus huesos y con ganas de tirárselo a todas horas.

—Anda, ¿esa es tu excusa para que Pedro le sea infiel? ¿Que ella no es una ninfómana que va por allí arrancándole la ropa?

—Eyén, tú ya sabías cómo era Pedro cuando le lanzaste la flecha. Y te recuerdo que estuvimos de acuerdo en enamorarlos.

—Da igual. Ahora veo mi error. Y pienso subsanarlo.

—¿Dándole un besito? —Bufó Ageón.

—No. —Eyén apretó sus puños con rabia—. Contándole lo de las amantes de su marido.

El cupido motorista se echó a reír. No podía ser verdad que ese ángel fuera tan patético. Que le hubiera jodido a posta la vida a su protegida (si para él joder la vida era no tener un amor como el de las películas, porque Ageón veía a Daniela bastante feliz y tenía lo que muchas querrían: casa, marido y dos niños preciosos) y ahora se

las diera de santurrón. Que no quisiera confesar sus auténticos propósitos y pretendiera arruinarle de verdad la vida. Tanto a su protegida como a Pedro y a los niños. Para que luego dijeran que los ángeles no podían ser egoístas...

Acabó su amarga carcajada y se levantó. Se quedó en frente de Eyén y lo miró a los ojos mientras le decía la pura verdad:

—¿Contárselo para qué? ¿Para luego consolarla entre tus brazos?

El cupido no le contestó. Se limitó a apretar más los puños y a marcharse. No sin antes dirigirle una miradita de superioridad moral.

Justo lo que le faltaba a Ageón, que en esos momentos estaba deseando partirle la cara. Pero no era idiota: sabía muy bien que no podía. Los ángeles no pegaban a otros ángeles. A humanos, si querían, no había problema. Pero a otros ángeles no. ¡Malditas normas! Ese capullo estaba decidido a joderle la vida a su protegido y el único modo «legal» de salvarlo que se le ocurría al cupido era haciendo que Pedro se lo contara todo a Daniela, le pidiera perdón y se reformara. Pero él conocía muy bien a su custodiado: no sería feliz así.

—¿Sabes que hay un modo muy sencillo de solucionar esto, verdad? —le preguntó la morenaza que se acababa de aparecer justo sobre la mesa, con un vestidito de escamas de serpiente y las piernas cruzadas.

Al cupido le cambió la cara al verla. Solo a él. Ninguno de los humanos podía verla ya que la diablesa estaba en modo invisible. De ahí que no se hubiera molestado en ir a ponerse ropa humana.

—Deyanira, hermosa... Todo un placer volver a verte.

—Vamos, guapo, no aprietes esa boca tan sexy que tienes, que no te va estar preocupado.

Acercó sus dedos a los labios de Ageón y se los acarició. Este atrapó su mano con la suya.

—Puede que no, guapa, pero esto es trabajo.

—¡Mátalo! Mata a Eyén y todo solucionado. —Le guiñó ella el ojo.

—No pienso volverme oscuro, preciosa. Además, antes mando venir a mi banda y que sean ellos los que rapten al puto cupido.

—Ese Eyén es un gilipollas. He visto cómo te miraba. Se cree superior a ti porque él sube al Cielo a vigilar a su protegida en vez de estar como tú, codo con codo con el tuyo.

—En ningún sitio dice que tenga que irme arriba si no lanzo una flecha. Y yo cuido muy bien del camionero.

—Lo sé. —Capturó sus ojos oscuros con los suyos verdes—. Pero ese niñato te envidia y envenena a los demás ángeles contra ti. Y pretende romper el matrimonio de tu protegido, que ella se lleve los niños y se los quite. Hacerlo muy infeliz. ¿Porque a quién crees que le daría los hijos un juez humano siendo que él viaja tanto?

—Viaja para alimentarlos y darles un techo. —Ageón se calló el detallito del préstamo cuyo aval era el camión.

—Le dará igual. Se lo quitarán. Todo por culpa de Eyén. Mávalo —le susurró mientras, con su glamoroso y sexy cuerpo hecho para el pecado, le nublabla la mente.

Porque había ángeles, como ese pusilánime que ella había tenido la mala suerte de elegir, que se resistían. Pero el motero no. A él le gustaba demasiado el sexo como para rechazar a una hembra que parecía gritar esa palabra con cada leve movimiento de su cuerpo.

Para su sorpresa, él, que estaba visiblemente seducido por sus encantos, soltó la mano de la mujer que todavía tenía apresada entre sus dedos y se negó.

—No. Ya te he dicho que no voy a hacerlo. Es la ley.

—Tienes razón —asintió ella. No tuvo que tragarse su orgullo pues, en realidad, si Ageón hubiera sido tan sencillo de influenciar, ella estaría más que decepcionada. Porque ese tipo duro le ponía. Y mucho—. Puedes hacer algo mejor aún... —Ronroneó mientras se inclinaba hacia el motero, captando más que de sobras su atención con su generoso escote—, haz que haga que su protegida se enamore de él. Eso le supondría el Castigo y tu Pedro podría consolar a su mujer y volver con ella. Y bueno... tú no habrías incumplido ninguna ley.

Ageón consideró el consejo de la diablesa. Sabía que ella, como no, intentaría o reclamarlo o volverlo malvado. Si le dejaban elegir, él prefería la primera opción pues lo de dejar de estar alistado en las fuerzas del Bien no le atraía demasiado. Además, esta diablesa era mucho más interesante para irse a Saturno que la tal Xilenia. Y, sin Eyén, Deyanira estaría libre. El motero tenía que reconocer que lo de que Eyén se acostara con su protegida y la enamorara de él mismo... ¡sublime!

Si es que solo una mujer podía ser tan retorcida.

—Me parece que tienes razón, Deyanira. Dime, ¿te apetece tomar algo?

—No. Me apetece meterme contigo en la piscina de mi hotel y tomarte delante de todo el mundo.

—¿En forma invisible? —preguntó sintiendo un ramalazo de excitación ante la idea.

Aunque como si no hubiera estado pensando en hundirse dentro de ella desde que la puñetera diablesa había hecho su aparición con ese vestidito de escamas tan ceñido y su puñetero *sex-appeal*.

—No. Que nos vean. Me apartaré la parte inferior del bikini dentro del agua y nadie se dará ni cuenta.

En medio de un apestoso olor a azufre, Deyanira desapareció para ir a por su bikini. Ageón, más que dispuesto a complacerla, se levantó. Entonces se dio cuenta de que no sabía en qué hotel se alojaba la diablesa. Seguro de sí mismo como era, no dudó que ella iría a buscarlo. Se encogió de hombros y se fue al suyo a por su bañador.

Porque tenía que reconocer que esa demonio era de lo más seductora y cada vez le resultaba más difícil pensar en estar entre los brazos de cualquier otra mujer.

Capítulo Veintiséis

Mientras Xilenia intentaba averiguar por qué Deyanira no estaba ya muerta, mientras Eyén intentaba planear un modo de que su protegida conociera lo de su marido sin que el dato la hiciera demasiado infeliz, mientras Ageón aprovechaba que había ido a su habitación para hacer una llamada rápida a su banda de moteros, Daniela continuaba con sus vacaciones, ignorante del todo de la que se le venía encima.

¡Echemos un vistazo a sus pensamientos! ;)



Vane, que estaba cansada de escuchar los reproches entre Blanca y su hija, me pidió que la acompañara de tiendas. Como eran las siete y cuarto (más que cenar casi habíamos merendado), nos apresuramos a salir de su apartamento. Por lo visto, tenía que comprarse un par de vestidos elegantes, uno para una boda y otro para una cena de su colegio oficial.

Tras andar un poco, acabé en una *boutique* del centro sentada en una silla mientras la veía entrar y salir del probador una y otra vez. Por la hora debíamos de ser las últimas clientas y la dependienta, a la cual pronto le tocaría cerrar, estaba ansiosa por venderle algo. Claro, que si «algo» valiera de trescientos a seiscientos euros de la nueva temporada de otoño y de ciento cincuenta a trescientos de la de verano rebajada, yo también lo intentaría con ganas. En fin, no era precisamente mi idea de diversión el estar allí, sentada, viendo como la pobre se quejaba de que cada año tenía que comprarse un vestido diferente para la cena (¿De verdad que sus colegas de profesión se acordaban de lo que cada uno había llevado el año pasado?). No considerando que esos precios estaban muy por encima de mi presupuesto para ropa de un año entero y que, aunque me lo regalaran, tampoco tendría la oportunidad de ponérmelo nunca. Supongo que si yo no tuviera hijos seguiría trabajando y con dos sueldos en casa y ningún niño para sangrarnos cada mes (guarderías, pañales, ropa...), yo también podría comprarme vestidos de fiesta. Como los de Vane, claro,

porque los de Blanca eran de diseñador y no quería ni imaginar cuánto se gastaba.

—Jo... no me queda bien, me marca demasiado.

No era por ser mala, pero la verdad era que Vane estaba algo así como un poco gordita y el vestido le quedaba fatal a la altura de las pistoleras.

—¿Por qué no te pruebas ese blanco? —Le señalé uno de los que le tendía la vendedora, ceñido al cuello con una tira de pedrería y cayendo como una capa desde allí hasta lo que supuse que sería medio muslo.

—A ver... Uy, pero si caben varias yo dentro. Casi parece de preñada.

—Pues yo tuve uno parecido en mi primer embarazo y lucí orgullosa barriga en una inauguración a la que me llevó Pedro. —Sí, que tiempos aquellos...—. Claro que no me lo he vuelto a poner, ni siquiera en el embarazo de Dani. Es que ese fue psicológico —le aclaré.

—¿Un embarazo psicológico? —Desvió Vane la atención de su vestido—. ¡Pero si fue el de Dani!

Si a estas alturas la dependienta no pensaba que estábamos locas le faltaría poco.

—Sí. Ni yo, ni mi hijo, ni Pedro creíamos que de verdad estuviera embarazada. Sobre todo cuando la tripa empezó a abultar.

—¿?

—¿Tú te crees que de ocho meses las embarazadas llevan a un niño a la guardería por las mañanas debajo de un brazo y su triciclo del otro? Porque eso me pasaba un día sí y otro no, con Luis encima dándome patadas. Ya sabes, la etapa de «casi dos añitos, hago como que no entiendo a mamá y el mundo es mío». Los que me veían se horrorizaban. Como mi suegra quejándosele por teléfono a mi marido de que con nueve meses me habían visto subir las escaleras de la guardería con el niño en brazos. Por eso digo que fue psicológico. Todos lo sabían menos yo, mi hijo y mi marido.

—Uf, pobre.

—Sí, estar esperando un bebé y no tener tiempo ni de soñar con él. En fin. Creo que ya te conté que cuando me puse de parto y se lo dije a Pedro, con Luis obtuve un «¿ya?» emocionado. Con Dani fue más bien un «¿estás segura? Mira que es de noche y no quiero despertar a mi madre para que se quede con Luis si no es necesario».

—Cierto. Pero este vestido no me gusta.

—Pues te queda genial. Te realza los hombros que los tienes muy bonitos y oculta totalmente si debajo de él hay una talla 44 o 36.

—No me acaba de convencer.

—¿Y este? —le pregunta la vendedora casi ya sin esperanzas, pues veía que iba a ser difícil contentarla con algo.

¡Guau! Era un vestido precioso de seda con motivos florales, ceñido al cuello con una tira de visón y que dejaba media espalda al aire.

—¿Otro ajustado? No, gracias.

Yo me lo quedé mirando. Era el típico vestido que parecía llevar mi nombre escrito. Seguro que me quedaba genial. Y estaba rebajado a 200 euros. Pero claro, eso

eran los libros de texto y el kimono de kárate de Luis, que empezaba este año el cole. Y además, aunque me lo comprara, ¿dónde me lo iba a poner yo? Si no salíamos nunca... Cuando Pedro estaba en casa, no teníamos con quien dejar a los niños y no conocíamos a ninguna niñera de confianza. Porque por una vez cada varios meses, aunque fuera caro, lo que es yo la contrataba. Pero claro, no iba a dejar a mis hijos con una extraña. Suspiré acariciando el vestido y rechacé la tentación de probármelo. ¿Para qué añadir leña al fuego viendo lo bien que seguro que me quedaría si no tenía sentido comprármelo? Por un momento envidié a mis amigas solteras. No solo tenían tiempo para ellas (y no me refería precisamente a lavarse la cabeza) sino que además podían ponerse ropa bonita. Pero solo fue un momento, pues la imagen de mis dos tesoros me recordó enseguida que no los cambiaba por nada.

Varios vestidos después, nos fuimos con las manos vacías al *pub* donde habíamos quedado con las demás.

Por el camino, mientras andábamos a un paso relajado, pensé que después de todo sí que había sido divertido. Estar sentada viendo probarse ropa a Vane y hablando de trapos. Surrealista, considerando que exceptuando esta semana de libertad yo no solía llevar puesta más que ropa vieja que Dani enseguida me llenaba de manchas, pero divertido. Sonreí. Si no para desestresarme, porque anda que no estaban pasando cosas, esta semana me iba a servir para recordar lo que era estar con mis amigas, dedicarles tiempo, algo que no solía poder hacer normalmente. Y la compañía femenina poseía un repertorio vocal mucho más amplio que mis dos acompañantes habituales, sobre todo considerando que Dani todavía no sabía ni hablar.

Capítulo Veintisiete

Deyanira sabía que no iba a ser sencillo lo de volver oscuro a Ageón. Aunque tampoco tan complicado, pues el ángel no era para nada inmune a los placeres de la Tierra. En todo caso, estaba dispuesta a poner en marcha su plan.

De normal, sus flechas no afectarían a un cupido. ¡Joder! Si lo hicieran anda que no se habría llevado a ese pusilánime de Eyén a Saturno hacía tres años. Pero de nada servía echar sal en la herida de que había elegido al ángel equivocado (el tío era bastante guapo y ella, tan superficial como siempre, se dejó llevar por un rostro bonito). No... Era el momento de actuar.

Por unos instantes, mientras se balanceaba sobre la farola bajo la cual estaba a punto de pasar Eyén, pensó en enamorarlo.

Porque ahora, gracias al pendiente de su madre, sí que podía lanzarle una flecha. El problema era que tenía un trabajo que hacer para el jefazo y, además, que ya no le quería a él. Era extraño pero Deyanira, una perra del Infierno sin sentimientos, estaba comenzando a desarrollar una curiosa adicción por el cupido motero. No sabía si se trataba de su personalidad o lo bueno que era en la cama (bueno, piscina y barra de bar, más bien), pero le gustaba. Y eso era suficiente para ella.

Así que continuó balanceándose en lo alto de la farola, ya pasado ese momento de duda, mientras el bobo de Eyén se acercaba cada vez más.

Lo de estar subida a una farola en pleno paseo marítimo no suponía ningún problema. Ni aunque ella llevara dos de sus complementos favoritos: unos cuernos de plástico rosa y una cola de diablesa del mismo color, con un corazón al final (eran de una tienda de disfraces y a la mujer le encantaban). Pues la gente, aunque miraran hacia arriba, no la verían. El cupido sí, pero aunque este elevara sus ojos no pasaría nada pues, si lo hacía, lo engañaría con algo a lo que él ya estaba acostumbrado pero que, a partir de ahora, iba a ser su estelar interpretación de una diablesa que lo acosaba para llevárselo a Saturno.

El cupido pasó bajo ella y comenzó a alejarse. Un paso. Dos.

Deyanira materializó su monísimo arco rosa forrado en terciopelo. Como esas esposas tan monas que había en algunos *sex-shops*.

Tres. Cuatro.

La diablesa hizo aparecer una saeta negra entre sus dedos y la colocó en el arco.

Cinco. Seis.

La mujer se centró en el pendiente de wolframio y diamantes que colgaba de su oreja izquierda. Notó su magia. La tomó.

El hilo metálico se hizo un poquito más fino al evaporarse algunas de sus moléculas. Muy poco. Tan poco que era imposible ver la diferencia a simple vista.

Pero ella la sintió, notó cómo la magia la invadía a través de oreja, como cosquilleaba en su piel, cómo la hacía sentirse incluso más viva por dentro.

«¡Por todos los Señores Infernales y sus cancerberos guardianes! —pensó—. Yo quiero más. Más poder. Más magia. Más».

Siete. Ocho. Nueve.

Cargó con un poquito de lascivia esa flecha negra. No demasiada. No como para que se le tirara encima a Daniela y la violara. Solo un poquito.

Y la lanzó.

Diez.

La flecha negra se clavó en el corazón de Eyén por la espalda, atravesando costillas. Incorpórea como era, él no sintió dolor ni se dio cuenta.

Pero Deyanira sí. Supo que el angelote estúpido estaba bajo su influencia. Sonrió. Sus flechas nunca duraban demasiado pero, para lo que tenía en mente, tampoco hacía falta. La había graduado para que fuera débil y durara un par de noches. Suficiente.

Once.

El cupido continuó andando mientras, sin saber por qué, comenzaba a pensar en Daniela. Deyanira le lanzó un beso burlón desde su farola, ignoró el picor que estaba comenzando a sentir en el brazo izquierdo y se desvaneció. Como siempre, un aire cargado con vapores de azufre ocupó su lugar.

Capítulo Veintiocho

Mismo bar que la noche anterior, misma mesa. Allí estaban todas, hasta la hija gótica llevando un cortísimo vestido negro.

—Hola —saludé tras cogerme una shandy de la barra—. ¿Te has traído a tu hija?

—No quería quedarse en casa.

Increíble, Blanca debía de estar tan cansada como aparentaba porque no me había mordido con la respuesta. De hecho, se le había bajado un poco el corpiño que llevaba, se le veía algo el sujetador por la espalda y... ¡no se había dado cuenta! Sí que debía de estar mal, sí, porque en lo de obsesionarse con estar impecable era la hermana gemela de Vanesa.

—Además —continuó contándome—, aunque tenga catorce aparenta más.

—¡Casi quince! —matizó la aludida.

—Vale, bonita. —La miré. Se había puesto todavía más base blanca en la cara y negro en los ojos y labios—. No hace falta que lo grites, a ver si nos van a echar. Ya que estás aquí, tienes dieciséis para mí aunque por si acaso espero que eso azul que bebes no lleve alcohol.

—No. El color lo da el Blue Tropic.

—Bueno, Blanca y Gema, ¿ya no estáis en pie de guerra? —tanteó Vane, sentándose a mi lado.

—Nosotras nunca. —Fingió horrorizarse Blanca.

—Verás —la cortó Ana—, yo creo que ya no. Han hecho un pacto y yo por fin me he enterado de qué cojones va todo esto.

—¡Esa boca, que soy menor! —protestó Gema.

Me eché a reír. Como si tuviera aspecto de escandalizarse por un taco... Además, esa frase era mía.

—Tranquila, Daniela. —Ana me dio una palmadita en la espalda—. En fin, Vane, Daniela —continuó con teatralidad—, os presento la guía de dummies para los follones de Blanca. —Cuando esta fue a protestar le di una patadita bajo la mesa y se quedó tan sorprendida que se olvidó de interrumpir a Ana—. Aquí nuestra chica pija y modélica se enamora del chico adinerado que le señala su mamá como interesante.

Se casa y al poco se queda embarazada. Tienen una nena monísima que su monísima madre cuida con la ayuda de una niñera y del padre. Por lo visto, la nena y el padre se llevan genial y la madre, tan tonta que prefiere ir a yoga y al salón de belleza al salir del trabajo en vez de quedarse en casa, se siente excluida. Poco a poco, la pareja enamorada se comienza a autodenominar papa y mamá, pasan menos tiempo a solas y cuando lo hacen es para hablar de la educación de la niña. Y como por lo visto no están de acuerdo en cómo hacerlo, riñen bastante. Al final, descubren que están mejor solos y que el amor se disolvió en la rutina. Entonces se divorcian. La custodia la piden los dos pero lo niña, que ya tiene diez años, prefiere al papá que es el que pasa más tiempo con ella todos los días. Nuestra chica se lleva un disgusto del estilo «pero si yo soy la madre», reflexiona sobre sus prioridades, se da cuenta de que su hija estaba por detrás de algunas de ellas, se resigna y decide empezar a ser una mujer nueva y no tan perfeccionista. Y conoce a Vanesa y el hecho de ser alguien alejado de su círculo de amistades, alguien que no sabe nada de su vida anterior o de lo arpa que debía de ser antes, le viene de perlas. Fin.

Me quedé boquiabierta. ¿Esto había hecho Ana en el par de horas que las habíamos dejado solas? Yo sabía que era capaz de sonsacar información a un mudo pero esto... era demasiado. ¿Me estaba diciendo que Blanca ahora era *buena*? O por lo menos comparado con antes. Jod**. Lo cierto era que no me resultaba difícil imaginarla dejándole a su hija a la niñera para irse a cenar súper arreglada. ¡Y anda que no me gustaría a mí tener niñera! Pero como ayuda puntual, no para irme yo a ponerme guapa o de juerga y dejar a mis tesoros abandonados. En todo caso, continué asimilando la información y me di cuenta de que no nos había dicho cuál era ese pacto bajo el que habían enterrado el hacha de guerra.

Tras quedarse igual de boquiabierta que yo, Blanca recompuso su mandíbula, observó a Ana con una mirada fría, gélida más bien, y cargó de veneno sus palabras al contestarle.

—Vaya, o sea que me estabas sonsacando mientras hacías como que nos ayudabas a llegar a un acuerdo...

—Anda, Blanca, deja de mirarme así que no cuela. No vas a intimidarme. Y sí, quería saber de qué ibas con lo de ocultarnos que eres madre. Como por lo visto ahora somos tus amigas, creo que nos merecemos saberlo. O por lo menos Vane.

—Cambiando de tema —intervine. Pues no iban a ponerse a reñir en serio delante de Gema, ¿no?—, ¿cuál ha sido el pacto?

—Fácil —habló Gema, la cual había estado siguiéndolo todo de lo más interesada —, ella me deja salir a partir de ahora hasta la una en fines de semana. Y cuando cumpla dieciséis volveremos a negociar el horario.

—¿Y a cambio tú? —le pregunté.

—¿Soy menos borde con ella? ¿Acepto que apenas tenga tiempo para mí? — Intentó hacerse la dura pero la mirada que le dirigió a su madre estaba entre enfadada y lastimera.

—Me alegro que lo hayáis solucionado.

Vane, que tenía pinta de no haber captado las sutilezas de la atormentada alma de la chica, parecía estar archivando todavía los nuevos datos para sacarlos en una conversación con Blanca en cuanto se quedaran a solas.

—Entonces ya podemos cambiar totalmente de tema —atajó Blanca, todavía molesta con Ana—. ¿Qué tal esos vestidos?

Vanesa, encantada de tener la oportunidad de hablar del tema, se puso a contarnos con todo lujo de detalles cuáles se había probado y por qué no los había comprado. En esos momentos, desconecté un poco. Al fin y al cabo, yo había estado presente. Y no era que me estuviera fijando, pero en eso que miras sin prestar atención, perdida en tus pensamientos, me di cuenta de que la jovencita rubia que acababa de entrar al bar se nos quedaba mirando.

Curioso.

A mí no me sonaba de nada.

Entonces decidí que tampoco era cuestión de observarla fijamente y me reincorporé a nuestra conversación, de la cual me había perdido más que unas cuantas frases.

—Ya vale, Gema —le estaba diciendo su madre, enfadada.

(¿No habían hecho las paces?).

—¿Gema? ¿Eres tú de verdad?

La joven rubia se había acercado y plantado delante de ella. Era alta, delgada y vestía una camiseta, una falda vaquera y un cinturón, todo ello de *Miss Sixties*. A este paso yo iba a ser la única que compraba en Zara.

—Violeta, hola —la saludó Gema algo cortada.

—¿Qué te has hecho? —La chica le tocó la cara—. ¡Ag! Y mira tu pobre pelo. Y esas ropas... ¿Te dejo sola un verano y te pasas al lado cutre?

—Se dice oscuro —le contestó Gema con el ceño fruncido y voz hosca.

—No. —Arrugó Violeta su bronceada y bonita nariz (¿estaría operada?)—. Se dice cutre.

—Lo que tú digas.

—Ops. —Pareció darse cuenta—. ¡Pero si estás con tu madre! Buenas noches, señora de la Fuente.

—Hola, Violeta.

—¿Y por qué vas así? —Bajó la voz y volvió a dirigirse a Gema—. Por cierto, ¿sabes que debes de tener el móvil averiado? Te he llamado un montón de veces este verano.

—¿Sí? Vaya.

—Sí, desde el viaje a Madrid no he vuelto a saber nada de ti.

—Bueno, Clara ya me dijo que os lo habíais pasado bien pero que no fue para tanto.

—Lo diría para contentarte. El concierto fue brutal.

—Sí, claro.

—Oye... —Cambió el peso de una sandalia de tiras a otra, nerviosa—. Si es por lo de tu ex...

—Mi ex.

Guau. Esta niña podría enseñarme lecciones sobre como ser tan irónica con solo dos sílabas.

—Bueno yo...

Gema la fulminó con la mirada.

—Blanca, me voy a hablar un rato con mi amiga. Estaremos en esa otra mesa.

«¿No la llama mamá?», me extrañé.

—¿Me lo pides o me lo comunicas?

—¿Pasa algo? Si voy aquí al lado...

—De acuerdo. —Suspiró Blanca—. Ve. Para que veas que voy de buena voluntad. Pero ni se te ocurra salir del bar.

—Vale.

Se levantó y agarró sin muchos miramientos a la que era... ¿su amiga?, del brazo. Se alejaron al otro lado del local. Justo entonces apareció el Pedro que no era mi marido. ¿Es que este verano el mundo era un pañuelo y yo el moco con mayor atracción gravitatoria? Como me decía la gente normalmente cuando me veía con dos niños, estaba claro que, aburrirme, no me aburría. Para nada.

—¿Tu hija era antes de este verano como tú? En ropa, quiero decir. —Se corrigió rápidamente Ana.

Parecía ser que aún no lo había visto.

—Sí. Y si insinúas que se ha disfrazado para joderme, la veo muy capaz.

—Igual solo quiere llamar tu atención, como los hijos de Daniela cuando se le portan mal.

—Oye, Ana —intervine—, que lo que les pasa a los míos es que tienen celos por cada palabra o gesto de atención que no les dedico a ellos sino a su hermano. No es que no les haga caso. Y antes de que protestes, Blanca —le comenté a sabiendas de que podía estar siendo injusta con ella pero, mira por donde, le debía unas cuantas—, mira quién viene hacia aquí. ¿Has quedado, Ana?

—¡Pedro! —Se lo comió con la mirada—. Sí. Bueno, más bien le dije que estaría por aquí por si le apetecía pasarse. Y ha venido —concluyó triunfal, todo otro tema olvidado para ella.

—Pues espero que no sea el único —comentó Vanesa, satisfecha.

—¿Y eso? —le pregunté mientras el Pedro de Ana se acercaba.

—He quedado con el viudo. No tengo muy claro si es buena idea pero en fin, como me ha llamado disculpándose por el plantón de ayer...

—Bueno, así lo conoceremos Ana y yo.

—¿Y me daréis vuestra opi...

—Hola —saludó Pedro a Ana.

—... nión? —concluyó Vane.

—Claro —le susurré mientras le apretaba el brazo con suavidad para darle ánimos.

Con todo el follón de la hija de Blanca se me había olvidado la pobre Vanesa. Qué fallo.

—Hola, Daniela, me alegro de encontrarte también aquí —me saludó el de la bici, dándome dos besos.

Me comí el «*pues yo no me alegraría de que en mi primera cita hubiera carabinas*». No tenía que ser tan susceptible. Ana ya me había dicho que yo tan solo le recordaba a su hermana. Y el chico estaba siendo simpático porque yo era amiga de Ana. Además, punto más importante, excepto para mis hijos el mundo no giraba alrededor de mí.

A ver si era capaz de recordarlo de una vez por todas.

—Hola, qué sorpresa —le contesté a Pedro—. Permíteme que te presente a dos amigas más: Vanesa y Blanca.

—Yo soy Blanca, encantada. —Se me adelantó ella y, mientras le daba dos besos, aprovechando que él no podía verla, le guiñó un ojo a Ana.

—Pedro, un placer. Y tú debes de ser Vanesa, pues. —Se giró hacia ella—. ¿Qué tal? —Le dio dos besos.

Juraría que a mí me los había dado más despacio.

Respira bonita.

No hay niños, no hay razón para estresarse.

Una hija adolescente, un ligue que no parecía tener claro con quién ligaba y una Vanesa jugando a *quiero-casarme-ya-porque-se-me-pasa-el-arroz* no son nada ti. Sobre todo si la niña ni siquiera es tu hija.

—Voy a ir a la barra, ¿os apetece tomar algo? —nos preguntó, muy caballeroso él.

Pero eso no quitaba para que yo me dijera que, si había una silla libre al lado de Ana, ¿por qué tenía que acabar de tomar asiento en la que estaba justo a mi derecha?

—Pues...

—Tengo una idea —interrumpí a Ana—, como tú sabes lo que nos gusta a nosotras, ¿por qué no le acompañas?

—Buena idea —estuvo rápidamente de acuerdo—, ahora volvemos.

Me trague el «no, si no hay prisa». Tampoco convenía ser tan evidente. Una vez la pareja se hubo levantado y marchado a pedir (y sí, estaban charlando, que buena era Ana como para que él no le prestara atención. Casi tanto como mis hijos), me cambié de silla. Así habría tres sillas libres y las tres juntitas.

—Blanca, deja de mirar, que a tu hija no le va a pasar nada —la tranquilizó Vanesa—. Además, su amiga parece una buena chica, ¿no?

—Sí —suspiró—, lo es. Y aún lo ha demostrado más hoy con eso de reprocharle el lado cutre. Por cierto... —Sus pulseras tintinearón mientras se llevaba los dedos a

la barbilla—. ¿Decías que habías quedado hoy con Eduardo?

—Sí. Tiene que estar al caer.

Comprobó el reloj toda seria, con una expresión en su cara de muñequita que más que transmitir emoción parecía estar resignada a cumplir con su deber. Parecía que su comentario satisfecho de antes era porque había quedado con un posible candidato a padre, no porque este le entusiasmara.

—Esperemos que hoy no se haya vuelto a dejar la llave afuera. —Sonreí.

A falta de Ana, alguien tenía que quitarle hierro al tema. Porque conociendo a Blanca, poco menos que aleccionaba a Vane para seducirlo y casarse con él.

—¿Del váter? —me comentó Vane con una risita nerviosa.

—Eso. —La secundé.

—Ejem, Daniela... —Blanca volvió a usar su tono helado de sargento—. ¿Recuerdas que tengo el número de tu pediatra?

—¿Sí, Blanca? —Por ahí no pasaba otra vez—. Yo también. Pero es que ahora los nenes están con mi madre.

—Ostras, ¿y habéis quedado? —preguntó Vanesa.

¿Es que la pobre seguía siendo tan inocente que no había percibido la amenaza para nada velada de Blanca?

—Pues no. —Se la vio con ganas de decir otra cosa—. Ya he tenido bastante por hoy con lo de Gema.

Eché un vistazo a la barra. Ana y su pareja parecían estar a gusto y absorbidos el uno en el otro. ¡Bien!

Dejé que mi mirada se relajara por el bar mientras me abstraía un poco de la conversación. Las dos adolescentes parecían estar haciendo las paces, o al menos eso exclamaba a gritos su exagerado lenguaje corporal. El local estaba cada vez más lleno; parecía que no dejaba de entrar gente. Como ese hombrecillo de algo más de mediana edad y con aspecto de ser muy nervioso que estaba parado en la entrada revisando el bar con la mirada. Menos mal que no me buscaba a mí; con sus sandalias y su camisa y pantalones de lino blancos parecía haberse quedado estancado unas cuantas décadas atrás. Y si lo hubiera llevado con más garbo o no hubiera sido tan bajito... Anda, parecía que había visto a alguien a mi derecha. Me giré intrigada por ver con qué tipo de gente había quedado. Vi a Blanca haciéndole gestos y a Vanesa con una sonrisa congelada en la boca. ¡¡¡Joder!!! (Desde que tenía hijos, por eso de la censura, cuando decía o pensaba un taco era que me salía del alma). ¿Ese era el viudo? Pues de muy buen ver nada. Si encima estaba medio calvo...

—Hola, Eduardo, ¿qué tal?

—Hola, encantado de verte otra vez. Hola, Blanca.

—Mira, esta es nuestra amiga Daniela.

—Hola.

¡Aggg!, besos babosos y apretón de manos flojo. Jolines, si extrapolaba esto a la cama pobre Vane. Porque... ¿no se habrían acostado ya, no? Tenía que preguntárselo.

—Anda, si por fin vuelven de la barra Ana y Pedro.

—Perdonad, había mucha cola.

Dejaron las copas que llevaban en precario equilibrio sobre la mesa y miraron hacia las sillas libres. Las cuales estaban bien lejos de mí, que ya me había encargado de que la mía estuviera entre Blanca y Vane.

—No pasa nada —les contestó el viudo.

Tendría ganas de caerles bien porque, desde luego, conocerlos no los conocía.

—Leñe, ¿y tú eres? —se extrañó Ana.

—Perdonad, es Eduardo —se apresuró a contestarle Vane.

—Hola —le dijo Ana y me miró con cara de «¿el viudo?», una que acabó con una mueca de asco cuando este le babeó la cara en los dos besos de rigor.

—Sí —vocalicé sin emitir sonido, aguantándome la risa al ver su expresión.

—No sé cómo lo hacéis las mujeres —me comentó Pedro sentándose... ¡a mi lado!—. Yo no llevo tacones y ya me cansaba de estar de pie.

Mierda. El tío, sin ningún problema, había cogido una silla y la había arrastrado hasta ocupar un huequecito que había entre Vanesa y yo.

—Pregúntale a Ana —le espeté de malos modos—. O mejor a Blanca, que los suyos son de aguja.

«Ay, pobre chico —no pude evitar pensar—, seré borde y susceptible... pero es que en el terreno de caza de *mi* Pedro nadie se mete».

—Blanca, tienes que convencer a Vanesa para acepte venir al teatro y a cenar conmigo. —Estaba diciéndole el viudo con lo que yo ya había catalogado como su típica mirada de perrito abandonado.

La cual, por cierto, podía conmover en un niño pequeño o en un guapísimo hombre en la veintena pero, desde luego, no en su caso.

Además... ¿¿Al teatro?? Y yo que pensaba que cine y cena eran una anticuada forma de ligar... Ya de paso que se la llevara a la ópera o a una sala de fiestas para octogenarios de esas que tocaban pasos dobles y boleros. Ay, señor, pero que mal estaba yo hoy. Sería por la morriña de llevar tres días sin ver a mis niños. En fin, para consolarme nada como darme cuenta de que todavía no era tan arpía como Blanca pues, por lo menos, yo todavía me callaba esas puñaladas cuando pasaban por mi cabeza.

—Claro —le sonrió la arpía al viudo.

—Oye, Blanca, ¿no va siendo tarde para tu hija? —le gritó Ana para hacerse oír pues estaba en la otra punta de la mesa y el ruido de fondo aumentaba cada vez más.

La chica se había negado a coger una silla y ponerse junto al de la bici. ¡Menos mal! Así se daría cuenta de que ese tío, si le iban las casadas, no merecía la pena. Porque sí, yo volvía otra vez a mis trece de que el tal Pedro, con quien quería ligar, era conmigo.

—No sabía que fueras experta en maternidad.

—¿Hija?, ¿está aquí Gema? —se interesó el viudo.

—Ocupada con una amiga, ya sabes cómo son estas adolescentes... ya la saludarás otro día. —¡Ja!, no sabía que relación tendría con él pero estaba claro que no quería que viera a la chica con sus pintas de gótica. Señor, qué tentación...— Anda, mejor será que tú y Vane os vayáis a algún local más tranquilo donde podáis hablar sin tanto ruido.

Vane me miró con mirada de «*qué hago*». Desgraciadamente no sabía cómo decirle «*no vayas a no ser que estés segura, a mí no me da muy buena espina*» con gestos, así que me limité a encogerme de hombros y enarcar una ceja en un universal «*tú sabrás*». Ella me observó con mala cara (mira que era difícil con sus rasgos de muñequita) y poco después se fue con él a algún café más tranquilo.

—La verdad es que aquí apenas se puede hablar.

Me lo dicen un poco más cerca del oído y salto del susto. Hasta aquí habíamos llegado por esta noche. Miré muy mal al de la bici.

—Cierto —le contesté a Pedro—. Chicos, si me disculpáis yo me retiro ya. Blanca, ¿quieres que me lleve a Gema conmigo?

—¿Podrías? —me contestó la aludida, extrañada.

La entiendo. Pero el favor no se lo hacía a ella. Una que era madre y no le parecía bien que esa chica estuviera en el bar a esas horas, no con cómo se había puesto de gente y cómo algunos estaban ya borrachos.

—Sí, claro, mientras me des llaves de tu apartamento si no lleva ya ella.

—Vale. Gracias.

Me despedí de todos con el gesto de lanzarles un beso y, antes de dirigirme hacia donde las dos adolescentes estaban charlando y riéndose como si nada, me abrí camino hacia al baño. Hale. Pedro todo para Ana. A ver si la miraba un poco a ella y me dejaba a mí en paz.

Cuando estaba saliendo de los aseos, una mujer que llevaba dos copas en la mano se chocó conmigo y casi me las tiró encima (lo que yo decía, este local se estaba poniendo cada vez más imposible y abarrotado). Lo que evitó que mi ropa acabara empapadita y oliendo a cubata fue un brazo masculino cubierto por una camisa blanca, uno que sujetó las copas de la chica.

—Gracias —le dije.

Casualidades de la vida, era el adonis rubio de la playa, al cual las camisas abiertas por el pecho y los vaqueros le quedaban igual de bien que el bañador y las chanclas.

—De nada. ¿Estás bien? —Parecía preocupado.

—Sí, tranquilo.

Miré con el rabillo del ojo hacia la chica de las copas. Tras musitar un «lo siento» se estaba retirando.

—Ten cuidado, ¿vale? —me pidió mientras me miraba a los ojos.

Los suyos eran azules y muy bonitos. Pero ¡qué tipo más raro!

—Claro —le contesté y reanudé mi camino.

Cuando había recorrido más o menos la mitad de la distancia que me separaba de las dos adolescentes, sentí un repentino impulso y no reprimí la curiosidad de girarme. Había mucha gente entre los dos y no podía estar segura pero, para mí, que el rubio me estaba mirando.

Un escalofrío me recorrió la columna. Porque era como si él de verdad estuviera preocupado de mí, como si me rondara algún peligro. Me encogí de hombros y relegué esas tonterías al fondo de mi mente. Ya tenía bastante con la hija rebelde de Blanca como para encima volverme supersticiosa.

Me plante al lado de la susodicha e interrumpí la conversación con su amiga.

—Gema, nos vamos.

—¿?

—Sí, anda, te acompaño que tu madre se queda un rato más.

—¡Pues que se venga conmigo o yo me quedo! —Sería posible la niña...

—Vale. No tengo tiempo para esto. Puedes ir allí a explicárselo a ella con lo cual posiblemente os vayáis las dos y tú te quedes encerrada en el apartamento mañana y ella no. Adelante, tú misma. —Le franqueé el paso.

—Ehhhh, creo que mejor me voy. —Se giró hacia su amiga—. Te llamo mañana.

—Para que luego digan que las adolescentes no escuchan. —Sonreí.

Unos segundos después, Gema y yo estábamos a medio camino de la salida, en medio del barullo de gente y abriéndonos paso casi a codazos. Entonces, un desconocido me abordo por detrás:

—¿Daniela? No me conoces pero yo a ti sí.

Me giré.

Ese hombre me sonaba mucho, como si lo hubiera visto antes; pero no recordaba donde. Curioso, porque era bastante guapo, una de esas caras con las que sueles quedarte.

Además, esa camisa blanca que llevaba le sentaba muy bien. Le daba un toque, no sé... como angelical.

—¿Perdona? —le pregunté a muy poca distancia de él, ya que había demasiada gente como para estar demasiado separada de nadie.

—Daniela, mi nombre es Eyén. Tengo algo muy importante que contarte. ¿Puedo invitarte a una copa?

¿Qué?

¿Es que yo era una especie de imán para los tipos raros? Primero el de las casadas y ahora este... (al adonis rubio no contaba, que todavía no había hecho nada para merecerse esa categoría).

—Lo siento. La mamá de la niña que tengo detrás le dice que no hable con extraños.

Un modo como cualquier otro de quitarme a un pesado de encima. Era más, si no hubiera estado tan bueno y me sonara de algo, ni le habría contestado.

—¡Ey! No tengas cara, Daniela. Y no me utilices para ligar —protestó Gema.

—Es importante.

El desconocido agarró mi muñeca con su mano. ¿Sería posible?

Me solté de un manotazo mientras consideraba si ponerme a gritar. En vez de eso, cogí a Gema y, con el otro brazo, me apresuré a abrirnos camino fuera del bar.

El tipo ese siguió dentro. Me paré un instante a tomar aire.

—No es que no escuchemos —me aclaró entonces Gema, que parecía haberse quedado rumiando eso de que las adolescentes no escuchaban.

Lo cual confirmó mi teoría sobre su egocentrismo, pues el incidente con ese hombre de la camisa blanca era como si no hubiera existido para ella.

Me encogí de hombros, asentí y continué escuchándola.

—Es que lo que nos decís suele ser algo que ya sabemos o que no nos interesa. O eso y encima repetido varias veces. Ya lo sabes para cuando tus niños crezcan.

No pude evitar quedarme mirándola de arriba a abajo, con el mayor descaro. ¿Es que ahora una mocosa vestida con las medias rotas iba a darme lecciones de educación para madres?

(Para madres... ¿qué estarían haciendo ahora mis niños? Vale, dormir pero... ¿con quién soñarían?, ¿conmigo? ¿O con que mami los abandonaba para irse de juerga?).

—Entonces no tendré que repetirte que pago yo el taxi solo si te callas.

¿Yo borde con la hija de una (supuesta) amiga? ¿Yo sufriendo por tener tiempo para salir a beber una copa o tomar el sol? Decididamente, iba siendo la hora de irme a casa. Porque esto me lo conocía: empezaba con la paranoia de que el ligue de Ana iba detrás de mí y acababa conmigo en los periódicos. De repente ya sabía porque todo el mundo coincidía en que la maternidad me había dado madurez: no me dejaba tiempo para pensar o para sentir nada que no fuera la llamada del deber.

Pobre Blanca, casi hasta comenzaba a entenderla. No volvería a referirme a ella como «*esa arpía manipuladora*»; al fin y al cabo, la mujer no tenía la culpa de poseer tanto tiempo libre y de gastarlo planeando cómo ser insufrible.

—Perdona, Gema, una noche rara —me disculpé.

Me alejé unos pasos de ella para ir a parar un taxi. ¿Qué cojones estaba diciendo y en qué cojones estaba pensando? (¡Mis niñoooooooooos!!!!). Ni que me hubieran metido algo en la bebida...

El tiempo libre, para las que no lo teníamos, estaba sobrevalorado.

Capítulo Veintinueve

Eyén se volvió invisible para ojos humanos, salió del bar y se apoyó contra una de las paredes de la calle. Daniela y la chica ya no estaban.

Señor... ¿cómo era posible que hubiera estado a punto de besarla?

Porque una vez hubo agarrado su mano con fuerza, le entraron ganas de tirar de ella y saborear sus labios.

Menos mal que su protegida lo había apartado con brusquedad y ese gesto, ese rechazo, le había devuelto un poco la cordura.

¿Qué estaba pasando? ¿Cómo había podido hacer algo así?

Pegó su frente contra la pared de ladrillo pintada de blanco y continuó recriminándose durante un buen rato más.

Su hermano Diofanor, desde el Cielo, le observó muy preocupado. ¿Era posible que Eyén estuviera a punto de confesarle su amor a Daniela? Sin entender qué había pasado, pues no estaba vigilándolo cuando Deyanira le disparó la flecha negra, fue a por una paloma para mandarle un mensaje.

Mientras tanto, el cupido acabó de flagelarse por lo que había estado a punto de hacer y comenzó a caminar calle abajo, camino de su hotel.

Y Arturo, que llevaba dos días en la ciudad intentando rastrearlo, que estuvo a punto de cazarlo dentro de aquel *pub* donde encontró a su protegida (su detector también le indicaba dónde estaban las víctimas de los cupidos), por fin tuvo suerte y dio con él. Porque, una vez que se dio cuenta de que su presa había abandonado el bar, salió a la calle a buscarla. Su detector, un aparatejo que ahora que estaba lejos de la playa la gente sí se lo quedaba mirando, lo guio por la calle, se aceleró cada vez más en los «*bip*» que emitía y, tras una veloz y emocionada serie de ruiditos, le hizo doblar una esquina, de tal manera que se chocó de bruces con Eyén.

Un golpe seco.

Brusco.

Uno que ninguno de los dos se esperaba y que acabó con el detector en el suelo y ambos hombres un poco aturridos.

Eyén, con la cabeza dolorida, comenzó a apartarse. Si no hubiera estado en modo

invisible, se habría disculpado y le habría recogido del suelo ese buscador de metales que el rubio llevaba pero, como no era así, se limitó a retroceder unos pasos hacia detrás, esperando que el humano se pensara que se había chocado contra una farola o algo así.

Este comenzó a llevarse la mano a la frente en un acto reflejo (Eyén lo entendía, tenía que dolerle) mas, para su sorpresa, cambió de trayectoria de manera brusca, como si se lo pensara mejor. Su diestra fue rauda a meterse bajo su camisa por la zona de la espalda y, de la pistolera que llevaba allí camuflada y en parte bajo sus vaqueros, sacó una semi-automática. Apuntó al cupido y se lo quedó mirando.

El pobre se quedó paralizado, sin entender nada.

—No te muevas, angelote —le advirtió Arturo—. Manos atrás, a la espalda. Y ni se te ocurra hacerte visible.

—¿Puedes verme? —le preguntó Eyén, que estaba más extrañado que asustado.

Al fin y al cabo, ningún arma humana podía hacerle daño. Una bala de esa pistola podría atravesarle el corazón y sería como si hubiera agujereado una de las nubes algodonosas del Cielo: pasaría de largo.

—Manos arriba, angelote. No solo puedo verte sino que, además, mis balas son especiales y te aseguro que te pueden hacer daño.

—¿Y cómo sé yo que es verdad?

Nada más decirlo se arrepintió. Pues Arturo, a sangre fría, apuntó con su arma al hombro derecho de Eyén y le disparó.

De inmediato, este sintió un gran dolor y llevo su mano izquierda a la zona de la herida. La bala lo había atravesado pero de verdad. No como si el cupido fuera incorpóreo sino como lo haría una bala humana a un ser de carne y hueso.

—¿Qué eres? —le preguntó el cupido, que ahora sí sentía miedo pues ese ser que tenía delante había demostrado que podía matarle.

Claro que el asesino no quería cargárselo de un balazo, pues así no le robaría su poder.

—Un simple mortal, pero uno que está harto de que le jodáis la vida a la gente. Ahora levanta tu otra mano y camina.

—Pero ¿y la herida?

—¿Te hago otra a juego? —Enarcó una ceja Arturo.

El aludido alzó su mano izquierda sobre la cabeza y comenzó a caminar. Su captor, en un movimiento rápido de su brazo libre, se colocó el detector en la espalda. Una correa, la cual lo enganchara por ambos extremos del mango, cruzaba por su pecho y lo sujetaba. A continuación, sacó un pañuelo de sus vaqueros, lo colocó sobre el arma y le siguió. Una pena no llevar una chaqueta para esconder la pistola en el bolsillo. Pero, con el brazo pegado al cuerpo, dudaba que llamara demasiado la atención. Su presa apenas se había alejado un par de pasos. Le siguió.

Avanzaron un par de calles. Eyén se sentía acorralado como nunca antes en su ociosa vida. Barajó la opción de hacerse visible cuando se cruzaran con algún

transeúnte y pedir ayuda con los labios, vocalizando sin proferir ningún sonido. Pero no sabía si el sádico que tenía detrás sería capaz de percibir el cambio, de darse cuenta de que los demás también podían verle. Mientras estaba barajando opciones, incluso la de ponerse los pañales y subir volando al Cielo, una paloma con un mensaje atado a la pata, una que debía de tener complejo de halcón o ser demasiado tonta como para hacer otra cosa, se abalanzó sobre su captor.

Contra su cara.

Ante lo cual el asesino movió la mano que no llevaba el arma para apartar al tonto pájaro y Eyén aprovechó para echar a correr.

Con la paloma sujeta con la mano zurda, Arturo la apartó de delante de sus ojos y volvió a encañonar al cupido. Este se alejaba calle abajo a toda la velocidad que le permitían sus piernas y el dolor de su hombro herido, como si así pudiera escaparse de él.

«Estúpido», pensó el asesino. No se le había separado ni cinco metros...

Disparó.

Un tiro tan sencillo (pues encima el angelote era tan tonto que corría en línea recta) que no podía fallar.

La bala silbó.

Pero antes de que alcanzara a su víctima se escuchó un sonoro «pluf». Un trozo de pared apareció como salido de la nada. La bala se incrustó en el grueso cemento del que estaba formada. De inmediato, hubo otro «pluf» que dejó vapores de azufre allí donde antes había estado Eyén.

Arturo parpadeó. Había visto algo tan rápido que no estaba seguro de si su cerebro lo habría procesado bien. Se trataba de algo así como Miss Universo ataviada con un vestidito de escamas refulgentes y unos cuernos de plástico de esos que vendían en Halloween en las tiendas de todo a un euro, pero en rosa. Y, dato curioso, la supermodelo agarraba la pared. Además, una vez que esta hubo parado la bala, la joven le guiñó un ojo a Arturo y se metió detrás de su improvisado escudo.

El asesino, sin dejar de apuntar, fue a mirar.

El muro era tan grueso que aguantaba sin caerse. Detrás suyo lo único que había era un tufo a huevos podridos.

Ni rastro de la Miss Universo. Ni rastro del cupido.

Arturo soltó una par de fuertes juramentos pues no sabía qué era peor: si haber sido distraído por una puta paloma o acabar de confirmar su teoría de que, si había ángeles, también tenía que haber demonios.

Y menuda pedazo de demonio. Tendría que investigar sobre ella...

Pero no esa noche. Como allí ya no había nada que pudiera hacer, se encogió de hombros, le puso el seguro a su arma, la guardó y se alejó de la zona. No quería quedarse quieto pues alguien podría haber oído los disparos y llamado a la policía. No llevaba ni diez metros cuando vio que había un muro que separaba varias viviendas de una zona en obras. Un muro al que le faltaba un trozo rectangular cuyas

dimensiones concordaban más que sospechosamente con las de la pared que había parado la bala. Arturo se imaginó que la diablo estaría vigilándole desde allí. O a él o al puto cupido. Se anotó el dato en su mente y prosiguió su paseo. Varias calles recorridas después, una vez se sintió seguro, paró y le echó un vistazo al pajarraco que todavía sujetaba por el cuello.

Era una de esas mensajeras de los ángeles.

Le quitó el papelito de la pata y lo leyó.

«Hermano, ¿qué haces? Casi besas a tu protegida... ¿Es que no recuerdas el Castigo? Lánzale una flecha de amor por ese tal Pedro que has hecho que conozca y vuelve al Cielo. No echas a perder tu futuro».

Así que el angelote quería besar a su protegida... Arturo pensó que eso era de lo más interesante, pues había conocido a cupidos cabrones pero que pretendieran ser ellos mismos los que mojaran, todavía ninguno. Bueno, sí, a uno. Pero el asesino sabía muy bien en carne propia qué pasaba en esos casos. Se estremeció. Nada, nada bueno.

Más decidido que nunca a matar a ese angelote de las narices (pero haciéndole sacar primero el arco, pues quería la juventud y la fuerza que romperlo le daría), Arturo abrió la mano y dejó escapar a la paloma.

El bicho no le caía bien pero no iba a ganar nada cargándosele y él no mataba por placer; tan solo para ayudar a la gente y prolongar su vida. Algo que, curiosamente, ningún otro mortal podría hacer.

Pero claro, Arturo, como muy bien casi había adivinado Eyén, no era un humano cualquiera.

La paloma voló hasta Diofanor el cual no la necesitó para saber qué había pasado pues, horrorizado y desde su nube, lo había visto todo (ayuda de Deyanira incluida) y, si no fuera porque le había dicho a la paloma lo de volar hacia la cara del asesino, él mismo habría bajado a ayudar.

Ahora tenía algo más importante que hacer: informar a su superior sobre que había localizado al asesino de cupidos.

Capítulo Treinta

¿Pistolas, disparos, asesinos de cupidos?

Por desgracia, no era la primera vez que mis ojos veían algo así. Confiaba de verdad en que esta vez no acabara como hacía algo más de medio siglo. Sería demasiado triste.

Pero como yo no podía intervenir, me limité a seguir observando (como hacía con el resto de mortales de mi zona) los fascinantes pensamientos de Daniela.

Fascinantes y seguros, pues al menos ella no era una asesina de cupidos.



—Hola, cielo... —saludé a Pedro por teléfono nada más llegar al vacío apartamento de Vanesa.

—¿Sabes qué hora es? —me contestó somnoliento.

—Sí, cerca de las dos de la madrugada pero tú siempre te acuestas tan tarde...

—¿Te ocurre algo para llamar a estas horas?

—Es que... —No pude evitar que se me quebrara la voz—. Es que echo mucho de menos a mis niños. —Ya estaba, la emoción que tanto me había esforzado en reprimir desde que empezaron estas vacaciones, esa misma que me había vuelto tan borde hoy, saliendo a borbotones—. El olor de Dani, su respiración acompasada con la mía, su tamaño exacto en mi regazo, cómo me clava su dedito en el ojo mientras aprende a decir «*ojjjjooo*», su sonrisa cada vez que le digo algo, la sonrisa de pillo que Luis pone cada vez que maquina algo, como me dice «*mami, te quiero mucho*», sus manitas tirando de la mía para pedirme que le baje juguetes del estante de arriba, cómo juegan juntos, cómo se me sienta uno en cada rodilla, cómo...

—Espera —me interrumpió—, ¿y que hay de cuando riñen, cogen berretas y no te dejan ni peinarte? ¿Qué es eso de no tener tiempo libre ni para tomarte un café?

—Tonterías. Mis niños son más importantes que un café o que una noche de sueño.

—Estoy de acuerdo pero... ¿para eso me llamas a estas horas?

—Es que no son horas de llamarlos a ellos.

Se hizo un silencio a través de la línea, como si a mi marido le costara asumir la impecable lógica de mis palabras.

—Pues vuélvete mañana mismo.

—Hombre, no sé, le dije a mi madre que una semana y ella también tiene derecho a estar alguna vez con sus nietos...

—Pues vete con ellos.

—Oye, que no quiero que me des soluciones.

—¡Pero si me llamas a las dos de la madrugada para quejarte!

—Técnicamente, la una cincuenta. Y cuando una chica se queja espera que la consuelen y comprendan, no que pretendas arreglar su vida que eso ya sabe hacerlo ella sola.

—Daniela, me parece que pasar tiempo con tus amigas no te está sentando muy bien. ¿Tú te acabas de escuchar?

—Vale... —Me calmé. Supongo que desde su punto de vista estaba siendo algo incoherente—. Pero antes de que me llames «hormonal» o algo peor —intenté bromear—, repito que los echo mucho de menos. Es algo físico, como cuando dejas de fumar y parece que te falta algo necesario para respirar o vivir. Pero si quieres y te hace sentir mejor, a ti también te echo de menos. Aunque ya esté acostumbrada por lo poco que nos vemos normalmente, claro.

—Ánimo, vendrán tiempos mejores.

Había escuchado esta frase tantas veces desde que nació Luis que había empezado a no creérmela. Quizás fuera el momento de hacer algo.

—Lo que creo que el peque va a ir a la guardería y yo voy a volver al trabajo. Ya no es tan pequeño como para no poder estar tantas horas sin mí y así tú tendrías que trabajar menos y podrías pasar más días en casa.

¡Guau! No tenía ni idea de que mi subconsciente hubiera estado pensando eso. Pero, una vez dicho, tenía mucho sentido.

—¿Y estar tú horas sin tu Dani? ¿Sobrevivirás? —me preguntó escéptico.

—Muy gracioso.

—Mira, lo hablamos cuando nos veamos. ¿Por qué no nos vamos a dormir?

—Vale, mañana te llamo. Piensa en lo que te he dicho.

—Vale, un beso.

—Un beso. Daniela, yo... —De repente noté su voz muy seria, como si le pasara algo—. Yo te quiero. ¿Tú eres feliz, verdad?

Owwwww, ¡qué mono!

—Claro. Tengo todo lo que podría desear. Bueno, quizás verte un poquito más a menudo, pero nadie es perfecto —bromeé para ocultar que me había enternecido.

Porque últimamente me pasaba algo. Me notaba muy rara. Y susceptible. Pero no era él. Eran estas malditas vacaciones sin mis peques.

—Te quiero —me repitió.

—Y yo. Hasta mañana, guapo.

Me lanzó un beso (¿un beso? Eso sí que era raro en él. Iba a tener que largarme más a menudo) y colgó.

Yo me quedé pensando que yo no solía ser una mujer quejica que iba llamando a su marido cada dos por tres sin tener en cuenta la hora. Aunque tampoco era que no la hubiera tenido en cuenta; pues sabía que una carga se le había retrasado y que tenía que esperar un día a que se la dieran, por lo que al no madrugar para conducir se iba a acostar tarde. Sin embargo, por su tono inicial, era posible que le hubiera pillado durmiendo. En todo caso, tampoco solía ser una mujer que se lamentaba por todo. No porque a veces no me apeteciera, sino porque sabía que si lo hacía solo conseguiría quedarme sin marido y sin casi todas mis amigas (Cosas que tenía ser un adulto y no un niño pequeñito como los míos, los cuales lloraban ante todo lo que no les gustaba y hacían así su santa voluntad).

Pero ese día estaba realmente con ganas de quejarme y de que mi voz amable favorita me confortara, aunque fuera por teléfono. Fallo mío no haber tenido en cuenta que la mayoría de los hombres iban con el chip práctico de que si les contabas un problema era porque les estabas pidiendo ayuda para solucionarlo. Por lo visto pensaban algo así como que, si ya sabías resolverlo, no tenía sentido que se lo contaras. Un poco machista, lo sé. O, peor aún, iban con el chip de que seguro que les estabas echando la culpa por algo que habían hecho. O incluso que eras tan retorcida que se la echabas por algo que *no* habían hecho. ¿De verdad hoy en día el hombre de la familia aún creía que todo lo que pasara era responsabilidad suya? En fin, darme cuenta de que debería haber consolado mi morriña por mis niños con una tableta de chocolate, en vez de quejándome a mi marido, ya era algo. Pero por un desliz de estos tampoco era que Pedro fuera a dejar de pensar que se había casado con una persona adulta, ¿no?



(Sí, lo sé. Soy yo otra vez. Pero de repente, los pensamientos de Daniela ya no me sonaban tan divertidos como antes. La pobre tenía un serio problema de autoestima y otro de quejarse a su ombligo. Alguien tendría que decirle que no era el centro del mundo. Yo no, por supuesto. Mejor sus amigas, que para eso las tenía. O, si no, su cupido. Al fin y al cabo a lo mejor Eyén, en vez de muerto, acababa echándole una mano a su protegida para variar).

(Sí, lo sé. Las leyes celestiales son muy extrañas. Un cupido puede emborracharse, puede pegar palizas, pero mientras haga feliz a su protegido es un buen chico. Por eso Ageón era en teoría uno de los mejores y el buenazo de Eyén estaba a punto de ser un caso perdido).



De verdad, a veces era agotador estar en todo intentando ser la madre y la esposa perfecta. Pero lo que me apetecía ahora mismo no era soltar tacos como Ana, emborracharme y tener sexo (palabra cuidadosamente incompatible con la de madre) con el primer ligue interesante que pillara. Justo como hacía Ana a la mínima que algo dentro de ella amenazara con ponerla triste. O dedicarme a perder el tiempo que tan poco me sobraba haciendo manualidades con miga de pan y esmaltes como Vanesa. No... me apetecía no haberme tomado más de veinticuatro horas sin niños, pues acostumbrada a ver al peque a todas horas y a su hermano desde media tarde, no se me ocurría mejor modo de pasar mi tiempo que con ellos. Y si esto era lo que se sentía conforme iban creciendo y se iban alejando (aunque recuperaras parte de los perdidos terrenos «persona» y «pareja»), prefería ni pensarlo o la tentación de coger el coche y plantarme en casa de mi madre se volvería insuperable. En fin, Daniela, cuatro días más. Si en ese tiempo mis amigas querían continuar liándome, daba igual. Tampoco sería ya capaz de irme a descansar a un balneario sabiendo que no estaba con mis chiquitines, por muy bien que los cuidara mi madre. Por lo menos, Ana y Vane (e incluso Blanca) me podían distraer de los días que faltaban. Porque tampoco pensaba a ir a buscarlos antes, me negaba a que mi madre me viera tan vendida. Además, pasar este tiempo con mis amigas me recordaba que tener tiempo libre (para peinarse, comer sentada, ir al baño...) estaba, por las que no lo teníamos, sobrevalorado.

Capítulo Treinta y uno

Mientras Diofanor sufría el retraso que implicaban los trámites burocráticos necesarios para hablar con su superior, Álaia miraba ceñuda la invitación que acababa de traerle un demonio mejor. Sashia, la muy zorra, la invitaba a una fiesta que daba en su casa y no podía rechazarla porque iba a ir uno de los jefazos, el mismo con el que tanto su hija como la hija de Sashia habían hablado.

¡Seguro que la muy puta intentaba camelárselo para que castigara a Deyanira!

Álaia, con los ojos refulgiendo en un rojo que igualaba al de su sangre corriendo furiosa por sus venas, arrugó el papel entre sus dedos y lo hizo arder en un montón de llamas azuladas que lamieron su carne sin quemarla. Colérica, miró hacia el diablillo, una especie de murciélago con forma humanoide, cuernos y rabo. Este, al ver el fuego tanto en la mano como en los ojos de la diablesa, comenzó a revolotear asustado. Su vida no valía ni media pizca de azufre. Ella podía matarlo y no sería castigada. Porque los demonios menores eran una raza inferior y, por lo tanto, estaban hechos para servir.

—Tú —se dirigió al ser inferior a la vez que lo taladraba con su mirada—. Dile a tu dueña que iré.

Álaia abrió su mano. Mientras la ceniza se escapaba entre sus dedos abiertos, el diablillo se fue volando por la ventana abierta del salón, aliviado de continuar con vida un poco más.

La diablesa ni siquiera lo miró. Tenía otras cosas en las que pensar. Así pues, erguida con su fabuloso vestido que ceñía sus voluptuosas curvas como una segunda piel, consideró las implicaciones de esa invitación precisamente ahora.

Estaba claro que su vieja rival volvía a querer los pendientes. También que su mente no había evolucionado ni medio nivel de inteligencia con los años pues, la treta de mandarle una invitación que no podía rechazar, era demasiado evidente.

Seguro que Xilenia no iba a esa fiesta y aprovechaba para intentar robarle...

Álaia, que ignoraba si su rival conocía que uno de los pendientes de wolframio y diamantes estaba ya en manos de su hija, consideró si ir a la fiesta con el otro puesto, luciendo en su sexy y provocadora oreja el brillo de los pedruscos. Sabía que el metal

mágico del que estaba hecho levantaría coros de admiración y envidia. Pero mejor no... prefería ponerle un buen par de trampas a esa Xilenia. Si podía pillarla con las manos en la masa, tener pruebas de su intento de robo, ese mismo jefazo no tendría dudas en castigarla convirtiéndola en un demonio menor. Entonces ella pediría que fuera uno feo y repulsivo y que, además, estuviera bajo su servicio para así torturarla hasta que un día se cansara y decidiera acabar con su miserable vida.

Porque nadie, ¡nadie!, se metía con su niña.

O, mejor dicho, nadie se metía con su hija cuando era la inmortalidad de Álaia la que estaba en juego.

Más animada, la diablesa se fue a su dormitorio a elegir un vestido para la fiesta, la cual sería mañana, a la hora de comer. Por lo visto habría *catering* y tocaría un grupo de *rock* humano al cual luego le borrarían la memoria. Pero no solo se trataba de ponerse guapa, también tenía que preparar las trampas y esconder bien el pendiente. Decidió que se atrevería a usar un poquito de su magia, algo sencillo para que no fuera demasiado peligroso para ella, tan solo lo justo para volver su escondite más... divertido.

Porque, como su Deyanira, Álaia era todo *glamour*, más perra que las perras del Infierno y algo así como la esencia de mil mujeres destilada y vertida en el útero de su madre antes de nacer.

Mil veces más bella, mil veces más seductora, mil veces más retorcida y manipuladora.



Mientras Álaia agarraba su pendiente y evaporaba tan solo unas moléculas para sacarles su poder, su hija entraba en los baños del hospital más cercano con el cupido en brazos. Uno al que una vez había deseado por su cara bonita pero que, ahora, tenía más que claro que prefería la rubia melena de Ageón, un hombre que no tenía reparos en follársela y que tenía de angelical tanto como ella.

—Deyanira, ¿me has salvado? —le preguntó Eyén, desconcertado.

Porque instantes antes estaba huyendo de ese psicópata y de repente apareció ella con una pared. La bala que iba a matarlo se incrustó en el cemento y la mujer lo teletransportó a lo que parecía el cubículo interior de un baño.

Era estrecho, muy estrecho, pero eso no importaba porque ella lo tenía bien agarrado. Tanto que el *sex-appeal* propio de la diablesa comenzaba a afectarle y esta vez, con su hombro herido, no se sentía con demasiadas fuerzas para rechazarla.

Entreabrió los labios y cerró los ojos, su protegida y amada olvidada en el aura de lujuria que siempre acompañaba a la diablesa.

—Sí. Ven, salgamos de aquí.

La mujer abrió la puerta del cubículo, se las ingenió para no rascarse ese molesto

picor en su brazo izquierdo y salieron a los baños, donde no había nadie. Algo que seguro que Eyén apreciaría porque ella estaba en estado invisible pero imaginaba que el cupido, herido, no sabría mantener el suyo. Una vez allí, se separó de él. Eyén se apoyó en el lavabo y la miró extrañado.

—¿No vas a besarme?

—Tú eres tonto, chaval —musitó Deyanira para sí mientras llevaba su mano derecha al brazo que le picaba, cerca del hombro, y lo tocaba con disimulo por encima de la manga corta de su minivestido para ver si le habían salido protuberancias o algo.

—¿Qué?

—Que te he salvado, sí. No quiero que te me mueras, bomboncito. —Le guiñó un ojo para ser creíble.

Le convenía que el cupido siguiera pensando que ella quería tirárselo para que fuera el padre de sus hijas. Y en cuanto a su brazo, no parecía tener más que un sarpullido. Se relajó. Usar la magia podía hacerte cosas terribles si no eras fuerte. Le agradaba comprobar que ella, la asesina de sierpes, lo era.

—Gracias.

—De nada. —Le sonrió y se guardó para sí el apelativo de empanado con el que había estado a punto de obsequiarle—. Ahora sal de aquí y que te curen eso.

Señaló su hombro. Al cupido pareció volverle algo de sentido común y dejó de centrarse en cómo le empalmaba la proximidad de la diablesa.

—Eh... gracias.

—¡Corre! —le contestó Deyanira mientras entreabría sus sugerentes y seductores labios y le enseñaba cuatro colmillos afilados.

Cuatro puntas blancas que parecían estar emanando un aura depredadora capaz de anular el *sex-appeal* natural de la diablesa.

Eyén la miró con los ojos desorbitados y salió pitando de los baños. Ella se echó a reír. No debería malgastar la magia del pendiente así, pero había sido demasiado divertido. Y, por si acaso, mientras él corría de espaldas a ella, materializó en medio suspiro su arco rosa y le disparó una saeta negra.

Por si las moscas.

Por si la herida de bala le había afectado al cerebro y ya no recordaba que quien se la ponía dura era Daniela.

¡¡¡Hombres!!! Eran todos iguales, ya fueran cupidos o humanos. Solo querían a la hembra que no les hacía caso.

Bueno, todos no...

Había uno, un ángel con alma de demonio, que no tenía ningún problema en demostrar cuánto le gustaba la diablesa.

Deyanira sonrió y volvió sus dientes a su estado normal, pues no quería seguir gastando magia en mantenerlos picudos. Y entonces, al gastar magia por tercera vez en poco tiempo se dio cuenta de que su brazo le había dejado de picar. Algo

alarmada, ahora que estaba a solas, levantó la manga corta de su vestido: le habían salido escamas.

No muchas. Además eran de un bonito color bronce, parecidas a las de la piel de la sierpe que había matado. Pero le jodían porque afeaban la parte alta de su brazo. Bueno, afean, afean era imposible pues la diablesa era muy hermosa. Más bien parecían una especie de brazaletes decorativos. Lo malo era que ahora, con tirantes, ya no podía pasar por una humana.

Tras maldecirse a sí misma por haberse creído tan fuerte como para que la magia no tuviera efectos secundarios permanentes en ella, desapareció de allí en medio de un sonoro pluf. En fin, podía haber sido peor, le podrían haber crecido pinzas de cangrejo gigante, salido tentáculos en la boca o crecido hasta convertirse en una gigantea de varios metros de altura.

Porque la magia estaba diseñada para luchar en batalla y, cuando se usaba, buscaba convertir a su lanzador en un soldado letal.

Capítulo Treinta y dos

La cosa por fin se ponía interesante. ¡¡¡Deyanira salvando a Eyén!!!

Yo no podía saber lo que ocurría en el Infierno pero había visto a Xilenia observando tanto a su cupido elegido como a Eyén y sí sabía una cosa: no hay nada más perro que una diablesa intentando joder y putear a otra.

¿Que no debería usar ese vocabulario considerando mi esencia y mi origen angelical? Sí... pero eran demasiados milenios observando a los humanos y al final ese lenguaje que nunca se quedaba estático, ese que se retorció como una serpiente cuando se le daba con un palo, acababa por pegáseme. Por lo menos no hablaba como una choni: podría ser peor.

Así que, como decía, nos íbamos acercando a ese clímax que hacía que los sentimientos humanos se desbordaran y corrieran ríos, tanto de sangre como de lágrimas o cerveza. Para ir haciendo apetito, os mostraré cómo por fin se enteró Daniela de la infidelidad de su marido. Sé que esto es peor que un culebrón y, aunque la mujer todavía no estuviera preparada para digerir la noticia, no quedaba más remedio que dársela. ¿Y que quién lo haría?

Permitidme ser irónica.

Pues se trataba de una voz inocente que se había enterado de casualidad y que no estaba disfrutando, para nada, de la situación.



Una noche de descanso hacía milagros (sobre todo si no estabas acostumbrada a dormirla sin varios despertares). Así que me levanté totalmente repuesta de mi estado sentimentaloides del día anterior.

Volvía a ser yo.

Tras una breve llamada a Pedro para tranquilizarle (no, los alienígenas no te habían cambiado a tu fuerte, inquebrantable, madura y trabajadora esposa por un modelo lloroso y maleable), me dediqué a pensar qué podía hacer hoy para disfrutar

de los días que me quedaban de tiempo para mí. Eso era lo que yo llamaba ponerse positiva, pues lo cierto era que ya ni los necesitaba ni los deseaba; pero allí estaban, así que... ¡a por ellos! Cuando estaba pensando en bajar a comprar un desayuno muy calórico y pegarme más de media hora para comérmelo mientras leía el periódico, Ana aporreó la puerta del baño. Sí, las costumbres multitarea de ser madre, esposa y mujer; todo a la vez. ¿Por qué iba a dedicarme solo a pensar si podía hacerlo mientras me lavaba los dientes y me vestía? Eso que aquí no estaba vigilando ni la verdura en el fuego ni que no hicieran ninguna trastada los peques...

—Ya salgo, un momento.

—Pues date prisa porque Blanca dice que tu marido te engaña.

¿iiii¿Qué?!!!!?

Escupí por error la pasta de dientes y me manché la camiseta que me estaba poniendo.

—Ana, ¿qué dices que te ha dicho esa bruja?

—Shhh, que la bruja está en la terraza y puede oírte.

—Ah, ahora salgo.

«Señor dame fuerzas —pensé—, que Blanca es peor que mis hijos y sus cuatro amigos imaginarios juntos. ¿Es que se aburre tanto que no tiene nada mejor que hacer que maquinan cómo joderme la mañana?».

Me lavé la camiseta con un poco de agua, me enjuagué la boca, me pasé un cepillo rápido por el pelo... ¡Lista! Aunque estaba llegando a esa edad en la que maquillada podría empezar a estar mejor que al natural, por lo menos para disimular las primeras arrugas. Durante unos instantes me recreé con el pensamiento de que sería un placer hacer esperar a Blanca mientras me maquillaba y, considerando el tiempo que había pasado desde la última vez que lo hice, seguro que tardaba mucho. Eso la mortificaría. No poder soltar su veneno inmediatamente... por favor. Miré mi neceser con sonrisa maliciosa. Suspiré. No iba a hacer esperar también a Ana. Salí del baño.

—¿De qué va hoy Blanca? —le susurré a mi amiga nada más salir. La pobre aún llevaba el pijama.

—No sé. Tú no le hagas mucho caso. Pero con la sonrisa de suficiencia que trae he pensado que sería mejor si era yo la que aporreaba el baño. Pero diga lo que diga tú ni caso, que seguro que es envidia porque su matrimonio no ha funcionado.

—Ni su relación con su hija, ya que estamos. —Me permití ser mala y compartir una sonrisa con Ana. Algún día iba a recordar por qué aguantábamos a esa *snoob* tan puñetera y competitiva. Porque una de dos, o nadie le había explicado que las amigas se ayudaban o yo me había perdido la clase de «*apuñálala y demuestra que vales más que ella*».

Comencé a dirigirme a la terraza y entonces me di cuenta de que Ana, que dormía en el sofá, tenía todavía las sábanas puestas en el colchón que se sacaba de la parte inferior de este. Estaba claro que la habíamos despertado.

—¿Pasas al baño? —le pregunté.

—¿Y perderme esto? —me contestó. Seguíamos hablando en susurros—. Parece mentira que me lo sugieras.

—Vale. Vamos. Si hay que darle te dejo pegar primero.

Salimos a balcón con nuestra peor sonrisa. Vane todavía estaba durmiendo. No eran ni las diez de la mañana. Sin aliadas, más le valía a Blanca tener pruebas o iba a salir escaldada. Había cosas con las que no se jugaba.

—Por fin, chica —me comentó al verme. Con su nuevo vestido de tirantes y su pelo tan liso que seguro que se había pegado un buen rato planchándolo iba tan perfecta como siempre. ¿Es que nunca se tomaba un descanso?—. Por lo que has tardado cualquiera diría que no te interesa.

Yo la mataba.

—Las cosas claras, Blanca. Ir diciendo que Pedro me engaña es muy serio. Si es una broma, es tu momento para disculparte porque, oh sorpresa, no ha tenido gracia —la advertí con mi mejor expresión de *Luis-la-próxima-vez-que-quieras-quitar-una-mancha-de-tu-jersey-dímelo-en-vez-de-usar-las-tijeras*.

—No lo es.

—Soy toda oídos.

—Vale. —Me dirigió una mirada cargada de suficiencia—. Veras, anoche hablé con alguien que lo conoce y que me ha asegurado que lo ha visto varias veces entrar en su habitación de hotel acompañado. En Luxemburgo. Por la misma mujer. —Se aguantó la risa—. Una mujer madura y nada atractiva que, por cierto, no eres tú.

—Ah, o sea que al pobre lo acusas, primero, de serme infiel y, segundo, de serlo con una mujer mayor y más fea que yo. Vamos, que ni me queda la tirita a mi orgullo de lo atrapó porque era una jovencita guapísima, no porque lo tratara mejor —ironicé.

Blanca me miró, extrañada. Parecía que por fin le estaba entrando en su cabeza de bruja que yo no me estaba ni preocupando ni mortificando. Tan solo enfadando. Y no contra mi marido sino contra ella.

—Bueno... no mates a la mensajera.

—Verás, es que la mensajera tiene ganas de sembrar cizaña, me parece a mí. ¿Tienes algo más que comunicarme? ¿Algún dechado más de sabiduría o puedo irme ya a desayunar? —seguí masticando con sarcasmo y enfado cada palabra, como si estas fueran pedacitos de Blanca.

—Vale, entendido. Qué humos tienes. —Se levantó ofendida y dejó un papel con algo escrito sobre la mesa de la terraza—. Es el número del hotel. Tú misma.

Con el cabreo que llevaba, pasé del papelito. Lo cogió Ana.

—Por cierto. De nada por acompañar ayer a tu hija a casa. El próximo día que comiences a caerme humana y quiera hacerte un favor, recuérdame que no me moleste. —Blanca frunció los labios en una mueca indescifrable. Yo dejé de mirarla y suavicé el tono de mi voz para dirigirme a Ana—. ¿Te vistes y me acompañas a desayunar fuera?

—Voy —me contestó mientras Blanca salía muy digna hacia su apartamento, balanceándose sobre sus tacones en esa actitud suya que parece decir «*contempla lo que no eres*». Ni espero llegar a ser, gracias.

—Jo, ¿no te has pasado un poco? —me preguntó Ana en voz bajita antes de coger su ropa e ir al lavabo a ponérsela y arreglarse.

—¿Considerando que ha venido a regodearse en vez de a contármelo con preocupación?

—Nooooo —contestamos las dos a la vez.

—Anda, date prisa —le pido—, que ahora sí que necesito azúcar.

¿Qué hacía yo diciéndome que criar a dos hijos prácticamente sola era duro? Por lo menos ellos eran unos seres inocentes carentes de malicia. «*Mami, la yaya (la suegra, se entiende) me ha dicho que no te diga que me ha dado caramelos a escondidas*». Angelitos... sonreí para mí y borré de mi mente a Blanca. No estamos como para malgastar por tonterías las mañanas soleadas.

Capítulo Treinta y tres

Era medio día y Xilenia entró en el piso de Álaia.

Decir que no le resultó complicado sería no hacer honor a la verdad, puesto que la puerta de entrada estaba protegida por nueve cerrojos y cuatro ojos. Allonar una casa ajena era un delito punible y por eso, en función de su nivel socioeconómico, las diablasas ponían todos los ojos que podían para tenerlo todo grabarlo.

Xilenia tuvo primero que localizar y neutralizar los ojos (unas odiosas bolas con el aspecto de un ojo humano arrancado de su cuenca, llenas de venas y con un cordón blanquecino de varios centímetros que estaba unido a ninguna parte. Mejor dicho, a ninguna parte que pudiera verse, pues mediante ectoplasma esos órganos formaban parte de un demonio beholder de mil ojos, una masa supurante con forma indefinida, capaz de registrar lo que cada uno de sus apéndices veían y que residía en la cámara de una empresa de seguridad). Para ello, llevaba consigo a un sabueso, uno que le había costado bastante caro, más bien la octava parte de los ahorros de su madre; pero merecería la pena en cuanto consiguiera el pendiente. El sabueso, un demonio negro como el abismo más oscuro, con unas uñas de color hueso capaces de penetrar en la roca como si fuera mantequilla, comenzó a olisquear. Xilenia, mientras tanto, estaba escondida para que los ojos no pudieran verla. El perro localizó al primero de con sus pupilas del color de un carbón encendido. De inmediato, de sus fauces surgió un humo tenebroso que fue directo a por el apéndice del beholder. La sustancia, gaseosa, se transformó en líquida al llegar a la córnea del ojo y, como si de una segunda y viscosa piel se tratara, se pegó a su presa cegándola. Y así, del mismo modo, el sabueso anuló cada uno de los espías de Álaia.

Xilenia sonrió complacida cuando el sabueso la llamó en un gruñido ronco. Seductora, se acercó a la bestia demoníaca y colocó su mano en su cuello. La imagen de la delicada diablesa rubia, enfundada en sus botas de caña alta y su ajustado conjunto de camiseta y pantaloncito elásticos, contrastaba con la salvaje y peligrosa belleza de la bestia.

—Muchas gracias, perrito. Puedes volver con tu dueño.

El animal la miró de un modo que demostraba que había en el fondo de sus

pupilas mucha más inteligencia de la que debería. A continuación, en medio de un gruñido de aceptación, se fundió con las sombras del rellano de la escalera y desapareció. De vuelta con su propietario, un demonio que poseía un lucrativo negocio de alquiler de sabuesos y otras bestias. Muy probablemente también tenía varios beholders pues, en el Infierno, no había estúpidas reglas morales que dijeran que no podías dedicarte tanto al negocio de la seguridad como al del allanamiento.

Xilenia, tras mirar con una sonrisa satisfecha al sabueso pues estaba claro que había invertido bien el dinero de su madre, sacó un taladro de la mochila que acababa de quitarse de los hombros. Podía estar bajo tierra pero los modos de abrir una puerta cerrada eran los mismos que en el mundo humano; aunque había una pequeña pero significativa diferencia: a ningún vecino le importaría si ella irrumpía en el piso de Álaia. Era más, incluso habría quién se alegrara. Por eso, el ruido de la broca al girar y penetrar en la madera no le supuso ningún problema.

Una vez la diablesa hubo abierto un agujero en la puerta de su rival, cerca de las cerraduras, dejó el taladro en el suelo y sacó una sierra. Eléctrica. Ese era otro pequeño detalle que a los mortales solía chocarles cuando sus almas eran condenadas pues en el Infierno había energía eléctrica. No en todas sus zonas, claro, pero en el edificio Luxury donde vivía Álaia, sí: Se sacaba de un generador accionado por uno de los chorros de vapor de azufre que salían de la montaña. Así que Xilenia no tuvo ningún problema en encontrar un enchufe donde conectar el cable de su sierra y, empezando por el círculo que había abierto la broca del taladro, comenzar a aserrar un rectángulo. Uno que iba a dejar los nueve cerrojos encajados en la pared pero separados del resto de la puerta. Una vez hubo acabado, la rubia desenchufó la sierra y la dejó en el suelo y, mientras se enfriaba la hoja de corte, guardó en la mochila el taladro. A continuación, empujó la puerta de con una de sus manos de impecable manicura y uñas decoradas con motivos espirales. Sin ofrecer resistencia, esta giró sobre sus goznes y se abrió, revelando la entrada del piso de Álaia, decorada con espejos.

Un estilo típico en el inframundo, ya que a ellas les encantaba observar su propia imagen.

La diablesa agarró la sierra y la metió en la mochila. Después, con esta a su espalda, entró en el piso y dirigió una mirada apreciativa a su reflejo. La puerta, al soltarla, comenzó a cerrarse muy despacio. Xilenia la empujó para acelerar su movimiento y, a continuación, encendió las luces del pasillo. Como su madre había estado allí dentro una vez y se lo había contado, la rubia sabía dónde se encontraba el dormitorio de Álaia e imaginaba que sería allí donde esta guardaría el pendiente. Así que fue allí a donde se dirigió, taconeando sin ningún reparo a ser oída. Porque, aunque se equivocaba, creía que a los vecinos de abajo no les importaría lo que le ocurriera a Álaia.

El caso era que en el piso inferior vivía un diablesa la cual, tras haber tenido a sus hijas y que estas se hubieran independizado, se había hecho bastante amiga de su

vecina de arriba, tanto que le debía varios favores y, por eso, si alguien le entrara a robar ella estaría encantada de ir a buscarla para contárselo a cambio de deberle uno menos.

Pero Álaia la había avisado de que eso iba a pasar. Así que la vecina ignoró tanto el ruido del taladro y de la sierra como esos taconeos algo nerviosos que no concordaban con el andar más maduro y pausado de su vecina. Entonces Xilenia se detuvo delante de la habitación.

Nada más agarrar el pomo de la puerta y girarlo para abrirla, un humo negro salió por las rendijas del marco y comenzó a fluir hacia el suelo, como impulsado por una corriente que Xilenia no sentía. Porque no era aire lo que lo hacía moverse sino magia. Un hechizo, el de mayor complejidad que Álaia se había atrevido a lanzar con el pendiente, acababa de convocar a uno de los más terribles guerreros que existían: una naga. Ante los sorprendidos ojos de Xilenia, que intentó en vano abanicar con sus manos el humo negro para que no comenzara a tomar la forma de nadie, se formó una silueta de humo oscuro, una dos veces más grande que ella, tan alta que casi no cabía en el pasillo de la casa. Pero, cosa curiosa, las paredes y el techo, como si estuvieran siendo modificados por dedos invisibles, se separaron para dar cabida a la criatura. Esta tenía la forma de una mujer de caderas para arriba y de una gigantesca serpiente en su parte inferior. Una que ya no era negra sino que estaba tomando un color verdoso en su cola de reptil y un suave tono caramelo en la piel del resto de su cuerpo. También había ganado consistencia, tenía cuatro manos y cuatro espadas y miraba a la diablesa con sus ojos rojos a la vez que fruncía los labios en lo que parecía una mueca depredadora y hambrienta.

Xilenia, nada más verla, tuvo claras dos cosas.

Una, que ella y su madre no habían logrado engañar a Álaia.

Dos, que a esa guerrera no podría vencerla.

La rubia nunca había sido una diablesa a la que le gustara el esgrima, como Deyanira. Para nada. Era más aficionada a irse de compras y pintarse las uñas. Pero como incluso esa *roba-novios-mata-sierpes* tendría serios problemas para vencer a la naga, su enemiga supo que solo podía hacer una cosa: huir.

Así que se abalanzó contra la entrada al cuarto, cerrada, para girar la manilla, esa misma que había soltado al ver el humo. Y, por supuesto, encerrarse dentro de la habitación. Lo logró justo a tiempo. Cuatro espadas se clavaron a sus espaldas, perforando el duro material del que la puerta estaba hecha.

La diablesa no perdió el tiempo en mirar cómo la naga recuperaba sus armas. Es más, apenas le dedicó una fracción de su atención al ruido que hacía la guerrera al sacarlas de la puerta. En vez de eso, estaba registrando frenética los cajones de Álaia, con la esperanza de encontrar el pendiente.

La mujer serpiente abrió la puerta de un coletazo y se metió dentro, rápida y letal. Empuñó una de sus espadas a modo de escudo, aunque dudaba que esa demonio tan cobarde supiera contraatacar, y se dirigió hacia su presa mientras sus otros tres brazos

comenzaban un trío coordinado de ataques que buscaba cortar su cuello y perforar su corazón.

Xilenia, que más que verla oyó a la puerta abrirse, supo que no podía esperar más. Se teletransportó. Aferrando entre sus manos la cómoda entera que estaba registrando. La naga siseó furiosa al ver que no era más que aire y azufre lo que sus afilados tajos cortaron.



Varios cientos de kilómetros más allá, en la casa de Xilenia, esta se dejaba caer sentada en el suelo de su cuarto. La cómoda, que pesaba lo suyo, cayó contra sus piernas. La diablesa soltó un juramento y la apartó a su derecha.

¡Estaba viva!

Pero no tenía el pendiente y había ido en contra de las leyes del Infierno al utilizar el teletransporte...

Menuda zorra que era esa Álaia, usando la magia para prepararle semejante trampa. ¡Le daba una rabia!

Se levantó y comenzó a caminar furiosa. Saldría de allí jurando a contárselo a su madre pero en esos momentos, en esa misma casa, estaría desarrollándose la fiesta y no pensaba interrumpirla.

Un momento. ¿Y si el pendiente estaba en esa cómoda que se había llevado de manera instintiva al marcharse?

Viendo de repente algo de esperanza, comenzó a registrarla y, en un doble fondo de un cajón, descubrió una cajita. Nerviosa, la abrió. Una aguja se clavó en su dedo pulgar.

¡Joder con Álaia!

Xilenia notó cómo la toxina que empapaba a la aguja comenzaba abrirse camino por su sangre a un ritmo que no era normal: debía de estar potenciada con magia. Sintiendo cada vez más mareada, volcó la caja abierta sobre el suelo. Un bonito pendiente de diamantes apareció ante sus ojos.

Wolframio...

Lo agarró y se centró en su deseo de curarse. El poder y los flujos de energía mística funcionaban así si eras un demonio. No tenías que aprender ningún complicado hechizo, tan solo pensar en tus deseos. Pero eso sí, si estos eran más poderosos que tu poder, aquel con el que habías nacido, la magia te dominaba y hacía contigo cualquier cosa. Porque su fin era siempre dar guerreros letales al Infierno. Si el demonio era poderoso, la mejora era algo que se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel. Pero si no lo era... entonces la magia decidía que quería un luchador grande, fuerte, y con sus miembros convertidos en poderosas armas. Por suerte para Xilenia, curarse era algo sencillo y pudo hacerlo sin problemas. Aunque no sin

consecuencias.

Consecuencias en las que no reparó porque allí, en esos momentos, sintió algo muy especial, algo que no sabía y que su madre no le había contado porque el wolframio consagrado era tan escaso que Sashia nunca había conseguido ni un trocito. Y, sin este, no podía saber que su hija tenía el potencial para ser una poderosa hechicera.

Xilenia rio, feliz como nunca. Sentía el poder, sentía la magia, sentía que podía desear cualquier cosa.

Bueno, cualquier cosa que ese pedacito de metal le permitiera, porque no era suficiente para hacer que Deyanira y Ageón nunca se hubieran conocido. Daba igual. Ahora que conocía su potencial, esa zorra morena lo tenía crudo.

Rompió a reír más fuerte, a carcajadas.

Dudaba mucho que su enemiga tuviera más poder que ella.

Y su cola, esa cola de reptil que le había nacido a la altura del coxis, golpeó el suelo con fuerza. La diablesa se dio cuenta y se calló en seco.

¿¿¿Una cola verde y escamosa???

¿Cómo iba a seducir a pobres mortales con esa cosa?

¿Es que la magia no leía la Cosmopolitan?

Se enfadó. Su nuevo apéndice golpeó el suelo con fuerza y lo agrietó. Xilenia frunció el ceño, manteniéndolo arrugado hasta que se dio cuenta de que, con esa cola, era posible que fuera capaz de ganar en un combate cuerpo a cuerpo a la odiosa Deyanira, alias «*yo mato serpientes y tú no*».

Además, a lo mejor un médico humano se la podría quitar.

En la fiesta, que ocurría a varias puertas de distancia, se sintieron los temblores de manera suave, pues las estructuras de ese edificio estaban muy bien diseñadas para transmitir los esfuerzos hacia los cimientos y no hacia otras zonas de la casa. Su madre, al sentirlos, sonrió. Algo le decía que su niña estaba ya en casa y con el pendiente.

Capítulo Treinta y cuatro

El sonido de guitarras y baterías humanas atronaba en el ambiente. Nada más entrar en el piso de Sashia, el ruido golpeó a Álaia con fuerza. Si algo le encantaba de las construcciones infernales, eran los buenos aislamientos que tenían. Tu vecina podía estar torturando a un demonio menor en el cuarto de al lado y tú ni te enterabas, dormías como una angelita.

La segunda cosa que le llamó la atención a Álaia fue lo grande que era la casa de su rival, mucho más que la suya. Algo que, por supuesto, no le gustó nada. Así que se abrió paso entre los sirvientes que llevaban fuentes refrigeradas de comida y bebida (en el Infierno, a diferencia del Cielo, podías comer y beber cualquier cosa que se te antojara) y fue directa hacia el salón, un espacio de más de cincuenta metros cuadrados donde estaba el meollo de la fiesta.

Para estar a tono con el resto de los invitados, cogió una copa de una de las bandejas. Estaba muy fría, a unos ocho grados centígrados. El brutal contraste de temperaturas hacía que se condensaran en ella gotas de azufre. Álaia posó sus labios en el borde y tomó un buen trago del líquido humano antes de que se evaporara. Estaba claro que esa zorra no había reparado en gastos, pues la comida refrigerada era mucho más cara que la demoníaca, la cual aguantaba sin problemas las abrasadoras temperaturas del submundo.

Con sus zapatos hechos con la piel de un scaifo mientras este todavía estaba vivo, uno cuyos dientes decoraban los tacones, la diablesa avanzó con seguridad, *glamour* y elegancia. Por la espalda abierta de su precioso vestido sobresalían unas alas negras. Unas que, si las abría, eran más altas que ella y la cubrirían con su suave oscuridad aterciopelada, como si la diablesa se hubiera convertido en una especie de mujer murciélago. Todo un premio inesperado que le había reportado el uso de la magia. Ya que Álaia, al utilizarla, más bien se había esperado encontrarse con alguna verruga que escupiese esporas venenosas o algo similar y había cruzado los dedos para que le saliera en algún lugar recóndito y escondido. Así pues, mientras dejaba vagar su mirada por el grupo humano que estaba tocando sus instrumentos y escuchaba al cantante desgañitarse con una voz gutural que, por más que lo intentara,

no conseguía imitar ni por asomo a cualquier demonio que se preciara, la mujer localizó a Sashia y se acercó a ella con su mejor sonrisa.

Como imaginaba, la muy zorra estaba con el jefazo.

Pues ni de broma le iba a permitir que hablara mal de Deyanira. Avanzó despacio y de manera majestuosa hasta llegar a su altura. Por el camino, bastante abarrotado de invitados a la fiesta, le dio una patada a un perro que se le había pegado demasiado. No pensaba permitir que nadie le estropeará su entrada triunfal, esa donde mostraba tanto su belleza como sus alas. La dueña del perro, el cual en realidad era un demonio menor con la forma de un hombre guapo y cachas a cuatro patas y agarrado por una correa, se giró hacia ella y abrió la boca para increparla por su falta de cuidado. Se trataba de una diablesa jovencita ataviada con ropas de sado-maso y un látigo. Álaia se limitó a enarcar una de sus finas cejas y mirarla con condescendencia, como conociera mil y una formas de degradar a esa diablesa o como si tuviera muchos más ases en la manga que ella. Ante lo cual, esta bajó sus párpados y le dejó el camino libre, tirando con saña de la correa de su perro. Porque la había reconocido. En las playas no se hablaba de otra cosa que no fuera la pelea entre su hija y la de Sashia y, por supuesto, nadie quería ponerse en medio. Si no que se lo dijeran a la difunta de Belenia. Álaia sonrió y continuó avanzando. Ahora sí que estaban la mayoría de los ojos puestos en ella. Una vez hubo llegado ante su anfitriona, la ignoró y saludó al archidemonio.

—Buenos días, mi señor. Es un gran honor para mí poder saludaros.

La diablesa lo decía de corazón pues era la primera vez en muchas décadas que tenía la oportunidad de hacerlo. Y si bien todo el mundo sabía que mantenerse alejada de uno de los Siete era un buen modo de que no te violaran, torturaran, despedazaran y comieran, también lo era de no ascender jamás.

—Buenos días, Álaia. Sashia me estaba precisamente hablando de tu hija.

—¿Ah, sí? Espero que fuera algo bueno, mi señor, pues tanto Deyanira como yo misma solo existimos para servirlos.

Lo miró seductora y movió sus alas con una suave coquetería, medio desplegadas. Las demás invitadas, que estaban pendientes de la conversación, suspiraron con envidia. Eso sí que era un efecto grandioso y lleno de *glamour*. El archidemonio, en cambio, las observó complacido y reconoció su valor. Pues esas alas eran la prueba de la osadía y el control sobre la magia de la diablesa.

—No exactamente, Álaia, pero estoy seguro de que tú podrás hablarme mejor de ella.

—Será un placer, mi señor.

La mujer se concentró en que en su voz no se reflejara la satisfacción de ganarle la mano a esa zorra de Sashia. El jefazo agarró su brazo con una de sus gigantescas manos de gruesos dedos, unas que podrían rodear su cintura sin problemas, y comenzó a caminar con ella camino de la terraza del piso, la que daba a las fumarolas de azufre.

La gente se apresuró a apartarse para dejarles pasar. Nadie con dos dedos de frente se interponía en el camino de uno de los Siete. La anfitriona de la fiesta, sin embargo, asaeteó a su vieja rival con la mirada una vez el archidemonio se hubo girado y alejado lo suficiente como para, al estar de espaldas, no poder verla. Álaia, sin observar el gesto pero imaginándoselo, sonrió feliz y se centró en caminar gloriosa hacia la terraza. No había mejor elixir que la envidia de las enemigas. Una vez allí, muy consciente de la abrumadora presencia del archidemonio, miró hacia la lejanía, hacia las impresionantes vistas, y alejó de su mente cualquier pensamiento que no estuviera relacionado con allanarle el camino a su hija. Porque ella, por encima de todo, quería convertirse en una súcubo inmortal.

Y nada mejor para ello que darle a uno de los jefazos una muestra de sus habilidades.

Ni siquiera se dio cuenta cuando el suelo experimentó un leve temblor.

Capítulo Treinta y cinco

Ageón, para quien Salou no era una ciudad muy atractiva (demasiado sol y demasiado turismo de playa), se había refugiado en su habitación después de comer pues esta, por lo menos, tenía un buen aire acondicionado. Una vez allí, tras darse una buena ducha para quitarse todo resto de calor del día, se dirigió, con tan solo una toalla blanca atada a su cintura, a tumbarse sobre la cama y llamar por teléfono.

Una imagen por la cual Deyanira habría pagado: su atractivo cupido sin sus ropas de cuero negro y mostrando abdominales... Pero ella no estaba espiándolo en esos instantes ya que estaba demasiado ocupada lanzándole una flecha a Daniela.

—¿Pedro? Soy yo, Ageón —le saludó su ángel custodio en cuanto su interlocutor descolgó.

—Hola. ¿Ya está? ¿Ya has cancelado esa amenaza? —le preguntó el camionero algo ansioso.

Pues desde que su cupido se había marchado, no había hecho más que darle vueltas al precario estado de su matrimonio si Daniela se enteraba de lo de sus múltiples «deslices».

—Casi. Por eso te llamo.

—Dime.

—¿Recuerdas que ese cupido metomentodo iba a hacer que tu mujer se enamorara de otro? Bueno, pues esto es mejor: ahora le va a lanzar una flecha de amor que haga que Daniela le quiera a él.

—¿Mejor? —Pedro elevó la voz.

A él no le parecía para nada mejor.

—Sí. No te preocupes. Piensa: ¿Qué pasará cuando ella se enamore de su custodio? Muy sencillo: ella te dejará. —Se escuchó un respingo al otro lado del teléfono—. Pero lo bueno es que en cuanto los del Cielo se enteren, castigarán a Eyén y tu chica volverá a estar libre. Eyén nunca más será un incordio.

—Bueno... —comenzó a decir el camionero con algo de recelo, pues no sabía muy bien cómo tomarse todo lo que su custodio acababa de contarle—, eso está bien pero no me gusta la parte en la que me deja.

—Confía en mí, Pedro. ¿Te he fallado alguna vez? —La voz de Ageón sonó muy seria de repente.

—Nunca —se tranquilizó un poco su protegido.

—Bien. Pues entonces, una vez Eyén esté fuera, como Daniela se habrá quedado sin cupido yo mismo podré lanzarle una flecha de amor por ti, que para algo eres su marido.

—¿Y si lo hace antes otro cupido por otro tío? Por ejemplo su hermano, ese tal Diocano que dices que es un coñazo.

—No podrá. Tú eres el marido de Daniela, su pariente directo mayor de edad más cercano. Por lo que yo tengo preferencia.

Para Pedro todo eso era demasiada información. Pero su cupido sonaba muy seguro y tranquilo. En un principio, el camionero esperaba que Ageón, para él ese motorista que le acompañaba en la mayoría de sus juergas, le diera una paliza a Eyén y punto final. Que le amenazara con darle otra si tocaba a su chica. Algo así en plan mafioso. Vale que Ageón le hubiera explicado que había unas leyes que no podía romper, pero su protegido esperaba que, de algún modo, el ángel fuera capaz de incumplirlas por él.

Aunque tampoco estaba mal del todo esa solución que le proponía. Él se hacía el marido triste y abandonado unos días y luego Daniela volvía a ser toda suya. Seguro que hasta le cocinaba sus comidas favoritas para compensarle por haberse ido con otro. Pedro sonrió. Sí. Su cupido seguía salvándole el trasero.

—De acuerdo, Ageón. Confío en ti.

—No esperaba menos. Pues ahora ya sabes. Tú sigue con tu trabajo y cuando ella te llame para dejarte finge que te sorprendes y que se te rompe el corazón.

Pues ese había sido el motivo de la llamada de Ageón. Prevenir a su protegido de lo que iba a pasar y que no se asustara. Que supiera que todo iba, como siempre, a ir bien.

—De acuerdo.

—Bueno, pues te dejo. Ya me contarás en otro momento si paraste a ver a la pelirroja de la gasolinera. Ahora tengo que hacer una llamada más.

—Gracias, Ageón.

—Nada. Hasta otra.

—Hasta otra.

Colgaron el teléfono y el cupido, al que no le agradaba nada tener que mostrarse «protector» y «tierno» con su protegido (eso de decirle «*mi misión es hacerte feliz*» no le gustaba una mierda, pues sonaba poco masculino, como si perdiera plumas), se pasó los dedos por la frente para alejar los nubarrones negros que ese tipo de charlas representaban para él. Todo era mucho más sencillo cuando se limitaba a llevárselo de copas y de tías. En fin, ese marrón ya estaba hecho. Ahora tocaba un telefonazo mucho más agradable. Curvó sus labios en una mueca ambigua y marcó el número del segundo de su banda de moteros.

—Alberto, te necesito —le dijo en cuanto este le descolgó.

Su voz sonaba mucho más dura que cuando había hablado con su protegido. Se notaba que le iba mucho más este rol.

—Ageón, hermano. Dime, ¿dónde vamos?

—A Salou. Hay un tío del que yo no puedo encargarme en persona.

—¿Otro chantajista?

—Tranquilo. Ni chantajistas ni contrabandistas de tabaco. Esto es personal. Del otro trabajo que ya sabes que tengo.

«Y porque no puedo llamar a tu cupido para que me ayude porque está feliz en el Cielo, como el resto de los de la banda tras lanzaros las flechas por vuestras mujeres hace uno o dos años», pensó Ageón.

Aunque tampoco era que le hubieran servido de mucho, excepto de elemento de presión a ese tocapelotas de Eyén.

—De acuerdo, jefe. ¡Hasta el infinito y más allá! Danos un día y allí estaremos.

—Puto friki. —Se rio—. Pero no vengáis todos. No quiero dejar la entrega con Ramón y sus chicos desprotegida. Contigo y siete más me bastará.

—Dalo por hecho.

—Hasta luego, hermano, nos vemos.

Esta vez, después de colgar, Ageón se sintió con ganas de ir a escuchar buena música y tomarse unas jarras. Se levantó de la cama, dejó sobre esta la toalla (una pena que Deyanira no estuviera allí en esos momentos) y fue a vestirse. Era un coñazo lo del calor que hacía en esa época del año, nada que ver con la siempre gélida temperatura del Cielo. El Infierno, en cambio, decían que era peor. Se preguntó cómo sería Saturno, un lugar tan alejado del Sol.

Capítulo Treinta y seis

¿Cómo? ¿Que os preguntáis cómo es posible que todo un ángel, un soldado de las tropas de la luz, hiciera venir a su banda de moteros para cargarse a uno de los suyos?

¿De verdad?

¿No?

Vale, ya decía yo que ninguno de los que leen mi historia podía ser tan ingenuo. Porque lo primero que hay que preguntarse es qué narices hacía un cupido siendo líder de una banda de contrabandistas. Qué hizo mal su padre (o demasiado bien la diablesa de su madre) para que el angelito prefiriera darse la gran vida en la Tierra a languidecer observando a su humano desde las nubes. Y encima, como ya os he contado, todo eso no iba en contra de las leyes divinas. Bien, una vez dado ese paso, es lógico pensar que, en el caso de que su plan saliera mal y hubiera que matar a Eyén, nadie mejor que unos hombres rudos viviendo al límite de la ley para hacer el trabajo sucio y cargar con el muerto.

Porque siempre hay accidentes, ¿no?

Y si nadie pillaba a Ageón, pues no habría problema... Excepto por mi parte, claro, que yo lo veía todo y lo vigilaba bien de cerca. Y no, no voy a desvelaros si el sexy motero también tenía un plan para silenciar mis labios.



En cuanto a Daniela, se había ido con Ana a tomar un café con muchos bollos llenos de azúcar, uno durante el cual despotricó a gusto sobre lo hija de puta que había sido Blanca al inventarse esas cosas sobre su marido. Tan enfadada estaba que ni quiso volver a comer al apartamento (una pena por Vane), eso que no le tocaba cocinar. En su lugar, le sugirió a Ana irse a un chino de buffet libre. Allí estaban cuando la realidad llamó a su puerta.

Porque la verdad, a veces, era más cabrona que todas las amigas malintencionadas juntas.



—¿Rollitos de primavera? —le pregunté a Ana mientras miraba su plato con una sonrisa—. ¿De verdad que tienes un montón de cosas para elegir y te coges los rollitos?

—A mí me gustan, ya lo sabes. —Se encogió de hombros—. Tú quédate con tu bambú con gambas. Además, ya te he dicho lo que yo haría en tu lugar. Cambiar de tema no te va a solucionar nada.

—No, pero me permitirá ignorar el problema un ratito más.

He de confesar que la miré mal aunque ella no se lo merecía. La pobre tan solo me había pasado haría unos cinco minutos el papelito con el hotel esa zorra de Blanca se había inventado que me engañaba mi marido. Yo, por supuesto, me había negado a cogerlo. Y allí estaba, sobre el mantel, debajo de la botella de agua que Ana, al ver que yo no quería guardármelo, le había colocado encima para que no se cayera. Así que allí estaba, con las letras agrandadas por el agua y el vidrio de la botella, llamándome con una especie de voz silenciosa que me decía «¿y si de verdad te engaña?».

¡Señor!

Yo no era una mala esposa. Ni una celosa. Pero que mi mejor y más sensata amiga (lo cual no era decir demasiado cuando se trataba de que ella se eligiera un ligue pero sí en las cosas que de verdad importaban) hubiera guardado el dichoso papelito y me lo hubiera tendido con un «*llama, no tienes nada que perder y te quedarás tranquila*», me daba que pensar. Porque... ¿yo no haría nada malo si llamaba, no?

—Oye —le pregunté de sopetón a Ana, que me estaba mirando con esa expresión suya de suficiencia que no me gustaba nada—, ¿seré una mala esposa si llamo? Es que no quiero pecar de desconfiada.

Mi amiga puso los ojos en blanco.

—A veces pareces tonta, Daniela. Haz el puto favor de llamar de una vez. Que tú eres incapaz hasta de pensarlo pero yo sé que la duda te va a carcomer cada vez más. Llama, averigua que es un malentendido y luego te ayudo a estrangular a Blanca.

—¿Tú crees? —La miré agradecida, tanto que ni le recordé lo de no usar tacos. Porque estaba intentando reaccionar de una manera madura y emocionalmente estable pero lo cierto era que cada vez comenzaba a pensar más en los «¿y si?».

Por toda respuesta, ella levantó la botella con una mano y, con la otra, me tendió el papel.

Lo cogí. Justo en ese momento una voz familiar hizo que mi mano se quedara quieta unos instantes sobre la mesa, con la nota agarrada.

—¡Hola!, ¡qué casualidad!, ¿también habéis venido a comer aquí?

No necesitaba girarme para ver quién estaba hablando con tanto entusiasmo justo a mis espaldas. Me bastaba con su voz y con la repentina sonrisa de felicidad de Ana.

—¡Pedro! ¡Qué sorpresa! ¿Has venido con alguien? —Se levantó la chica a saludarlo.

Ante tal profusión y cantidad de exclamaciones en las frases, me pregunté si yo debía de unirme al club.

—No —le contestó el aludido tras darle dos besos.

Estos se habían olvidado de mí. Mejor. Me guardé el papel en el bolsillo. Estaba claro que tendría que llamar luego, cuando el de la bici se hubiera ido.

—¡Pues genial! Siéntate con nosotras.

Sinceramente, ¿es que habían quedado y lo de ir al chino lo había sugerido ella en vez de yo? Hmm... yo diría que no. Entonces, una de dos: o mi moco ganaba cada vez más atracción gravitatoria o este tío estaba siguiéndonos. De mala gana (porque para una vez que accedo a llamar al hotel no era justo que tuviera que esperarme) me levanté y me giré hacia Pedro para saludarle.

—Hola, ¿qué tal va eso?

—Hola, Daniela. Me alegro de verte.

Lo sabía. Su mirada brillaba más cuando me miraba a mí. Vale, era ridículo pues le gustaba Ana (o eso se creía ella) pero los ojos de ese tío habían cambiado de manera radical al verme. ¡Por favor! Si hasta sus pupilas se habían agrandado y la sonrisa que tenía, de repente, le había iluminado todos sus rasgos.

—Hola —repetí y le di dos besos.

Pasaba de contestar a eso de que se alegraba de verme. No quedaría demasiado educado decirle que yo no.

—Te fuiste muy pronto anoche, Daniela. ¿Te encontrabas mal? —me preguntó.

Ana había cogido su tenedor y estaba jugueteando con lo que quedaba de su rollito de primavera. ¿Es que le gustaba tanto ese tío que estaba en fase de mariposas en el estómago y todas esas tonterías que le impedían a una ser coherente consigo misma y darse cuenta de que no le convenía?

Sí. Seguro. Era Ana, la especialista en elegir muy mal sus novios.

—Preferí dejaros a solas a las parejitas —le solté.

A ver si se daba por aludido...

—¿Parejitas? —Me miró a la vez que enarcaba una ceja.

Era guapo. De acuerdo. Pero yo ya estaba pillada. Quizás si lo hubiera conocido en otro lugar y otro momento, gestos tan simpáticos como ese podrían haber hecho surgir algo. Pero no ahora. Ni aunque mi Pedro me engañara.

«Mierda —pensé—. Otra vez ese puto veneno de Blanca».

—¿Estás bien?

Algo debió de notar porque la expresión del de la bici cambió: dejó de ser una divertida para convertirse en una de preocupación.

—La pobre —le contestó Ana en mi lugar—, que no sabe si su marido la engaña con otra.

—¿El camionero?

—¿Tú cómo sabes eso? —le miré mal.

—Daniela, que se lo dije yo anoche... —me aclaró Ana.

—¿Qué?

¿Es que se habían pegado parte de su cita hablando de mí?

—Eso. No sabía que la profesión de tu marido fuera algo confidencial. —Se encogió de hombros y llevó un trocito de comida a su boca.

—Mis disculpas. —Pedro se inclinó un poco más sobre la mesa, acercándose más a mí—. No debería haberle preguntado. La culpa ha sido mía.

—¿Qué eres, un marujo?

Supe que me había pasado nada más decirlo pero que ese tío preguntara cosas sobre mí a mi mejor amiga era demasiado.

—Mira que eres bruta, Daniela. —Salvó Ana la situación, quitándole importancia a mi salida de tono—. Anda, tú llama a tu marido que no vas a estar tranquila hasta que lo hagas. Es más, hasta te dejamos hacerlo a solas. Yo ya he acabado con los rollitos y Pedro tiene que ir a por su comida.

Se levantó y colocó una mano sobre el brazo del aludido.

—¿Vienes? —le preguntó.

El de la bici asintió y se levantó. Sin dejar de mirarme. Como si desease decirme algo pero no se atreviera. Quizás yo también debería decirle algo (una disculpa), pero no era el momento.

Metí la mano en mi bolsillo y saqué el papel. La otra en mi bolso y agarré el móvil. Mientras veía cómo se alejaban hacia la zona del bufet, tomé fuerzas.

Ahora o nunca.

Marqué el número del hotel.

—Hotel Le Roy, ¿qué desea? —me respondió al quinto pitido de llamada una voz femenina en lo que, por el tono demasiado dulzón en el que pronunciaba las palabras, parecía francés.

—Buenas tardes —le contesté en inglés, el único otro idioma aparte del castellano que se me daba bien—, me gustaría hablar con la habitación 514.

—Un momento, voy a ver si está. ¿Quién le digo que le llama?

Me quedé pensativa unos instantes. Decir que su mujer era el mejor modo de reclamar lo que era mío; pero nada práctico.

—Daniela Gómez. —Usé mi apellido de soltera.

—De acuerdo, señora Gómez. Un momento.

Mientras miraba cómo Ana reía y coqueteaba con el de la bici, apreté con fuerza el teléfono entre mis dedos. ¿Qué cojones hacía yo si me lo cogía una mujer y, cuando yo le dijese que me pasara a Pedro, lo hacía?

Mas no tuve que esperar demasiado. Enseguida se volvió a poner la voz femenina de la recepcionista.

—Disculpe la espera, señora Gómez. No hay nadie en la habitación en estos momentos.

—Ah —le contesté lacónica.

Eso quería decir que o no estaba o estaba tan ocupado que no podía coger el teléfono. Sería lo primero. Lo otro era absurdo. Además, ¿no tenía que estar ya volviendo a España?

—¿Desea dejarle algún recado? —me preguntó la recepcionista, muy eficiente.

—Allí está alojado Pedro Acosta, ¿verdad?

—Sí, correcto.

Ni me hizo esperar para comprobarlo. Posiblemente hubiera buscado a quién correspondía ese número de habitación cuando le intentó pasar mi llamada.

—¿Se encuentra allí también su esposa?

—Sí.

—Muchas gracias.

—¿Y el recado?

—Dígale que me llame. Que soy Daniela.

Colgué el teléfono y me quedé mirándolo atontada, como si no pudiera creerme lo que estaba pasando. Su esposa...

De verdad que imaginaba que la recepcionista iba a decirme que estaba solo.

No podía ser verdad. Tenía que haber algún error. ¿Y si esa zorra de Blanca me hubiera dado el teléfono de alguna amiga suya en Luxemburgo solo para joder?

Cuando volvieron con sendos platos llenos de comida, Ana y Pedro me encontraron navegando desde mi móvil, confirmando que el número del hotel Le Roya era, en efecto, el que ella había anotado.

¡¡¡Joder!!!

(Sí, con todas las letras y sin asteriscos. Que la situación se lo merecía).

Habría preferido mil veces que Blanca siguiera siendo una zorra despiadada.

—Daniela, ¿estás bien? —me preguntó Ana al ver que estaba a punto de echarme a llorar.

Dejó su plato en la mesa y colocó una mano sobre mi espalda.

—No. No lo estoy.

Contuve a duras penas las lágrimas. Esto no podía estar pasándome a mí. A mí que había sacrificado mi trabajo y mi profesión por los niños y por él.

—¿Has hablado con él?

En esos momentos, creí ver que el de la bici comenzaba a decir algo y que Ana lo cortaba con un gesto. No lo sabía. Me daba igual. Era incapaz hasta de contestar a mi amiga, la cual me abrazó.

—¡Será capullo! —musitó más para ella que para mí.

Se me escaparon los lagrimones. Me desahogué y se lo conté entre hipidos. En esos momentos, me olvidé de todo del otro Pedro, que se había sentado y ponía cara de no saber muy bien qué hacer.

Pasados unos minutos, dejé de llorar y Ana se volvió a su silla. Me di cuenta de que otros comensales nos estaban mirando. Lo que me faltaba. Me centré en acabar

mi comida.

—Yo... me parece que mi presencia ya no es muy acertada —se atrevió a comentar Pedro una vez Ana estaba comiendo otra vez y parecía que habíamos recuperado un poco de normalidad.

—No te preocupes —le contesté con tristeza—. En realidad hasta que no hable con él no voy a saber si es verdad.

—¿Puedo preguntar? Antes solo susurrabais.

—Por lo visto está alojado con una mujer. Una que la recepcionista cree que es su esposa.

—Lo siento mucho, ¡qué cabrón!

Lo miré con el ceño fruncido. Parecía simpático y sincero. Volví a relajarme. Después de todo, era verdad: mi marido era un cabrón si hacía eso y, lo peor, yo una gilipollas que no tenía ni idea de mi cornamenta.

—¿Lo vas a llamar? —me preguntó Ana.

—No. Que lo haga él. Le he dejado recado.

—Ánimo —me sonrió mi amiga intentando darme fuerzas.

Porque las iba a necesitar. No comí mucho más. La noticia me había quitado el apetito. Mis dos acompañantes, quizá por solidarizar, tampoco se acabaron sus platos. La conversación, por mi parte, se apagó del todo y ellos dos intentaron llevarla de manera alegre, por temas que no tuvieran nada que ver con maridos camioneros hijos de puta.

En fin...

Una pena.

Notaba cómo Ana intentaba sonreír y coquetear con Pedro, pero este parecía estar triste por lo mío. Esperaba no estar chafándole el ligue a la pobre pero ¡qué cojones!: los tíos eran unos cerdos.

Todos.

Bueno, quizás no todos. Pero el de la bici no me acababa de parecer trigo limpio (¿le gustaba a Ana, no? Ese era el mejor modo de saber que no le convenía).

Y entonces, mientras yo estaba sumida en lo que parecía una letanía funeraria, algo cambió. No fui la primera en verlo. Fue Ana, que se quedó mirando a Pedro con extrañeza. Yo le miré también, a ver si me enteraba de qué ocurría. Era lo que yo decía, ¡unos capullos!, pues el hombre estaba comiéndose con los ojos a una veinteañera que acababa de entrar en el restaurante, una morena vestida con una faldita demasiado corta y una camiseta de tirantes con una especie de diablilla dibujada en ella. Una de esas chicas que eran exageradamente guapas y lo sabían. Volví a mirar a Ana. Sus ojos habían encontrado a la joven y la estaban poco menos que asaeteando.

Jod** con el Pedro... primero parecían irle las casadas (porque el tío para mí que estaba obsesionado conmigo) y luego pierde el culo por una jovencita que va enseñando más pierna de la cuenta.

Aparté una de mis manos de la mesa y, por debajo de esta, le di a mi amiga un toque en su costado. Cuando me miró, le hablé sin voz, marcando mucho cada sílaba para que se diera cuenta. El de la bici no, desde luego, que estaba muy ocupado viendo cómo la morena se contoneaba al andar y atraía toda la atención masculina del restaurante.

—Pfff... hombres —le dije.

—Y tanto —me contestó del mismo modo.

Asentí. Esta vez no estaba siendo solidaria porque era lo que se esperaba de mí (como el día del solomillo) sino porque lo sentía en el alma. ¿Es que solo pensaban en sexo?

—Sí —me susurró Ana.

Parecía que me hubiera leído el pensamiento.

Y entonces... esa veinteañera se nos acercó. Directa. Con su sonrisa y sus ojos clavados en Pedro. Ana dio un respingo. La miré y vi que se había mordido el labio. ¡Jod**!

—Hola, ¿te conozco? —le preguntó con todo el descaro del mundo, poniéndose frente a él y dándonos la espalda a nosotras.

¡Sería borde!

—Creo que no —le sonrió Pedro, claramente entusiasmado de que ella se le hubiera acercado.

Y yo que estaba cambiando mi opinión del chico, de que quizás no fuera tan malo ni un rompe matrimonios...

—Pues me estabas mirando —le guiñó un ojo.

¡Señor! Lo había dicho con tanto ego y tanta seguridad que su víctima la miraba embobado. Esta tía sí que podría dar un master sobre cómo ligar con cuatro palabras. Chapó. Superaba hasta a Blanca en lo de lagarta.

—Bueno, soy Pedro —se levantó y se acercó a ella para darle dos besos.

Ante lo cual, la morena ladeó la cara y dejó que le diera el segundo en todos los morros. ¡Alucinante! El de la bici, algo cortado, se disculpó.

—Ehhh, perdona.

—No pasa nada. —Le sonrió ella—. ¿No nos presentas?

Esto sí que era nuevo. Quería que nos presentara. ¿Es que era bisexual y le iban los cuartetos? Porque de orgías yo como que pasaba.

—Claro, ehhh, te llamas...

—Delia.

—Delia, ellas son Daniela y Ana. Y ella es Delia.

En vez de darnos dos besos, la lagartona nos tendió la mano. Cuando se la di, vi que hacía un gesto raro, como si me lanzara algo invisible, y noté por un momento como si me faltara el aire. Se pasó rápido. La joven tenía la mano muy cálida, como si tuviera fiebre.

—Encantada de conocerlos a todos. Si me disculpáis, he quedado. Y... Pedro...

—le miró con una mueca maliciosa pintada en sus bellos rasgos—, yo que tú no me quedaba con ninguna de las dos. No son tu tipo.

Le lanzó un beso con los dedos y se fue. El de la bici, el muy gilipollas (como todos los hombres, incluido mi Pedro. Ya lo estaba viendo, ya), se la quedó mirando embobado. Ana, que estaba más cerca de él que yo, dirigió los ojos con disimulo hacia sus pantalones y agrandó los ojos. Volví a tocarla bajo la mesa, para que me mirara y me dijera algo.

—Está empalmado —me susurró con voz apenas audible.

—¡Hombres! —le contesté.

¿Es que valía más ser una bomba sexual andante con el cartel de «disponible» en la frente que una chica inteligente y simpática como Ana?

Fruncí el ceño. Entonces el de la bici pareció volver al mundo real y nos miró.

—Qué chica tan maja, ¿verdad?

—Majísima —le contestó Ana—. Yo voy a por el postre.

—Yo mejor me voy —me despedí.

Lo de la lagarta había sido una agradable distracción pero lo de mi marido seguía allí. Doliendo.

—Me voy contigo —se apresuró a decirme Ana.

—No, tú tómate tu postre. Gracias pero necesito reflexionar, estar a solas.

—Claro. Perdona.

Por la cara que me puso la pobre de repente, estaba claro que, con el lío de la tal Delia, se había olvidado de mi problemilla (por llamarlo de alguna forma).

Me levanté.

El de la bici se despidió también. Era curioso. El pobre parecía genuinamente apenado por mí pero, después de ver lo rápido que cambiaba de opinión ante una minifalda nueva, yo ya no me creía nada. Primero yo, luego Ana, después Delia y... ¿ahora otra vez Ana?

Para que luego dijeran que las mujeres éramos volubles. Volví a decirles adiós y me fui. Camino de la playa.

Capítulo Treinta y siete

Álaia estaba pletórica.

Todo marchaba genial.

Había jodido a Sashia, tenía unas alas oscuras, suaves y fascinantes y el jefazo le había alabado su habilidad con ellas en la cama. Bueno, en la terraza, pero para el caso igual daba.

De allí a ser ascendida a súcubo inmortal solo había un pasito, el que su hija daría cuando volviera a Ageón al lado oscuro.

Felicidad que estalló como una burbuja demasiado hinchada en cuanto llegó a su habitación y vio que faltaba la cómoda.

La puerta de su casa aserrada no la alarmó. Al fin y al cabo esperaba algo así. Pero la cómoda... esa naga debería haberlo impedido.

Hablando de mujeres serpientes... la criatura mágica la estaba mirando desde el interior de su dormitorio, con las espadas envainadas y sus cuatro brazos cruzados sobre el pecho en actitud defensiva.

—Dime que no se la ha llevado —le pidió Álaia.

—Me temo, señora, que le he fallado. Mi vida es suya.

La naga sacó una de sus espadas y se la tendió a la diablesa. Al mismo tiempo, agachó su cabeza para que la decapitara. Pues, ante todo, las de su raza eran unas criaturas con un alto sentido del honor.

—¡¡¡Esa zorra!!! —exclamó la diablesa.

Continuó gritando, manteniendo la última sílaba de «zorra» en un alarido largo y prolongado; uno que sacó todo su disgusto, toda su frustración por acabar de pasar del éxito más absoluto al puro fracaso.

Y ella que pensaba que había sido más lista que su rival y se la había jugado...

¡¡¡Pero qué rabia!!!

Sin pensárselo dos veces, agarró el arma que le tendía su criatura mágica esclava y le cortó la cabeza. Deyanira probablemente le habría perdonado la vida para encargarle otra misión pero Álaia no. Ella estaba demasiado furiosa pensando en cómo esa zorra de Sashia y su hija estarían en esos momentos riéndose a su costa.

Mira que haber pensado que les había ganado la mano...

Su vecina, alarmada ante un grito que le llegó con total claridad, algo bastante complicado dado el buen aislamiento de las casas del edificio Luxury, pensó en ir a ver si necesitaba algo. Mas enseguida cambió de opinión, porque de una diablesa tan enfadada como para pegar semejante alarido una no podía esperar nada bueno. Ni siquiera que cumpliera las normas de no matar a una amiga cuando no estaba segura de que no había presentes ojos espía que podrían delatarla.

Álaia, mientras tanto, dejaba que con su voz y la vida de la naga su ira se fuera haciendo cada vez más leve, al igual que la sangre manaba cada vez con menos fuerza del cuerpo decapitado que yacía sobre su cara y bonita alfombra.

¿Pero cómo había podido pasar?

Necesitó aclararse un poco más las ideas, dejar de estar tan furiosa, para darse cuenta de que esa zorra de Xilenia tenía que haberse teletransportado. No había otra explicación.

Vale, quizás debería haber esperado a matar a la naga a que esta le contara lo ocurrido, pero ahora ya era tarde para lamentaciones. Comprobó que no le quedaba ningún ojo espía en su casa, ninguno que pudiera contarle qué había ocurrido, y comenzó a temblar.

Porque en su cuarto apestaba a azufre y los del control del teletransporte sabrían que había habido uno no autorizado desde su casa. Entonces se dio cuenta de que ella tenía una coartada fabulosa (estar haciéndole favores sexuales a uno de los Siete) y respiró más calmada.

Ahora ya no tenía el pendiente y su hija corría peligro. Podría ir a denunciar el robo pero sería el hazme reír al no tener pruebas. Así que se encogió de hombros, abrió las ventanas para ventilar el cuarto, mandó a un par de demonios menores que se deshicieran del cuerpo decapitado y fue a darse una ducha.

Estaba claro que Deyanira había sacado su pragmatismo de ella.

En cuanto a esa ladrona de Xilenia, ya se le ocurriría un modo de pillarla por ese teletransporte ilegal.

Si tan solo supiera a dónde había ido...

Capítulo Treinta y ocho

Mientras tanto, mientras Daniela aliviaba sus penas cerca del agua, mientras una diablesa llegaba a su casa y pegaba tal grito de rabia que lo escuchó hasta su vecina, Diofanor se desesperaba en los trámites burocráticos celestiales y Ana charlaba con el de la bici con cada vez menos entusiasmo (al fin y al cabo ella tenía su orgullo y ese tan Pedro no hacía más que pisoteárselo).

Por supuesto, lo de la diablesa era algo que me contaron más tarde. Yo no pude ver cómo Álaia, a quien la magia no le daba verrugas sino alas, pasaba de estar feliz a enfadada.

Por eso, porque lo mío era vigilar a cupidos y a humanos, volvamos a Daniela y a sus pensamientos. Unos que no llamaré fascinantes. Para nada, ya basta de ser irónica. Pero eso sí, cuidado con ellos porque, como la luna nueva, eran a la vez el principio y el final de algo. Algo de lo que ni siquiera yo, una Vigilante, pude librarme.

¿Me creéis cada vez más humanizada?

¿Quizás deseando romper las leyes y echarle una mano a la mujer del camionero?

Pobres... no sabéis nada.

Porque yo llevaba ya algún tiempo ayudando a Daniela.



El mar. Qué mejor lugar para calmar un alma herida. Con los cascos del móvil y la música a tope. Y esperando esa llamada que no llegaba mientras paseaba descalza por la orilla, con los zapatos en una mano y sorteando a todos los bañistas. Puede que hiciera demasiado de calor para caminar al sol con un vestido puesto, por más que este fuera corto y de tirantes, pero necesitaba sentir la naturaleza. Las olas, el olor a sal, el color radiante del cielo cuando se perdía en la línea del horizonte... en esos momentos eran lo único que podía apaciguar un poco ese dolor que amenazaba con llevarse, arrastrarme como si fuera una riada, en cuanto yo aflojara un poco el

rígido control que mantenía sobre mis emociones. Porque necesitaba darle el beneficio de la duda pero el muy cabrón no me llamaba. ¿Es que estaba con esa fulana todavía metido bajo las sábanas? ¿O quizás pasando la tarde fuera con ella, llevándola al cine al que a mí hacía siglos que no me llevaba? O a pasear, o al parque...

Estaba torturándome intentando no pensar en esas cosas cuando vi al adonis rubio de la otra noche. El hombre llevaba ese extraño detector de metales suyo pero, por la expresión de su cara, no debía de estar teniendo mucha suerte. En fin, yo había oído que sí que era lucrativo buscar relojes y joyas perdidas en la playa; pero imaginaba que habría días peores que otros.

En todo caso, no sabría decir por qué pero me lo quedé mirando y me acerqué a saludarle. Imagino que, aunque le había dicho a Ana que quería estar sola, a lo mejor sí necesitaba un poco de consuelo. Y mejor si era de alguien a quien no conocía, alguien que no fuera a recordármelo en años venideros si luego resultaba que todo era una broma pesada de Blanca. Además, ese desconocido no me dio precisamente malas vibraciones la otra noche, cuando me salvó de ser regada por una copa. Parecía, de verdad, una buena persona.

—Hola —le dije.



Arturo se había retirado muy tarde a dormir la noche anterior. Tanto que los primeros rayos del sol casi acariciaban la mañana. El motivo fue sencillo: quería saber más sobre los demonios. Llevaba toda su vida investigando a los ángeles y sus diferentes jerarquías pero, cada vez que en sus libros antiguos se topaba con una mención a los soldados del Infierno, la pasaba por alto; pues él era un científico y, sin pruebas, no pensaba admitir la existencia de los diablos. Pero ahora... ahora había visto a una. Puede que sus cuernos fueran de plástico pero estaba seguro de que era un demonio. Si no, que le explicaran lo de desaparecer y lo del pestazo a azufre. Porque que se hubiera dedicado a estudiar a las criaturas celestiales no quería decir que no conociera nada sobre las del submundo.

Pero no lo suficiente.

Por eso se había pegado todo lo que quedaba de noche en su habitación del hotel, encerrado con su mac portátil donde tenía una inmensa biblioteca con libros que había ido almacenando (algunos incluso escaneado en monasterios europeos) a lo largo de los años.

Y vio varias cosas:

Una: Había siete tipos de demonios, desde los inferiores (unos seres serviles y maliciosos que ocasionaban la mayoría de las enfermedades y pecados capitales en el mundo humano) hasta los archidiablos. Todo ello sin contar, por supuesto, con su

señor supremo, uno al que cada religión daba un nombre aunque el más común fuera el cristiano.

Dos: Tenían leyes. Igual que los ángeles.

Tres: Como en la jerarquía divina, los que estaban muy por arriba no solían preocuparse por los de abajo. Aunque aquí se permitía cierta movilidad a la hora de poner denuncias sobre diablos que incumplían las leyes. Parecía ser una especie de motivación para trepar a consta del compañero y fomentar que se espiasen unos a otros. Eso no estaba en el Cielo.

Cuatro: Además de esos demonios inferiores, a la Tierra también solían subir los que estaban justo sobre ellos en rango. Se trataba de las diablasas, las cuales eran curiosamente la contrapartida femenina de los cupidos. Incluso tenían un arco y flechas, aunque estas eran negras e incitaban a la lujuria temporal.

Cinco: Las diablasas y los cupidos tenían hijos. Según el sexo el vástago se alistaba en las filas celestiales o en las demoníacas.

Seis: No tenía ni idea de qué pasaría si le rompía el arco a una diablesa.

Siete: Estaba deseando comprobarlo.

Porque si el poder de un ángel le daba muchos años de vida y juventud eterna, a saber lo que el de su contrapartida femenina podría hacer por él. A lo mejor, hasta le daba el poder de teletransportarse. O el de aumentar la vibración de las moléculas (y con ello elevar la temperatura de un cuerpo, muy útil para hacer arder cosas) o el cargar algo de electrones (por lo que había leído, tan solo lo usaban para hacer que se descargara una tormenta eléctrica en nubes que ya estuvieran formadas y poco más). Y, si no, daba igual; porque si los cupidos iban por allí jodiendo la vida a la gente, una diablesa con flechas de lujuria podía cargarse un matrimonio en pocos segundos. Así que sí o sí. Quería saber qué pasaba si cazaba a esa demonio que le había quitado al dichoso cupido de las manos. Otra cosa era que no entendía por qué le ayudaba (¿a lo mejor iban a tener hijos juntos?); pero, después de todo, ese afán por protegerlo le daba ventaja. Porque él podía volver a localizar con facilidad a ese ángel (tenía la frecuencia de emisión de su aura registrada en su detector) y lo iba a utilizar de cebo. Volvería a atacarlo pero esta vez, cuando ella viniera, estaría preparado.

Su noche de desvelo le había dado también algunas pistas sobre cómo evitar la teleportación de la diablesa.

Por eso, había dormido tan solo unas horas y a media mañana bajado a la calle a comprar unas cuantas cositas que necesitaba. Comió tarde, porque le llevó un tiempo montarlo. Por suerte él era un experto en artilugios electrónicos y además, por si acaso, lo hizo con partes de wolframio. No sabía si ese metal funcionaría con las diablasas pero, con los ángeles, le servía para hacerles daño. Los proyectiles de su pistola eran de wolframio. Había sacado, tanto la idea de utilizarlo como el ritual con el que bendecía (por llamarlo de algún modo) las balas, de un diario que perteneció a su padre. Cuando su madre murió y él heredó sus posesiones, Arturo se fue a vivir a su casa (le salía mejor que un alquiler) y, cuando cambió los muebles del dormitorio

de matrimonio por unos más modernos, descubrió el diario escondido en un cajón falso de una de las mesillas. Se trataba de un cuaderno manuscrito que hablaba sobre los puntos débiles de los cupidos. Arturo nunca supo por qué su padre había escrito eso (quizás, como él, quería cazarlos) pero desde luego hizo un buen uso de la información. Así pues, fabricó el inhibidor de teletransporte modificando un táser que ya tenía y utilizando piezas de wolframio. Después, se lo guardó en un bolsillo amplio de sus pantalones, uno de esos que estaban en un lateral de la pierna, cogió el detector y se fue a rastrear al cupido.

Y allí estaba, en la playa donde antes había encontrado el primer rastro, frunciendo el ceño porque el cupido no parecía haber vuelto a pasar por allí, cuando la protegida de dicho ángel lo saludó.

No se lo esperaba. No estaba mirando hacia ella por lo que no la había visto acercarse y, desde luego, no imaginaba que la mujer sintiera deseos de hablarle.

Pero pasados unos segundos de su sorpresa inicial, una vez hubo asimilado el «hola» de la chica, Arturo le sonrió y le devolvió el saludo. Porque la pobre no tenía la culpa de que un cupido pretendiera joderle la vida (si es que no lo había hecho ya). Se fijó en que tenía unos ojos muy grandes y bonitos, sobre todo en esos momentos que brillaban como si estuvieran a punto de comenzar a llorar.



—Hola —le dije.

—Hola —me contestó con una sonrisa el adonis rubio una vez que se hubo dado cuenta de que yo era la chica del bar.

—¿Buscando anillos y collares? —le pregunté a la vez que señalaba su detector.

Él enarcó una ceja, como si precisamente yo fuera una de las personas menos indicadas para plantearle esa cuestión, y asintió.

—¿Te importa si te acompaño? —le solté de sopetón.

Mejor así, mejor rápido. Si me tomaba por una loca o por una desesperada por ligar me daba igual. Que dijera que no y punto. Yo ahora no estaba para sutilezas.

El adonis me miró entre extrañado y preocupado. Después volvió a sonreírme y me dijo que sí. Era un chico más bueno de lo que me imaginaba. Tenía que haberse dado cuenta de que yo estaba a punto de llorar y, pese a ello, aceptaba dar un paseo con una extraña y lo hacía con una sonrisa tan radiante que parecía que andar conmigo fuera algo así como si le hubiera tocado la lotería. Pero no en plan ligón o sexual, no. Le devolví la sonrisa.

—Espero darte suerte. —Señalé con mi cabeza su detector de metales.

—Estoy convencido de ello.

—¿Sí?

—Sí, venga, vamos.

Manipuló un par de botones de ese armatoste que llevaba y dejó de sujetarlo horizontal al suelo. En vez de eso, se lo colgó a la espalda con una correa que el detector tenía enganchada a ambos extremos.

—¿No buscas? —le pregunté extrañada.

—Contigo cerca no me hace falta. Pitará si lo detecta.

—¿Lo? ¿Has perdido algo?

—Sí.

—Debe de ser una joya muy especial si peinas la playa solo para encontrarla.

Ya no sabía que pensar del adonis. Muy ligón playero y superficial no parecía, menos aún si estaba buscando una pulsera o collar que significaba mucho para él. ¿Quizás un regalo de su novia?

No lo sabía pero divagar apartaba un poco esa pena que me recorría, esa losa que oprimía mi pecho.

Además, el chico era un encanto. Porque yo dudaba mucho que, a su espalda, el detector pudiera localizar ningún metal. Parecía que de verdad deseaba escucharme. Comencé a andar, despacio, por la orilla. Mis pies dejaban huellas que las olas borraban incluso antes de que las pudiera imprimir en la arena. Él se situó enseguida a mi derecha y caminó con los tobillos dentro del mar.

—Lo es. Pero me parece que no es de eso de lo que quieres hablar.

Yo escuchaba su voz pero no le miraba. Prefería bajar los ojos y observar mis pies, cómo el mar los lamía, y las conchas que de vez en cuando pisaba. No sabía si él me estaría mirando pero lo que sí que tenía claro era que a mí sí me observaban y mucho. Más o menos todas las jovencitas que estaban deseando ser ellas las que caminaran junto al adonis rubio. La sensación era extraña. Nadie solía mirarme con envidia por pasear con Pedro. Menos aún desde que había echado un poco de tripa.

Pedro...

—¿Tan evidente es?

—Me parece que sí. ¿Mal de amores?

—Mi marido. Creo que me engaña con otra.

No le miraba, pero podría jurar que se acababa de tensar, como si fuera algo que le produjera rabia. ¡Qué buen chico era!

—¿Estás muy enamorada, verdad?

—Sí.

Se me escapó una lagrimita. Continuaba sin mirarle. Esta conversación, esta manera de abrirme a un extraño, era demasiado rara como para atreverme a verme reflejada en sus ojos.

—No te preocupes, pronto podrás recuperar las riendas de tu vida, esas que no deberían haberte quitado.

¿Qué?

Lo miré.

Él me estaba mirando, con sus ojos azules teñidos de preocupación. Unos tan

sinceros que podría perderme en ellos.

—¿Por qué dices eso? —le pregunté.

—Ojalá pudiera contártelo, pero no me creerías. A mí me pasó algo parecido. Cuando era más joven, era como si una chica insoportable del instituto se empeñara en hacerme la vida imposible y yo solo pudiera suspirar por ella. No entendía ese amor por la persona equivocada. Hasta que me di cuenta y recuperé el control de mi vida.

—¿Mi marido es la persona equivocada? —Fruncí el ceño.

—Acabas de decirme que crees que te engaña. La persona correcta no lo haría jamás.

—Yo... yo no lo sé. Quiero creer que no pero él no me llama para desmentirlo. Y la verdad es que, si lo pienso bien, ha tenido demasiadas oportunidades para hacerlo y últimamente ni siquiera repara en mí en ese sentido.

Ya estaba. Ya lo había dicho. Algo que me carcomía por dentro desde que teníamos niños, algo que achacaba precisamente a las circunstancias de tenerlos, algo que me decía a mí misma que era normal y que no debía preocuparme por ello. Pero, si tu marido dejaba de encontrarte atractiva, de intentar meterte mano y acostarse contigo en todo momento, ¿no era para preocuparse?

Me eché a llorar. Desconsolada. Todas las pequeñas cosas que había ocultado en el fondo de mi alma, todos esos pequeños detalles, sus viajes de trabajo cada vez más frecuentes y escudados en la excusa de que íbamos mal de dinero, sus palabras cada vez menos dulces, el que hacía más de dos años desde su último regalo espontáneo, sus pequeños y cada vez más frecuentes reproches sobre cómo llevaba la casa... Yo no me merecía eso.

No sabía en qué momento había caído en esa terrible rutina. Aceptado, como la rana a la que se cuece poco a poco, esa pérdida de felicidad, de sonrisas, de vida. Y no me gustaba en lo que me había convertido. Algo así como mi madre pero yo tenía carrera y trabajo antes de los niños. Ahora mi marido apenas paraba en casa y todo el trabajo era para mí. Y ya no había complicidad ni nada. Pero yo seguía creyendo que mi vida era perfecta y que tenía todo lo que una chica pudiera desear: casa (con hipoteca, claro), marido y niños.

¿¿¿En qué puñetera película machista de los años ochenta estaba yo soñando???

¿Acaso por tener hijos y Vane no, por tener marido y Ana no, yo era mejor o más feliz?

No sabía por qué pero me vino todo de golpe. La venda cayó de mis ojos. Me encontré con una imagen de mí misma que no me gustaba.

Y si encima ese cabronazo de Pedro en vez de agradecerme mi sacrificio tenía una amante... yo solo podía ver que estaba tirando mi vida para nada.

Como mi trabajo. Lo había dejado aun a sabiendas que eso arruinaba mi carrera laboral y ese ascenso que habían estado a punto de darme cuando me quedé embarazada y les dije que, tras dar a luz, me iba a tomar unos años sabáticos.

Sin cobrar, claro.

Sentí una mano en mi hombro. Parecía que otra vez me había abstraído del mundo pero esta vez no miraba al suelo sino al horizonte, sin verlo en realidad.

Me giré hacia el adonis.

Vi comprensión en sus ojos.

Siguiendo un impulso, me acerqué a él y me rodeó con sus brazos. Dejamos de andar. Dejé de notar nada que no fuera el calor que desprendía su cuerpo, lo bien que olía y cómo todo mi dolor iba saliendo.

Más tarde imaginé que las jovencitas estarían deseando matarme pero, en esos momentos, no. Solo estaba el adonis, que para mí no era más que una especie de hermano mayor con el que desahogarme.

—No te preocupes —me dijo mientras me abrazaba—. Vas a salir de esta. A decidir lo que quieres hacer y de quién quieres enamorarte. Y lo harás tú sola.

No entendía muy bien porqué me decía esas cosas pero me daba igual. Cuando me sentí mejor, empujé hacia atrás para separarme de él. El joven abrió sus brazos y me dejó salir.

A un paso de distancia suyo, lo miré a los ojos y musité: «gracias».

—De nada. —Me sonrió.

—Parece que no te he traído suerte, después de todo. —Señalé a su detector, que no había soltado ni un pitido.

—No te preocupes. Ya lo encontraré más tarde. ¿Quieres que te acompañe a tu casa?

—No.

De repente me sentí cortada. Una no debería mostrar tanta intimidad con un extraño y yo, ahora, me daba cuenta de lo que acababa de hacer.

—Me llamo Arturo. —Me tendió la mano—. Mucha suerte.

—Daniela. —Le sonreí algo tímida y se la estreché—. Bueno, gracias.

—De nada otra vez. —Amplió su sonrisa.

Parecía muy simpático. Me giré y comencé a irme. Me entraron ganas de girarme y preguntarle si podía darme su teléfono o su nombre completo para buscarlo en facebook o algo así.

Sentía que era una de esas personas que merecía la pena mantener en tu vida.

Pero era extraño y me daba cosa. Al fin y al cabo, no le conocía y acababa de llorarle encima. ¡Por Dios! Si le había mojado el hombro.

Qué vergüenza...

Seguí andando y, en mi fuero interno, deseé volver a cruzármelo algún día. Así como que encontrara esa joya que era tan importante para él.

Lo cierto era que, con mi desahogo, ni le había preguntado por ella.



Arturo miró alejarse a Daniela con una amplia sonrisa en los labios. La jovencita era muy maja. Sí, para el asesino era una chica joven pues, aunque imaginaba que la mujer tendría cerca de treinta y él aparentara unos veinte, Arturo era mucho mayor.

En todo caso, no pensaba dejar que se alejara mucho. Mientras ella lloraba, le había colocado un detector escondido en uno de sus bolsillos. Tenía el tamaño y la forma de un botón y Arturo sabía que se iría al fondo y que ella no sospecharía nada aunque lo encontrase.

No era que no hubiera sentido una extraña conexión con la chica al abrazarla (al fin y al cabo era otra víctima de esos cupidos hijos de puta que se creían con la potestad de decidir la vida de los humanos), pero él quería ayudarla y para eso necesitaba localizar a su cupido. Y sabía que, tarde o temprano, este acudiría a donde ella estaba para lanzarle otra flecha que continuara jodiéndole la existencia.

No si estaba él allí para evitarlo.

Por primera vez en mucho tiempo, se sintió bien. Una calidez se expandió por su pecho. Porque estaba bien matar cupidos y salvar vidas ajenas pero, hasta ese momento, no había interactuado con uno de los protegidos. Era bonito ver cómo la pobre chica iba a poder arreglar de una vez por todas su vida, sin un cupido mangoneándola para hacerla infeliz.

Dejó que se alejara lo suficiente como para perderla de vista, sacó su móvil (allí tenía sincronizada la señal del botón localizador) y vio a dónde había ido.

Capítulo Treinta y nueve

Mientras las vidas de Arturo y Daniela se cruzaban, mientras el asesino de cupidos veía en la protegida de Eyén al cebo perfecto, había algo que me gustaría mostraros. Como narradora, más que nada. Para que podáis tener toda la historia. Porque en esos momentos Daniela estaba demasiado ocupada con su revelación interior como para poder preocuparse por Blanca (lo entiendo, no la tragaba) o por Vanesa. No digamos ya de Gema.

Porque yo observaba, registraba y transmitía cuando me lo pedían y, lo que estaba ocurriendo en el apartamento de Vanesa esa mañana, era una pieza más del *puzzle* en el que se habían fragmentado los destinos de Eyén y de Daniela.



Vane se levantó casi a la hora de comer. La noche había sido larga y con demasiado vodka. Musitando algo por lo bajo al ver la hora pues hoy le tocaba hacer la comida a ella, se dirigió al baño a asearse y comenzar a ser persona. Cuando salió más de veinte minutos después, con las ojeras disimuladas con cuidado bajo una capa de corrector y de maquillaje, llamó y buscó a sus dos huéspedes por el apartamento. En vano. Allí no había nadie.

Así que salió al rellano a pitar al de al lado y, sin llegar a hacerlo, volvió a meterse en su casa. Estaba en pijama, no podía irse así. Entonces, se llevó la mano a la frente, se irritó consigo misma porque ese gesto no ayudaba para nada a su dolor de cabeza y, a continuación, se dijo que Daniela tenía razón cuando se metía con ella porque hasta para salir a la tirar la basura tenía que ir perfecta y con pendientes a juego con los zapatos y el bolso. Tomó aire.

«Qué más da —pensó—. Total, solo es un momentito».

Dio un paso y agarró la manilla de su puerta de entrada. Pero... ¿y si la veían los otros vecinos del rellano? Se mordió el labio. ¡Mierda, su carmín! Fue al baño a recolocárselo y, demasiado molesta consigo misma porque era la resaca la que le

estaba haciendo hacer esas gilipolleces, salió de su casa, sin cerrar la puerta, para llamar al piso de al lado.

—Hola, bella durmiente, veo que ya te has levantado. —La saludó Blanca con una sonrisa—. Pasa.

A la mujer le costó lo suyo no hacer ningún comentario sobre que era la primera vez que la veía sin estar correctísimamente vestida. O sobre los ositos del pijama. Pero algo (más bien la mirada de mala leche de la buena de Vane) le decía que mejor era ser generosa y callárselo.

—Hola. ¿Por qué no me habéis despertado? —le contestó Vanesa.

—Después de todas las copas que te tomaste con Eduardo, creo que ha sido mejor dejarte dormir un poco.

Vane comenzó a abrir la boca para decir algo del estilo de que se sentía agotada, como si empleara más horas de sueño. Pero entonces, al escuchar el nombre del viudo, le vino una imagen mental donde ella bailaba con él. Muy muy pegada.

—¡No! —gritó en un tono demasiado elevado para su dolor de cabeza y su resaca, uno que le hizo crispas la mandíbula.

—¿Ocurre algo, mamá? —se escuchó la voz de Gema desde dentro del apartamento.

—Nada, tranquila —le contestó Blanca, intentando no gritar para no molestar a Vane—. Tú sigue a lo tuyo que ahora pasamos.

—Mierda, Blanca, que bailé con él.

Vane compuso una cara de circunstancias que dejó a su amiga extrañada.

—¿Pero no te gustaba? —le preguntó.

—No. Sí. No.

—Aclárate. Yo pensaba que estábamos de acuerdo en que es un buen partido para ti. Y anoche parecías estar muy a gusto...

—Creo que fue el alcohol.

—¿Ese mismo que tomaste para soportar que te tocara? Porque tía, hay que tener ovarios... —Se escuchó a Gema desde dentro del apartamento, más cerca que antes.

—Gema, te he dicho que sigas a lo tuyo. —Elevó Blanca la voz.

—Vale, mamá. —Matizó con retintín la última palabra.

—¿Lo suyo? —preguntó Vane.

—Sí, ¡magia negra y cuchillas! —voceó Gema.

—No te pases, niña. Y vuelve a tus deberes —le ordenó su madre.

—¿Todavía no habéis hablado? —se extrañó Vane.

—Bueno, hemos hablado esta noche cuando yo volví del bar, antes de irme a la cama. Gema estaba despierta viendo la tele y charlamos. Daniela me dijo que lo probara y mira tú por donde ha funcionado. —Blanca se quedó unos instantes en silencio y frunció el ceño—. El problema es que yo, para agradecérselo, le cuento lo de que su marido tiene un lío y se me cabrea.

—¿Qué? ¿Se lo has dicho?

—¡No me jodas! —saltó Gema, apareciendo por el pasillo en esos momentos—. ¿Es que Vane lo sabía?

—Sí, desde hace varias semanas. Como yo. Y cuida tu lengua, que me acabas de desobedecer.

—¡Qué fuerte!

—Gema, a tu cuarto que ahora entro.

—Anda, no seas plasta... —la adolescente compuso un mohín y miró otra vez a Vanesa, quien seguro que podría seguir hablándole del jugoso cotilleo—. ¡Qué fuerte lo de Daniela! Sí que es verdad eso de que la cornuda es la última en enterarse, sí. Pero ¿por qué no se lo habéis dicho antes?

—Por cómo se ha puesto —le contestó su madre mientras hacía un gesto resignado. Uno que iba tanto por lo ocurrido a Daniela como porque su hija ignorara por completo su autoridad. Aunque claro, tampoco era que ella estuviera acostumbrada a ejercerla.

—Porque se cabrearía, no se lo creería y la emprendería con nosotras. —Estuvo de acuerdo Vanesa—. ¿Ha pasado eso, no? ¿Sabe que yo lo sabía?

—Sí y no. Mejor que será que nos sentemos a hablarlo. ¿Entras?

—Mejor vamos a mi casa, así me puedo cambiar en un momentito.

—¿Lo dices por tus ositos? Son muy monos... —ironizó Blanca.

—Gracias —le sonrió Vanesa sin malicia—. La verdad es que este pijama me encanta. Pero mejor que los vecinos no me vean así. Además, vosotras vais impecables.

Vane dirigió la mirada al conjunto de camiseta y falda entallada de Blanca y al vestidito negro de Gema, con guantes y pintalabios a juego. Parecía que la chica, aun siendo gótica, tenía la misma tendencia a conjuntar las cosas. Esa que Vanesa también compartía.

Entonces recordó cómo de mona vestía ella misma anoche. Y el baile. El puñetero baile. No solo el lento, sino todos los que pusieron en el bar, incluso las canciones de *rock*.

Bajo su maquillaje, enrojeció.

—Esto... Blanca... —la aludida, que había comenzado a meterse en su casa para buscar su bolso, se giró a mirarla—. ¿De verdad que yo estuve bailando agarrada a Eduardo?

—Sí.

—Dime que no me fui con él. —Horrorizada, remarcó el «no».

—¿Pero a ti no se te pasaba el arroz y querías un hijo? —se extrañó Gema.

—¡Gema! —la recriminó su madre.

—¿Qué? —La chica se encogió de hombros—. ¿Es que no es verdad?

—Vale. No pasa nada, Blanca. La niña tiene toda la razón —al oír lo de «niña», Gema la miró mal—. Anda, vamos a mi casa.

Vane, esta vez sí, se giró para ir a su puerta. Por el movimiento brusco de su

cabeza, la resaca volvió a pasarle factura. Pero por lo menos le sirvió para ayudarla a no pensar en esa horrible imagen de ella tan borracha como para considerar seriamente el acostarse con el viudo. Porque sí, reconocía que el hombre de muy buen ver no estaba y una cosa era querer tener hijos pero otra comenzara una relación con alguien que, vale, económicamente era adecuado y también buscaba lo mismo (y no tenía miedo al compromiso) pero ¡leches!, es que no había nada de química.

Nada como no saber si se habría acostado con él para hacerle darse cuenta de que NO lo quería como padre de sus futuros bebés.

Sin embargo, no llegó a dar ni un paso hacia su apartamento. En vez de eso, se quedó inmóvil, como congelada. Blanca, que todavía no había ido a por su bolso, siguió la dirección del cuerpo rígido de su amiga, vio a quién acababa de llegar, y se le cambió el rostro. En vez de mostrar la expresión relajada y amigable que tenía en presencia de Vanesa (de las dos amigas de esta no, que no las tragaba), recubrió su cara de la máscara fría y de superioridad que su madre tan bien le había enseñado a poner. Y en cuanto a Gema... Gema fue la única capaz de poner palabras a lo que pensaba.

—Joder, el viudo, ¡qué susto, qué silencioso! ¿Y qué hace aquí?

—Shhhh, calla que te oye —le susurró su madre.

Algo increíble, pues lo hizo sin apenas mover los músculos faciales, esos que ya estaban componiendo una sonrisa de falsa cordialidad para Eduardo.

Pero este no las miraba ni a ella ni a su hija. Estaba acercándose a Vanesa, con un ramo de flores gigantesco y un traje de lino blanco tan pasado de moda como su ropa de anoche. Eso sí, tenía pinta de dar muy poco calor en verano y estaba muy bien planchado.

—¡Hola! ¿Qué tal, cuchina? Me gusta mucho tu pijama de ositos —saludó con efusión a Vane, alias «cuchina» y le plantó sendos besos en las mejillas.

Esta a duras penas consiguió recomponer su cara y hacer que no fuera una mueca de horror la que cruzara sus rasgos de muñequita de porcelana al oír eso de «cuchina». Porque acababa de recordar de dónde venía. Quién le mandaría dejar que el viudo tomara confianzas con ella, le confesara que se parecía a su difunta esposa y le aplicara un mote parecido al que usaba con ella. ¡¡¡Ag!!! Lo malo de emborracharse mucho era que las cosas más embarazosas parecían divertidas. Pero ya no. Y menos aun porque, mirando de reajo hacia Gema, podía ver cómo esta se tapaba la boca con una de sus manos de uñas lacadas en negro para contener la risa.

Y encima su maldita resaca...

Se apartó un par de pasos de Eduardo, cogió las flores y le contestó con un hilo de voz y una cara que estaba tan colorada de la vergüenza que ni su generosa capa de maquillaje podía ocultar sus mejillas encendidas.

—Hola, Eduardo. ¿Qué haces aquí?

—Pues venir a comer. Ayer me invitaste.

—¡No me jodas! —soltó Gema.

Vane deseó que la tragara la tierra: era verdad. Ahora se acordaba. ¿Por qué no se acordaría también de lo de si se habían acostado?

Blanca aumentó su sonrisa a la vez que le daba a su hija una patada suavcita de advertencia y avanzaba un paso hacia Eduardo.

—Hola, ¿qué tal?

—Muy bien, Blanca. Nunca te agradeceré lo suficiente el que me presentaras a Vanesa. —Miró más allá de ella, hacia Gema, y la saludó—. Hola, me temo que no nos han presentado.

—Gema, soy Gema —le contestó esta sin dar la mínima muestra de desear ir a darle dos besos o la mano.

A ese viejo con esas pintas, no. Si hasta se había puesto un peluquín que no llevaba anoche, ¡qué asco!

—Un placer, Gema. ¿Y ya te has reconciliado con tu madre? Porque sigues yendo de negro.

—Y tú de blanco. —Lo miró mal la chica, pensando que el vejstorio tenía que ser idiota—. Blanca, ¿es que todos saben lo que ha pasado?

—Bueno, todos, todos, no...

—Genial. —La joven puso los ojos en blanco—. De paso ponlo ya en el periódico: mi hija se ha rebelado porque su mejor amiga le ha quitado el novio. ¡Ah, se me olvidaba! —añadió con voz aún más ácida—. Di también que practico la magia negra y juego con cuchillas. —Cada vez más enfadada, colocó sus brazos en jarras—. ¿Pues sabes qué? Ya te he dicho que ahora Violeta y yo volvemos a ser amigas y que ella va a dejar al «novio» para que no rompa nuestra amistad. Y que no pienso volver a vestirme de rosita solo porque sea lo normal y lo correcto. Ya me canso de que apenas me veas y encima sea para recriminarme. ¡Y de ser un clon tuyo y de mis amigas!

—¿Un clon mío?

Su progenitora la miró desconcertada. Eso era nuevo.

—Esto... Blanca —le susurró Vanesa, mirando de reojo al viudo.

—De acuerdo. Tú, jovencita, entra en casa que ahora volvemos a hablar, ya que parece que aquí hay más cosas que las que salieron anoche —le ordenó Blanca, tomando el control de la situación—. Y vosotros dos, iros a comer fuera. Verás, Eduardo, Vane se acaba de levantar ahora y como ves no ha tenido tiempo ni de vestirse.

—No pasa nada —le contestó el aludido—, los ositos son graciosos.

Gema bufó al escuchar al viudo y se metió para dentro del apartamento.

—Esto... Eduardo. —Vane no sabía muy bien cómo decirlo.

—¿Sí?

—Es que me he levantado tarde y con resaca y... bueno... no tengo ganas de salir a comer sino de volverme a la cama con una frenadol. ¿Lo entiendes, verdad? —le miró con cara suplicante.

—Sí, claro, no te preocupes cuchina. Te llamo luego.

Se inclinó para darle un beso en los labios. Vane se dejó, pero apretando mucho los suyos para que fuera sin lengua.

Eduardo se despidió también de Blanca y se marchó. Vane se apoyó contra la pared del rellano y expulsó muy despacio el aire de sus pulmones.

—Blanca, ¿qué he hecho? Dime que no nos hemos acostado —la miró asustada.

—Tranquila, solo me dijiste que te lo llevabas cuando te entraron unas terribles ganas de vomitar y yo te acompañé al baño. Ana, que estaba todavía con Pedro, vino a ayudar y luego le dijimos a Eduardo que nosotras te llevábamos a casa.

—¡Gracias!

Sin poder ni querer contener el impulso, Vane abrazó a Blanca. Esta se quedó al principio un poco rígida: sus antiguas amistades no solían tener esas muestras de afecto. Mas enseguida se relajó y le devolvió el abrazo.

—Anda, ve a tomarte ese frenadol que ahora cojo el bolso y paso. Pero primero me gustaría hablar con Gema —le dijo en cuanto se separaron.

—Vale, no seas muy dura con ella.

—¿Y eso? —Blanca enarcó una ceja.

¿No se suponía que Vane la defendía a ella y no a su hija?

—Bueno, criarse sin apenas madre tiene que ser difícil.

—No te pases —le contestó Blanca, endureciéndose algo sus rasgos—. Que tanta sensiblería no va conmigo.

—Y yo me voy a tomar eso para mi cabeza. Pasa cuando quieras.

—Vale.

Blanca se metió en su apartamento y fue a hablar con Gema. Por fin había salido todo lo que de verdad había entre ellas. Y Vane... Vanesa se fue a lidiar con su resaca y con el alivio de no haberse acostado con el viudo. No pensaba volver a aceptar más citas a ciegas. Ahora a ver cómo se libraba de él sin hacer quedar mal a Blanca. Al fin y al cabo, Eduardo era un viejo amigo de la familia de la madre de esta.

Capítulo Cuarenta

—Ageón, tío, ¿qué cojones estás haciendo?

El aludido, que acababa de descolgar su móvil, lo apartó unos centímetros de su oreja como si mordiera. Vaya con su protegido... ¿es que no se daba cuenta de que estaba trabajando para él, para salvarle el culo?

—¿Salvarte el culo? —le contestó.

—Pues más vale que te apliques, porque no va a ser precisamente el trasero lo que quiere cortarme Daniela.

El motorista frunció el ceño. ¿De qué cojones le estaba hablando Pedro? Se envaró un poco en la cómoda silla de mimbre en la que estaba sentado, en una terraza del centro de Salou, mientras se tomaba una jarra y disfrutaba de la vista cuando pasaba alguna chica joven y guapa por delante suyo.

Ninguna se podía comparar con esa diablesa de Deyanira pero bueno, tampoco era que él fuera un hombre de una sola mujer (todavía).

—Daniela se ha enterado. Ha llamado a mi hotel y ha dejado recado. Por lo visto, ha preguntado tanto por mí como por mi esposa.

—¿Por tu esposa?

—La peluquera. La que siempre llamamos cuando vamos a Luxemburgo.

—¿Qué tal su hermana? ¿Me ha echado de menos? Esa morena tiene un culito prieto de lo más apetecible.

—¡Ageón!

—Vale, me centro. Tú no te preocupes. Da igual que lo sepa. Si se va a liar con su cupido...

—¿Y qué hago? ¿La llamo?

—Oye, esto es solo una curiosidad, pero ¿no te molesta ni un poquito que se la folle otro?

—No me jodas, Ageón. Espero que los pares antes.

Por su tono de voz, Pedro dejaba entrever que algo sí que le molestaba. Al fin y al cabo, era la madre de sus hijos, una mujer decente como ya quedaban pocas. Y si eso a él le imponía respeto, a ese puto cupido debía dárselo aún más. ¡Ostia puta! Que su

hijo aún estaba de allí.

—Ni hablar. Lo siento mucho, pero Eyén tiene que acostarse con ella. Así seguro que lo calzan los de arriba y tienes vía libre.

—Eres un cabronazo, Ageón.

—¿Tú la quieres para ti o no?

—Sí.

—Pues entonces déjame hacer.

—¿Y qué hago? ¿La llamo o no?

—Llámalala y niégalo. Invéntate algo sobre por qué te visita una mujer. Así te será más fácil consolarla luego y hacer que se sienta culpable y vuelva al redil.

—De acuerdo. ¿Va todo bien por allí?

—Sí. Tranquilo. Anda, llámala.

—Vale, tío. Hasta luego.

—Hasta luego.

Ageón colgó el teléfono y se quedó mirando hacia la gente que pasaba por la calle sin verla en realidad. Sabía que Deyanira le había lanzado ya la flecha negra al cupido. De hecho, lo estaba vigilando el otro día cuando vio cómo este intentaba abordar a Daniela en aquel bar. Esperaba que, a estas alturas, el cupido estuviera tan desesperado y ebrio de lujuria como para lanzarle una flecha de amor a su protegida. Una que la volviera loca por él. Pensándolo bien, debería ir a comprobarlo. Al fin y al cabo, no podía fiarse de Deyanira.

(Deyanira... podía ser puñeteramente *sexy* pero seguía siendo una demonio; es decir, el enemigo).

Comenzó a levantarse y, como si hubiera sido convocada por su pensamiento, la diablesa apareció caminando por la acera. Llevaba un minivestidito tan corto que parecía que se le iba a ver su precioso y bien formado trasero (Ageón lo había memorizado bien) a cada paso de sus pies elegantemente enfundados en unos zapatos de tiras y con un tacón de aguja muy elevado. Claro que, de leer el pensamiento nada; la realidad era mucho menos impresionante. Pues ella lo estaba vigilando ya que quería tenerlo bien pillado. No podía permitirse errores del estilo de que Ageón investigara más de la cuenta. Pero eso era algo sencillo de evitar; al fin y al cabo, se trataba del ángel motero: uno al que le encantaban la violencia, la bebida y las chicas. Hacer que él pensara con su segundo cerebro era de lo más sencillo, sobre todo si eras una diablesa con un tipazo impresionante y que seguía a rajatabla los consejos del B. O. I. sobre cómo ser la zorra más glamorosa y deseada del Infierno.

Ahhhh, ¡cómo le gustaba a Deyanira ser observada, admirada, y follada con los ojos y las partes más sucias y oscuras de la mente!

Pues era poder.

Incluso cuando una humana la odiaba y envidiaba a muerte era poder.

Y ella disfrutaba del poder.

Por eso en esos momentos se contoneaba como la diosa demoníaca que era hacia

su presa: el único cupido vestido de cuero negro de toda la Tierra, el Cielo y el Infierno.

Bueno, cuero, cuero, en esa terraza no llevaba. Que hacía demasiado calor y por ello tan solo llevaba unos vaqueros, una camiseta heavy y sus botazas. Pero a Deyanira le daba igual. Eso solo eran detallitos.

—¿Me buscabas, guapo? —le dijo en cuanto llegó a su altura.

—En realidad, Deyanira, iba a ver qué tal marcha nuestro plan.

—Perfecto. No podría ir de otro modo —le sonrió seductora.

Y estaba tan bien entrenada que consiguió hacerlo sin que se le notaran las ganas que se estaba aguantando de rascarse esas pequeñas costras que le habían salido cuando usó la magia del wolframio. Si no le quedaba más remedio, tendría que volver a utilizarla con Ageón. Pero confiaba en que no hiciera falta. Al fin y al cabo, ella era todo *glamour*.

—Bueno, prefiero verlo en persona —le contestó el motero.

Deyanira se sentó entonces sobre sus piernas, impidiéndole así que se levantara. Además, se aseguró de tardar unos segundos en acomodarse sobre su nuevo asiento, frotándose bien en el proceso sobre la parte de la anatomía del motero que deseaba que tomara el control.

—Te acompaño, guapo. Puedo llevarte en uno de mis estallidos de azufre y, así, acabas antes y tenemos tiempo para comer algo.

Descarada, llevó uno de sus dedos a la entrepierna de Ageón y sonrió satisfecha al no tocar nada que no estuviera duro como una roca.

—¿Tú no tienes hambre? —le susurró al oído con un tono incitador mientras pegaba su torso contra el masculino y dejaba que él se empapara de su aroma cargado de feromonas.

—Un poco, sí.

Ageón la agarró por la cintura y le dio un buen morreo. Ella, en vez de separarse, los teleportó a ambos a donde en esos momentos estaba Eyén.

El hospital.

Sabía que Ageón estaba en modo visible en el mundo humano y que, a ojos de los demás ocupantes de la terraza, él era un joven que estaba buenísimo y que se le había sentado encima la *sexy* pero descarada de su novia y después habían desaparecido de golpe.

Una bocanada de realidad sobrenatural tan fuerte que los humanos tardaron al menos un par de minutos en encontrar una explicación a lo que acababan de ver. Pero nada de eso le había importado a Deyanira pues, como diablesa, le encantaba desconcertar a los mortales. Era tan divertido verles buscar excusas...

Aunque ya no estaba pensando en eso sino en el ocupante de la habitación de al lado. Se habían personificado en la de la derecha, vacía porque acababan de dar el alta a los dos pacientes que allí había estado hasta hacía un escaso par de horas, y estaba deseando mostrarle al motero el estado de Eyén.

—¿Está herido? —le preguntó extrañado Ageón una vez lo hubo visto, haciéndose invisible a ojos humanos y espiando por la puerta de la habitación vecina con cuidado de que el cupido no le viera a él.

—Sí. Yo le salvé —le contestó Deyanira.

Volvieron en silencio a la habitación vacía.

—¿Y eso? —le preguntó el motero una vez estuvieron allí y pudieron hablar sin que hubiera riesgo de que Eyén les escuchara.

—¿Conoces a Arturo? —la mujer se sentó sobre el sillón que había en el cuarto, en una postura de sus piernas que dejaba entrever sus braguitas de encaje rosa.

—No.

—El asesino de cupidos.

—Vale. He oído hablar de él.

—¿Solo oído? —La diablesa enarcó una ceja—. Tengo entendido que a los guardianes les encantaría cargárselo, darles vuestro Castigo, ese que os da tanto miedo, pero no pueden por la parte humana del asesino.

Ageón se cruzó de brazos, sobre el pecho, a la defensiva.

—A mí no me da miedo.

—Ya... —Burlona, le miró enarcando una ceja a la vez que comenzaba a jugar con el bajo de su minivestidito. Sus manos muy cerca tanto de sus largas piernas como de esa braguita rosa.

—Bueno, ¿qué pasa con el asesino?

Ageón se obligó a no mirar a los dedos de la diablesa.

—Que anoche fue a por Eyén. Por suerte yo lo estaba vigilando y lo salvé.

—Si lo hubiera matado, Eyén no podría joderle la vida a mi protegido.

—¡Pero corazón! —Se rio ella—. ¿Es que no sabes que tu protegido ya lo ha hecho él solito? Daniela se ha enterado de lo de sus infidelidades. Así, Eyén te allanará el camino.

—Cierto. —Ageón descruzó los brazos y dio un paso hacia Deyanira; incluso dejó de mirarla con algo de recelo—. Me acabo de enterar.

—Pues ya ves que todo está bien. Eyén tiene mi flechita negra (por si te lo has preguntado he usado un poquito de magia para poderle afectar) y, como está recién operado, tú y yo podemos irnos a jugar un rato... Tenemos tiempo —le guiño un ojo a la vez que descruzaba muy despacio las piernas.

—Me gusta como piensas —estuvo de acuerdo Ageón—. Pero ¿no estarás usando tu magia conmigo?

—Corazón, si lo hiciera te aseguro que te enterarías. Para empezar, no habríamos tenido esta larga y aburrida conversación.

—Cierto —le contestó Ageón, no a lo de la conversación que había sido necesaria sino a lo de que se enteraría.

Pues un ángel, si estaba sobre aviso, podía detectar si alguien estaba practicando con él algún hechizo, ya fuera de naturaleza divina o demoníaca. Y en esos momentos

el cupido acababa de concentrarse y asegurarse de que la diablo no estaba jugando con él de ese modo.

—Ven aquí, guapo. Y dime a dónde deseas que te teletransporte. Eso sí, recuerda que cuando todo esto acabe, quiero un billete a Saturno. Contigo.

El cupido la cogió por la cintura y la levanto, pegándola a su cuerpo.

—Eso, nena —le susurró—, será todo un placer.

Porque, al fin y al cabo, en el Cielo no había ninguna ley que dijera que, si se diera el caso de que dos diablasas te reclamaran, tú no pudieras elegir a la segunda.

Ese problema, el de las reclamaciones, lo tenían ellas. Y si la pedazo de hembra que tenía delante era capaz de jugar sucio en el Infierno, no iba a ser él el que le negara que tenía unos genes de lo más delicioso para pasárselos a sus hijos.

La besó.

En medio de un «pluf» y dejando tras de ellos un pestazo a azufre, la pareja desapareció, teletransportados en el acto a un avión de lujo. Uno vacío, pues su piloto lo llevaba al hangar privado del multimillonario que lo poseía. Toda una suerte para Ageón que Deyanira, como el resto de la diablasas, supiera esas cosas.

Decididamente, qué desequilibrado estaba el mundo. Ellas eran mucho más poderosas. Pero claro, las fuerzas del mal nunca jugaban limpio.



Álaia no pensaba molestar a su hija, al fin y al cabo estaba trabajando para la inmortalidad de ambas. Pero eso no quería decir que estuviera aguardando de brazos cruzados, sin hacer nada hasta que Deyanira triunfara o fuera castigada por el archidemonio. Porque esa zorra de Sashia no podía salirse con la suya. Parecía que por fin le había robado uno de sus dos pendientes. O, mejor dicho, lo había hecho su primogénita y única descendiente hembra que fue capaz de parir. ¡Por favor! Si hasta en eso era patética. Tuvo cinco varones y solo una niña... En fin, esa perra se la tenía jurada desde que le ganó la mano con el millonario. Y como con ella no podía, pretendía vengarse a través de Deyanira.

No tenía ni idea de a quién se enfrentaba...

Su hija no estaba alistada en el ejército no porque no pudiera sino porque no quiso, porque fue la única de las tres hermanas capaz de plantarle cara a su madre y salir victoriosa de semejante rebeldía. Deyanira era fuerte, como lo había demostrado al acabar con su primera sierpe. No iba a dejarse vencer por Xilenia por más que esta tuviera también uno de los pendientes.

Álaia, tumbada como estaba sobre su cama, un lugar donde le encantaba pasar las horas ociosas maquinando cómo conseguir más poder sobre las otras diablasas, pasó sus dedos por la tersa suavidad de sus alas negras.

Sí, porque la magia había considerado que sus genes eran lo suficientemente

fuertes como para merecer una mejora así. Por ello, no dudaba de que a Deyanira, cuando lanzara algún hechizo, también le darían algo hermoso que la hiciera todavía más letal.

Xilenia no tenía nada que hacer. Pero ella, por si acaso, se había dado un paseo por una de las zonas más aburridas del Infierno: los edificios de oficinas del archidemonio de logística. Y, allí, se había asegurado de que el teletransporte desde su casa era no autorizado y de que ella no estaba considerada como una sospechosa. Le habría encantado reportar el robo pero no pudo porque no tenía pruebas pero se enteró de algo: su ladrona había vuelto a la casa de su madre. Una pena que, a causa de la fiesta, ese día hubiera demasiada gente con motivos para estar allí. Sin embargo, Álaia conocía a los oficinistas y, con el incentivo adecuado que ella se había más que asegurado de darles, ahora trabajaban con el dato de que la primera a quien debían investigar era a Xilenia. Pues en el Infierno el dinero no funcionaba pero una diablesa aspirante a súcubo conocía otros modos de devolver un favor, como ligándose al demonio a cuya esposa deseaba el oficinista que la había atendido.

Así que allí estaba ella, tumbada sobre su cama, sabiendo que en menos de veinticuatro horas el burócrata acabaría su investigación y vería que había sido esa zorra la que había incumplido la ley. Entonces la apresarían y la hija de Sashia dejaría de intentar ser una amenaza para su Deyanira.

Sí... no se estaba fumando un puro como en aquella serie humana, pero a Álaia le encantaba que los planes salieran bien.

Iba a ser hora de ir a celebrarlo, por ejemplo seduciendo al segador de almas que le había indicado el oficinista. Hmmmm... los segadores solían ser tipos fuertes y musculados, justo como a ella le gustaban.

Se puso el pie.

Chasqueó sus dedos y apareció uno de sus sirvientes. Le pidió que le preparara el baño. Para una presa de caza mayor, como era ese demonio, una chica tenía que jugar con todas sus armas.

De verdad que no entendía a su hija. Mira que querer ascender a segadora con lo divertido y placentero que tenía que ser convertirse en súcubo...

Capítulo Cuarenta y uno

Diofanor se sentía un poco nervioso. Llevaba más de diez horas, desde que había visto al asesino de cupidos, intentando hablar con su superior. Por fin, tras interminables colas ante ventanillas donde tenía que rellenar la solicitud de cita urgente y los motivos por los cuales la consideraba así, consiguió ser el siguiente a quien su guardián iba a recibir. De hecho, acaba de entrar en la salita de espera, una llena de corrientes de aire porque en el Cielo los edificios no tenían puertas ya que ni los ángeles necesitaban privacidad ni allí había riesgo de robos. La arquitectura humana que más se parecía a la celestial, había sido, curiosamente, la de los antiguos templos griegos.

Así pues, Diofanor por fin iba a poder ayudar a su hermano. No le agradaba pensar que su vida podía estar en peligro. Y no era lo único, ya que si lo había salvado una diablesa, a lo mejor su alma también estaba en juego. El ángel sabía que Eyén no había sabido mantener su pureza al haberse enamorado de su protegida y, por eso, podía ser un blanco vulnerable a que una demonio ladina lo reclutara para su bando. Por suerte, el hecho de que el asesino de cupidos fuera a por él podría hacer que el guardián le ordenara subir al Cielo y, así, estar a salvo. El cupido se dio cuenta de su nerviosismo y decidió ignorar esa parte de sus pensamientos que no le aportaba nada bueno. Basta de dudas. Una de las primeras cosas que le habían enseñado en la escuela era que un ángel siempre tenía que apartar las ideas negativas y centrarse en lo positivo. Porque eran seres puros, lo negativo sembraba dudas y las dudas llevaban al lado oscuro.

No era como eso de que el miedo llevaba a la ira, la ira al odio, el odio al sufrimiento y el sufrimiento a convertirte en un demonio, pero parecido.

Por eso, Diofanor aguardó con una sonrisa en los labios los minutos de espera que le quedaban hasta que su superior lo llamara. Una sonrisa, sí, pues había logrado ocupar sus pensamientos en lo feliz que se iba a sentir cuando pudiera volver a abrazar a su hermano. Nada de nervios. Él podía controlar sus emociones; al fin y al cabo, era un ángel y le habían educado para ello.

—Pase, Diofanor GDA Olistofator —lo llamó el guardián desde dentro de su

despacho.

El cupido vio cómo este levantaba la vista de su escritorio, una mesa de mármol impoluto sobre la cual había una pantalla táctil con acceso a la intranet del edificio de oficinas de los guardianes.

—Mi señor, muchas gracias por recibirme. Es todo un honor —lo saludó el cupido con una inclinación una vez hubo entrado.

—Veo por el formulario W-78 que ha localizado a Arturo Van Hell, el llamado asesino de cupidos. —El guardián tocó un icono de su pantalla, acercando más el zoom de dicho documento escaneado—. En Salou, España, para ser concretos.

—Así es, mi señor.

Diofanor aguardaba de pie, pues aunque había un par de sillas su jefe no le había indicado que podía tomar asiento. Con su traje blanco y su corbata, si no fuera por la ausencia de puertas, las bajas temperaturas y la luminosidad que desprendía la sala (como si sus superficies fueran de nieve y se tratara un día muy soleado), podría pasar por un ejecutivo humano ante otro de mucho mayor rango.

—Bien, entenderá usted que no podemos actuar contra el asesino. Da igual que el padre de Van Hell fuera un cupido, el hecho es que su madre era humana y, solo por eso, debemos respetar su libre albedrío. Este es un tema que ya fue tratado hace décadas en el Consejo y no procede reabrirlo ahora.

—Por supuesto, mi señor. Lo que yo os pido es que, ya que va a por el cupido Eyén, lo traigáis a este de vuelta. Así el asesino no podrá matarlo y hacerse con su esencia vital.

—Voy a seguir muy de cerca el caso de su hermano. Al fin y al cabo, vuestro padre es uno de mis compañeros más apreciados. —Diofanor asintió. Hacía años que no veía a su progenitor pues, como guardián, había ascendido a una raza superior y eso lo había alejado de sus hijos. Lo cual no quería decir que no continuaran siéndolo—. Acabo de pedirle a la vigilante de su ciudad que me pase sus informes diariamente; pero no voy a hacerle volver. Lamento comunicarle que sospecho que puede estar poniendo sus sentimientos por encima de su deber. El Reglamento indica que, en un caso así, es él el que debe condenarse o salvarse. Hasta entonces, yo no debo intervenir.

Diofanor sintió miedo. Nada de nervios: miedo. Una sensación que, como todas las demás que experimentaba, no debería estar allí. El resto de los ángeles no las tenían. Pero claro, los cupidos eran los únicos que mezclaban sus genes con las diablesas y, por tanto, a causa de esta contaminación, los únicos que tenían emociones con las que lidiar. Y ahora eran esos malditos sentimientos los que podían acabar con su hermano, un cupido con el potencial de ser muy grande pero que estaba a punto de echarlo todo a perder a causa del amor. O, peor aún, de morir y desaparecer para siempre.

—¿Ocurre algo, Diofanor GDA Olistofator? —le preguntó el guardián mientras le miraba con un gesto inescrutable, como casi todos los suyos—. Usted es uno de

nuestros mejores cupidos, no me gustaría tener que ponerle también en vigilancia.

—No, señor. —Se recompuso Diofanor—. No ocurre nada. Le agradezco mucho su explicación.

Su superior le observó durante unos segundos más.

—Confío en que olvide el tema y no se acerque a Arturo Van Hell —le advirtió e hizo una breve pausa antes de continuar hablando—. Puede retirarse, Diofanor GDA Olistofator. Le recomiendo que se vaya unas horas a contemplar a nuestro Señor, para eliminar todo pensamiento nocivo de su mente. Ya sabe lo que pasa con las dudas.

—Por supuesto, señor. Así lo haré. Muchas gracias por su tiempo, señor.

El cupido inclinó su cabeza en señal de respeto y se retiró. Su hermano lo tenía bastante mal pero él no podía hacer nada más.

¿O sí?

Capítulo Cuarenta y dos

Eyén había sido salvado por la diablesa que quería llevárselo a Saturno y en el hospital le habían curado el hombro. Por lo visto, la bala no le había dañado nada importante. Se la habían quitado e inmovilizado la articulación. Su brazo estaba en cabestrillo y solo podía mover el otro con cuidado; si intentaba hacer esfuerzos le dolía la zona de la herida.

Ahora, incluso sin sus pañales, ya no resultaba muy atractivo. No con todas esas vendas y esas cintas acolchadas que iban del cabestrillo de su brazo al hombro herido, pasando también por el otro hombro y por su espalda. Un inmovilizador, le habían dicho; pero para él un estorbo que tendría que soportar hasta que su cuerpo se regenerase. Porque una bala humana no podía dañarle pero la que ese maldito asesino había utilizado, sí. Tenía que averiguar quién era (bueno, sospechaba quién podía ser, porque solo había un caso de un humano que iba matando ángeles y salía impune) y, sobre todo, por qué le había elegido a él.

Pero no ahora.

En esos momentos había una necesidad más acuciante dentro de su corazón, un anhelo que cada vez se hacía más fuerte. Tenía que verla. Que confesarle su amor. Que dejar que ella decidiera. Seguro que si le contaba lo de su marido Daniela se daría cuenta de que solo él la velaba desde niña, de que era su alma gemela.

Ante algo de una trascendencia tan grande como el AMOR con mayúsculas, cualquier otra prioridad (como la del asesino de cupidos) se convertía en algo secundario.

Así de grande era el AMOR que Eyén sentía. Así de gorda era su estupidez. Sobre todo ahora que la diablesa había aumentado su deseo por Daniela hasta unos límites insoportables, unos donde el cupido usaba al amor para no reconocer que lo que quería era tirársela. Por culpa de la flecha negra y de esa semilla de rebelión que el ángel llevaba años alimentando.

Por lo tanto, lo primero de todo era ir a verla a ella. Por eso Eyén había pedido el alta y, como no se la habían dado, se había vuelto invisible a ojos humanos y se había escapado. Por suerte tenía su ropa en el armario. Incluso la camisa que había roto la

bala estaba allí, dentro de una bolsa de plástico. Esa no se la puso, claro; pero sí el resto y se fue a buscar un autobús para volver a Salou y a su hotel, donde vestirse con una muda limpia y una camiseta nueva.

El viaje en el transporte público fue curioso, al menos para él que no estaba acostumbrado a coger autobuses en forma invisible (y en visible solo un par de veces, ya que estábamos) y mucho menos herido. Por un lado, estaba toda la gente que abarrotaba el vehículo y, por otro, que el pobre angelote no había conseguido encontrar un asiento libre. Debido a la manera tan brusca con la que llevaba el volante el conductor, chocó un par de veces con otras personas, las cuales frunció el ceño, extrañadas. Se suponía que se habían dado un golpe pero allí no había ni nada ni nadie. Además, para hacerlo aún más surrealista, el conductor metió el freno ante un semáforo con tal mala suerte que Eyén, para evitar caerse, impactó con las manos extendidas contra los senos de una señora mayor. La torta, por supuesto, se la llevó él; era una reacción automática. Durante un segundo, la mujer se quedó mirando absorta a lo que tenía delante: tan solo un montón de aire. Pero si no tenía a nadie justo enfrente, ¿quién le había metido mano y dónde había dado el bofetón? Porque bien que le dolía la palma... La señora no podía saber que había sido un ángel el de las manos y que la torta, como estos podían tocarte pero tú no a ellos si no lo deseaban expresamente, se la había dado a la pared. Entonces, el chico que había detrás de Eyén la miró extrañado pues le parecía que la mujer no estaba muy bien de la cabeza. Percepción que fue a más cuando esta decidió que debía de haber sido ese chico el que la había sobado y no hizo más que mirarlo con cara de mala leche durante todo el trayecto.

Una vez el cupido estuvo en el hotel, se cambió de ropa. Con dolor, mucho, cada vez que tenía que usar el otro brazo. Más aún cuando desajustó las hebillas del inmovilizador para poder pasarse la camiseta por el brazo del hombro herido. Pero lo hizo. Cualquier cosa por su amada. Una vez estuvo listo se fue a buscarla.

Por supuesto, sabía dónde estaba. Un cupido siempre sabía esas cosas. Entre el jaleo de la operación y el tiempo perdido volviendo a su hotel, ya había anochecido. Daniela estaba tomándose un helado en La Icense, una heladería en la zona del puerto, justo al inicio del paseo marítimo. La mujer tenía a sus amigas preocupadas, pues ni se había pasado por el apartamento ni había dado señales de vida desde la comida con Ana. De hecho, cuando esta volvió tras tomar café con el de la bici, se encontró con una Vanesa resacosa que estaba buscando modos de romper con el viudo.

«Tranquila, tú no lo llames y si te llama dale largas, ya verás como acabará por cansarse. No falla», le había dicho.

«¿Y desde cuando eres tú la que deja a sus novios?». Hizo cuentas Blanca y se metió en la conversación pues, que ella supiera, Ana solía elegirlos raritos y ellos eran los que, encima, rompían con la chica.

«En mi cabeza mil y una veces. De hecho, ya paso del Pedro». Ana la asaeteó con

la mirada.

«¿El de la bici?, ¿el que va detrás de Daniela?», intervino Vanesa.

«De acuerdo», se mosqueó un poco Ana, «ya veo que lo sabíais todas. Pues nada. Esta vez soy yo la que pasa. Y yo que tú, Vane, me quedaba con el consejo».

La aludida se disculpó por su falta de tacto y decidió hacer caso a Ana. Al cabo de un rato, llamaron por teléfono a Daniela pero esta no les contestó. Tampoco a sus *whatsapp*, así que volvieron a telefonarla sin resultado y comenzaron a preocuparse.

Tenían motivos para hacerlo, pues su amiga, con el corazón roto, tras hablar con Arturo había continuado paseando. Por la playa, el paseo marítimo, el centro de la ciudad... Cualquier sitio le valía mientras sus pasos aliviaran un poco el dolor que sentía. Sobre todo desde que él, a media tarde, la había llamado por teléfono.

Y en esos momentos estaba allí, en la terraza de La Icense. Ignorando los intentos de llamarla de sus amigas. Sola. Porque así era cómo quería estar. Intentando no volver a revivir esa conversación con su marido cada vez que bajaba la guardia, repitiéndose una y otra vez que no iba a pensar en ello.

Porque no quería.

Porque era algo que le oprimía tanto el pecho que hasta le costaba respirar.

Y porque allí estaba, tomándose un helado de chocolate y menta mientras se decía que no quería volver a escuchar esas palabras porque sabía que eran mentira.

Pero ellas volvían, una y otra vez:



—Hola, cariño —la había saludado su esposo cuando por fin la llamó por teléfono—. ¿Qué tal?

—No lo sé, dímelo tú —le contestó Daniela más que a la defensiva.

—¿Por qué lo dices? Me han dicho en el hotel que has preguntado por mí. ¿Por qué no me llamaste al móvil, cariño? Sabes que siempre estoy deseando escucharte.

—¿Ah, sí? ¿Y que hay de esa mujer con la que te acuestas?

—¿No lo dirás por Andrea?

Silencio en la línea. Ella no le contestó, tan solo se sintió morir.

—Andrea sube a veces a mi habitación y no quería decírtelo porque era una sorpresa para ti. Es profesora de salsa y me está dando clases particulares, para poderte llevar a bailar en condiciones en cuanto vuelva a casa. ¿Te habías pensado otra cosa? ¡Mira que eres tontita, cariño!

—Ya. ¿Y por qué no vas a su escuela?

—Porque no tiene. Da clases particulares en el domicilio del cliente.

—Ya. Pues espero que no te cobrara muy cara la hora, que ese dinero es también de tus hijos.

Le colgó. No necesitaba más. Él nunca era tan efusivo y ella ya estaba cansada de

haber sido tan ciega. Dejó que junto con el icono de finalizar la llamada su mismo corazón pareciera dejar de latir, acabado. Porque sabía que él inventaría más excusas y ella querría creérselas pero no pensaba perdonarle, no si él ni siquiera tenía los cojones de decirle la verdad.



Y allí estaba, en la terraza de la heladería, enfadada consigo misma por haber dejado que esas palabras de su marido volvieran otra vez a sus oídos, removieran su alma con la posibilidad de que no le estuviera mintiendo.

¡Absurdo!

Una lágrima se escapó de sus ojos y ella la recogió con un gesto brusco de su palma. No quería estar así. No se lo merecía. Ella que lo había dejado todo, su trabajo, su vida anterior, todo, por él y los niños. Se imaginó el «*te lo dije, por un hombre no se deja nada*» que le diría su madre y se sintió todavía más desgraciada. Pero no pensaba caer en la trampa de darse lástima a sí misma. Dio un buen mordisco a su helado, dejó que el frío invadiera su boca y la insensibilizara, igual que ella estaba volviendo de hielo a su corazón.

Entonces se acercó Eyén caminando por la acera, directo hacia Daniela. Ella no lo vio hasta que no lo tuvo casi al lado suyo. Su primera reacción fue de sorpresa. ¿Qué hacía allí el tipo raro de la otra noche? (¿Y qué le había pasado en el brazo, que lo llevaba en cabestrillo?). Ese que parecía tener rasgos de ángel pero que la había agarrado por la muñeca. La segunda reacción fue de aprehensión. ¿Es que la seguía? Y la tercera... la tercera fue un dolor súbito en sus tripas, uno que hizo que su corazón volviera a latir otra vez a toda velocidad, de un modo doloroso por lo sublime, uno que había olvidado cómo era. Cómo se sentía. Esas mariposas que te hacían estar completamente viva, que tan solo una mirada suya o un roce de sus dedos significara el paraíso y, la posibilidad de perderte en sus labios, el mismo cielo infinito.

—¿Quién eres? —le preguntó.

El helado quedó olvidado sobre la mesa y sus labios se entreabrieron con anhelo.

—Eyén. Tu protector.

—Eyén... suena hermoso. ¿De qué quieres protegerme?

—Del daño que te ha hecho tu marido. Del que yo te he hecho por no haber tenido el valor de presentarme a ti hace años y decirte que te amaba.

Quedaba algo dentro de Daniela que le gritaba que eso era muy raro, que ese tío estaba pirado y que ella debería largarse corriendo a la primera comisaría. Pero a ese algo le habían amordazado los labios. Porque solo podía oír la dulce voz del guapo hombre de rasgos angelicales, el aleteo veloz de su corazón y, cómo no, esa sensación ardiente entre sus piernas que la estaba volviendo loca e impidiendo pensar con

claridad.

La palabra era lujuria pero eso Daniela no podía recordarlo, hacía demasiado tiempo desde la última vez que había experimentado algo así y, desde luego, no tan poderoso. La flecha de Deyanira era demasiado fuerte para que una simple mortal pudiera resistirla, pudiera hacer algo que no fuera estar alargando sus manos para desnudar al cupido allí mismo.

Trastornada.

No era ella.

Eyén tampoco.

Y mientras las bocas de ambos se entregaban por completo en un beso profundo y sus manos se buscaban bajo las camisetas, Ana, Blanca y Vanesa caminaban por el paseo marítimo.

—¿Estás segura de que está en la heladería? —preguntó Vane una vez más a Blanca.

—Que sí, que Gema me ha llamado desde la playa para decirme que la ha visto.

—Vale, pero de eso hace casi media hora. ¿Y si se ha ido?

—Vane, déjala —intervino Ana—. No es cuestión de llamar otra vez a la pobre chica, que para una vez que se ha ido con la cara bien lavada, déjala que disfrute.

Se refería a Gema la cual, como quería bañarse en el mar al anochecer (según Vane había que ser rarita), había salido sin su maquillaje pálido.

—Venga, que ya casi hemos llegado. —Las apresuró Blanca.

—¡La leche! Esa de allí parece Daniela —se paró en seco Ana, haciendo que las demás hicieran lo mismo.

—¿Cuál? No la veo —le preguntó Vanesa.

—Joder. Qué callado se lo tenía. Y yo preocupándome por ella —se quedó Blanca con la boca abierta.

—¿Pero quién? —repitió Vane.

—La del morreo.

—¿La que parece que va a tirarse a ese tío allí mismo?

—Sí.

—¿¿¿Qué??? —Vanesa no entendió nada—. Pero si Daniela es la mujer más dulce y fiel del mundo.

—Eso digo yo. Vamos —las urgió Ana.

Echó poco menos que a correr hacia su mejor amiga. Las otras dos la siguieron. La gente comenzó a mirar. Porque si esos dos jóvenes (bueno, no tan jóvenes, que adolescentes no eran) dándose el lote era algo reprochable pero que no estaba bien mirar directamente, a las tres mujeres corriendo hacia ellos sí.

—Daniela, ¿qué cojones haces? —le medio gritó Ana nada más llegar.

Como la aludida no parecía haber reparado en ella, de lo ocupada que estaba metiéndole mano a ese tío por debajo de la ropa, su mejor amiga suspiró resignada y los separó. Agarró a Daniela por los hombros y tiró de ella. Poco a poco, esta pareció

volver a la realidad, deshizo su presa y se separó unos palmos de ese hombre tan guapo que la miraba desconcertado.

—¿Qué pasa, Daniela? —le preguntó Eyén.

—¡Eso digo yo! —le interrumpió Ana y, viendo que todos les miraban, bajó la voz—. Daniela, ¿qué haces? ¿Es que pretendes contraatacar los cuernos poniéndole unos a Pedro? Que te creía más madura, joder.

—Ana, chicas, ¿qué hacéis aquí? —les contestó la aludida con voz rasposa.

No entendía qué pasaba pues, hasta hacía breves segundos, la mujer se había abstraído del mundo e ido a un lugar donde solo importaban ella y Eyén, donde nada más merecía la pena.

Ni siquiera sus hijos.

Todo olvidado en pos de esa necesidad de su cuerpo y de su alma que la diablesa había sabido avivar tan bien.

Desde una mesa vacía en el otro extremo de la terraza, donde los vigilaba sin que Eyén hubiera llegado a reparar en ella, Deyanira sonrió. ¡Cómo estaba disfrutando de esto!

En la Tierra y el Infierno había pocas cosas más satisfactorias que sembrar el caos desatando su pecado capital favorito: la lujuria. Pero nunca lo había sido tanto como en esos momentos porque Ageón se pensaría que la flecha a Daniela se la había lanzado Eyén. Ah, ¡cómo adoraba ser mala! Y era que, como el B. O. I. afirmaba, las chicas buenas se aburrían en el Cielo y solo las malas sabían divertirse.

Porque a Ageón lo había dejado hacía poco más de una hora en el avión. Abandonado. Después de saciarse de ese ángel que era demasiado bueno en la cama para ser de verdad. Porque no quería que estuviera allí cuando Eyén y Daniela se encontraran, cuando se iban a besar sin que el cupido necesitara lanzarle ninguna flecha de amor a su protegida.

Ageón, por supuesto, se había cabreado bastante cuando esa diablesa desapareció de entre sus brazos. Pero no pudo hacer nada. Solo podía irse de allí poniéndose los pañales y disparando una flecha a alguien; es decir, el piloto o su ayudante, los únicos seres humanos del avión. Así pues, se aguantó. Continuó escondido. Buscó su ropa y averiguó que la muy perra se la había llevado. Por suerte le había dejado la cartera y el móvil, todo un detalle de su parte. Se enfadó más, se tranquilizó e hizo unas cuantas llamadas telefónicas a los suyos. Averiguó que el avión estaba a punto de llegar a Barcelona y pidió que le llevaran una Suzuki para ir desde allí a Salou. Y ropa. Por suerte, los suyos tenían contactos con una banda aliada de la ciudad. Una vez el avión hubo aterrizado, usó su invisibilidad a ojos humanos para bajar junto con el piloto. Cogió la moto que le había traído prestada su dueño, ignoró la cara de ese motero al que no conocía cuando se le presentó tapado por una toalla de manos que había sacado del baño, agarró una ropa que no era de su talla y se fue.

A tornarse invisible en algún lugar en el que poder vestirse.

Mataría a Deyanira...

En todo caso, ya había pasado. En esos momentos estaba recorriendo la carretera a todo gas, haciendo zigzag entre los coches a cerca de trescientos kilómetros por hora y, cómo no, pensando en la zorra de Deyanira. Menuda jugarreta le había hecho... Para él lo peor de todo era que, subyugado por todo lo que la diablesa podía ofrecerle, había comenzado a considerar que Saturno quizá no estuviera tan mal. Que eso de pasar varios años con una sola mujer podía ser hasta apetecible si esa mujer era una diosa en la cama, una capaz de sorprenderlo con su desinhibición, su imaginación, su experiencia, sus gustos y sus fantasías.

Oh, sí. Tenía claro que esa zorra se iba a enterar de lo que era jugársela a él. Pensaba dejárselo claro de mil y una maneras que no incluirían viajar fuera de la Tierra y que iban a ser igual de placenteras.

Continuó conduciendo a toda velocidad. Los pocos más de cien kilómetros que lo separaban de su destino desaparecieron en unos veinte minutos; la policía recibió el aviso pero no tuvo tiempo de movilizarse para ir a por él.

Cuando Ageón llegó a las cercanías de Salou, dejó de acelerar. Estaba deseando encontrarse cara a cara con la diablesa.

Capítulo Cuarenta y tres

Arturo, que había seguido a Daniela, observó cómo aparecía su presa. O, mejor dicho, una de ellas: el cupido. Su cuerpo se tensó deseando intervenir, encañonar al ángel para que se presentara la diablesa. Sin embargo allí, en una terraza tan concurrida, no podía hacer nada. Lo ideal sería conseguir que fuera a la playa, donde la noche hacía que hubiera menos gente. Así pues, continuó armado de paciencia y los vigiló desde uno de los bancos que había en la acera, uno que estaba orientado hacia la terraza y que dejaba a la mujer a su izquierda. Por supuesto, no quería que ella lo reconociera; así que se había puesto una peluca sobre sus cortos cabellos rubios, con lo cual ahora parecía un joven moreno de pelo desgreñado y con rastas. Uno que vestía en plan macarrilla con ropa holgada. Con ese aspecto, no solo cambiaba por completo su típico aspecto de chulito de playa sino que estaba seguro de que Daniela no iba a molestarse en mirarlo dos veces. Además, llevaba unos auriculares en las orejas y simulaba estar escuchando música a un buen volumen cuando, en realidad, estaban en silencio.

El asesino de cupidos habría preferido cualquier otro sitio para trabajar. Esa heladería estaba justo al inicio del paseo marítimo, muy cerca de una fuente que atraía a gran cantidad de gente, niños incluidos. Pero, cuando vio cómo su presa besaba a la mujer, se dio cuenta de que tendría que ser allí. No le quedaba más remedio. Pero no pensaba pegarle un tiro, ya no. Esa chica, Daniela, hacía unas horas estaba triste por lo de su marido y ahora se había convertido en una especie de sodomita lujuriosa que solo vivía para acostarse con ese cupido. No había más que ver cómo se estaban metiendo mano, sobre la misma mesa de la heladería. Arturo apretó los puños con rabia. ¡Pesaba cargarse a esa diablesa! Porque una flecha de amor no tenía ese efecto tan basto. No sabía cuándo la maldita demonio se la habría lanzado pero la quería muerta. Pobre chica... Y sabía que, para eso, primero tenía que disparar al cupido. Pero primero, eso sí, le iba a partir la cara por aprovecharse de su protegida.

Arturo no iba precisamente armado solo con paciencia. Bajo la amplia camiseta que llevaba, portaba su pistola con balas de wolframio bendecido en una funda que la

sujetaba a su espalda, a la altura de los riñones. Llevaba también encima su inhibidor, un taser que había modificado para que le sirviera a sus propósitos, pero este estaba escondido en uno de los enormes bolsillos de su pantalón.

Su propósito inicial había sido sacar la pistola y disparar al cupido, para ver si la diablesa acudía otra vez a salvarlo. Pero no podía hacerlo mientras este estuviera besando a Daniela y tampoco delante de tanta gente. Por suerte, ya no era lo primero que quería hacer. Se iba a levantar, a coserle la cara a ostias a ese malnacido y luego ya vería.

Se puso en pie. Comenzó a caminar los pocos pasos que lo separaban de la pareja. Entonces aparecieron tres mujeres a la carrera, directas a por Daniela. Una de ellas, horrorizada, incluso la separó de ese cupido malnacido.

¡Bien por ella!

Arturo aflojó la presión en su puño y pasó de largo. Se sentó en una mesa vacía de la heladería dispuesto a no perderse nada. Y en cuanto pudiera le iba a hacer una cara nueva a ese desgraciado.

Porque no había nada que Van Hell más detestara que el hecho de que seres sobrenaturales jugaran alegremente con los sentimientos y las vidas humanas.

Capítulo Cuarenta y cuatro

¿Echando de menos a Daniela? ¿Ver por sus ojos? ¿O es que os apetece experimentar ese estado de lujuria desatada que las diablasas conocen tan bien?

En todo caso, esta parte de la historia se enlaza con la mía propia. Porque, ¿sabéis qué? Yo ya no soy una vigilante. Pequé. Caí en desgracia. Ayudé.

(Y encima he sido mala también con vosotros. Os he mentado. No era verdad todo eso de que no ayudaba porque no se me permitía. Ya estaba ayudando y mi castigo es ser ahora lo que soy).

Por eso os hablo sobre estas vidas y no sobre otras, porque todos los vigilantes acaban cayendo, la humanidad les corrompe. Yo era una de las más antiguas, de las más puras, angelicales e insensibles. Pero a veces esas existencias humanas y de cupidos, esas tan breves que para mí eran como efímeras (esa especie de mariposillas que solo viven un día), te marcan. No puedes permanecer imparcial viendo cómo se precipitan a su propia destrucción. No es esta la primera vez que, con discreción, eché una mano. Pero sí la última porque fue donde me pillaron.

Podría hablaros de que fue el padre de Arturo el primer detonante de mi rebeldía. Un cupido arrancado de su felicidad para sufrir el Castigo. No le ayudé pero me arrancó mi primera lágrima. Toda coraza de hielo tiene una grieta y esa grieta ha de empezar en algún lugar. Mi punto débil fue uno de los míos, un cupido que escapó para vivir el amor con una mortal. Algo bueno y puro, algo que no había buscado y que no provocó. Algo que rechazó hasta que se dio cuenta de que ella no iba a ser feliz sin él. Pero el pobre ángel acabó mal porque fue denunciado por el cupido de su esposa.

Allí empezaron mis dudas, unas que con las décadas crecieron muy rápidamente. Ayudé a todos los que pude. Aquí fue donde me pillaron.

Bienvenidos pues a los pensamientos de Daniela, unos que, incluso ahora que no soy una vigilante inmortal, conozco. Aunque solo sea porque ella me los cuenta.



—Ana, chicas, ¿qué hacéis aquí? —les pregunté con voz rasposa, sin entender nada, resultándome difícil volver a un mundo donde no estamos solo él, yo y nuestras almas enlazadas en la fusión perfecta de nuestros cuerpos.

Sí, sobre todo eso, fusión...

Joder, si parecía que había vuelto de manera brusca y multiplicada por mil a la adolescencia.

—Buscarte —me contestó Ana, que todavía me sujetaba por el hombro; imagino que para que yo no me escapara y volviera a lo mío con ese hombre tan fascinante y seductor y sexy y tío bueno y...

—Pesábamos que estabas hundida —me arrancó de mis pensamientos la pesada de mi mejor amiga—, queríamos saber si habías hablado con tu marido, y resulta que estás tan ricamente montando un espectáculo con el primer hombre que te encuentras.

—No soy el primer hombre —protestó mi chico sexy, el cual estaba, como yo, algo atontado por la injusticia de haber sido súbitamente arrancado de ese beso sublime y devorador.

—Tú te callas —le cortó Ana, muy borde—. Que aquí no pintas nada.

—Ana, no me jodas —me recuperé un poco. Eso no se lo consentía por muy mejor amiga que fuera.

—Pobre, tiene razón —intervino Vane.

—¿Pobre? —se exasperó Ana—. ¿Pero tú la has visto morreándose con ese tío? Porque el resto de la terraza yo creo que sí.

Miró a su alrededor. Yo también. Todos nos miraban, incluido un rastafari que me resultaba algo familiar. En cualquier otro momento de mi vida, me habría muerto de vergüenza. Ahora no. Estaba demasiado ocupada intentando que mis amigas se largaran para poder hacer algo para paliar ese calor tan intenso que latía entre mis piernas. No era por ser basta o grosera, pero me estaba dando cuenta de que la interrupción me había jodido, y mucho.

—Chicas. Esto es exactamente lo que parece. Mi marido es un cabrón que me ha puesto los cuernos. Y este es el tío bueno que me va a consolar. Y si no os gusta, os jodéis, que es mi vida.

—¿Ya has hablado con Pedro? —me preguntó Blanca, ella siempre manteniendo una compostura perfecta.

Solo le faltaba su típica sonrisa de suficiencia.

—Sí. No es que a ti te importe, porque no es que seas exactamente mi amiga, pero sí.

Blanca me miró con frialdad y se giró hacia las demás.

—Vale. Chicas, vámonos. Está claro que Daniela sabe lo que hace.

—Yo no me voy —la contradijo nada menos que Vane—. Daniela está trastornada por el dolor y no es ella misma. Nos necesita.

—Yo tampoco —dijo Ana a la vez que se sentaba en la mesa, entre mi chico sexy (y guapo y tío bueno y arrebatador) y yo.

¡¡Sería zorra!!

Me levanté. Eyén también. Entonces apareció como salido de la nada mi marido.

—¿Pedro? —le pregunté.

No entendía nada. Instantes antes a mi derecha no había nadie.

Pero Pedro pasaba de mí. Me había dirigido una mirada rápida y después otra a Eyén. Momento en el cual su rostro se había cubierto de ira y fue directo a darle un puñetazo en la nariz.

—¿Qué haces? ¡Déjalo! —le grité a la vez que me agarraba de su brazo, para que no le golpease otra vez.

Mi pobre bomboncito estaba otra vez en la silla, a donde le había tirado el impacto. Tenía su mano cubriéndole la cara. Esperé que ese pedazo de bruto no le hubiera roto nada.

—Daniela, suéltame —me dijo en voz baja y cargada de enfado mi marido.

—No. Déjalo en paz. Tú eres el menos indicado para protestar por esto. ¿O voy yo a partirle la cara a tu amante?

Como si viera algo de sentido común en mis palabras, aflojó la tensión de su brazo, ese al que yo me aferraba, y se giró hacia mí. La gente nos había hecho corro, amontonándose para ver algo que, imagino, debía de darles morbo. Lo curioso era que Ana no les dijera que se largaran por donde habían venido, que esto no les incumbía. Porque ella, al igual que una Vane boquiabierta, estaba muy atenta mirando lo que ocurría. La odiosa de Blanca, cosa curiosa, no se reía con esa sonrisita suya al contemplarme. Más bien parecía triste. ¿Qué? ¿Es que la muy bruja necesitaba más sangre para sentirse realizada?

—Daniela —me dijo Pedro mientras la ira desaparecía de su rostro para dejar paso a una expresión compungida—, lo siento mucho.

—¿El qué? ¿Engañarme o que me haya enterado? —me salió del alma. Al más puro estilo de Blanca. No si, al final esa mala pécora sería contagiosa...

—Engañarte. Yo no quería, de verdad.

Me miró con la cabeza algo agachada, sus ojos evitando los míos. Estaba claro que me mentía.

—Vale. Pues yo sí que quiero con él. Ahora vete y déjame en paz.

A mis espaldas escuché algunos aplausos. ¿Esto que era? ¿Una película americana? ¡Anda y que me dejaran en paz!

Eyén apartó la mano de su rostro. Había sangre pero su nariz estaba ilesa, menos mal.

—Daniela —me dijo Blanca a la vez que se me acercaba—, mejor será que esta conversación la continuéis en otra parte.

—¡No me jodas! —saltó Ana—. Para una vez que la tonta de Daniela espabila y tú la cortas.

—Yo no la corto.

—¿Ah, no? Pues deja que mande a su marido a la mierda. Se lo merece.

—Ana, que tú no tenías ni idea.

—Bueno, pues ahora sí.

Las dos se habían puesto a discutir como si yo no existiera. Y Pedro las escuchaba. Mejor. Lo rodeé por detrás para acercarme a Eyén y cogerlo de la mano. En algo tenía razón Ana: aquí sobrábamos.

En ese momento se escuchó el sonido de una moto acercándose, el de gritos de protesta de la gente porque se pegaba demasiado a la acera y, después, un hombre vestido con unos vaqueros y una cazadora de cuero que le iban demasiado grandes se abrió paso hasta mi marido el camionero.

—¡Pedro! ¿Cómo has llegado?

—Ageón, ese tipo estaba besando a mi mujer.

Yo agarré con más fuerza la mano de Eyén. El tal Ageón no me daba buena espina.

—Sí, se supone que era el plan.

—No, no besando de besito dulce de amor. Besando de querer tirársela sobre la mesa. Y ella a él también.

—Será zorra... Por eso me dejó tirado en el avión.

—¿Quién?

—Nadie. Pero no pienso matarlo, no pienso jugarme mi carrera.

Metió la mano en el bolsillo de su cazadora y sacó un paquete de cigarrillos. Por sus pintas y su enfado, me dio la impresión de que iba a ser otra cosa, algo como una navaja. No debí de ser la única en pensarlo pues alguien entre el grupo de mirones gritó. Ana sacó su móvil para llamar a la policía. Se cayó de repente una farola. Un par de moteros más aparecieron y comenzaron a frenar de manera tan brusca como lo había hecho anterior.

Entonces lo entendí. Estaba soñando. Pedro no me había sido infiel y yo podía acostarme tranquilamente con el tío sexy y buenorro porque solo era un sueño. Agarré su mano con más fuerza y empecé a tirar de él para llevármelo a la playa, a algún rincón oscuro y sin luz.

Capítulo Cuarenta y cinco

¿Que cómo había llegado allí Ageón?

Fácil: un cupido sabía dónde se encontraba su protegido.

¿Y que cómo sabía que estaba con Daniela?

Porque Pedro había pasado en un instante de encontrarse en Luxemburgo a estar en una terraza de Salou. Eso le había dejado claro, una vez en la ciudad, a dónde encaminar su Suzuki prestada.

Y no solo eso. Él tenía a sus moteros patrullando Salou, de uno en uno, buscando a la mujer de Pedro. Con sus teléfonos conectados al kit de manos libres de los cascos de sus motos, dispuestos a avisarse en cuanto la localizaran. Ageón, por supuesto, también tenía uno. Esa banda aliada estaba más que encantada de haberle dado uno de sus mejores cascos tan solo para conseguir la próxima entrega de mercancía más barata. Por eso, en cuanto el cupido la vio en la terraza de la heladería, al tiempo que frenaba y se bajaba de la moto, hizo una llamada rápida a su segundo para que se dirigieran todos allí.

¿Y que cómo había llegado el camionero?

Más fácil aún. Se debía a la diablesa quien, oculta a ojos humanos, estaba parada en medio de la calle con los brazos en jarras y echando poco menos que chispas de satisfacción por los ojos. La misma que tenía una enorme cola verde de reptil y que se acababa de ganar otra «mejora» mágica al localizar a Pedro para poder llevarlo allí. Cualquier cosa con tal de joder a Deyanira.



—Tú, zorra —se le acercó Deyanira a Xilenia.

Le había costado verla con toda la cantidad de gente que se había parado a mirar el espectáculo.

¡Humanos!

Las diablesas eran mucho menos morbosas. No se paraban a menos que

estuvieran descuartizando a alguien.

—¿Qué pasa? ¿Te jode que haya traído a Pedro para que pueda recuperar a su esposa? —le contestó.

Cuando abrió su boca, su preciosa, pequeña y *sexy* boca, dos filas de dientes altos y afilados como clavos, apelotonados, asimétricos y con aspecto de ser tan peligrosos como antiestéticos, se mostraron ante Deyanira.

—Vaya... —sonrió esta con malicia—, parece que alguien ha usado demasiado la magia.

—¿Y tú? —La miró con rabia, dándose cuenta de que su rival no presentaba ninguna deformidad; más bien seguía estando tan monísima y glamorosa como siempre.

—Yo no he abusado de ella. —Le sonrió Deyanira—. Puedes ver que sigo tan fabulosa como siempre.

—Pero Pedro va a impedir que Ageón mate a Eyén. Mala suerte, chica.

—¿Yo mala suerte? —Se le carcajeó su rival—. ¿De verdad crees que con esa pinta el cupido motero te va a querer llevar a Saturno? ¡Ni aunque lo ataras se te follaría!

Por toda respuesta, Xilenia siguió un impulso, abrió la boca y varios de sus dientes rebosantes de veneno fueron a por el corazón de Deyanira. Esta, que estaba avezada en la lucha, vio que no tenía tiempo de apartarse y los paró con el brazo. Las escamitas que lo rodeaban a la altura de sus bíceps se extendieron y rechazaron a esos dientes que eran como agujas. La diablesa sonrió. Porque ella sí estaba hecha para matar. Por eso la magia le daba lo que le faltaba: defensas. No necesitaba ni una cola gigantesca ni dientes eyectables cargados de veneno.

—Me parece, querida, que te falta poder. Y ahora, si me disculpas, tengo a un ángel *sexy* al que seducir.

Ladina, le guiñó un ojo y saltó para esquivar el coletazo que le acababa de lanzar su rival, uno que tiró al suelo a varios de los curiosos que se habían parado a contemplar el espectáculo. La gente extrañada, no supo a qué achacar el súbito golpe y comenzó a pensar que habían sido los de al lado. Los ánimos se acaloraron todavía más. Deyanira, mientras tanto, le lanzó un beso burlón a Xilenia, se hizo visible para que Ageón pudiera verla y se fue a por él.



Ageón acababa de encenderse un cigarrillo. Necesitaba pensar con claridad y no sabía por qué fumar le relajaba. El caso era que no podía llamar a un guardián porque Eyén no había hecho nada: no le había lanzado una flecha a su protegida y además estaba obrando bajo la influencia de una diablesa; así que el motero no tenía nada. ¡Maldita fuera esa zorra de Deyanira que lo había engañado vilmente! Ya entendía su detallito

de dejarle el teléfono: para que pudiera pedir ayuda y llegar a tiempo, no de impedirle lanzar esa flecha negra al cupido pero sí de matarlo.

Pues no. No pensaba hacerlo. Él no iba a sacrificar su vida por un cupido calzonazos.

Por suerte pronto iban a llegar los de su banda.

Dio una calada al cigarrillo y dejó que acabara de consumirse entre sus dedos. Ya se le ocurriría algún modo de solucionarlo. Entonces, escuchó que Pedro le decía algo. No le entendió muy bien pero se dio cuenta de que Daniela y Eyén se estaban largando a la playa. Para evitarlo, le hizo un gesto al camionero y este, súbitamente enfadado al girarse y verlos, se apresuró a correr las diez zancadas que lo separaban de su mujer y agarrarla por el brazo para detenerlos (bueno, lo cierto fue que ella, al verle, echó también a correr y la pilló cuando había llegado a medio camino de la orilla del mar). Las amigas de Daniela estaban de lo más entretenidas mirándolo todo, excepto una de ellas que hablaba con la policía pidiendo una patrulla. Eso sí que podía ser un problema. Ageón tiró su cigarrillo al suelo y lo pisó. Había que irse a otro lado. Justo entonces apareció la única diablesa capaz de ir con unos cuernos rosas de plástico y se colgó de su brazo, pegándosele como la deliciosa diosa erótica que era. De inmediato la sujetó con su otra mano, la separó de su costado y, usando también el brazo que acababa de quedársele libre, la mantuvo a medio metro de distancia, bien apresada entre sus dedos.

—Hmmm... no sabía que te gustara jugar duro —le susurró ella, cargando su voz con toda la sensualidad que su raza le daba.

—Deyanira, me dejaste en pelotas dentro del avión —le susurró en el tono frío e impersonal que solía usar cuando estaba a punto de ordenar a los suyos que se cargaran a alguien.

—¿No me lo tendrás en cuenta, verdad, bombón? Fue para que llegaras justo en el momento correcto, en ese donde tú matas a Eyén por besar a Daniela.

—¿Porque tú le has lanzado una flecha a la mujer?

—Claro. —Le sonrió la diablesa. Por supuesto que le dolía la presa cada vez más fuerte que estaba haciendo ese hombre en la parte alta de sus brazos (bueno, en el de las escamas no) pero no pensaba ni pelear ni dejar entrever esa molestia—. Y piénsalo... ¿Qué quieres? ¿Volverte a tu Cielo lleno de corrientes de aire, frío, donde las únicas mujeres son tus superiores, unas estrechas que dudo mucho sean fáciles de seducir, sin cerveza y donde os hacen pasar un par de horas diarias contemplando lo que hace vuestro dios? ¿De verdad quieres eso?

Ageón aflojó por unos instantes la presión que mantenía sobre la diablesa. Ella estaba intentando pintarlo mal a propósito. El problema era que era peor, mucho peor. Las corrientes del aire eran tan fuertes que se te calababan en los huesos; las casas, sin puertas ni intimidad, donde uno no podía ni autosatisfacerse ya que no había mujeres cerca. Porque no, no había ninguna posibilidad de sexo. Esas ángeles de mayor rango eran imposibles de seducir, cualquier intento supondría un grave castigo. Solo se

casaban con uno de los suyos y mancillaban su virginal pureza para tener hijos. Un par. Una vez logrado, volvían a ser como las rígidas estatuas de hielo que, en realidad, nunca habían dejado de ser. Ageón se estremeció. ¿Se creían algunas humanas que llevaban siglos de represión por la tradición judeo-cristiana? ¡Ja! Que se fueran al Cielo y verían lo que era negar la propia sexualidad y a sí mismas. Desde luego, él no quería eso. Hasta Saturno era más apetecible (incluso si tenía que ir con Xilenia). Lo de la cerveza mejor ni lo pensaba (joder, si la última vez que estuvo allí él se pegó días enteros celebrando la eucaristía, eso que el vino no le gustaba especialmente) y lo de la contemplación divina... de dos horas nada. Cuando volvías tras lanzar una flecha te tocaba un mínimo de cinco horas diarias contemplando el reflejo del Señor, ya que su persona era demasiado sagrada para sus cupidos, unos ángeles medio corrompidos por la esencia demoníaca.

Decididamente, no quería volver.

Pero la solución no era matar a Eyén sino continuar como estaba; viviendo en la Tierra, sin asesinar a nadie (pasaba de castigos) y sin lanzar ninguna flecha que le obligara a largarse de allí.

—Vente conmigo —le estaba diciendo Deyanira—. Yo te cubriré de todo lo que deseas... por ejemplo de cerveza y lameré cada gota que caiga en tu cuerpo. Convocaré a demonios menores en forma de seductoras mujeres para ordenarles que jueguen contigo. Llenaré una habitación de cadenas para poder sujetarlas en las posiciones que más te gusten. Organizaremos fiestas, peleas, carreras de motos... Cualquier cosa que deseas. Ven conmigo. Pásate al Infierno. Mis jefes te darán un puesto de mando en su ejército, dejarás de envejecer, y yo estaré allí para saciar todos y cada uno de tus deseos.

—Suenan bien, Deyanira. —Ageón, movido por las imágenes de sexo y decadencia que la diablesa estaba provocándole con sus palabras, se había olvidado de las ganas que tenía de hacerle pagar por lo que le había hecho. Bueno, mejor dicho, tenía aún más ganas, sobre todo si eso incluía inmovilizarla y tenerla solo para él—. Pero comprenderás que no voy a cambiarme de bando.

—¿Por qué? —Poco menos que ronroneó ella, abriendo su boca en una O de decepción que tenía justo el tamaño perfecto para hacer otra cosa con esos labios.

—Porque sois los malos.

—Te das cuenta de que eso es lo que os repiten cada día desde niños para que les obedezcáis, ¿verdad?

Ageón la miró con el ceño fruncido. No era que no lo hubiera pensado pero él era de los buenos. No era que su trabajo (hacer feliz al camionero) fuera algo indispensable para la paz mundial, pero si se iba con Deyanira se dedicaría a matar ángeles en las guerras.

—Sí. Y es cierto. Somos lo único que se interpone entre vosotros y el fin del mundo.

—¡Oh, por favor!

Ella desapareció de entre sus brazos con un «pluf» que dejó su típico pestazo a azufre y reapareció sentada en la mesa en la que había estado Daniela. Por suerte sus amigas ya no estaban allí (se habían ido con ella y con Pedro a la playa) pero algunos de los mirones humanos, sí. Unos que abrieron los ojos como platos.

Deyanira los ignoró y, con las piernas cruzadas y guapísima con su mini camiseta y su mini faldita bajo la luz de la luna (y de las farolas), continuó hablando con Ageón.

—¿De verdad eres tan idiota como para creer que queremos cargarnos el mundo? ¿Entonces dónde nos divertiríamos sembrando los pecados capitales y esas cosas?

—Sí, lo creo. Sois malos.

La diablesa puso los ojos en blanco. Incluso ese gesto quedó en ella lleno de *glamour*.

—Y tú un dechado de virtudes que solo piensa en rezar. ¡No me jodas, Ageón! Y despierta. Además, tampoco eres tan bueno como para ganar las guerras tú solito, ni para inclinar la balanza. Te recuerdo que tenemos a grandes guerreros y que los vuestros tienen a los arcángeles.

—Bueno, mirándolo así...

El cupido parecía desconcertado. Nunca se le habría ocurrido verlo de ese modo. Él disfrutaba de la vida en la Tierra, del alcohol, las mujeres y su banda. Pero sabía que, si seguía cumpliendo las leyes del B. O. A. así de bien, algún día lo ascenderían a guardián y se le acabaría todo. Siglos y siglos de aburrida inmortalidad contemplando varias horas al día a su Señor. Y esta vez de verdad, pues sería lo suficientemente puro como para ver algo más que su reflejo.

¡Por favor! Que él, *voyeur*, solo de tías buenas, gracias.

Pero no pudo seguir replanteándose la nueva oportunidad que se abría ante sus ojos porque, en esos momentos, sus propios hombres cargaron contra él. Solo que sus motoristas, que habían llegado de uno en uno mientras el cupido hablaba con la diablesa y que habían estado esperando a que acabara para pedirle instrucciones, se habían convertido en una especie de zombis controlados por Xilenia.

Porque, por supuesto, ella no iba a dejar que esa perra de Deyanira le ganara.

Así pues, con movimientos rígidos debido al hechizo, los moteros zombis se abalanzaron sobre Ageón. Sus ojos relucían en rojo, animales; sus manos acababan en garras; sus rostros habían adquirido la palidez cadavérica y huesuda de los muertos.

Capítulo Cuarenta y seis

Mientras Deyanira se acercaba a Ageón, Xilenia lanzaba su rabia contra una farola, la cual derrumbaba de un solo coletazo. La gente, que estaba apelotonada en semicírculo alrededor de la mesa de Daniela, se giró al escuchar el súbito ruido y al sentir el temblor en la acera provocado por la caída. Nadie había sido herido y, los humanos, comenzaron a preguntarse qué podía haber pasado, olvidando el supuesto cuchillo que había sacado el tipo vestido con las ropas de motero que le iban varias tallas grandes.

Porque Xilenia no quería hacerse visible. Todavía no. Tan solo Deyanira sabía que ella estaba allí y no deseaba que se enteraran los cupidos. Por eso, prefirió expulsar su ira. Además, era más satisfactorio cargarse una farola que dar un puñetazo a la pared. Y no te hacías daño en los nudillos ni te clavabas tus propias uñas.

En todo caso, ella se estaba dedicando a ver qué tramaba su rival, lista para contraatacar. Eso de que la muy zorra le hubiera lanzado un beso y se hubiera dado la vuelta, ignorándola como si Xilenia no pintara nada, todavía la reconcomía por dentro. Mientras tanto, nuestra protagonista Daniela había agarrado a Eyén de la mano y lo guiaba con disimulo a la playa, tirando de él. Claro que, no era que el cupido no se dejase llevar...



Esto era un sueño. Uno muy raro. Menos mal que iba a transformarlo en algo mucho más interesante tirándome al pedazo de tío de la camiseta blanca. Yo ya estaba harta de sueños de esos donde aparece un hombre guapísimo, quiere ligar contigo pero tú no puedes porque estás casada, porque aparece tu madre a mirar o por cualquier otra jugarreta de tu subconsciente que quiere mantenerte tan jodida y sin sexo en sueños como en la vida real.

Pues no. ¡Se acabó! Antes de que amaneciera yo a este le hacía un favor. O dos.

Así que continué tirando del desconocido con rasgos de ángel hacia la playa (si es que estaba tan bueno que podría hasta ser un actor famoso). (Hmmm... actor famoso...). Probé a cerrar los ojos y desear con fuerza que se convirtiera en Brad Pitt, pero no funcionó. Bueno, no pasaba nada, este serviría para resarcirme de mi escasa vida sexual desde que nació Luis.

No llegamos muy lejos. Pedro echó a correr tras de mí. Mis amigas también. Así que yo hice lo mismo, tirando de Eyén, el cual en seguida comprendió y dejó de estar a mis espaldas para correr a mi lado. Alcanzamos la arena y comenzamos a avanzar por ella. Un poco complicado con zapatos pero no me paré. Cada vez había menos gente y, cómo no, mi marido acabó por alcanzarnos. Estábamos todavía a varios metros del mar. Por delante a la izquierda, había un grupo de adolescentes subidos a unas tumbonas de plástico blancas amontonadas una sobre otra. Estaban bebiendo y, por su pelo y complexión física en general, juraría que una de ellos era Gema. Mas esta giró en seguida la cabeza e hizo como si no me hubiera visto. Cosa curiosa, su cara no estaba pálida; así que a lo mejor me había equivocado al pensar que era ella.

—Daniela, ¿qué haces? —me medio gritó Pedro, que se había parado justo delante mío, bloqueándome el paso, y me acababa de agarrar por la muñeca.

Como para esquivarle con estos tacones que se me hundían en la arena...

Me concentré para hacerlo desaparecer, o que el suelo fuera de asfalto. Nada otra vez. ¿No se suponía que cuando descubrías que estabas soñando podías hacer lo que desearas?

¡Menuda mierda de sueño!

—¿Tú qué crees? —le contesté—. Me llevo a este hombre lejos de vosotros para poder acostarme a gusto con él.

Soltó mi muñeca y me dio una bofetada.

¡¡¡Joder!!! (Con todas y cada una de sus putas letras, que en mi sueño no había niños pequeños).

Me costó reaccionar; el golpe me había pillado por sorpresa y dolido bastante.

Lo cierto era que mi marido nunca me había pegado hasta entonces. Una parte de mí se preguntaba que por qué mi subconsciente le habría dado ese comportamiento. Otra deseaba que hubiera sido real, para que me resultara más fácil dejarlo por adúltero. Y la parte principal de mi ser estaba deseando que se evaporara, porque Eyén y yo teníamos algo mucho más urgente que hacer que ver a un camionero abofeteando a su mujer.

Y entonces todo sucedió muy rápido.

—Daniela, ¿estás bien? —me preguntó Ana, que ya llegaba a la carrera, con sus zapatos en un mano.

Chica más lista que yo.

Y que Vane y Blanca, que no se los habían quitado y todavía estaban peleando con la arena a sus espaldas.

Pero no pude ni contestarle, porque mi guapísimo acompañante de rasgos

angelicales se había lanzado contra mi marido, dispuesto a pelearse por mí.

¡Qué mono!

Pedro jamás haría algo así. Era más, aquella vez que me robaron, ni intentó defenderme. Yo pensaba que era lo normal pero en esos momentos, al ver a Eyén dar y recibir puñetazos por mí, lo cierto era que mi subconsciente no estaba de acuerdo conmigo y aprovechaba el sueño para decirme que tenía que buscarme a otro, a uno que fuera como Eyén, uno que en su mente solo me tuviera a mí.

Llegaron mi otra amiga y Blanca. Se unieron a Ana, que seguía hablándome pero yo no le hacía ni caso. El grupo de adolescentes miraba la pelea desde arriba de sus tumbonas; menos la supuesta Gema, que se había escondido detrás de sus amigos para que no la viera su madre (sí, tenía que ser Gema...). Eyén y Pedro seguían peleando. Ganaba Pedro. Mala suerte. Cualquiera diría que estaba acostumbrado a dar ostias. Decididamente, un día de estos iba a tener que hablar muy en serio con mi subconsciente.

—Pedro, ¡déjalo! —le grité.

Y, como no me hacía caso, repetí mi orden mientras intentaba separarlos. Me dio un puñetazo en todo el estómago. Me doblé del dolor y trastabillé hasta caer sentada en la arena. ¡Puto sueño! ¿Por qué tenía que sentirse tan real?

Bueno, real menos por la manera en la que mi sexualidad se había despertado, pues la puñetera no había sido así de vívida ni en los primeros meses de noviazgo con mi marido.

Cerré los ojos. Dolía demasiado.

Las voces de mis amigas, de mi esposo y de Eyén llegaban hasta mí, preocupadas. Pero yo ya no quería escucharlas sino despertar.

Abrí los párpados. Busqué con la mirada al bomboncito *sexy*. Le sonreí. Entonces él desapareció, como si nunca hubiera existido.

Y yo continué anclada en ese sueño que ya era una maldita pesadilla.

Capítulo Cuarenta y siete

Los motoristas que parecían zombis cargaron contra Ageón. Bajo el control del hechizo de Xilenia, su capacidad de raciocinio parecía haber disminuido pues, en vez de sacar navajas y pistolas, iban con sus garras desnudas por delante. Era como si tuvieran la necesidad de desgarrar carne con sus propias manos.

El ángel motero, al verlos, buscó la semiautomática que le habían dado junto con la moto y la ropa. La llevaba en una pistolera al costado. Le quitó el seguro. Tenía once tiros. El de la recámara y los diez del cargador. Pero no podía dispararles pues eran sus hombres. No quería matarlos y, si tiraba a las rodillas para inmovilizarlos, los dejaría en silla de ruedas de por vida. No podía hacerles eso. Para él, eran una auténtica familia, nada que ver con su madre perdida y con el cupido con un palo de escoba metido por el culo que eran tanto su padre como sus dos hermanos.

Así pues, mientras los zombis iban a por él con sus andares lentos, sujetó a Deyanira por un brazo y la encañonó.

—¿Quién les ha hecho esto? —le preguntó.

Porque estaba claro que ella no. No solo no tenía nada que ganar sino que él, si les hacía daño a sus hombres, no aceptaría unirse a su bando.

—Ageón, aunque me sujetes puedo irme antes de que aprietes el gatillo. Y ha sido esa zorra de Xilenia.

—¡No me jodas! ¿La diablesa pesada que se me quiere llevar a Saturno?

—Esa misma.

Los moteros estaban cada vez más cerca. Sus ojos refulgían en rojo con un hambre voraz e infinita. Ageón dejó de apuntar a Deyanira, tiró de su brazo y se alejaron varios metros, sin perder de vista a eso en lo que se habían convertido sus hombres.

—¿Dónde está? ¿Puedes verla?

—Sí. Detrás de los ghoulés.

Ageón frunció el ceño, enfadado, al darse cuenta de en qué los había convertido esa zorra.

—Guíame. Vamos a por ella.

—Será todo un placer. —Le sonrió Deyanira.

Fue una pena que Ageón no la mirara en esos momentos porque la diablesa nunca había estado tan hermosa como en esos instantes, rezumando deseo de matar a su rival, de ser más poderosa, por toda su tersa piel.

Porque ella, pese a ser todo *glamour*, adoraba la lucha y la sangre. No quería ascender a súcubo, como las demás diablesas. No... ella quería ser una asesina, una segadora de almas. Y en esos momentos, mientras las escamas de su brazo se multiplicaban para protegerla mejor, si Ageón la hubiera mirado se habría enamorado en el acto de la perfecta máquina de matar que su diosa del sexo era en realidad.

Aunque claro, como si no estuviera ya seducido, fascinado, cautivado embelesado y más que interesado por ella...

Ageón, cuyos ojos buscaban a Xilenia más allá de sus hombres, soltó el brazo de Deyanira y la diablesa saltó. Un salto de varios metros de longitud, pasando por encima de los ghoules, aterrizando muy cerca de donde su rival aguardaba. Arturo (porque los demás humanos habían comenzado a correr despavoridos al ver a los moteros zombis) la miró. Ella era su presa. Imposible no reconocer a la Miss Universo de la otra noche. El asesino se fijó en cómo el motero de las ropas holgadas comenzaba a correr por en medio de los zombis, esquivándolos, pegando puñetazos donde había que hacerlo para abrirse paso, siempre aprovechándose de su mayor velocidad. Uno de ellos le clavó sus garras en el brazo. El motero las partió de un golpe y continuó corriendo, con las uñas de hueso clavadas en su carne. El asesino de cupidos no sabía quién era ese humano pero, desde luego, era bueno, muy bueno. Le entraron ganas de encender su detector para ver si era algún tipo de ángel, pero lo dudaba por sus ropas y, sobre todo, no tenía tiempo. Con cuidado de no acercarse a los zombis, caminó hacia donde estaba la diablesa. Para su sorpresa, apareció otra, una deforme, y comenzó a luchar con la pareja.

Les miró durante unos segundos antes de decidir que esto ya era demasiado. Sacó su pistola, apuntó y disparó. Dos tiros seguidos. La sangre comenzó a manar del cuerpo de la diablesa.



Cuando Ageón llegó a donde había saltado Deyanira, esta ya estaba luchando. Tan hermosa como un ángel oscuro, paraba los golpes de un ser invisible y lanzaba los suyos propios. Unas escamas cubrían su brazo, el que usaba como escudo. No se las había visto antes pero lo cierto era que le quedaban perfectas.

—Muéstrate, cobarde —gruñó Ageón.

Los ghoules comenzaron a dar media vuelta, como si acabaran de darse cuenta de que su presa se les había escurrido entre las garras.

—No soy cobarde —le contestó Xilenia al tiempo que se hacía visible.

O algo que se parecía a Xilenia.

Porque la supuesta madre de sus futuros hijos se había transformado en un ser grotesco, con unos dientes de depredador finos y afilados, unos que solo servían para clavarse o ser disparados. Además, tenía una gigantesca cola de lagarto y uno de sus brazos, gigantesco, verde y deforme, colgaba hacia el suelo. Mejor dicho, era tan grande que arrastraba por el suelo. Era como si le hubieran colocado la extremidad de un gigante a una delicada mujer.

Grotesco.

Ni de coña pensaba irse con eso a Saturno.

—Tienes razón, Xilenia. No eres cobarde, eres deforme —observó Ageón mientras le apuntaba con su semiautomática y disparaba.

La aludida soltó un siseo de rabia, se esfumó para evitar las balas en medio de un «pluf» de azufre y apareció a la derecha de Ageón, donde le dio un buen golpe con su cola, uno que lanzó al cupido volando por los aires.

Las balas se clavaron en un coche que circulaba por la carretera. Por suerte no hirieron a nadie. La policía estaba acercándose a la zona.

Deyanira, que estaba acostumbrada a las múltiples teleportaciones que usaban para luchar las diablasas, se lanzó contra ella en cuanto la vio aparecer, con su daga favorita en la mano.

Xilenia se giró para detener el golpe pero no llegó a tiempo. Un profundo tajo verdoso se abrió en la piel de su brazo agigantado. Furiosa, le dio un coletazo, uno que su contrincante evitó con un salto.

—Haz que elimine eso que les ha hecho a mis hombres —le gritó Ageón a Deyanira a la vez que, dolorido, se incorporaba.

—Si te encargas de ella, los curo yo con un contrahechizo —le contestó.

—Hecho.

Comenzó a disparar otra vez a Xilenia pero, a diferencia de la anterior, esta vez acertó. La diablesa deforme se giró hacia él. Los ghoules estaban cada vez más cerca. Llegaron un par de moteros regazados de la banda, unos que seguían siendo humanos. Aparcaron y se quedaron atónitos mirando lo que pasaba. Deyanira se centró en su pendiente de wolframio para contrarrestar el hechizo. Entonces Arturo disparó.

A Deyanira, por supuesto. Aunque Xilenia parecía más peligrosa con esa cola de lagarto y ese brazo que parecía capaz de aplastar un coche de un puñetazo, se la tenía jugada a la diablesa de los cuernecitos rosas, a la que le había robado al cupido.

A unos dos metros de distancia, Arturo sabía que no podía fallar. Apuntó, no a la nuca para matarla, sino a los omóplatos para inutilizarla. La quería viva, al menos hasta que sacara el arco y él se lo destrozara para robar su poder. Los dos tiros impactaron justo donde el asesino quería, clavándose en la carne de Deyanira. Un gran dolor la recorrió y se cayó de rodillas. Uno de sus hombros estaba destrozado, con la bala alojada dentro y su articulación reventada. La sangre manaba de allí,

lentamente, directa hacia su camiseta con el dibujo de un diablillo. En su otro hombro las escamas habían evitado que la bala entrara, pero la fuerza del impacto le había dislocado el brazo.

La diablesa aguantó el gemido de dolor que pugnaba por salir de sus labios. Alguien le había disparado por la espalda, a traición. Se levantó todo lo rápido que pudo. El movimiento le costó unos valiosos segundos. Por suerte, aunque había caído de rodillas, su rostro no había llegado a tocar el suelo con lo que no necesitó de sus brazos, esos que ahora no le servían de nada, para ponerse en pie.

Los ghoules, a los que no había llegado a curar, estaban casi encima de Ageón y su rival, Xilenia, peleaba contra este. Ilesa. Porque las balas humanas de la semiautomática del motero no le habían hecho nada. Tan solo ralentizarla unas décimas de segundo mientras recibía el impacto y sentía el dolor; ya que el cuerpo de los demonios se regeneraba a toda velocidad de las heridas infringidas por un arma no bendecida para luchar contra ellos.

Deyanira, deseando con todas sus fuerzas que Ageón pudiera apañárselas solo, acabó de levantarse y se giró hacia detrás todo lo rauda que pudo.

Un humano, uno con rastas y ropas que olían mal, estaba a menos de un metro de ella, apuntándola con un arma a la altura de su rostro.

—Saca tu arco si no quieres que te remate ahora mismo —le amenazó el cobarde que la había atacado por la espalda.

—¿Mi arco? —le contestó.

Pese al dolor, pese a la sangre, se las ingenió para poner su carita más seductora e inocente.

—No me engañas, demonio. Tu arco.

—Muy bien.

Por supuesto, Deyanira no pensaba dárselo. No era tan idiota. A ese arco estaban unidas su esencia y su alma. Lo que iba a hacer era ganar un poco de tiempo para curarse. No fue necesario. Ageón, que había estado peleando con Xilenia, esquivó su cola, se le clavaron varios dientes con veneno en su cazadora de cuero, la cual usó para cubrirse, y agarró a la diablesa de los pelos. Si las balas humanas no servían, tendría que utilizar otros métodos. Así pues, tiró de su cabeza hacia abajo para pisarle el cuello y partírselo cuando esta usó su brazo gigantesco para levantarse, en un movimiento que lanzó a Ageón hacia atrás. Este, que no había soltado sus cabellos, le dio un rodillazo en la espalda y aprovechó el momento para dar un salto hacia donde estaba Deyanira, para ayudarla, tirándose sobre el de las rastas. Arturo, al verlo por el rabillo del ojo, se giró, le apuntó y disparó tres balas seguidas, en tres toques del gatillo. Por el súbito salto, solo acertó una de los disparos. Ageón, ignorando su herida por la adrenalina, cayó sobre Arturo. Comenzaron a darse de ostias. Deyanira, agradecida, aprovechó para usar la magia de su pendiente para curarse. El hilo de este se hizo un poquito más fino y las escamas protectoras se expandieron hacia su pecho. Xilenia, viendo lo que ocurría, decidió pasar del motero e ir a por la zorra de su rival.

Para su sorpresa, esta paró con agilidad su golpe y comenzó a contraatacar a una velocidad mucho más rápida de lo que Xilenia era capaz de pelear. Los ghoules, que habían cambiado su dirección, prácticamente acababan de llegar a donde en esos momentos se encontraba Ageón. Al cual no le quedó más remedio que comenzar a defenderse también de ellos. Arturo, que en realidad no iba a por el motero sino a por la diablesa de la otra noche, se escabulló de la pelea, dejando a Ageón luchando contra los zombis. El cupido estaba herido pero, como la bala estaba marcada para matar demonios, no era grave. A continuación, Arturo echó un vistazo a su presa. La vio peleando contra la otra diablesa, en perfecta forma física, como si sus balas no le hubieran hecho daño. Así que, extrañado, sacó la única arma que le quedaba: su inhibidor. Apuntó a la Miss Universo y disparó. La bala, muy fina, casi tanto como una aguja y con una cabeza triangular para quedarse bien clavada en la carne, impactó en los riñones de Deyanira. Un hilo metálico la conectaba al inhibidor, el cual le suministró una corriente eléctrica que el asesino había diseñado para que no le dejara teletransportarse mientras la estuviera recibiendo. Lo que fue el tiro, apenas molestó a la diablesa, la cual estaba pendiente de Xilenia. La corriente, sin embargo, la recorrió con fuerza, haciendo que fuera incapaz de moverse. Su rival aprovechó para darle un buen mazazo con su brazo de gigante en el pecho. Las escamas que allí la cubrían solo la protegían contra cortes o puñaladas, por lo que Deyanira cayó al suelo con varias costillas rotas y la bala del inhibidor todavía clavada en sus riñones. Indefensa, intentó teletransportarse para irse lejos de Xilenia pero no pudo. Esta sonrió con malicia y lanzó un coletazo hacia ella. Pero antes de que la acción combinada de Arturo y su rival demoníaca pudieran acabar con la diablesa más glamourosa del Infierno, antes de que Ageón, herido, se viera sobrepasado por sus colegas zombis, unos a quienes no quería herir lo cual le dificultaba mucho la defensa, una luz cegadora inundó la zona y los humanos se desvanecieron, como si fueran seres a quienes ese resplandor mataba descomponiéndolos en millones de partículas de polvo iridiscente.

Hermoso, sí. Pero letal.

Cuando la luz se desvaneció ya no quedaron humanos. Ni los camareros de la heladería que lo miraban todo desde detrás del cristal; ni los ocupantes de los coches que se habían quedado detenidos por el choque que había ocurrido después de que dispararan a un vehículo; ni Daniela y sus amigas en la playa; ni siquiera los moteros zombis. Arturo parpadeó y descubrió que estaba cerca de Ageón, con las dos diablesas a poco menos de dos metros, en el mismo sitio donde habían estado luchando. Ese coletazo que Xilenia había comenzado a lanzar se había quedado congelado y, tanto ella como su rival, se miraban con odio y sorpresa. El asesino de cupidos había soltado el gatillo de su inhibidor, con lo que Deyanira ya podía moverse si lo deseaba. Y, excepto por la ausencia de cualquier ser que no perteneciera al Cielo o al Infierno, todo lo demás seguía igual. Farola caída, sillas movidas, la playa a lo lejos. Aunque, eso sí, ya nadie peleaba. Ageón se acercó un paso hacia

Arturo, puesto que era su enemigo y quería acabar con él. Pero enseguida se dio cuenta de que no era el momento. Lo miró a los ojos, dirigió su vista hacia donde el asesino lo estaba haciendo (justo a sus espaldas) y se dio cuenta de que había un ser angelical que portaba una espada tan brillante que era muy posible que hubiera sido la que había provocado toda esa luminosidad. Se olvidó de inmediato de partírla la cara a Arturo.

—Un arcángel... —susurró asombrado Ageón.

Al escucharlo, Van Hell supo hacia quién dirigir su ira. El arcángel, sin embargo, no lo miraba a él sino al motero.

—Sí, y tú eres el hijo díscolo que ha de ser castigado.

Ageón ya se lo imaginaba. No había intentado matar a Eyén, de acuerdo, pero había peleado contra dos diablasas y varios demonios (porque eso eran en esos momentos sus hombres debido a los ghoules que los poseían) delante de muchos testigos humanos. Tantos que estaba seguro de que la prensa y la policía estaban en camino. Porque podía pelear contra humanos y no pasaba nada. O contra demonios y, si no llamaba la atención de las autoridades y los medios, incluso le felicitaban. Pero, por culpa del follón que se había montado, estaba claro que tenía serios problemas.

—Señor, ¿no podemos intentar arreglarlo? Ayudar a la gente a olvidar, a creer que aquí ha pasado otra cosa.

—Eso ya lo he hecho, pero tu principal pecado no tiene que ver con tu falta de cuidado, sino con haber peleado contra un ángel.

—Señor, no he tocado a Eyén.

—No me refiero a Eyén —le contestó el arcángel con sus ojos, tan gélidos como rígido estaba el resto de su cuerpo, clavados en el de las rastas.

—El asesino de cupidos... —comprendió Ageón.

Ningún ángel, bajo ningún concepto, podía intentar matar a uno de los suyos y ese maldito humano era el puto asesino y, como todos sabían, era por parte paterna un cupido. (Uno que seguía ileso y sin castigo porque también era humano).

¡¡¡Mecagüen el demonio!!!

Putas mala suerte. Para eso podría haberse cargado a Eyén que le tenía más ganas.

En cuanto a Arturo, él escuchó al arcángel pero no entendió nada. Él no era un ángel. Su padre, Van Hell, no era un estúpido angelote metomentodo sino un cazador de cupidos.

—No, Arturo —le dijo el arcángel mientras su mirada continuaba clavada en él, sin más sentimientos que quizás un poco de piedad—. Eres hijo de un cupido que se saltó las reglas casándose con la humana a la que amaba.

—¿Que mi padre era un cupido cabrón que le lanzó una flecha a mi madre?

Van Hell no quiso seguir escuchando más. Eso era mentira. Su madre le amaba de verdad, no fue manipulada. Él no era el fruto de una jodida flecha. Se enfadó, mucho. Tanto que no escuchó lo que le decía el arcángel. Todo eso era falso y él ya sabía contra quién tenía que dirigir tantos años de ira acumulada. Por ese niño abandonado.

Por esa madre a la que borraron el amor por su padre. Por cómo le jodió su cupido con la capitana del equipo de baloncesto. Por todas las injusticias que había visto a lo largo de su larga vida, la muerte de Daniela incluida. Por Daniela. Por su madre. Por su padre. Por él mismo.

Sus ojos se entrecerraron un instante antes de que atacara a su presa, justo cuando tomó la decisión.

Mientras tanto, mientras el guerrero celestial de la espada brillante hablaba con Arturo, Ageón pasó de jurar por su mala suerte a algo más productivo. Decidió que, ya que se lo iban a llevar de allí enseguida (eso si el arcángel no decidía impartir la justicia él mismo, que por su rango podía), sus últimos segundos serían para Deyanira. La miró. Ella lo estaba observando a él. Era tan hermosa y tan buena peleando... Tendría que haberse ido con ella a Saturno en cuanto la conoció. Habérselo propuesto y repetido hasta que la mujer hubiera aceptado, nada de irse cuando acabara todo. Porque era muy bonito eso de decir que él no era hombre de una sola chica pero, en realidad, Deyanira era todo lo que podía desear encontrar en mil mujeres juntas. Y mucho más; él lo sabía. Por una mujer así estaba más que dispuesto a dejarlo todo. Por eso, aunque tarde, se lo dijo con sus ojos. La miró con amor, con deseo, explicándole sin palabras que solo la quería a ella. Estaba seguro de que estos eran sus últimos momentos. A él lo mandarían de carnada a las guerras o le aplicarían el Castigo. Ella, por lo menos, estaría a salvo; ya que los tratados con el Infierno referentes a las zonas neutrales no le permitirían al arcángel tocarla. Deyanira leyó todo eso en su mirada y soltó una lágrima por la comisura de uno de sus ojos y, pese a que se notaba que estaba herida, apoyó los brazos en el suelo y se medio incorporó para verlo mejor.

Y allí acabó todo.

Porque Arturo ya sabía hacia quién dirigir su ira. Quién había sido el cabrón hijo de puta manipulador y mentiroso que se había cargado a todos los humanos, Daniela incluida. Esa chica era maja, le caía bien y esos putos ángeles no contentos con joderle la vida la acababan de matar, de convertir en polvo en una especie de castigo divino que no se había ganado. Porque nadie se merecía algo así. Ni tampoco el que intentaran mancillar el nombre de su padre. Furioso y lleno de rabia se abalanzó contra el maldito arcángel y le arrebató la espada. Este no se lo esperaba pero, pese a todo, abrió sus labios para pronunciar la palabra divina en un acto de defensa y así acabar con el asesino. Pero no pudo. Deyanira, que no tenía ninguna gana de ni de que un arcángel la venciera y mucho menos de que le arrebatara a su hombre, gastó los últimos átomos de wolframio de su pendiente en sellarle la boca. Cosida. Como si un cirujano se la hubiera cerrado en un acto macabro. Ya se curaría las costillas con su regeneración natural y unas cuantas semanas de cama. Arturo acabó su movimiento y, con la misma espada que acababa de quitarle, le separó la cabeza del cuerpo.

Fácil, muy sencillo. Porque el filo de la espada de luz de un arcángel podía cortar

cualquier cosa sin resistencia.

Y junto con el cuerpo de su dueño el arma blanca se consumió en un estallido luminoso, devolviendo a todos al plano la Tierra, de donde habían salido cuando el arcángel usó su espada de luz.

Capítulo Cuarenta y ocho

Minutos atrás, Diofanor estaba en la zona de observación de las nubes, mirando angustiada cómo su hermano iba a besar a su protegida. Y, por si eso fuera poco, aparecía el marido de esta y le daba un puñetazo. No le hizo daño permanente, claro, porque un mortal no podía herir a un ángel. Es decir, le partió la nariz y hubo sangre, pero Eyén se regeneró enseguida. A Diofanor le resultó curioso que de verdad Pedro hubiera podido darle el golpe, que se hubiera encontrado con la carne sólida de su hermano en vez de atravesarla como si fuera aire. Solo se le ocurría una cosa y era que el cupido, en parte avergonzado por lo que estaba haciendo, asumiera que se merecía el puñetazo y, consciente o inconscientemente, le hubiera dejado al camionero dárselo. Otra cosa era que su cuerpo se curara al instante.

Desde arriba, Diofanor se debatía entre la necesidad de bajar allí a ayudar a su hermano y el conocimiento de que eso podría arruinar su carrera porque su guardián le había advertido que no se acercara a Arturo Van Hell. Ese mismo que estaba sentado en una mesa contigua de la heladería, seguramente esperando el momento idóneo para asesinar a Eyén.

Diofanor pensó que a lo mejor su jefe ya estaba informado y hacía algo. Pero no, no podía ser, pues había dicho que la vigilante le pasaba los informes cada día, no cada veinte minutos. Así pues, mientras se debatía en su lucha interna, continuó mirando. Cuando vio a la diablesa y la transformación de los moteros en ghoules, no esperó más. Eso era una guerra y cualquier ángel estaba autorizado para reportarla de inmediato. Se levantó de la nube y echó a correr hacia el teléfono de emergencias que había en esa misma área, pensado para casos como ese. Lo descolgó. No tuvo ni que marcar un número pues conectaba directamente con el despacho uno de los arcángeles. Nada más escuchar la voz fría e impersonal de su secretario, le dio el mensaje, que una diablesa estaba usando magia demoníaca para transformar a humanos. El secretario le dio las gracias por su diligencia y le pidió la dirección exacta. Segundos después de que el cupido colgara el teléfono, antes de que pudiera volver a tumbarse en su nube de observación, el arcángel ya estaba siendo informado. Nada que ver con la burocracia de pedir una cita con tu guardián. Con rapidez, el

arcángel se puso su armadura, cogió su espada y bajó a Salou.

Dispuesto a mandar a esa demonio de vuelta al Infierno y a purificar las almas de todos los humanos implicados.



«Purificar las almas» eran las palabras claves. Porque lo que mi señor el arcángel pretendía hacer era devolver a los moteros a su forma humana y borrarles tanto los recuerdos de haber sido unos demonios necrófagos no-muertos como el daño que eso había causado en sus almas.

Sí, soy yo, la vigilante, la que os cuenta la historia. La que había usado parte de su poder para ocupar un cuerpo humano que debía de haber muerto de un infarto haciendo deporte, corriendo demasiado en la cinta del gimnasio. Nadie se dio cuenta, por supuesto, porque yo infringí las normas para curar ese cuerpo y que no falleciera. Además, para el humano fue como un milagro, una resurrección sin muerte de la que ni siquiera se percató puesto que yo, a diferencia de un demonio, cuando realizaba una posesión pasaba desapercibida por el dueño del cuerpo. Me limitaba a implantar sugerencias que mi anfitrión cumplía creyendo que eran ideas suyas. Porque no había una fecha fijada de la muerte de nadie, ningún archivo celestial que dijera que tal día y tal hora Fulanito compadecería ante el juez. No... por eso nadie se dio cuenta y yo pude ayudar a Daniela, disimuladamente escondida en una de sus amigas.

Mi problema fue que cuando llegó el arcángel y creó un plano a imagen de Salou, uno a donde llevó a todos los que tuvieran parte demoníaca o celestial, yo, que estaba ocupando parte del espacio reservado al alma de mi anfitrión, fui localizada y «purificada». No morí ni desaparecí como los demonios ghoulés que habían ocupado el cuerpo de los moteros. Sentí dolor, sentí pérdida. Pero solo de esa ínfima parte de mí que estaba dentro de mi huésped.

Os preguntaráis que, con el arcángel muerto y yo como vigilante de la zona, ¿quién iba a informar de mi infracción? Sencillo: cualquier otro arcángel porque los puñeteros estaban conectados entre sí a nivel telepático. Un poder que les resultaba de lo más útil cuando estaban batallando y dirigiendo a sus ejércitos en las guerras. Una habilidad que de inmediato me marcó como culpable de interferencia en grado dos en el libre albedrío humano, incumpliendo los artículos 4.2, 4.3, 7.1 y 9103 del Reglamento de vigilantes. ¿Encantador, verdad?

Pero no os preocupéis, mi juicio no fue instantáneo (cosas de la burocracia) y pude disfrutar de un par de días más como vigilante, los justos para acabar de contaros esta historia.

Porque sí, Daniela no estaba muerta. Ni Daniela, ni su marido, ni sus amigas, ni los moteros, ni ningún ser humano de las intermediaciones de la heladería.

Se habían quedado allí, en el plano de la Tierra, purificados y libres de cualquier

influencia tanto demoníaca como angelical.

Y sí, yo todavía tenía acceso a los pensamientos de Daniela. Pero antes de introducirlos en ellos, dejadme acabar de contaros la historia entre Deyanira y Ageón. Ageón... (suspiro). Reconozco que el cupido puede que hubiera tocado un poquito mi corazoncito de vigilante imparcial. Quizá porque, como ya os he dicho, la humanidad me había «corrompido». Y, si no fuera porque ese pedazo de tío ya estaba fichado, en fin... ¿qué os puedo contar yo ahora que soy tan humana como vosotros?



Ageón, Arturo, Eyén, Deyanira y Xilenia aparecieron todos juntitos en la heladería. Xilenia, de inmediato, usó su magia para volverse a su plano demoníaco. Deyanira no. Tenía una última cosa que hacer si quería que su jefe la hiciera inmortal (y a su madre) y torturara, violara, se comiera y matara a Xilenia (en ese orden, ¡oh, sí!). En realidad, lo de convertir a humanos en ghoules y haber sido pillada por las fuerzas de la luz ya la hacía merecedora de todo eso pero Deyanira quería que su castigo fuera por haber perdido en su lucha particular. Esa que tenía como epicentro a Ageón. Así que se dirigió al asesino de arcángeles. El tío apestaba a poder divino y no le interesaba.

—Me parece que lo mejor será que cada uno sigamos nuestro camino —le dijo—. Ahora que eres más que inmortal, no creo que quieras cazarme, ¿no?

—Ni a mí —intervino Eyén, que tenía muy presente quién le había disparado en el hombro.

—No, no, podéis iros —les contestó Arturo, el cual estaba como ido con todo ese poder.

Además, todavía estaba asimilando lo que había hecho ya que se había cargado a un arcángel sin motivos; pues los seres humanos que había en esa zona no se habían convertido en polvo: seguían allí. Los camareros de la heladería, los transeúntes que no habían corrido lo suficientemente rápido cuando apareció la diablesa de la cola (habría sido curioso ver qué explicación se les ocurría para racionalizar eso, pero por lo visto el arcángel les había cambiado la memoria) o los moteros ya sin ghoules dentro.

Y, lo peor de todo, era que con el poder celestial le había venido información sobre su padre. Ahora Van Hell se daba cuenta de que este fue un cupido. Por lo visto, al matar al arcángel había absorbido su poder y, durante unos instantes, le había leído el pensamiento. Así pues, era consciente de que el arcángel no le había mentado. Sin embargo, el amor de sus progenitores fue genuino, no hubo flechas de por medio, fue una bonita historia que acabó mal cuando los pillaron los del Cielo. Su padre se enamoró de una humana y, como esta le correspondía libremente, decidió vivir feliz con ella en la Tierra. En su cuaderno, aquel que había encontrado y usado para

fabricar sus balas, su progenitor anotaba los resultados de las investigaciones que hacía para defenderse, para estar preparado cuando vinieran a por él. Por lo visto, luchó duro y perdió. Murió. Su alma fue condenada al olvido eterno, el mismo al que él acababa de mandar al arcángel.

Al principio, Arturo se sintió traicionado al saber que su padre fue un cupido pero después, tras entender que no usó sus flechas, le dio pena y rabia su injusto final. Malditos ángeles engreídos que se creían con derecho a manipular las vidas de la gente... Se sintió menos culpable por haberse cargado al de la espada y continuó metido en sus pensamientos, asimilándolo todo, pasando de los dos cupidos y la diablesa que tenía al lado.

—Bueno, pues yo me voy...

Eyén se apresuró a largarse de allí bien rápido. Porque sabía que los del Cielo irían a por él, a castigarlo por haber iniciado todo ese caos en el mundo humano. Porque había confesado que amaba a su protegida. Porque ellos ya sabrían que, todo ese potencial que se suponía que tenía, lo había desperdiciado para nada. Su hermano estaría decepcionado con él. Lo sentía mucho, estaba avergonzado y, sobre todo, lamentaba no poder vivir feliz al lado de Daniela. El otro Van Hell, el padre del asesino que había matado al arcángel, se enamoró de una humana que no era su protegida y logró evadirse, tener varios años de felicidad. Acabó mal para él, muy mal; pero por lo menos conoció lo que era estar con ella, tener un hijo. Eyén había obrado mal y tampoco había tenido el valor de tirarse a la piscina como hizo el padre de Arturo. En vez de eso, se dedicó a complicar la vida de su amada, haciéndola infeliz. Así que sí, se merecía el Castigo. Pero no lo quería; ni mirar a los ojos a su hermano y a su padre y ver su decepción. Por eso huyó por las calles, confiando en que tardaran en encontrarle.

Arturo, que se acababa de sentar en un banco a reflexionar, Ageón, Deyanira y los moteros (que ya no parecían zombis y no recordaban nada de lo que les había pasado) se quedaron en la zona de la heladería.

Ageón, antes de que sus hombres le vieran y tuviera que dar unas explicaciones para las que no se sentía con ánimo en esos momentos, miró a Deyanira y le pidió que lo sacara fuera de allí. Deseaba hablar con ella. Eso era mucho más importante que tranquilizar a sus colegas.

—Perfecto, a tu habitación —le contestó la diablesa y lo teletransportó a su hotel.

La mujer arrastró con ella el hilo y el inhibidor. Se lo quitó con un gesto de mosqueo una vez en su destino. Y, pese a que no quería parecer débil, dejó que el cupido la tumbara sobre la cama.

—Estás herida... —Frunció el ceño Ageón, diciendo lo obvio.

—Me curaré. Ahora tengo algo más importante que decirte. Vente conmigo, Ageón. Pasa de la contemplación divina y del aburrimiento del Cielo, vente conmigo.

El motero, que estaba sentado sobre el colchón, muy cerca de ella, llevó sus dedos al bello rostro de la diablesa, esa chica tan valiente que, incluso malherida, intentaba

hacerse la dura. Bueno, hacerse no, ella lo era. Igual que muchas cosas más.

Se acercó a sus labios y los besó, con una ternura y delicadeza con la cual era la primera vez que los acariciaba.

—Vente... —le repitió ella una vez que él acabó de fundir sus alientos en uno solo—. Mi jefe te hará una oferta. Serás un gran guerrero.

—Shhh... —le contestó Ageón—. No te preocupes, claro que voy. Pero no por tu jefe, sino por ti; aunque mentiría si negara que me atrae bastante la idea de luchar en vez de ser castigado por los míos. Sin embargo, quiero que no te quede ninguna duda de que si me cambio de bando es por ti.

Le hablaba a pocos centímetros de su boca, la cual acariciaba con las yemas de sus dedos. Deyanira se estremeció. Le parecía que lo que él le estaba contando era un sueño, tan bueno que no podía ser real.

Ageón continuó susurrándole:

—Puede que cada vez crea menos en todas las normas y leyes del Cielo pero, si lo hago, es solo por ti. Porque no soportaría no volver a verte nunca más.

—Ageón, yo...

Ella lo miró inmensamente feliz. Eso era más de lo que esperaba escuchar. Porque Deyanira, en lo más profundo de su ser, sentía un hambre que solo él podía saciar. Supuso que era más que lujuria, que era amor. Un sentimiento demasiado raro en las de su raza. Un tesoro que estaría encantada de compartir con su hombre por toda la eternidad.

O, como cualquier Segadora de almas diría, hasta que murieran luchando y disfrutando de los mil y un placeres del Infierno.

—Shhh.

Él la besó. Otra vez. Estaba obligándose a ser delicado porque su amada estaba herida. En medio de un «pluf», la diablesa los teleportó a ambos a sus habitaciones en el inframundo. Abajo, muy abajo. Allí donde las temperaturas eran tan elevadas que eran capaces de rivalizar con el calor que ambos sentían.

Por siempre jamás.



Y ahora, si me permitís una de mis últimas intervenciones, volvamos a Daniela.



¿Dónde estaba Eyén?

¿Qué había ocurrido?

Me estaban llamando, mi marido y mis amigas, pero yo no quería escucharles. Quería, necesitaba, despertar. Este sueño era una mierda, una maldita pesadilla. Yo

quería volver al sofá-cama de Vane para largarme a mi propia cama y a mi casa con mis hijos.

Y de paso que se largara ese adúltero de Pedro.

Borrarlo, sí, me encantaría borrarlo de igual modo que había desaparecido mi bomboncito.

Jolines, si estaba soñando... ¿por qué no me despertaba a causa de lo que me dolía el estómago?

Abrí los ojos.

Estaba tumbada en la arena. Delante de mí estaba Pedro, agachado, con cara de arrepentido y de preocupado; además de con una Ana que intentaba en vano empujar sus cerca de noventa kilos de peso para apartarlo de mi lado.

—Daniela, lo siento, perdóname. No quería pegarte. Ha sido un accidente. No deberías haberte metido en la pelea.

«No deberías». La historia de mi vida desde que estaba con él. Ahora me daba cuenta. A veces no había nada como un buen puñetazo en sueños para ver con más claridad. Imaginé que unos cuernos, un tiempo con mis amigas y ese desconocido con el que había charlado a la orilla del mar, también habían ayudado.

En fin, ¡buenas noticias!, desde que mi bomboncito se había esfumado mi molesto calentón se había largado también y volvía a tener la cabeza más fría.

¡Jod**! Si no fuera porque estaba soñando, pensaría que me habían dado una de esas pastillas que te hacen desear tirarte al primero que pillas, sin importar nada. Menuda mierda de estado. Menos mal que ya había pasado.

Le hice un gesto a Ana como que estaba bien, que dejara de intentar apartar a empujones a mi marido, y le devolví la mirada a Pedro.

—Mira, esto no es real —le expliqué—. Así que vete a la puta mierda. Y, ¿sabes qué? Cuando me despierte te llamaré por teléfono para decirte lo mismo. Quiero el divorcio, quiero a los niños y lo quiero ya. Y ahora levántate, cabrón adúltero —me desahogué.

Vaya con lo que tenía dentro, acumulándose. Mejor así. Mejor fuera. Ahora solo tocaba despertar.

—Daniela yo...

—Tú nada —lo interrumpí—. ¡Largo!

Dándose cuenta de que no tenía nada que hacer, se levantó, dejó de estar agachado a mi lado y se retiró unos pasos hacia atrás. Ana ocupó su lugar.

—Daniela, lo siento mucho. Pero esto no es un sueño.

—Sí, hombre. ¿Y los moteros yendo hacia nuestra mesa? ¿Y la farola que se cae como si nada? ¿Y todo el mundo haciéndonos corrillo? ¿Y mi bomboncito desapareciendo como por arte de magia?

—¿Bomboncito? —Me miró enarcando una ceja.

—Ehhh... Eyén.

—Tienes mucho que explicarme, Daniela. Pero no ahora. Anda, vámonos.

Me ayudó a levantarme. Se escucharon voces de protesta desde las tumbonas ocupadas por los adolescentes. Por lo visto les estábamos dando entretenimiento gratis.

—Blanca, allí tienes a tu hija, bebiendo —me giré hacia ella una vez estuve de pie.

El estómago todavía me dolía, aunque menos.

—Ah, vale. Gracias. ¿Estás bien?

—Sí.

—Vale. Voy a por ella. Pensaba que estaba bañándose, no montándose un botellón con sus amigos.

—¿Vas a ir? —le preguntó Vane—. Sus amigos no son góticos. Igual si dejas que se relacione vuelve a la normalidad.

—Hay chicos. No pienso dejar que me la dejen embarazada. Hasta luego.

Blanca se fue hacia las hamacas. Se escuchó un revuelo por esa zona. Por lo visto la amiga de Gema de la otra noche, Violeta, acababa de reconocer a su madre.

Yo me centré en Ana.

—Vámonos. Y tú ni me sigas —le espeté a Pedro.

Este no me contestó, no se atrevió, y se quedó allí, mirando cómo nos alejábamos. Estábamos todavía caminando por la arena cuando se nos acercaron un par de moteros. Fueron directos hacia Vane, que era la que caminaba la primera.

—Disculpe, señorita, ¿ha visto por aquí a uno de los nuestros que llevaba ropas que le iban grandes?

—Sí. Debe ser amigo del camionero.

—¿Camionero? ¿Pedro?

—Ahá. A Pedro lo tienes allí detrás —le señaló Vanesa sin girarse.

—Muchas gracias, señorita —le contestó el hombre, mostrándole una cálida sonrisa.

Vane se lo quedó mirando. Yo conocía esa expresión. Casi podía escuchar su cerebro preguntándose «¿*me lanzo?*, ¿*no me lanzo?*». Debió ganar la comparación con el viudo porque tomó aire y se zambulló de golpe y a ciegas en la piscina.

—Venga, te acompaño —se agarró de su brazo con todo el desparpajo que pudo reunir.

Lo cierto era que, con lo bajita que era Vanesa, al lado del hombretón de casi dos metros parecía más que nunca una muñequita. Pero oye, por mí perfecto, hacía mejor pareja que con el viudo del tacto blandengue.

Sin despedirse de nosotras (no hacía falta, las amigas comprendíamos esas cosas), Vane se fue muy ufana a mostrarle al motero dónde estaba Pedro y a contarle qué había pasado.

De esto me enteré después pero, por lo visto, mi «marido», en vez de estar arrepentido por lo que me había hecho, se había acercado con furia al motero, gritándole que llamara a Ageón, porque el muy cabronazo le había fallado.

Por mi parte, Ana y yo nos retiramos hacia el apartamento; por suerte Ana tenía llaves. Cuando llegamos a la heladería, me encontré con el adonis rubio, el chico simpático de hacía unas horas. Estaba sentado en un banco, con las rastas a su lado; por lo visto eran una peluca. Llevaba esas ropas horribles de macarrilla y miraba hacia delante como si estuviera perdido. Juro que pensé en pasar de largo (bastante tenía con asimilar que esto podía no ser un sueño y yo estuviera haciendo méritos para meterme en Expediente X) pero el pobre había sido amable conmigo y a lo mejor necesitaba ayuda.

—Aguarda un momento —le susurré a Ana y me acerqué a él.

Mi amiga, más resignada que extrañada (al fin y al cabo la chica siempre había sido muy práctica), aguardó varios pasos por detrás de mí.

Había más moteros por la zona, peinándola. Debían de estar buscando al de las ropas holgadas. Además, se escuchaban las sirenas de la policía acercándose.

—Hola, estás bien.

—¿Hola? —le repetí al ver qué no se movía.

—Perdona —pareció volver en sí.

—¿Estás bien?

—Mejor que bien. —Me sonrió—. Ahora, por fin, sé quien soy.

—¿Qué?

—Tú no sabes lo que ha pasado aquí, ¿verdad?

—No. ¿Tú crees que estamos soñando? —le pregunté bajando la voz para que Ana no me oyera.

No era cuestión de que se pensara que yo me estaba volviendo loca con lo de que el bomboncito había desaparecido.

Aunque para bomboncitos este pedazo de rubio...

—No, tranquila. ¿Has visto a los moteros zombis?

—¿Qué?

—¿Al arcángel?

Me levanté. Si esto no era un sueño el adonis estaba pirado.

—Espera. —Todavía sentado, me mostró sus palmas en un gesto de honestidad—. Puedo explicarte por qué te sentías tan sexualmente atraída hacia el hombre de antes, el que desapareció de repente.

Me lo quedé mirando. ¿Cómo sabía él eso?

—Pero no tiene por qué ser hoy. Mira, te doy mi número de teléfono y, si quieres, me llamas. Vamos a un sitio concurrido, lleno de gente, y te cuento.

—De acuerdo —me sorprendí a mi misma contestándole.

Pero es que eran ya muchas cosas raras y yo quería respuestas. Sobre todo si, como parecía, no estaba durmiendo.

—Eh... ¿tienes un bolígrafo?

—No pero me lo puedo guardar en el móvil. —Lo saqué—. Dime.

Me dio su número y lo anoté. Bajo el nombre de Arturo, pues todavía lo

recordaba. Me despedí con un tímido «*hasta luego*» (¿qué le dices a un tío que podría estar pirado?) y me fui. Con Ana. Al apartamento de Vane. Directa a dormir lo que quedaba de noche y a ver qué pasaba al despertarme. Pasando de la policía que acababa de llegar.

—Oye, Daniela... —me preguntó mi amiga dubitativa cuando entrábamos en el apartamento—. ¿Te acuerdas de la comida con Pedro?, ¿cuando te fuiste y me quedé y tomé café con él?

Asentí. No tenía demasiadas ganas de charlar pero asentí.

—Bueno pues... me confesó que estaba aquí por ti. Que le gustabas mucho y, como acababa de enterarse de lo de tu marido, me preguntó si yo creía que él podía tener una oportunidad.

Puse los ojos en blanco. Si ya lo decía yo...

—¿Y que le dijiste?

—Pues me enfadé con él, por aquello de perseguir a una casada y jugar así conmigo. ¿Hice mal?

La miré. Yo estaba agotada y ella preocupada.

—No —la tranquilicé—, no pasa nada. Es un tío al que no me importaría no volver a ver en la vida. ¿A ti te sigue interesando?

—No.

—Genial. Me alegro. Vamos a dormir.

Estaba siendo un día muy raro. Me encantaba que Ana por fin pareciera aprender a identificar a los tipos que no merecían la pena pero, lo que era yo, necesitaba descansar. Olvidarme de todo esto por unas horas y mañana ya vería. Quién sabe, quizás hasta telefonaría a Arturo.



Van Hell se quedó mirando cómo esa mujer tan agradable se iba caminando al lado de su amiga. Era cierto lo que le había dicho: por fin sabía quién era. Era el hijo de un cupido y por eso podía verlos y realizar la magia que fabricaba armas capaces de dañarlos. Incluso podía absorber sus esencias. Lo que ignoraba era que, por suerte para él, no tenía todos los poderes del arcángel al que acababa de eliminar. Al fin y al cabo, era mitad humano. Así pues, ni podía convocar la espada de luz ni estaba conectado a nivel telepático con otros arcángeles. Más bien acababa de ganarse la juventud eterna y un par de cosillas más.

Lo más interesante de todo, lo que le dije yo una vez que me volvieron humana (pues como vigilante, una vez fuera de Blanca, no tenía modo de interactuar con los habitantes de la Tierra), fue que ellos no podían hacerle nada. Ni castigarle, ni quitarle sus poderes, ni nada. Todo gracias a la mitad mortal que le debía a su madre. Ah... libre albedrío, el único don de la humanidad.

Sí, de la humanidad. Porque ahora yo también soy humana. Fue mi castigo por haber condicionado esa capacidad de los mortales de labrarse su propio destino.

Y sí, había utilizado a Blanca, la odiosa bruja de Blanca. Pobre mujer, nadie la entendía. Aunque lo de su infarto fue cuando lo de su divorcio. Y yo, poco a poco, le di consejos para cambiar de modo de ser, de ver las cosas, para que se hiciera amiga de Vane. Lo cual me vino perfecto para ayudar a Daniela, de acuerdo, pero también la ayudó a ella.

Ahora Blanca, aunque me mira con recelo, es mi amiga. Como Daniela, Vanesa (que está liada con el motero de la playa), Ana (esta sigue soltera, decidió que el de la bici no era trigo limpio y que ya era hora de romper su mala racha con sus novios ¡Bien por ella!) y Gema (que sigue siendo gótica pero no tan extrema y vuelve a ser amiguísima de Violeta).

Todos felices. La que más Blanca, que se ha casado con el pediatra. Al fin y al cabo, al principio solo hablaba con él para molestar a Daniela pero, poco a poco, se dio cuenta de que lo hacía por algo más (ah... dichoso cupido...).

En cuanto a mí, ahora que soy humana, he decidido que el trabajo que más se ajusta a mis características como vigilante es el de escritora. Y me he creado un nombre. Incluso le he pedido a Daniela que me cuente sus pensamientos para dejaros un último capítulo, a modo de epílogo seis meses después, de su vida.

¿Qué? ¿Que quién soy?

¿De verdad todavía no os habéis dado cuenta de que Blanca Seiyafes es casi el acrónimo de Amaya Felices? ;)

Capítulo Cuarenta y nueve

Epílogo

—¿Qué os parece, peques?

Entré en la nueva casa a la que acabábamos de mudarnos Arturo y yo. De mi matrimonio no había sacado demasiado pues el piso donde vivía con mi ex era de alquiler y el camión, por lo visto, estaba endeudado. Pero no necesitaba demasiado dinero para empezar una nueva vida, tan solo un trabajo, ese mismo que había conseguido recuperar y que me iba a permitir poder con los gastos de una custodia compartida.

Sí, compartida. Porque era el tipo de custodias que daban en Aragón y Pedro, pese a ser camionero, se había comprometido a estar en Zaragoza los días que le tocaban los niños. Sinceramente, dudaba mucho que pudiera hacerlo. Más bien lo veía cambiándose de trabajo o arruinándose en niñeras pero, en fin, ese ya no era mi problema.

¡Qué liberación!

Se acabó eso de tener un medio marido que nunca estaba en casa. Arturo era diferente, se llevaba genial con mis hijos, era muy dulce y, sobre todo, siempre estaba allí. Además, no necesitaba trabajar. Con eso de haber vivido tantos años, tenía unos buenos ahorros y unas cuantas casas en propiedad. De hecho, era en una de esas, la más grande, a donde nos estábamos mudando. Era curioso pues mi nuevo novio (novio, qué palabra más rara para una mujer que llevaba años casada... ¡sonaba bien!) era también mi casero y por eso me hacía un buen descuento en el alquiler. Porque yo, por supuesto, me negaba a vivir allí si no me dejaba pagar mi parte.

Y hoy era el día de la mudanza. Ya teníamos todos los muebles y todo listo para entrar a vivir. Dani y Luis aún no la habían visto y yo estaba segura que les iba a encantar. Era mucho más grande que mi viejo piso y no tendrían que compartir cuarto.

—¡Halaaaaaaaaaaa!, ¡qué bonita! —se entusiasmó el pequeño, que daba saltitos por cualquier cosa.

—¿Te gusta?

—A mí mucho, mami —intervino Luis—. ¿Puedo ver mi cuarto, por favor?

—Claro, peque.

Le sonreí y avanzamos por el pasillo hasta las dos puertas contiguas que eran su habitación y la de su hermano. Al entrar, ver los posters decorando las paredes y sus peluches favoritos sobre la cama, se entusiasmaron.

Mientras ellos iban de un cuarto al otro enseñándose todo mutuamente, Arturo me agarró por la cintura y me dio un beso.

Dani se rio.

—Jajaja, un beso en los labios.

Yo lo agarre por la cintura y lo llevé a su cama, donde lo tumbé para hacerle cosquillas. Sí. Esto era diferente y, a riesgo de provocar el escepticismo de Ana, la alegría de Vanesa y el odio eterno de Blanca (porque aunque me caía mejor la chica seguía siendo un poquito bruja), ahora me sentía mejor, más calmada, más feliz, más yo.

Arturo se puso a jugar con Luis mientras yo le hacía cosquillas a Dani. Me medio incorporé y le susurré:

—¿Esta noche?

—Sí —me contestó formando la palabra con los labios, sin acabar de pronunciarla.

Porque esta noche iba a ser especial.

Mucho.

Arturo iba a compartir conmigo y con los niños la inmortalidad que le había dado el arcángel. Le había costado mucho averiguar cómo hacerlo, pero la que un día fue vigilante le había echado una mano. Parecía ser que no le gustaba hacer las cosas a medias. Y, así, él dejaría de tener la posibilidad de vivir para siempre para prolongar bastante tanto mi vida como la de mis hijos. Era un poco egoísta, de acuerdo, pero Arturo insistía en que siempre podía volver a cazar algún otro cupido dentro de un par de siglos y que, de todos modos, lo de envejecer tampoco era tan terrible si era a mi lado.

Un encanto, ¿verdad?

Pues este encanto era real, de carne y hueso, y todo mío.

En cuanto a la supernany y su teoría sobre el sexo cuando tienes niños... ¡ni caso! Porque, como siempre, lo importante era estar con el hombre adecuado. Es decir, aquel con el que te cruzabas más de una vez pero que solo reparabas en él cuando estabas lista para apreciarlo. Y si algún angelote en pañales con ganas de joderte la vida se interponía entre ese hombre y tú, haciendo que te enamoras de alguien que no te merecía, bueno... entonces llama a mi novio.

Su nombre es Arturo Van Hell y es un experto en asesinar cupidos.

FIN

¿FIN?

Capítulo Cincuenta

Toma falsa

—¿Pero qué broma es esta? ¡¡¡Eso a mí no me lanza una flecha!!! —gritó Vanesa.



Estaba en su casa, donde había quedado para celebrar su cumpleaños. Eran las nueve y media de la noche, habían pasado siete meses desde lo de Salou y en su salón había una mesa llena de comida y bebida. Sobre todo bebida. La comida, por supuesto, estaba en forma de emparedados de formas y sabores tan complicados y exquisitos como sus nombres; al fin y al cabo, la chica era muy perfeccionista.

Había invitado a su novio el motero, a Daniela y Arturo, a Ana y a Blanca. La mujer lo sentía por el pediatra pero en su salón solo tenía sitio para seis comensales. Cosas de vivir en un pisito monísimo pero pequeñito.

Y allí estaban, cenando, cuando de repente un tío en pañales se personificó delante de todos. Daniela le dio un toquecito a su novio bajo la mesa.

—¿Has sido tú? —le susurró.

—No, yo solo lo he hecho visible.

—¿Esto es un cupido? —Se echó a reír Blanca. Estaba claro que ella nunca había sido consciente de que la poseía una vigilante, ni accedido a sus memorias—. ¡Pero si parece un culturista dopado con pañales!

—Es que lleva pañales —observó Ana, ella siempre tan incisiva.

—¿Y que hace en mi fiesta? Yo no le he invitado y parece un perverso. — Comenzó a mosquearse Vane y mira que eso era difícil...

—Ehhh —intervino el cupido—, ¿podéis verme?

—No, mira, estamos hablando de un adorno navideño —le soltó Blanca.

—¿Tú a que has venido? —le preguntó la cumpleañera.

—Pues soy tu cupido. Vengo a solucionarte la vida, lanzándote una flecha.

—¿Pero qué broma es esta? ¡¡¡Eso a mí no me lanza una flecha!!! —gritó Vanesa mirando a Daniela.

La cual cabeceó afirmativamente para demostrarle su apoyo. Si es que había que estar loco para presentarse esa noche en esa casa...

—¡Ey! Que yo no soy «eso». Soy un ángel.

—Sí —intervino Arturo—, el puto mirón que la lleva espiando desde que nació. ¿Qué, Vanesa, me dejas que me lo cargue?

—No. ¿Tú eres Van Hell? —se horrorizó el ángel.

—¿Y tú eres tan tonto que no lo sabías? —Le sonrió Arturo en respuesta mientras se crujía los nudillos.

—Que no hace falta, que ya me voy...

—De eso nada, cupido. —Lo encaró Vane. Le iba a agarrar por el brazo pero le daba cosa. Eso de un tío hecho y derecho en pañales le seguía pareciendo una perversión, por muy ángel que dijera ser—. ¿De quién querías enamorarme?

—Pues de Lucas.

El motero, que estaba al lado de su chica, se relajó al escucharlo. Porque él sabía lo que eran los cupidos (por algo había sido uno de los hombres de confianza de Ageón) y, por lo menos, no pretendía que se enamorara de otro.

—Pues no la quiero —le informó Vane—. Ya le amo sin necesidad de tu flecha.

Alargó la mano y le arrebató el arco al cupido, para que no pudiera marcharse. A continuación, se lo lanzó a Van Hell.

—Arturo, mávalo.

—¿Que hay que hacer?, ¿romper el arco? —se acercó Blanca—. Déjame a mí, que yo también quiero mantener mi piel tersa y joven más tiempo.

—Pero, este idiota... ¿es que no sabe quién eres, cariño? —le preguntó Daniela a su novio, todavía dándole vueltas a que el cupido de Vane tenía que ser muy tonto.

—Yo creo que es cosa de los guardianes, que han omitido lo que pasó con el arcángel y los cupidos, para variar, no se enteran de nada.

—Sí, eso es. Mi arco, por favor. Le prometo, señor asesino, que dejaré a mi protegida en paz.

—Como que te van a dejar. —Ironizó Ana—. Que ya hemos oído que en el Cielo son muy rígidos.

—Señor asesino, mi arco, por favor.

—Tú dices, Vanesa. Tu cupido es —le informó Arturo mientras sujetaba tensa la madera del arma entre sus dos manos.

—Bueno, me da pena... ¿No lo harás más? —se dirigió al ángel como si fuera el niño pequeñito que sus pañales indicaban.

—Se lo juro por mis alas, señorita.

—¿Esas tan chiquititas? —Bufó Blanca—. Anda, Arturo, dame el arco que me lo cargo yo.

—Vale. Puedes irte. Arturo, dale el arco, por favor.

—Eres demasiado buena, Vane —le comentó Daniela mientras meneaba la cabeza como si supiera que su amiga estaba cometiendo un error.

—Ya sé que es un grosero y ha venido sin ropa y sin ser invitado, pero el pobre solo quería hacer su trabajo.

—De acuerdo. —Arturo le lanzó el arco a su dueño.

Blanca se abalanzó a por él. Falló. El ángel se apresuró a intentar volver al Cielo todo lo rápido que sus minúsculas alas le permitían aletear. Pero no podía. Para ello tenía que lanzar la flecha primero.

—Me parece que te va a tocar vivir en la Tierra —se burló Arturo—. Y como le lances la flecha cuando yo no esté que sepas que te buscaré y usaré algún truquillo que le robé al arcángel para hacerte la vida imposible.

—¿Arcángel? ¿Entonces es verdad que tú estabas detrás de eso? Los rumores...

—¡Ya vale! —intervino Vane—. Que una es buena pero no tonta. Venga. El arco me lo quedo yo. —Volvió a quitárselo al cupido el cual se dejó, resignado—. El culturista en pañales se larga y nosotros seguimos con la fiesta. ¿De acuerdo?

Nadie protestó. Ni siquiera su custodio. Estaba demasiado anonadado tanto por acabar de salvar su vida como por saber que iba a ser perseguido por los suyos pues, si no lanzaba la flecha, estaba incumpliendo unas cuantas leyes del B. O. A. En todo caso, su mayor preocupación en esos momentos era que, cuando saliera por la puerta, el resto de los humanos pudieran verlo. No le gustaría caminar hacia la oficina de correos vestido tan solo con sus pañales. Y, si no, como plan alternativo siempre podía decir que era un *boy*. Blanca, por su parte, se apresuró a ayudar a Vanesa a traer más comida desde la cocina (y así veía dónde guardaba esta el arco), Daniela a responder al beso que le estaba dando Arturo y Lucas a echar de menos a Ageón.

—Oye, ¿tú no tenías un jefe que también era cupido? —le preguntó Ana, como si acabara de acordarse.

—Sí.

—¿Y qué fue de él?

—Se ha cambiado de bando. Ahora es un poderoso guerrero del Infierno.

—Ah... ¿Y le pagan bien?

—Bueno, juventud eterna, mucho dinero, una lujosa casa con vistas a los lagos de azufre y posibilidad de venirse por aquí de vez en cuando.

—No suena nada mal. ¿Estaba pillado, verdad?

—Sí, por una diablesa.

—Oye, ¿y tú crees que tendrá amigos libres?

—¡Ana! —le gritaron al unísono Vane (que ya volvía de la cocina) y Daniela.

—Si vais a decir algo sobre que elijo mal a mis novios, olvidadlo.



Desde arriba, desde las nubes donde las estaba mirando, Diofanor se estremeció. Su pobre hermano había sido condenado al Castigo (su propio padre le había mandado llamar para contárselo). Tloganott, el cupido de Vanesa, casi acababa de ser asesinado. Desde luego, él había aprendido bien una lección. Menos mal que su protegida no conocía a ninguno de los que, allí abajo, estaban cenando. Porque había humanos que no querían ser guiados y, antes que acabar muerto o como Eyén, mejor hacía caso de lo aprendido.

Su padre, el guardián, había hablado con el que ya era su único descendiente para transmitirle su pena y su dolor por el fracaso de su vástago más prometedor. Además, también quiso transmitirle a Diofanor un mensaje. El de que ahora confiaba en él para que lograra el ascenso a guardián. Y pensaba hacerlo. Alguien debía perpetuar el buen nombre de su familia, sobre todo ahora que ya no tenía ningún hermano.

Porque Eyén había sufrido el Castigo, ese tan innombrable, y ahora era una demonio menor chica, del tamaño de un perrito, sin posibilidad de cambiar su apariencia y con cuerpo deforme. Una que trabajaba en Saturno limpiando las habitaciones nupciales que los cupidos y las diablasas dejaban hechas un asco. Para toda la eternidad. Y que no se quejara, no fuera a ser que lo vendieran a alguna diablasa a que le fuera el sado con las cosas pequeñas, grotescas y que antiguamente fueron ángeles.



—Hola, ¿te has perdido?

La mujer, una bellísima súcubo dotada de unas alas negras grandes y sedosas que no eran frecuentes en su especie, se paró delante del cupido en pañales el cual, invisible a ojos humanos, caminaba por la calle.

—¿Puedes verme?

—Ohhhh, corazón. —Álaia posó uno de sus dedos de pulidas y perfectas uñas sobre su pecho desnudo—. Créeme si te digo que puedo hacer mucho más que eso.

Le acarició, llevando sus yemas hasta su brazo el cual agarró y, sin necesidad de tirar de él, lo guio hacia su hotel favorito.

Porque un cupido prófugo en Zaragoza era, para ella, toda una tentación. Si lo volvía malo, seguro que la ascendían.

Otra vez.

¿Qué tal a archisúcubo?



—Limpia bien la cama y cambia las sábanas. Cuando vuelva en unas horas quiero que esté perfecto.

Deyanira, radiante tras una revitalizadora sesión de sexo con su guerrero oscuro, se acababa de dignar mirar a la chacha. Esa demonio menor deforme a la que tanto le gustaba putear.

—¿A qué esperas, escoria? La señora ha hablado.

Ageón, burlón, se levantó y le dio una patada a la esclava.

Deyanira se echó a reír y miró fijamente a su chacha.

—Te lo dije, Eyén. Te dije que te vendrías conmigo a Saturno.

Porque la mujer era una demonio que creía en la venganza y, además, nunca faltaba a su palabra. No era que ella y Ageón estuvieran en un periodo de cría (ya no eran diablesa y cupido y podían procrear dónde y cuándo se les antojara), pero la mujer había querido pasarse unos días por Saturno tan solo para cumplir con esa promesa que le había hecho al antiguo cupido.

¡Qué se le iba a hacer!

La chica, pese a haberse convertido en una peligrosa segadora de almas, seguía siendo toda *glamour*.

Una pena que Xilenia, en vez de haber sido torturada, violada y descuartizada por el jefazo, hubiera sido aceptada como un soldado en el ejército. Por lo visto, la muy perra había conseguido jugar bien su as de «soy útil» y era a su madre a quien había asesinado el archidemonio. La diablesa era ahora una especie de gigantesca lagarta, algo lenta pero letal, una que resultaba de lo más efectiva matando ángeles. Deyanira y ella todavía no se habían visto las caras pero cómo lo estaba deseando...

¡Oh, por favor!, que algún día le encargaran una misión que le diera una excusa para ir al Purgatorio, algo así como llevarse el alma de algún guerrero de la luz que combatiera en las guerras y, ese día, su vieja rival y ella iban a ajustar cuentas.

Una especie de encuentro entre la bella y la bestia.

Deyanira sonrió al pensarlo. Se puso un vestido de seda y unos zapatos de tacón y, del brazo de su *sexy* Ageón, salió del cuarto para ir a cenar.

Sí... Podía ser una segadora pero todavía sabía disfrutar de los pequeños placeres de la vida. Su chico, matar, el lujo... Y, por supuesto, disfrutar de la cara de Xilenia cuando la viera, pues conocía muy bien cómo le iba a mortificar que ella, pese al uso de la magia, continuara siendo puro *glamour*.

FIN

Nota de la Autora

El boca a boca es crucial para cualquier autor. Si te ha gustado esta novela, por favor considera dejar una reseña. Aunque sea tan solo de una o dos líneas, me encantará leerla y será de gran ayuda.



AMAYA FELICES. Licenciada en Ingeniería Química y diplomada en Filología Inglesa, es profesora de secundaria en Zaragoza. Cuando no está trabajando ni cuidando de sus dos hijos, se dedica a escribir.

Su primera novela, *El pozo de todas las almas*, fue publicada en junio de 2011 por Mundos Épicos. En diciembre de 2011 la Máquina China editó el libro *Sueños de navidad*, que recoge los cinco relatos ganadores de su I Concurso de Narrativa Romántica. La autora participa con *Hechizo de invierno*, un relato sobre fantasmas y sentimientos.

En las antologías II y III de Ediciones Evohé tiene publicados un relato y un poema (*La claridad de tu amor a través de mi ventana*, *Te veo*).

En el año 2006 ganó el primer premio de relatos de Ocafriki con *Aspirante a guerrero* y en diciembre de 2011 obtuvo el tercer puesto en el XXVIII concurso literario Picarral con su relato juvenil *Rocío Dark Violet*.

En febrero de 2012 salió publicado *Ese amor que nos lleva*, de la editorial Rubeo. Esta convocó un concurso de relatos en 2011 para hacer una antología y *Eurídice* fue uno de los seleccionados como ganadores.

En mayo de 2012 Mundos Épicos publicó su novela de fantasía juvenil *Pacto de piel*; así como Ediciones Babylon publicó su novela romántica adulta de ciencia ficción space ópera *Hipernova*, una fusión de géneros en la cual es pionera en España.

A finales de 2012 participa en la antología benéfica *Ilusionaria III* con su relato

Despierta, dragón esqueleto, escrito junto con su hijo Santiago e ilustrado por Laura López.

En enero de 2013 Ediciones Babylon publicó su relato *El manual de la esposa perfecta*, una comedia romántica paranormal.

En mayo de 2013 participa en la antología benéfica *Catorce Lunas*, publicada por Ediciones Kiwi, con su relato *Rocío Dark Violet*.

Por último, está representada por Agencia Autores desde inicios del año 2013 y tiene el libro técnico *Belly dance: The teacher's book*, publicado en *Create Space Amazon*, en inglés y en español, en el año 2010.